

**YO, JUANA LA BELTRANEJA**  
**LA REINA TRAICIONADA**

*José Miguel Carrillo de Albornoz*

**Lectulandia**

Nacida del matrimonio entre Enrique IV de Castilla —sobre cuya impotencia circulaban amplios rumores en la corte— y de la frívola reina Juana —hermana del rey de Portugal—, la princesa Juana fue acusada por los adversarios de su padre de ser hija bastarda del favorito real, Beltrán de la Cueva. Bajo la presión del partido nobiliario contrario a que Juana reinara en Castilla, fue declarada princesa ilegítima, hasta que Enrique IV nombró a su hermana Isabel heredera al trono.

Basada en la más reciente investigación histórica, en *Yo, Juana la Beltraneja*, José Miguel Carrillo de Albornoz traza en primera persona la apasionante y oculta historia de una mujer traicionada. Una mujer víctima del poder monárquico y nobiliario de Castilla, de los excesos de la corte y que fue utilizada como arma política por los partidarios de los Reyes Católicos hasta fallecer en Portugal como una reina que no pudo sentarse en su propio trono. Un relato magistralmente ambientado en una época llena de gloria, controversias, intrigas palaciegas y medias verdades.

**Lectulandia**

José Miguel Carrillo de Albornoz

# **Yo, Juana la Beltraneja**

**La reina traicionada**

ePub r1.0

Titivillus 07.07.15

Título original: *Yo, Juana la Beltraneja*  
José Miguel Carrillo de Albornoz, 2004

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A María de Gracia y Rocío Vargas-Zúñiga de Juanes, excelentes amigas  
desde hace más de veinte años.*



## Agradecimientos

A mi amigo Enrique Rúspoli y Morenés, por facilitarme su libro *La marca del exilio. La Beltraneja, Cardoso y Godoy*, finalista del Premio Nacional de Literatura en la modalidad de Ensayo en 1993. Además de haberlo leído con sumo gusto, he podido comprobar que comparto en buena medida su punto de vista sobre la reina doña Juana.

Al Servicio de Turismo de Portugal, por la amabilidad con que me atendieron en Coimbra y luego en Abrantes, Santarém y Lisboa, adonde fui siguiendo los pasos del exilio de la reina doña Juana. Gracias a su impecable profesionalidad pude verificar y visitar los lugares donde había estado en verdad la Excelente Señora.

# Capítulo I

## Convento de las Clarisas de Santarém. 1530

—Hace frío en este maldito lugar. Frío y humedad —se quejó doña Juana—. No soporto más este puñal de hielo que se clava en mis carnes y que ningún brasero parece capaz de aliviar. En mala hora decidí hacer la visita que les tenía prometida. Por más que procuren tratarnos bien, este viejo convento tan austero me resulta muy incómodo, doña Cristina.

—Ya os dije que no debíamos venir a Santarém en invierno, señora, y menos en pleno febrero. Podíais haber cumplido vuestra promesa en primavera. Con lo a gusto que estábamos en Lisboa. De todos modos, ya he pedido que suban otros dos braseros más, alteza. Y hemos traído suficiente picón, ese magnífico carbón de encina extremeña que calienta como ninguno.

—Echo de menos a la buena de sor Lucía, que Dios tenga en su gloria, con aquel gracejo medio andaluz medio portugués que tanto nos alegraba. Parece mentira la de monjas que han muerto desde que nos fuimos de aquí.

—Nos hacemos viejas, alteza, y las nuevas novicias no saben hacer nada a derechas. Son tan lentas y tan vagas...

—Pues id vos y ordenad de nuevo que traigan los braseros. Soy la reina de Castilla, y ya que hemos tenido la cortesía de venir, deberían tratarnos mejor.

—Claro, alteza —contestó doña Cristina de la Maza, con resignación. La camarera de la Beltraneja, como la llamaban sus oponentes, se había acostumbrado a seguirle la corriente con los años, consciente que sus rabetas empeoraban si se la contradecía. Estaba claro que el frío que la traicionada reina de Castilla llevaba en el corazón no se lo iba a quitar ningún brasero, porque la pequeña habitación que las monjas habían dispuesto para ellas, y que hacía las veces de gabinete de doña Juana de Castilla, estaba relativamente templada.

Cuando la buena dama iba a levantarse de nuevo, entró una novicia atolondrada, sor María Joao, cuya negligencia ya había desatado en más de una ocasión la furia de la reina de Castilla.

—¿Quería sor Juana un brasero? —preguntó con una sonrisa estúpida dibujada en el rostro redondo y poco agraciado.

—¿A quién llamas sor Juana, ignorante? —dijo la reina con tono helado y cortante—. Aquí sólo estamos doña Juana de Trastámara, reina de Castilla, y su camarera doña Cristina de la Maza.

—Perdonadme, sor...

—Inclínate ante mí haciendo la reverencia que me debes, criatura estúpida. Como vuelvas a osar llamarme sor Juana, ordenaré que azoten tus gruesas posaderas de glotona con una vara de fresno. Es una vergüenza para un convento como éste,

famoso por austeridad, tener a un ser tan incontinente como tú; si es necesario, te enseñaré a tratar a una reina a varazos, desvergonzada.

—Perdonadme, alteza. Soy nueva y de un pueblo pequeño. Sólo llevo aquí dos semanas, y como antes estuvisteis en los conventos de Coimbra y Lisboa, pensé...

—Eso no es excusa, y sobre todo no pienses. Las campesinas siempre me han querido y me han tratado como la reina que soy, y esa aparente ignorancia tuya tiene visos de malicia y deseo de ofenderme y mortificarme, cosa que no pienso tolerar. Nadie se ríe de la reina de Castilla, y menos aquí, entre estos muros que cobijaron mi dolor tanto tiempo.

—No, no, señora. Os aseguro que no es así. Yo pensé que os agradecería ser tratada como una más de nosotras.

—¿Veis, doña Cristina? Se está riendo de mí. Yo igual que las demás. ¡Qué desfachatez! Si esta mocosa descreída piensa que voy a consentirle la chirigota, está muy equivocada. Dadme la vara de fresno, que sor María Joao se irá hoy a la cama con las nalgas calientes.

—No creo que lo haya hecho a propósito. Se ve que es zafia y poco inteligente, pero no malintencionada, alteza. —Doña Cristina dirigió una mirada feroz a la novicia, que se había arrodillado ante la rígida estampa de la arrugada reina de Castilla, esperando el castigo.

—Si vos lo decís... En fin, le daré una nueva oportunidad sólo por el aprecio que os tengo, y porque confío en vuestro criterio, pero como vuelva a notar la más mínima falta de respeto, bien sabe el Señor que no he de medir mi furia con ella.

—¡Hala! Tráeme de una vez el brasero, que me estoy helando; levántate del suelo y deja de lloriquear. Por esta vez te has librado de la vara. Dale las gracias a doña Cristina. Y ahora, ¡fuera de mi vista!

La novicia se levantó con más agilidad de la que aparentaba y salió disparada de la habitación en busca del brasero que le pedía la reina. Tenía metido el miedo en el cuerpo. Sabía que había estado a punto de ser golpeada, y siempre había sentido terror de las palizas. Con gran diligencia se dispuso a cumplir el deseo de su alteza, y si podía, procuraría estar lo más lejos de aquella rígida y seca momia que era la destronada reina de Castilla, a la que todas las novicias y muchas de las monjas tenían un temor reverencial; desde su llegada a Santarém hacía pocos días, había alterado completamente su tranquilidad.

—¡Mirad cómo corre la novicia! —exclamó la reina con una levísima sonrisa.

—Sí, señora. Tenéis razón. Se ha vuelto ágil como una liebre, una liebre, eso sí, bastante gorda.

Doña Juana rió de la ocurrencia de su dama y su humor mejoró.

—Decidme, doña Cristina, ¿qué nuevas tenéis de Castilla? Sé que habéis recibido carta de vuestro hermano Ignacio. Algo os contará, imagino. ¿Qué pasa en nuestro reino? No me lo ocultéis, por favor.

—Sabéis que nunca os escondo nada. Aparte de hablarme de los míos, que están



bien, gracias a Dios, pocas cosas importantes me dice. No hay cambios en Castilla. El nieto de vuestra tía y madrina Isabel, la traidora reina católica, ese Carlos de Habsburgo que usurpa la corona de vuestra alteza y tiene prisionera a su madre doña Juana en el castillo de Tordesillas, sigue reinando en España sin oposición y está a punto de ser coronado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

—¡Qué ignominia! Un rey de Castilla que apenas habla castellano y que ha aherrojado las libertades del reino, sojuzgando a las ciudades e imponiéndose por encima de todo y de todos como emperador cristiano del mundo. No entiendo cómo ha permitido el Papa tamaña desvergüenza.

—No olvidéis el famoso Sacco de Roma, alteza, que pesa mucho en el espíritu del Santo Padre. Durante diez días, las tropas de Carlos, mandadas por el condestable de Borbón, asaltaron la Ciudad Santa a sangre y fuego; aparte de haber hecho mil sacrilegios, saqueado las iglesias y los palacios y quemado bibliotecas y mobiliario insustituible, hicieron burla del Papa y encerraron en el castillo del Santo Ángel de Roma a muchos de los cardenales, a quienes además vejaron de mil modos.

—Así que el Papa Clemente VII no tiene más remedio que acceder a sus deseos.

—Eso parece. A pesar de que todos se han afeitado media barba en señal de luto por el Sacco, Carlos V quiere ser coronado por el mismo Papa al que ha humillado. Pero evidentemente la ceremonia no será en Roma, que no toleraría la presencia del emperador, sino en Bolonia. Prudentemente, no osa ser glorificado en la ciudad que sus propias tropas han cubierto de luto. Pero, por lo demás, se atreve a todo y lo desea todo. Carlos V ansía convertirse en el amo del mundo y que todos los reyes de la tierra se inclinen ante su majestad.

—Linaje de ladrones y de miserables. Su abuela quiso ser la reina de Castilla y me arrebató el trono de mis antepasados, propagando el infundio pergeñado por el intrigante marqués de Villena de que don Beltrán de la Cueva era mi padre y no el rey Enrique IV.

—Cruel destino el vuestro, señora. Pero procurad no pensar en ello, que os perjudica mucho, y el doctor Oliveira dijo que debéis tener cuidado con los sofocos.

Doña Cristina intentaba evitar que doña Juana rememorase la historia que llevaba clavada en el corazón y que había oído mil veces, el relato de una traición cuyas consecuencias habían cambiado la línea de la sucesión del trono de Castilla y cuyo recuerdo, pese al tiempo transcurrido, siempre dejaba un hondo pesar en su señora.

—¡Qué ironía, doña Cristina! ¿Cómo ha podido decir eso el buen doctor? ¿No sabe que mi vida es una tormenta constante? ¿Acaso ignora que mi corazón sangra y se lamenta desde hace más de cincuenta años con una pena que no cesa? ¿Cómo puede calmarse mi furia interior si, cada vez que me veo en el espejo, sorprendo el rostro de una reina sin corona, alejada de los suyos y cuyo reino ha sido entregado a un extranjero que no sabe ni hablar castellano?

»No, dama mía. Mi sofoco es permanente y mi furor es inagotable, como las aguas del Tajo que, tras atravesar la rica Castilla, se entregan al Atlántico en Lisboa

de forma grandiosa; he procurado durante muchos años verter mi dolor en el océano para que se perdiera en medio de su larga e inabarcable inmensidad, pero sólo he conseguido hacerlo mayor. Es un estéril y amargo dolor, el dolor del exilio y de la traición, el dolor del destino truncado.

»Quienes hemos nacido para reinar añoramos la corona como un niño de pecho a su madre. Es ley de Dios. El Señor, que me hizo nacer sobre el trono en sus misteriosos designios, permitió que la traidora de Isabel reinara en mi lugar, y me condenó a la tortura de verla usurpando mi puesto y de sobrevivirla muchos años. ¡Y por mucho tiempo que transcurra no hallaré consuelo! Hasta que muera seré la reina de Castilla, y mi corona, como la del Salvador, habrá sido de espinas que se me han clavado bien hondo en la frente, una espina por cada una de las traiciones de mi familia, de los ricohombres, de los prelados, de los caballeros y de los castellanos de a pie. Mi corazón no puede dejar de sangrar por la traición, por el destierro y por el olvido de los míos.

»¿Acaso recuerda alguien en Castilla que su verdadera reina se muere en Portugal, tras años de encierro contra su voluntad en un convento? No. Nadie se acuerda ya de mí. Me han olvidado por completo, me han borrado de su memoria y de su aprecio. Para ellos soy sólo la dudosa hija del rey Enrique IV y de su segunda esposa, la ligera doña Juana de Portugal. Y pensar que aún sigo despertando alguna vez con el sueño de la derrota que en Toro infligió a mis tropas la usurpadora Isabel.

—Hace ya cincuenta y dos años, alteza.

—Pues para mí es como si hubiera sido ayer. ¡Qué tristes los recuerdos de la hermosa villa, sede de la orden de Alcántara! La firma de aquella vergonzosa paz con Isabel significó para mí la pérdida de reino, esposo y libertad. Mi tío carnal, el viejo y querido rey de Portugal don Alfonso V, tuvo que renunciar al matrimonio conmigo por las presiones políticas que se ejercieron sobre él, y eso supuso renunciar a la corona de Castilla, que era mía. Y para legitimar la usurpación, iba a ser condenada a un enlace futuro e incierto con el heredero que había aún de nacer de la usurpadora; si me negaba a ello, me expulsaban a Portugal, y me forzaban a la virginidad y al enclaustramiento, a mí, que tanto amaba la vida, para que me marchitara entre monjas amargadas, apartadas del mundo por la conveniencia de sus familias.

»No lo podía consentir. Mi honor no me lo permitía. Ni hablar. Mil veces preferí el convento, y no me arrepiento. ¿Acaso a alguien le importó que me negara a renunciar a la corona? No. Nadie pensó en eso. Yo era un mero peón de los intereses de mi anciano marido, que pronto dejó de serlo para convertirse sólo mi querido tío y protector.

»Vos me permitisteis mantener la cordura al principio, cuando todo se me hacía tan cuesta arriba. Vos, el rey Alfonso V, que fue mi esposo y tío, y su hijo Juan II, que siempre me protegió de las intrigas de la Católica. Eso y mi sentido del deber. Una reina debe ser fuerte aunque intenten manipularla, doblegarla o dañarla.

—Alteza, no es bueno que vuestros pensamientos y palabras tomen esos

derroteros. Restan paz a vuestra alma y son crueles, si me permitís decirlo, con las buenas monjas del convento, muchas de las cuales están aquí por vocación.

—Doña Cristina, la mayoría son tan vocacionales como podamos serlo vos o yo. Entregadas por sus familias, a las que les resultaban inútiles para otros menesteres, no tuvieron más opción que aceptar.

—Yo vine voluntaria con vos, señora, y aquí me tenéis después de cincuenta años.

—Vuestro caso es excepcional. Estáis aquí por vuestro amor a mi real persona. Sois muy especial, amiga mía. No sé que hubiera sido de mí sin vuestro apoyo y vuestra dedicación a lo largo de tantos años. Seguro que no lo hubiera soportado; hubiera enloquecido con tantas intrigas y sinsabores, intentos de secuestro, presiones que nunca parecían cesar y enclaustramientos forzados, cuando creíamos que podríamos vivir con tranquilidad en el mundo.

—No exageréis, alteza. Os quieren bien en Portugal. Sois la reina de Castilla y como a tal se os trata.

—No me hagáis reír, doña Cristina. Soy una reina sin reino, una quimera, una aberración. Ni siquiera he sabido morir a tiempo. Por eso renuncié hace años a mis derechos al trono en favor de mi pariente, el nuevo rey Juan III de Portugal, para que no crean los castellanos que conmigo desaparece la legitimidad. Sigo viva en este lugar, y con el aguijón aún en su sitio, como una reliquia de otro tiempo, la única superviviente entre los míos y también entre mis rivales.

—Sois recia y de buena estirpe, alteza.

—Eso sí. Parece que no hay quien acabe conmigo. Por lo menos he tenido el placer de ver sufrir a Isabel desde lejos. Me quitó el trono e intrigó para secuestrarme y matarme, pero yo escapé a sus garras, la maldije y maldije su linaje de usurpadores, y pedí que murieran sus hijos y que fueran estériles los vientres de sus hijas... que se extinguiera su casa ante sus ojos. Tan sólo lamento que no viviera para ver cómo su desconsolado esposo me pedía en matrimonio.

—Debisteis aceptar. Habríais sido reconocida por todos.

—No. Así no. Nunca de postre. Nunca como consorte. Yo quería ser reconocida con el mismo rango y trato de reina que Isabel, y como no me prometieron tal cosa, lo rechacé.

—Creo que fue un error.

—Yo no lo pienso así. Tan sólo lo lamento porque habría sido una dulce venganza meterme en el lecho que ella había dejado frío. Seguro que se hubiera revuelto en su elegante tumba. Sin embargo, puede decirse que Isabel, mi odiada madrina, sufrió de verdad. Tuvo la corona, pero también las espinas.

—Desde luego, no puede decirse que vuestra tía doña Isabel disfrutara de una vida feliz. Sus alegrías se vieron empañadas por los sinsabores familiares que acabaron con toda su política dinástica, tan bien planteada por los dos.

—Eso al menos me ha supuesto algún consuelo. Consiguió la tan deseada unificación de España, haciendo a un lado los intereses de Castilla por los de Aragón.

Fernando siempre la manipuló.

—Y la engañó con otras.

—Se lo mereció mil veces. Mientras vivió siempre pensé que me iba a condenar porque no se puede odiar tanto como yo la he odiado a ella sin que sea pecado mortal, y, aún así, seguí odiándola cada vez más, lo cual me parecía asombroso, porque no imaginaba que se pudiera detestar más a una persona; no hallaba límite a mi inquina hacia ella.

—Le dijeron que habíais contratado a una bruja para que le echara un mal de ojo.

—No a una, sino a veinte hubiera contratado y pagado con buen oro portugués para que hicieran sus sortilegios contra ella, de haber considerado que eso podía acabar con su estirpe. Pero os confieso que creo que no fueron los poderes mágicos los que consiguieron que todo le saliera mal, sino mi odio; ese odio profundo y negro que día y noche en mi pecho hasta que se hizo tan amado presente como un hijo del desamor; yo lo enfoqué hacia ella con toda mi mala intención, deseando que se secara su vientre, que se muriera su corazón y que todo lo que planificó con tanto empeño le saliera mal.

—Pues creo que, al menos en eso, podéis iros tranquila a la otra vida, alteza. Vuestra tía y madrina sufrió en vida como lo han hecho pocas personas.

—No me basta. Nunca me bastó cuando vivía, ni me consuela ahora que ha muerto hace tantos años. ¿Sabéis por qué? —Doña Cristina la miró, esperando su respuesta, que se produjo con voz ronca y vibrante—. Porque aunque sufrió, lo hizo como reina de mis estados y señora de mis súbditos. Si por mí fuera, para cerrar ese capítulo y quedarme contenta tendría que profanar sus restos. La sacaría de la magnífica tumba que ordenó labrar en la catedral de Granada para ella y Fernando, decapitaría su cadáver por traidora a su reina verdadera, que soy yo, y expondría lo que quede de ella hasta que los buitres, los perros, las sabandijas y alacranes hubieran dado buena cuenta de sus miserables restos. Y borraría su nombre y ese odiado signo del yugo y las flechas que fue su emblema de cuantos sitios lo recogen, hasta conseguir que fuera tan olvidada, tan preterida como lo soy yo ahora.

—Sería justo, alteza. Pero estoy convencida de que debió de preguntarse antes de morir si había merecido la pena reinar a costa de tanto dolor. En vida se le torció casi todo.

—Seguro que pensó que sí. La corona consuela de muchos dolores. Ella se sentía tan llamada al trono como yo; tanto que lo aceptó intrigando contra mí, su ahijada y señora. Es gran pecado el que cometo, lo sé; no me arrepiento de ello, pero me alegró en lo más profundo de mi ser de que tuviera que sufrir el dolor de la muerte de su único hijo varón, el príncipe don Juan, y la del vástago que llevaba en su vientre la esposa de éste, la archiduquesa Margarita de Austria.

—Eso la destrozó, alteza, pero según dicen, lo que acabó de hundirla fue la muerte de la princesa doña Isabel, su hija primogénita, casada con don Manuel I de Portugal, sólo un año después de la muerte del príncipe, y luego la del príncipe don

Miguel, su nieto, que hubiera sido rey de España y Portugal.

—Así fue, sin duda. Menudo golpe debió de ser para ella ver que el trono que había obtenido con tanta malicia acabaría en manos de un príncipe extranjero. El archiduque Felipe de Austria, antes que como el Hermoso, hubiera debido pasar a la historia como el Vano dadivoso, por lo mucho que dispendió las rentas de Castilla durante los pocos años que duró su reinado.

—Siempre temió que vos salierais del convento y reclamarais de nuevo vuestra herencia, aunque ella se había encargado de proclamar a los cuatro vientos que erais feliz en Portugal y que rezabais por todos con verdadero fervor de santa. Mientras tanto, conspiraba para secuestraros y teneros presa en Castilla, eso si no pensaba mataros.

—No se puede negar que era lista. Ése fue un golpe maestro. Romper mi comunicación con el reino, destruir todos los papeles que mostraban mi legitimidad y decir a todos que yo era una monja feliz. ¡Menuda desfachatez! Yo era una monja forzada, furiosa, torturada; una monja que al principio logró escapar del suplicio del convento, pero que se vio obligada, por la presión del rey de Portugal y del mismo Papa (que me dedicó una de sus bulas), a regresar allí una y otra vez, viéndose forzada a hacer esos votos que nunca sintió en lo profundo de su corazón. ¡Ojalá hubiera sentido yo esa vocación! ¡Cuánto más feliz hubiera sido! Pero lo cierto es que nunca tuve disposición de religiosa, por más que ella lo pregonara a los cuatro vientos. Desde luego, si el diablo me lo hubiera ofrecido, creo que hubiera dado el alma por matarla con mis propias manos. Me habría encantado verla morir muy despacio.

—Conteneos, señora. No habláis en serio y estáis blasfemando.

—Sí. Tenéis razón. Mejor que el diablo esté lo más lejos posible de nos. No sé si hubiera sido capaz de hacerlo, aunque a veces he pensado que sí. La he odiado tanto que seguramente hubiera sido capaz de traspasar esa frágil barrera que separa a los seres civilizados de las bestias; hubiera disfrutado estrangulándola y viendo como su odiada cara redonda se tornaba lívida ante la presión de mis dedos, implacables en su garganta de usurpadora.

—Alteza, de verdad que no os conviene entregaros de ese modo a emociones tan oscuras.

—¿Qué me queda si no, doña Cristina? Sin mi odio no soy nada. Si no puedo odiarlos a todos ellos, mi vida no tiene razón de ser. Una reina destronada en el exilio, sin hijos, ni partidarios, ni defensores, sólo con una dama y amiga por súbdita. Aunque haya podido salir de ese convento-prisión, que es lo que lo ha sido para mí durante años, como el de Tordesillas para mi prima doña Juana la Loca. Detesto oír nombrar como reina a la hija de la usurpadora, usurpadora también de mi trono y de mi nombre real. Es a ella a la que llaman Juana I, no a mí, que lo soy por derecho. Es algo asombroso y ruin. Aunque yo esté cuerda y ella tenga la razón nublada, se la considera reina, al contrario que a mí.

—Pero su reino lo usurpa su propio hijo, Carlos I de España y V como emperador alemán.

—¿Qué va a ser de España ahora? Nunca ha sido bueno para un reino poderoso que su rey fuera emperador. Carlos dilapidará la riqueza de Castilla en sus guerras imperiales. En su afán por dominar el mundo, tendrá que aplastar a todos los que se opongan a ello.

—Eso ha hecho a fecha de hoy, alteza. Francisco I, el intrigante rey de Francia que fue capturado en Pavía hace años, hubo de dejar de rehén a su hijo y heredero Enrique, que permaneció en España en poder de Carlos; no os lo he contado para no preocuparos, pero también intentó secuestrarme hace poco, cuando estábamos en Lisboa.

—¿Cómo es posible?

—Pues ya veis. Parece que el bribón pensó utilizarme como medio de presión contra Carlos y había planificado secuestrarme durante uno de nuestros paseos. Tenía un galeón, listo para zarpar en cuanto me capturaran.

—Me dejáis helada.

—Sí, lo sé. Ahora ya no importa. El rey Juan III abortó el plan, capturando y encarcelando a los secuestradores, que le contaron toda la maniobra bajo tortura. Como veis, el rey de Francia no cede en el empeño de perjudicar a su enemigo el emperador de Alemania. Ni mi vejez respeta, aunque os confieso que no me habría importado tanto ser secuestrada, si ello iba a importunar a Carlos. Seguro que Francisco I me trataría como a una verdadera reina y, como buen francés, seguro que sabe hacerlo de maravilla.

—Dejad de decir esas cosas. Vos estáis muy bien aquí. Bastantes intrigas tiene entre manos el francés. Ahora está seduciendo al rey de Inglaterra. Enrique VIII juega con fuego al guiñar un ojo al francés. El año pasado intentó anular de modo ilegal, y contra la iglesia, su matrimonio con su legítima esposa Catalina de Aragón, la hija pequeña de vuestra odiada prima Isabel, a la que muchos dan en llamar «la reina triste».

—Esa infanta sí que lo ha pasado mal en Inglaterra. Primero la viudedad del hermano mayor del rey, Arturo, príncipe de Gales. Luego, años de estancia en Inglaterra, en terrible situación, y cuando parece que se le abre el cielo y que el joven rey Enrique VIII decide casarse con ella a la muerte de Enrique VII, su incapacidad de darle un heredero varón y las intrigas contra ella hacen que el rey pasee sin pudor sus amantes ante ella y pretenda luego humillarla con esa nulidad contra todo derecho.

—Es un destino cruel, pero se lo merece por ser hija de Isabel. Mi maldición pesa sobre todos ellos. No ha de salvarse ni uno. Por eso no engendró varón vivo, y por eso su hija María, la que debía ser princesa de Gales y heredera de su padre, se ve hoy en una situación tan denigrante.

—Sí. La pobre princesa María se encuentra en una situación absurda. Al haberse



divorciado el rey de su esposa, en contra de la Iglesia, doña María queda en muy mal lugar y su futuro es incierto. Para humillar a su madre, el rey Enrique VIII la ha desposeído de todos sus títulos y la ha nombrado camarera de su hermana, la adúltera princesa Isabel, nacida de sus culpables amores con Ana Bolena. Y todo por culpa de vuestro sobrino el intrigante emperador Carlos. Al negarse a casar con la princesa de Inglaterra, su prima, con la que estaba comprometido, Enrique se ofendió y se debilitó el puesto de la reina en la corte.

—No entiendo por qué no se ha casado con ella. Al fin y al cabo, era la heredera del reino y ése ha sido el modo tradicional de los Habsburgo de hacerse con nuevos estados. No comprendo qué puede haberle llevado a contraer matrimonio con su otra prima, Isabel de Portugal, hija de don Manuel I y de su segunda esposa doña María de Aragón, la tercera hija de mis enemigos. Es guapa e inteligente, pero no le aporta nada: ni reino ni territorios nuevos.

—Parece que se aman.

—No me hagáis reír y no digáis sandeces, doña Cristina. Parece que os estáis ablandando con los años. El amor no es cosa de reyes. Los reyes tienen deber de estado; el rey que se casa por amor es una verdadera excepción.

—Pues parece que ese matrimonio de Carlos con vuestra sobrina Isabel de Portugal es un matrimonio de amor, aparte de fecundo.

—A veces me irritáis, doña Cristina. ¿Por qué tenéis que decirme cosas que me molestan?

—Son verdad, alteza, y que yo sepa siempre os ha gustado que se os hable con la verdad. Pero si lo deseáis, puedo contaros que la horrible princesa portuguesa no hace feliz a Carlos de Habsburgo.

—Doña Isabel es encantadora, aparte de hermosa. Dejad de decir tonterías. Entiendo que él se quede prendado de ella, pero no puedo creer que ella le quiera. ¿Qué puede ver una princesa como ella en un hombre tan frío, distante y poco atractivo como dicen que es, y que además tiene a su madre encerrada y usurpa el reino que a su vez ella usurpaba?

—No puedo responderos, alteza.

—La vida es misteriosa a veces. Dios tiene unos designios extraños para con algunos seres. Parece mentira que este Carlos, que todo lo más podía haber sido señor de la casa de Austria y emperador, haya acabado heredando los reinos de sus cuatro abuelos por las usurpaciones y las muertes de tantos como hubo antes que él con derecho al trono.

De repente, doña Juana se quedó callada y se puso muy pálida.

—¿Qué os sucede, alteza?

—No sé. Es como un aviso de la muerte; me indica que me llega el momento. De pronto he sentido un vahído, una languidez, una falta de vida...

—Me asustáis de verdad, señora. Voy a llamar al médico.

—No os mováis de mi lado, doña Cristina. Ya se me va pasando, y la verdad es

que no me asusta morir. Yo sabré entregar la vida como reina. Encargaos vos de que me rindan los honores correspondientes. No dejéis que muera en el olvido.

—No os preocupéis ahora por eso, alteza. Aún tenéis mucho tiempo por delante.

—Siempre habéis sido optimista... Pero os equivocáis. Siento que me queda poco tiempo, y os confieso que lo agradezco. Estoy cansada de este penar. Los días se me hacen eternos, aunque me aprecien en este lugar y en nuestra residencia de Lisboa. Me siento triste, alejada de mi patria y del aire de mi tierra.

»¡Dios mío! ¿Por qué me has hecho vivir para ver cómo destruyen mi reino? Porque estoy completamente segura de que es lo que va a pasar. Castilla, mi Castilla, tendrá que entregar su vitalidad, su virilidad, en guerras que le son ajenas. Irán sus aguerridos soldados a territorios lejanos de nombres impronunciables, a batallas extrañas que decidirá librar el emperador flamenco y alemán que la tiene secuestrada. Y sus hombres habrán de dar su sangre en lugares ignotos, sólo por el capricho de ese monstruo megalómano de Carlos V, que desea convertirse en señor del mundo.

»¡Dame la muerte, Dios mío! ¡Dámela ya! ¡Que no vean mis ojos cómo se destruye lo que decenas de nobles reyes conquistaron! Soy una anciana desposeída de todo. No puedo hacer nada por los míos ya, y sólo quiero dejar de penar.

## Capítulo II

### El nacimiento de doña Juana. 1462

Doña Juana estaba postrada en el palacio de Alcaçoba de Lisboa. El viaje de regreso desde Santarém la había agotado; acatarrada como estaba y con el espíritu revuelto, se había metido en el lecho sin decir palabra y había permanecido allí como si estuviera en trance, de modo que asustaba a todos los que la rodeaban.

Llevaba días así, como un mueble, quieta, sin querer levantarse ni hablar, aquejada por un dolor interno que no sabía o no podía definir y que probablemente fuera del alma más que del cuerpo. Doña Cristina de la Maza mostró una vez más la profunda devoción que sentía por su señora haciéndole compañía todas las horas del día, contándole historias que la mantuvieran entretenida y dándole pacientemente de comer, porque la señora estaba en un estado tal que si no la forzaban a alimentarse seguramente se habría dejado morir por inanición.

La dama española miraba con el afecto de tantos años el rostro ajado de su señora, que antaño había sido tan bello. Recordaba a la hermosa princesa de rasgos finos y ojos garzos e inteligentes, y cuando doña Juana dormitaba se le escapaba de repente una lágrima furtiva.

También por ella habían pasado los años. Doña Cristina había sido muy guapa de joven. Su rostro redondeado de facciones delicadas estaba enmarcado por una cascada de finos y hermosos cabellos rubios, del color del trigo maduro. Sus ojos, de un color verde manzana, estuvieron llenos de ilusión de vivir y hacían que los caballeros suspiraran por ella.

Además, su piel era clara y hermosa, y tenía un gracejo natural que la hacía destacar entre muchas por su ingenio, además de por su estatura, ya que sobrepasaba en bastantes centímetros a casi todas las jóvenes de su tiempo. Primogénita de un conde andaluz, estaba destinada casarse, y estuvo enamorada de un joven en el que procuraba no pensar para no hacerse daño, pero ese proyecto de vida normal se había torcido, como el de su señora, y dejó los amores terrenales por seguirla al convento, a pesar de que la reina había insistido en que se quedara en Castilla y contrajera matrimonio con su pretendiente.

El tiempo había pasado inmisericorde, y ahora estaban allí las dos, ancianas supervivientes de otro tiempo. Sólo les quedaba la honra de haber sabido ser fieles a sus principios y capaces de sobrevivir a su destierro.

¡Qué diferentes debieran haber sido sus vidas! Sí. ¿Quién hubiera imaginado todo lo que había de acontecer el día del nacimiento de la Excelente Señora doña Juana? Si alguien se lo hubiera vaticinado, lo habrían tratado de loco.

En ese tiempo, nadie dudó de nada, ni de su derecho a heredar la corona de Castilla ni de su legitimidad. Ningún malintencionado puso en duda la paternidad del

rey, o al menos eso creía ella. Su madre, la joven reina doña Juana de Portugal, con su exuberancia, su alegría y su pasión, había enloquecido un tanto la corte de Castilla y al rey Enrique IV, despejando los malos humores del monarca con estas segundas nupcias más felices que las primeras, y por fin, tras casi seis años de matrimonio, había conseguido quedarse embarazada. La sucesión del reino parecía quedar así garantizada, desvanecidas las nubes de tormenta que amenazaban Castilla por la importante cuestión de herencia del reino.

Los nobles miraban expectantes como crecía el vientre de la reina, y el reino se aquietaba esperando el ansiado nacimiento de un varón que diera continuidad a la dinastía. La reina, que estaba en Aranda de Duero, en avanzado estado de gestación decidió ir a Madrid para que su hijo naciera en el Alcázar real, cerca del rey, decisión que fue muy criticada por algunos nobles que consideraban que, con ese viaje, doña Juana estaba poniendo en peligro su vida y la del heredero del rey.

Pero como no había quien la hiciera entrar en razón, había partido, y llegó a Madrid con el tiempo justo para no dar a luz al heredero en medio del camino real.

La emoción de la corte era grande en vísperas del feliz evento del alumbramiento. Los amigos del rey, el intrigante y poderoso don Juan Pacheco, marqués de Villena, y el arzobispo de Toledo, el poderoso don Alonso Carrillo, estaban expectantes. El rey había tardado casi veinte años en conseguir un heredero, y el nacimiento se iba a producir precisamente cuando se estaba comenzando a formar un importante partido en torno al infante don Alfonso, hermanastro del rey, a quien el mismo Enrique IV había designado de manera informal como sucesor algún tiempo atrás, mientras él no tuviera hijos propios. La reina viuda Isabel, cuya cabeza al parecer no regía muy bien, y sus dos hijos Isabel y Alfonso vivían retirados en Arévalo, alejados de la corte, y la joven reina Juana, que veía claramente el peligro, pensaba custodiar a los infantes en persona en cuanto naciera su heredero, para evitar intrigas.

Y mientras la reina tenía esos pensamientos antes de dar a luz, el rey estaba feliz.

Quería olvidar los problemas habidos con algunos nobles, las sublevaciones aplastadas y los desvíos. Ahora todo iba a cambiar, o al menos eso pensaba. Parecía que las cosas se enderezaban y que por fin iba a tener un hijo propio, con lo que sus hermanastros, los infantes reales Alfonso e Isabel, pasaban a ocupar un lugar menos destacado a la sombra del trono, como era conveniente.

El 28 de febrero de 1462 amaneció perfecto. Un día claro, con una brisa fresca y sol sin nubes, salió a recibir al heredero del rey, que para decepción de muchos — incluido el propio Enrique IV, que nunca lo confesaría abiertamente— era una princesa, aunque a muchos otros daba igual porque en Castilla corona podían heredarla varones y hembras. Hubo alegría en el reino. Alegría justa porque el rey, que era querido por el pueblo, estaba contento y la reina Juana estaba bien, y habían tenido una niña sana que habría de llamarse Juana, como ella y como su abuelo, don Juan II, el padre de Enrique IV.

La reina dio a luz como debía, ante el Consejo Real y con notario público, y tras

cortar la comadrona el cordón umbilical que la unía a su madre, la joven princesa fue lavada y vestida y presentada al rey por el arzobispo de Toledo, los obispos de Calahorra y Osma, el marqués de Villena, el conde de Benavente y don Beltrán de la Cueva.

Pocos días más tarde, el 7 de marzo, se produjo el bautizo solemne de la que iba a ser pieza fundamental del juego político de su tiempo, doña Juana de Trastámara, princesa heredera de Castilla. El rey eligió sus padrinos a conciencia. Fueron el conde de Armagnac y el marqués de Villena; y las madrinas, la infanta doña Isabel —la futura reina usurpadora— y la marquesa de Villena. La ceremonia fue oficiada por el arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo, asistido por los obispos de Cartagena, Calahorra y Osma. Y tras el bautizo solemne, en que por primera vez Isabel tuvo en sus brazos a la que iba a ser su ahijada y su enemiga, se celebró un gran banquete en el que estuvieron presentes muchos nobles del reino.

Hubo justas y juegos de cañas, y diversión a gusto de los nobles y del pueblo. Todos o casi todos se olvidaron por unos días de las tensiones habidas en los tiempos anteriores. Por un breve lapso de tiempo, cesaron las guerras entre nobles señores en Andalucía y se arrinconaron los problemas de las predicaciones contra los judíos y los cristianos nuevos, que habían llevado a asaltar las casas de muchos en lugares como Carmona y que el rey estaba intentando sofocar para mantener el reino en paz.

Era tiempo de celebraciones y, aprovechando la ocasión, el rey hizo algunas dádivas a sus consejeros y amigos más cercanos, y a algunos de los que se habían levantado contra su autoridad, que habían vuelto a la obediencia del rey. De éstos, Diego Fernández de Quiñones, el poderoso noble leonés, recibió el título de conde de Luna, y el amigo del rey don Beltrán de la Cueva, el de conde de Ledesma y los ricos señoríos de Mombeltrán y Cabra, además de la tenencia de los castillos de Carmona y otros lugares, lo que le permitía elevarse al rango de los señores más poderosos de Castilla y entrar en el Consejo Real. La mayordomía la dejaba a Andrés de Cabrera, cristiano nuevo, muy afecto al rey. Estos cambios, que el monarca vio como equilibradores entre las camarillas de poder que le rodeaban, tuvieron un efecto muy diferente al que el rey pretendía. Sin saberlo, estaba propiciando el caldo de las envidias que iba a serle servido en los años siguientes del modo más dañino.

Y mientras el pueblo disfrutaba de las justas y de las fiestas y los nobles se apaciguaban, al menos exteriormente, ante el hecho de que el rey hubiera procreado, nadie dudó de la legitimidad de la recién nacida. Era de todos conocido que, aparte del extraño caso de la virginidad de la primera esposa del rey doña Blanca de Navarra, que según se dijo se debió a un hechizo que impidió al rey estar maritalmente con ella y que facilitó el divorcio tras trece años de matrimonio rato, el rey había tenido amores con dos damas: doña Catalina de Sandoval, mujer de vida ligera a la que el rey había acabado nombrando abadesa del monasterio de las Dueñas, y doña Guiomar de Castro, hija del conde de Monsanto, que despertó los celos de la nueva reina, doña Juana de Portugal, que no estando dispuesta a consentir

los amores del rey y la noble dama la golpeó en el rostro con un abanico, en público, con gran escándalo, haciéndole un corte del que brotó mucha sangre y no contenta con esto hizo que el rey la alejara de la corte de modo permanente.

El amor entre el rey y doña Juana había fructificado entonces, y de sus encuentros amorosos de ese tiempo había sido el fruto doña Juana.

—Quiero agua —dijo doña Juana, sacando a doña Cristina de la Maza de su evocación de los recuerdos del nacimiento de su señora.

—Claro, alteza. Me alegra que de nuevo queráis hablarme.

—Disculpadme, amiga mía, pero no me sentía con fuerzas para nada. No sé qué me ha pasado. Era como si la muerte estuviera encima de mí, pero en lugar de llevarme con ella hubiera decidido pasar de largo y dejarme aquí un tiempo más. No entiendo la razón porque estoy más que preparada para partir cuando me quiera llevar.

—Pues a mí me alegra que sigáis aquí, mi señora. Me habéis tenido muy preocupada con ese estado tan extraño en el que estabais, que parecíais oír, pero desde la distancia, como si todo os sobrara.

—Así era. No penéis por mí, doña Cristina. Ya lo habéis hecho bastante a lo largo de nuestra vida. Yo ya no soy más que una vieja reina acabada. Vos debéis de pensar en vos misma. Volved a vuestra Andalucía. Aún tenéis años por delante para disfrutar de nuestra tierra. Sé que vuestros hermanos os esperan con ganas en vuestra casa de Sevilla, y yo os voy a dar licencia para que vayáis ya a su lado, si así lo deseáis.

—No señora. Mientras vos viváis seguiré aquí con vos. No hablemos de esas cosas.

—Pues teníais el rostro iluminado cuando os he hablado. ¿En qué pensabais?

—En los tiempos de vuestro nacimiento, señora. Aquellos hermosos días en que la fortuna parecía sonreiros y los ricohombres del reino os miraban con embeleso.

—¡Cuánto tiempo hace ya, doña Cristina! Sesenta y ocho años. ¿Cómo es que lo habéis recordado?

—No sé. Me vino a la cabeza de repente. Viéndoos tan callada, tan desvalida en el lecho, sin quererlo recordé el tiempo de vuestro nacimiento.

—¡Quién le iba a decir a mi padre que me daba por padrinos a quienes habían de ser mis peores enemigos! El malvado Villena, artífice de mi desgracia y autor del bulo de mi bastardía, y la pérfida Isabel, que debiera haberme servido como a su reina y que en lugar de ello me robó el trono. Y ofició la ceremonia el otro maestro de intrigas, el turbulento arzobispo Carrillo, que primero provocó e incitó a la rebelión a Isabel y luego, cuando se enfadó con ella, fue el defensor de mi causa luchando a mi lado en Toro.

—¡Dios mío! ¡Qué años de locura fueron aquellos! Mi padre no supo asir con firmeza las riendas del poder que tenía en ese momento en las manos, y las dejó ir poco a poco, mes a mes, año tras año. Algunos de los principales nobles fueron intentando recortar cada vez mayores parcelas de poder, y feudalizando Castilla,



tratando de reducir la autoridad real.

»¡Pobre padre mío! Un rey que quería a toda costa mantener la paz entre los suyos cuando todos deseaban guerrear, acabar la reconquista, ganar reinos nuevos, como el de Navarra, que su primera esposa le puso en las manos tras la dudosa muerte de su hermano el príncipe de Viana.

—Vuestro padre fue un gran señor, bondadoso y generoso.

—Sí. Pero debía haber sido mucho más autoritario. Tendría que haberse parecido más a mi primo el rey don Juan II de Portugal, que tras conocer la traición de su primo el duque de Viseu le mandó llamar y lo apuñaló delante de sus consejeros, para que vieran cómo trataba a los traidores, aunque fueran de su propia sangre. Otro gallo nos hubiera cantado si él hubiera tenido la energía para eliminar a los traidores sin contemplaciones.

»La cabeza de Villena debía haber rodado en el cadalso con mucho más motivo que la de don Álvaro de Luna, el valido de mi abuelo don Juan II. Villena, que al fin y al cabo se lo debía todo a su rey, intrigó y dañó el prestigio de mi padre para conseguir lo que ansiaba para él y su familia.

—Sí, mi señora. Ni más ni menos que los maestrazgos de las órdenes militares, y de postre el enlace con la casa real francesa que consiguió para su hijo el joven Portocarrero, a costa de hacer perder al rey de Castilla el reino de Navarra.

—Desde luego, su negociación del arbitraje de Luis XI fue casi un acto de alta traición para con su rey, que si bien le enriqueció fue una terrible pérdida para Castilla y una merma de prestigio para su rey. Su ambición sin límites consiguió la boda con la bastarda del rey de Francia y una pensión de 12.000 doblas. Y poco después, tras un pozo de intrigas, consiguió desposeer a don Beltrán de la Cueva del maestrazgo de Santiago para su ambiciosa persona porque su hermano ya ostentaba el de Calatrava. Y pensar que sólo unos años atrás había sido un advenedizo paje de don Álvaro de Luna.

—Sí. Pero muy listo. Sobrevivió a su señor y se hizo el más rico e importante prócer del reino, pero su sed de poder no tenía límite. Quería ser el rey *de facto* y que mi augusto padre no fuera sino una marioneta que dijera a todo que sí.

—Supo planificar bien sus intrigas. Primero, casándose con una hermana del conde de Benavente consiguiendo así la alianza del muy poderoso señor don Rodrigo Pimentel, y luego manteniendo con el arzobispo de Toledo y con el conde de Haro una alianza que era como una tenaza que les permitía controlar muchas rentas y territorios.

—El rey no quiso o no supo ver lo peligroso que era para él Villena.

—Yo creo que sí lo vio. Precisamente por tiempos de mi nacimiento intentó apartarle del poder, y creó una camarilla de fieles leales que recibieron honores y mercedes para contrarrestar a los otros. Eran don Beltrán de la Cueva, don Gómez de Solís, el apuesto caballero de Cáceres que recibió el maestrazgo de la orden de Alcántara, Miguel Lucas de Iranzo, adelantado de la Frontera, y otros más.

—Les encumbró para que luego le traicionaran.

—No todos lo hicieron. Miguel Lucas nunca hizo nada contra él, y don Beltrán de la Cueva tampoco. Pero así es la vida, doña Cristina. Un rey no puede ser bueno. Tiene que ser justo y la justicia pasa por su administración sin contemplaciones. Los nobles nunca deberían haber sido capaces de contestar como lo hicieron la autoridad real. Mi querido padre no supo o no pudo afrontar su deber de meterles en cintura.

—No era fácil hacerlo, alteza.

—No. No he dicho que lo fuera. Sólo que había que hacerlo. Parece mentira lo que inventaron, lo que intrigaron para conseguir los beneficios y territorios que deseaban. No les importaba nada el reino ni el rey. Sólo su interés. Villena fue un verdadero monstruo que envenenó a los nobles de Castilla y les alejó de mí por su mera conveniencia. Incluso impidieron con sus intrigas que mi padre llegara a ser rey de Navarra y príncipe de Cataluña.

»Villena y Carrillo eran dos grandes intrigantes, pero el primero lo hacía por su inmensa ambición personal mientras que el segundo era arrastrado por la extraña avidez de sentirse el árbitro de la vida política de la nación. El rey hubiera podido reconducir a Carrillo solo porque en el fondo tenía nobleza de espíritu, pero con Villena al lado aquello era imposible.

»Y eso a pesar de que al menos tras mi nacimiento mi padre intentó hacer bien las cosas. Convocó las Cortes en Madrid y en la hermosa ciudad de Toledo en ese año de 1462, para que me jurasen las ciudades y los nobles y prelados del reino, cosa que no se había hecho antes, cuando mi padre había designado heredero a su hermanastro don Alfonso.

—Es que él siempre confió en tener hijos propios, alteza.

—Así es. Aunque en el reino muchos creyeran que ya no iba a conseguirlo. Además, se sintió más firme cuando a los pocos meses la reina quedó encinta de nuevo.

—Sí, alteza. El infortunado asunto del accidente que sufrió vuestra madre la reina doña Juana alteró muchos destinos.

—Es asombroso que un rayo de sol en un cristal de su toca le incendiara el cabello.

—Lo terrible fue el susto, que le provocó un parto prematuro.

—Un niño varón que nació muerto. Cuántas veces me habré planteado que habría pasado si mi hermano hubiera vivido. Sin duda nadie hubiera osado dudar de él. Los nobles habrían aceptado un varón sin rechistar. Habría sido Enrique V o Juan III, y nunca hubiera habido la guerra que sucedió a la muerte de mi padre, ni vos y yo hubiéramos acabado aquí, en este palacio de Lisboa que mira al inmenso y hermoso río Tajo.

—No era ese el destino de aquel malogrado príncipe, ni el vuestro ser libre, alteza.

—Es asombroso cómo tantos de los que me juraron entonces luego se desdijeron.

En mi azarosa vida he aprendido a desconfiar de la mayoría de las lealtades inquebrantables. La prueba es que sólo me quedáis vos al lado, mi única y fidelísima amiga. Las promesas de fidelidad que tantos me hicieron se las llevó el viento cuando lo consideraron menester. Así son los poderosos de la tierra; gente muchas veces pequeña de espíritu, sólo pendientes de sí mismos y de engrandecer sus estados. Ellos sólo ansían el poder y la tierra. No tienen tiempo para la fidelidad, la devoción ni la entrega incondicional. Ésta corresponde al pueblo. El pueblo llano sí que se da, y ama y odia con la misma fuerza que sus reyes. Por eso hay una especial vinculación entre soberano y pueblo que está por encima de todo y que los ambiciosos que buscan el poder muchas veces no pueden romper sino a costa de grandísimos esfuerzos y alto coste, y eso siempre en detrimento de su honra y la de la nación.

—Así es, mi señora.

—¿Qué creéis, doña Cristina, que mueve a actuar así a los que todo lo recibieron de los reyes?

—Hoy en día la ambición, señora. La ambición de tener más y el deseo de emular el poder de los reyes. Mirad el ejemplo del arzobispo Carrillo, o el todavía más ambicioso y ladino cardenal Mendoza, que gustaba ser llamado el tercer rey de Castilla, por no mencionar al monstruo de Villena. Son ambiciosos de poder capaces de todo con tal de subir un escalón en la corte y tener más estados. Su sed de poder es una enfermedad incurable que sólo la muerte cura, cuando les muestra que no pueden partir con sus tesoros al otro mundo.

—Pues yo voy ligera de equipaje, amiga mía —dijo la reina con una de sus poco frecuentes sonrisas que iluminó por un momento su rostro con el recuerdo de su dulzura y su belleza de antaño—. Fui señora de un reino, y hoy sólo poseo algunas fincas y casas en Portugal, aparte de unos cajones de monedas de oro que me dejaron los anteriores reyes portugueses y algunas joyas, como esta rica cruz que deseo os quedéis cuando yo muera.

—¡Dejad eso de lado señora! Sabéis de sobra que no me gusta hablar de muerte. Soy andaluza y los andaluces amamos la vida. De la muerte que se ocupe el que venga detrás.

—Me hace gracia que actuéis como cuando éramos niñas, doña Cristina. Siempre rechazando lo que no os gusta de modo tan visceral.

—Ya sabéis como soy, alteza. Siempre llamo a las cosas por su nombre, pero si hay algo que no me gusta es hablar de la muerte. Considero que da mal fario.

—Sois imposible, amiga. La muerte es una constante. La vida es cercanía de la muerte; juego con ella. Cada día nos acecha la muerte de mil modos, aunque muchas veces no nos damos cuenta.

—Yo no lo veo así, alteza. Para mí la vida es respirar el aire puro y disfrutar del tiempo que Dios nos ha dado conforme a nuestras obligaciones, con alegría y resignación.

—En otro tiempo no hubierais hablado así.

—En otro tiempo era joven y deseaba tantas cosas que ya no son posibles...

—También yo las deseé. Amar a un príncipe poderoso, ser querida por mis súbditos, tener hijos que engrandecieran la corona que yo les aportara; ser feliz en mi tierra castellana.

—Habría sido tan hermoso, alteza. Hubierais sido una excelente reina para Castilla. Tenéis todas las virtudes necesarias para ello. Inteligencia, firmeza, sutilidad y buen criterio. Habríais sido muy querida.

—Yo también lo creo así, doña Cristina. Nunca hubiera hecho las barbaridades de los «Católicos». Empobrecieron el reino con la expulsión de los judíos y lo ensombrecieron con las quemas de la Inquisición.

—Sus defensores dicen que eran necesarias para mantener la unidad religiosa.

—Para mantener la unidad religiosa bastan la virtud, el buen gobierno y mano izquierda. Nunca hizo mal a Castilla la presencia de minorías de moros ni de judíos. Hemos vivido siete siglos en una tierra en que cristianos, moros y judíos aprendieron a convivir entre la guerra y la paz. Sólo había que haber frenado las prédicas contra ellos que se hicieron desde algunos púlpitos demasiado celosos de la riqueza, la bondad y la virtud de aquellos judíos que habían sabido sobrevivir y enriquecerse con sus buenas transacciones, que al fin y al cabo les beneficiaban a ellos, pero también al reino. ¡Qué estúpido es expulsar del país a la gente más productiva!

—Cierto, alteza. Fue un gran error.

—Eso creo yo. Por poner un ejemplo, qué empobrecedor que resulta para el reino impedir que vuelva a producirse un ensamblaje tan perfecto y espléndido como fue la escuela de traductores de Toledo de Alfonso X el Sabio; sabios árabes y judíos traduciendo los textos de los filósofos griegos de la antigüedad y de los árabes del siglo de oro califal, así como los mejores tratados de saber judíos.

—¿Qué hubierais hecho vos, alteza?

—No lo sé, pero nunca los habría expulsado de Castilla. Y a ciencia cierta, jamás habría permitido que mi corona pasara a un rey extranjero como ese Carlos I y V que ha destruido todas las instituciones castellanas, incluidas las cortes. Probablemente me hubiera casado con el rey de Portugal, para seguir con una alianza tradicional que fusionara los dos reinos peninsulares y fortaleciera la proyección atlántica de Castilla. Justo lo contrario de lo que pasó con el matrimonio con Fernando de Aragón, que subordinó la política castellana tradicional a la política aragonesa de predominio en el Mediterráneo.

—Las cosas hubieran debido ser muy diferentes.

—Sí, muy diferentes. Incluso en la conquista de Granada se portaron como traidores con el soberano que al fin y al cabo les había entregado su reino. En lugar de permitirle vivir en el marquesado que le otorgaron, le forzaron poco después a irse a África con su familia, a un exilio que no deseaba.

—Alegaron que era por prudencia.

—¡Qué absurdo! ¿Qué se puede temer de un soberano que entrega el reino sin

luchar? Nada. Absolutamente nada. Si cuando tiene el poder no lo ejerce, entonces ¿cuándo lo va a hacer?

—Viéndolo así, tenéis razón.

—Pues claro, doña Cristina. Boabdil hubiera sido un lustre en su corte, y siempre habría sido un fiel aliado capaz de controlar a los moriscos.

—A mí lo que me dolió en el alma, alteza, fue la destrucción de la magnífica biblioteca de los reyes de Granada por el fanático arzobispo que nombraron los reyes. Fue una pérdida irremplazable y un acto de barbarie inútil.

—Me gusta ese lado renacentista vuestro, doña Cristina. Sois la dama más letraherida que conozco, y siempre me ha sorprendido que leyeráis tanto en castellano como en latín e inglés.

—Ya sabéis que el latín lo aprendí en casa de mi padre con el preceptor de mi hermano, al que adelanté enseguida. El castellano lo leo con avidez porque así cada vez que tengo en mis manos un texto en nuestro idioma es como si tuviera un pedazo de nuestra tierra en este exilio, y el inglés lo aprendí aquí, en Portugal, con doña Ana de Alencastre, esa medio princesa de carácter triste que estuvo con nosotras en los dos años que vivimos en el austero convento de las Clarisas de Santarém y a la que vos no apreciabais demasiado.

—Sois muy generosa con ella. La detestaba. Era una intrigante de lo peor y malmetía a la reina y las infantas portuguesas contra mi real persona.

—Siento disentir, alteza, pero doña Ana nunca habló mal de vos. Fue esa arpía de la superiora, que Dios haya castigado con las penas del infierno, la que os hizo ver que ella era vuestra enemiga cuando jamás tuvo nada contra vos, sino más bien os admiraba.

—Ésa es una discusión antigua ya, y me hastía.

—Tenéis razón. Además, hace ya casi veinte años que murieron las dos y no merece la pena alterarse por algo que no va a variar porque se cambie de opinión. Las dos van a seguir igual de muertas.

—¡Tenéis unas cosas, doña Cristina!

—Así, es señora. ¿Qué más da lo que pensáramos en el pasado? La realidad es que el pasado es inmutable. Sólo nos queda este trocito de presente.

—Sí —dijo doña Juana con humor—, porque lo que es el futuro lo tenemos algo negro.

—¡Ay, señora! No quería decir eso.

—Lo sé, amiga mía. Pero ésa es la verdad. No creo que vayamos a durar ya mucho más. El tiempo se pasa y a cada día se nos va un poco más de vida. Vos estáis más fuerte. Vuestro vaso tiene aún líquido, pero el mío está ya casi vacío.

—Eso sólo lo sabe el Señor, alteza. Nuestros días son los que Él disponga, ni uno más ni uno menos. Lo mismo que nuestros destinos. Nuestra voluntad nada puede sino aceptar y sobrellevar lo mejor posible las cargas que nos han puesto sobre los hombros.

—Pesadas cargas, amiga mía. Muy pesadas y duras las que en Señor nos ha destinado. Ni siquiera vos que lo habéis vivido a mi lado podéis comprender en toda su profundidad la frustración de no poder realizar la alta tarea para la que nací. No creo que haya nada peor que nacer destinado a una gran corona y no poder llevarla por culpa de otros.

—En eso tenéis razón, mi señora. Yo nunca podré llegar a imaginar lo que eso ha supuesto para vos. Pero os aseguro que he sufrido con vos lo increíble viendo cómo os retorcíais de dolor y de rabia mientras vuestra tía reinaba en vuestro lugar.

—Eso es lo único que nunca cesa, amiga mía: el dolor, ese dolor que me ha tenido postrada tantas veces y que es como un puñal que se me clava en el alma y me quita hasta la voz. Pero ya me siento mejor —dijo, incorporándose—, y creo que va siendo hora de que vos vayáis a descansar un rato. Habéis estado demasiado tiempo a mi vera en esa incómoda silla, y necesitáis echaros y descansar en una cama.

—Estoy bien, señora.

—Mejor estaréis después de dormir como la señora que sois. ¡Id con Dios, doña Cristina! De verdad que ya me siento mucho mejor.

La dama la miró y comprendió que la reina tenía razón. Estaba exhausta. No en vano también tenía muchos años.

—Me retiro entonces con vuestra venía, alteza.

—La tenéis. Me habéis dado de nuevo la vida con vuestros cuidados. Me asombra la paciencia que siempre tenéis conmigo y cómo me comprendéis sin palabras. En verdad, sois el único afecto verdadero de toda mi vida que me resta. Todos los demás me abandonaron o han muerto.



## Capítulo III

### Las primeras sombras

El convento de las Clarisas de Lisboa estaba alegre. Eran las fiestas de la Asunción y las monjas lo celebraban con gozo. Incluso la reina doña Juana, que había ido a visitarlas para la ocasión, se había contagiado del ambiente, y participó con alguna que otra sonrisa de los inocentes juegos en que se solazaban las monjas, comió un par de yemas bien azucaradas y estuvo amable con todas las religiosas que se acercaron a ella.

El claustro del convento era un lugar espacioso, con una fuente en medio y unos arriates plantados de alegres flores que rompían la rigidez de la clausura. Tenía unas hermosas columnas con capiteles y arcos góticos que le daban un aire noble, y las bóvedas se sostenían por nervaduras de piedra que remataba un florón central.

Doña Juana estaba sentada al sol en un rincón, dejando que los rayos del astro celeste calentaran sus cansados huesos. A sus sesenta y ocho años, una edad más que venerable que muy pocas personas alcanzaban, se sentía como una verdadera anciana.

En los últimos días parecía que su carácter, siempre fuerte y rápido en el exabrupto cuando la molestaban, se hubiera dulcificado. Era como si de modo sutil, sin más razón aparente que el mero paso de los años, las cosas del mundo estuvieran comenzando a dejar de importarle. Incluso su odio, ese odio a la familia de su tía y madrina la usurpadora reina Isabel que siempre la había acompañado como el amigo más fiel, parecía estar enfriándose como si tan sólo fuera un lastre. Para doña Juana aquello era una sensación nueva, casi como una liberación, pero no había meditarlo. Se dejaba fluir con la vida y sentía agradecida el calor de los rayos del sol que esa mañana la reconfortaban y le daban energía.

¿Estaría ablandándose al final? Probablemente era eso, pensó con indiferencia. Estaba entregándose antes de morir. Estaba comenzando a abandonar la vida, y con ella estaban soltándose las ataduras que habían sido sus salvavidas durante los últimos cincuenta años. ¡Qué más daba ya! Sus enemigos, como la mayoría de sus amigos, eran cadáveres que hacía muchos años se pudrían en sus tumbas. *Sic transit gloria mundi.*

¿Ahora a quien le importaba su vida? Sólo a doña Cristina de la Maza, concluyó, y quizá también a su joven paje Javier Murillo, que estaba con ella desde su infancia y les había alegrado con sus salidas y ocurrencias en los últimos años.

Para la mayoría de la gente había muerto muchos años atrás, cuando entró en el convento. Y aquel día, por primera vez en tantos años, sentía que no le importaba tanto que la hubieran olvidado. Casi le resultaba dulce el olvido que le permitía soltarse de las ataduras de la vida. Un olvido que arrancaba de acontecimientos nebulosos al poco de su nacimiento; acontecimientos que hicieron al rey desconfiar

de la lealtad de sus consejeros y debilitaron su posición.

Y mientras doña Cristina se distraía mirando los juegos de las monjas, la reina doña Juana se puso a recordar. Era algo que le pasaba cada vez más a menudo. El pasado la asaltaba por sorpresa.

¡Como si rememorarle fuera a cambiar algo! No era así, pero no podía evitarlo. Su mente se iba sin quererlo hacia atrás, y ella se dejaba ir. Quizá la recurrencia de esos retornos al pasado estuviera en el hecho de que nunca acabó de asumir como habían ocurrido las cosas.

Desde luego, el origen de todos sus dolores, de todos los males que luego habían de sucederse, estaba en el malvado don Juan Pacheco, marqués de Villena. Eso lo sabía ella con certeza porque su temprano calvario comenzó cuando el intrigante marqués cometió la primera de las traiciones, la que acabaría llevando tiempo después a poner en duda su legitimidad. Y eso fue apenas dos meses después de su nacimiento.

El rey había ordenado el juramento de la princesa en Cortes, y éste debían prestarlo los procuradores de las ciudades, los nobles y los prelados los días 8 y 9 de mayo de 1462 en Toledo. La ceremonia se había llevado a cabo, según parecía, con la solemnidad requerida. Alonso Carrillo, como arzobispo de Toledo y primado de Castilla, la sostuvo en sus poderosas manos ante los procuradores y nobles, que debían pasar ante ella, en presencia del rey y la reina, y jurarla.

Evidentemente ella no podía recordar nada de aquello, ya que sólo tenía dos meses, pero se lo habían contado sus ayas muchas veces y por eso sabía lo que había acontecido como si lo hubiera retenido con sus ojitos. Hubo pugna entre los procuradores de Toledo y Burgos, como era habitual en Cortes, por la primacía en realizar el juramento, pero el rey zanjó la cuestión haciendo que se anteciedera a las dos la ciudad de Segovia, que le era muy cara.

Esa solución salomónica fue aceptada por todos, y Segovia fue la primera en jurarme como heredera; luego siguieron las demás ciudades con derecho a voto en Cortes, los obispos, y finalmente los nobles, entre los que estaban el marqués de Villena y los condes de Benavente, de Haro, de Paredes, de Ledesma, de Medinaceli y de Plasencia, el marqués de Astorga, el de Santillana y los Maestres de las órdenes de Calatrava y Alcántara, y otros nobles y ricohombres del reino.

Parecía que todo estaba bien, que todos acataban las órdenes del rey y estaban contentos con la jura de la heredera, pero eso sólo era mera apariencia. El marqués de Villena estaba preparando una nueva intriga, esta vez contra el corazón del rey y el posible acceso al trono de mi persona. Sabe Dios lo que le bullía en el espíritu cuando levantó su primera terrible maquinación contra mí.

El caso fue que el día anterior a la jura había convocado en secreto a un notario y testigos, declarando que se veía forzado a hacer el juramento «porque si no lo hiciera serían en peligro su persona y estado, su hacienda, su patrimonio, sus dignidades y su honor». Además de lo anterior, que a todas luces era falso ya que contaba con el

profundo afecto del rey, que de hecho le había apreciado siempre demasiado, añadía que levantaba acta de nulidad —era lo que pretendía ser este documento— en la cual alegaba que no deseaba perjudicar en la sucesión de los reinos a aquellos que tenían derecho a ella.

El documento era difuso y no determinaba ni la persona que tenía mejores derechos al trono ni los motivos por los que no deseaba jurar, salvo que probablemente prefiriera en ese momento que el heredero fuera el príncipe Alfonso, hermanastro de mi padre, en lugar de una princesa como yo. Pero este documento daría que hablar casi inmediatamente.

El acta de nulidad secreta no lo fue tanto porque al día siguiente del juramento se adhirieron el conde de Medinaceli y el de Plasencia, lo cual contrarió profundamente a mi regio padre cuando se enteró de la intriga.

Indignado contra su ministro, del que no esperaba tal felonía, Enrique IV decidió apartar a Villena del Consejo Real y ordenó que me jurasen como heredera todos los nobles que no habían estado presentes en las Cortes de Toledo; fue un acto de fuerza, pero en ese momento tuvo su primera actitud defensiva, cuando intuyó que iba a tener que luchar contra muchos para hacer valer mis derechos al trono.

Él, que odiaba las intrigas y que era un hombre bueno y justo, se vio metido en un auténtico avispero que habría de durar años, hasta su misma muerte; y aún no lo sabía, pero le iban a forzar a muchas claudicaciones y negociaciones en las que de un modo u otro su prestigio siempre acababa saliendo debilitado, hasta que decayó por completo.

Muchas veces se había hecho doña Juana una pregunta que jamás se permitió formular en voz alta ante nadie: «¿Fue mi padre un buen rey?».

Desde luego, un buen padre sí procuró serlo. Forzado en una y varias ocasiones a postergar sus derechos hereditarios por la presión de los nobles, siempre, incluso en el lecho de muerte, intentó devolverle lo que era suyo, el derecho a reinar, pero no lo hizo bien. Y como rey tampoco fue un dechado de virtudes. Le faltaron lucidez a la hora de elegir las personas de su entorno y carácter para librarse de los que ensangrentaban su reino y manchaban su nombre.

Ella recordaba su figura alta y desgarbada, el rostro afable que la miraba con cariño, casi de modo infantil. En su padre había un algo de niño que nunca perdió, un cierto desvalimiento que pudo ver cuando encajaba las traiciones de quienes debieran haberlo dado todo por él. A pesar de su gran tamaño, no tenía un porte regio, y su indecisión incluso cuando tenía las mejores bazas le llevó a perder la partida final con los que intrigaron contra él. Debió de ser triste ver cómo sus deseos eran una y otra vez postergados y cómo cada vez era menos respetado.

Pero en ese tiempo yo no me enteraba de nada. Era una niña que crecía feliz, arrullada por mis ayas y recibiendo las carantoñas de mis padres los reyes, que estaban pendientes de mis menores gestos. Quién me iba a decir a mí que aquellos primeros cinco años de mi vida iban a ser los únicos de verdadera tranquilidad,

viviendo cerca de mis padres y rodeada de personas que me tenían afecto verdadero. Inocente, fuerte y sana crecí, para desesperación de muchos que veían con el paso del tiempo que la princesa que no deseaban iba a vivir y que, tras el nacimiento prematuro de mi hermanito por el accidente de mi madre, la reina no volvía a quedarse embarazada.

Yo, mientras tanto, disfrutaba de los cuidados de todos e iba con mi padre y mi madre allá donde se dirigiera la Corte, que en esos años itineraba por las ciudades de Castilla. Tengo vagos recuerdos de algunos lugares, como Segovia, cuyo imponente alcázar quedó grabado en mi memoria infantil y que luego siempre me resultó familiar y confortable, o el monasterio de Guadalupe, con sus impresionantes torres, sus magníficas puertas de bronce, su hermoso claustro y la riqueza del templo, que seguía creciendo por las cuantiosas donación reales. La virgen de Guadalupe, que tanta devoción despertaba en mi padre, también ha sido siempre muy venerada por mí, y su rostro moreno, que ordené reproducir en una imagen hermosa que guardo con especial veneración, ha escuchado mis cuitas muchas veces. Aunque estuve allí con él, sólo tengo vagos vislumbres de ello, que en parte pueden ser sólo el intento de creer recordar un lugar por las descripciones de que del mismo tenemos, descripciones que nos hacen verlo con los ojos del espíritu.

Yo no lo sabía entonces, pero mi padre estaba luchando a brazo partido y perdiendo una batalla tras otra con sus taimados ministros, que intentaban sacar tajada de cuanto bueno aconteciera en el reino y le echaban las culpas de todo lo malo.

Expulsar de su Consejo Real al marqués de Villena, Juan Pacheco, mostró ser peor que tenerlo allí. Como intrigante nato que era, manipuló a su placer las declaraciones de rey al respecto de diversos asuntos, e incluso osó llevar a la Santa Sede una protesta formal porque el maestrazgo de Santiago hubiera sido dado a don Beltrán de la Cueva, alegando como razón no la verdadera —que lo deseaba él—, sino que el rey Juan II se lo dejaba en su testamento al infante don Alfonso.

Las intrigas se sucedieron, porque lo que el marqués deseaba era regresar al Consejo Real y seguir siendo el poderoso ministro que hablaba en nombre del rey, aunque fuera en su contra, y si para ello tenía que humillar, dañar, forzar, mentir o sobornar, pues bueno, así era el poder. Mi padre hubiera debido aprender mucho más de él.

Desgraciadamente, para compensar el poder de Villena, mi augusto padre también hubo de ceder nuevas parcelas de soberanía real y tierras con muchos vasallos para conquistar a la caterva de buitres que eran los nobles que intentaban medrar a su alrededor. Aquellos primeros años tras mi nacimiento supusieron un giro en el reinado de mi padre. De ser un rey más o menos acertado hasta entonces, comenzó a ser un monarca superado continuamente por los acontecimientos, que se equivocaba al tomar decisiones importantes y que, desde luego, muchas veces actuaba en contra de sus propios intereses sin tener porque hacerlo, incluso en contra de la correcta

opinión de sus consejeros que le pedían que tuviera mano firme con los rebeldes y traidores.

Una de sus decisiones de ese año de 1462 fue el establecimiento del tribunal del Santo Oficio, la Inquisición de terrible fama, que luego habría de ser un verdadero instrumento de persecución de los judaizantes y conversos y que actuaría muchas veces basándose en falsas acusaciones de envidiosos y maldicientes. Y mientras se agudizaban los conflictos con la minoría más rica del país, que eran los judíos, se debilitaba la moneda, produciéndose la devaluación del Enrique casi un veinte por ciento, y las cortes protestaban por los constantes recursos a gastos extraordinarios. El descontento se extendía por el reino, que veía cómo Pacheco se enriquecía sin que el rey pusiera freno a su desmedida ambición. Pero si el año de 1462 fue malo, se salvó con la toma de Gibraltar y de otras plazas como Marchena, de la frontera del reino de Granada. El jovencísimo Rodrigo Ponce de León, hijo del conde de Arcos, consiguió Gibraltar con el apoyo del duque de Medina Sidonia que intentó mantener la ciudad en sus manos. El rey trató de imponer su autoridad, afirmando que Gibraltar nunca saldría del dominio real, pero entregó la tenencia de su fortaleza al duque de Medina Sidonia, lo cual suponía cederle la jurisdicción, mientras que Marchena se cedía al conde de Arcos como señorío.

El año siguiente fue terrible para su prestigio. Mi padre perdió definitivamente la corona de Navarra por culpa de Pacheco y Carrillo, sin mayor justificación que un arbitraje del rey francés que lo único que hizo fue favorecer a su cuñado Gastón, conde de Foix, en su pretensión al trono de Navarra, a cambio de unas merindades y una indemnización que nunca llegaron a pagarse. Mala cosa que un rey se deje engañar por otro que, además, pretende ser su amigo, como era el Luis XI de Francia. Las consecuencias serían importantes. En adelante Castilla dejaría de tener a Francia por segura aliada; aunque los dos monarcas se reunieran y sellaran la paz y la alianza, lo que hacían era más bien sellar la nueva frialdad que se instaló entre ellos. En adelante, Enrique IV tornaría sus ojos a Portugal e Inglaterra. Para aumentar el daño al prestigio de mi padre, se produjo un hecho vergonzoso, vinculado al anterior: el abandono de los catalanes como consecuencia de las intrigas de Pacheco y Carrillo, que de nuevo habían pactado con el rey de Aragón, don Juan II, un suculento premio a cambio de la retirada del apoyo castellano.

¿Qué había sido de aquel Enrique IV del que todos esperaban tan grandes cosas, incluso el final de la reconquista? Diez años después de comenzar su reinado lo único que había conseguido era conquistar algunas plazas de Andalucía, enajenar muchas rentas de la corona para favorecer a sus nuevos amigos y ministros, y minar las bases de su poder.

Y es que en verdad se puede decir que en ese tiempo surgieron dos bandos poderosos que decididamente iba a representar las dos tendencias en el gobierno del reino. El primero buscaba el total debilitamiento de la autoridad real, y lo componían Pacheco, Carrillo y sus aliados las casas de Acuña, Carrillo de Albornoz, Manrique,

Pimentel y Girón.

Frente a ellos estaba la poderosa casa de Mendoza que comandara el famoso don Íñigo, marqués de Santillana, autor del *Doctrinal de Privados* en el reinado anterior, y que contaba con una generación de señores importantes, el nuevo marqués de Santillana, Don Diego Hurtado de Mendoza, el obispo de Calahorra, don Pedro González de Mendoza —futuro cardenal de España—, y los poderosos condes de Coruña y de Tendilla, además de don Beltrán de la Cueva, conde de Ledesma, que había casado con una hermana de los anteriores. Los Mendoza buscaban enriquecerse, pero fortaleciendo la autoridad real.

Eran dos partidos, dos modos de ver la vida que iban a enfrentarse de mil modos en los años sucesivos. Los demás nobles se acercaban a uno u otro bando según su conveniencia, haciendo de la Castilla de entonces un verdadero hervidero de intrigas palaciegas, de conspiraciones nobiliarias, de alianzas y contra alianzas, que hicieron a regiones enteras alzarse en armas a favor de uno u otro señor sin que el rey pudiera muchas veces hacer nada sino intentar sin éxito apaciguar los ánimos, cosa que sólo conseguía con nuevas donaciones de vasallos y villas que debilitaban aún más su posición.

—Os veo muy concentrada señora —dijo doña Cristina con la mejor de sus sonrisas—. Dejad ese ceño y disfrutad del agradable día. Mirad, la infanta doña María, que también ha venido a la fiesta de las monjas, se acerca a saludaros.

—¿Cómo estáis, niña? —preguntó la reina mirando a la jovencísima infanta que estaba ante ella y que había acudido al convento a hacer entrega de unos regalos a las monjas. Sabiéndola allí, no había querido dejar de saludar a la legendaria reina de Castilla, a la que apreciaba y visitaba de vez en cuando en su palacio y a la que admiraba por su vida novelesca.

—Muy bien, señora. Mi padre el rey don Juan III me pidió que os saludara, e iba a haceros una visita después en vuestra morada del castillo de San Jorge. Así que me habéis evitado el paseo, aunque disfrutar del río desde vuestro mirador es algo que produce un gran placer. Tenéis mejores vistas que nosotros en palacio.

—¡Qué cosas decís, niña! Venid cuando queráis. Ya sabéis que os aprecio y me agrada vuestra compañía.

—Pues os visitare la semana que viene, y decidle a esa cocinera extremeña vuestra que prepare un de esos guisos suyos tan sabrosos.

—Lo haré con gusto. Sólo hacedme saber el día que deseáis venir con algo de tiempo.

—Pues el martes, si os va bien.

—El martes entonces os espero.

—Sí, doña Juana. Por cierto, no debo olvidarme. Tengo un presente de mi augusto padre el rey para vos. Me dijo que os entregara esto.

La infanta le tendió un riquísimo mantón de seda oriental negra, toda bordada del mismo color con meticuloso trabajo. Era una verdadera obra de arte llegada de

Oriente.

A doña Juana la halagó que don Juan III se hubiera acordado de ella, y contuvo la emoción que luchaba por mostrarse en su rostro mientras observaba la rica factura de la pieza cuyo bordado perfecto era igual por ambos lados, cosa que sólo se da en los mantones más preciosos.

—Agradecédselo mucho de mi parte, hija mía. Me ha dejado sin palabras la belleza del trabajo. Siento no poder mandarle ningún obsequio ahora, pero decidle que le envíe todo mi afecto.

—También me pidió que os diera este rosario bendecido por el Papa.

Doña Juana abrió una caja de marfil con las iniciales de Cristo y las armas papales y las de Portugal, y se quedó sorprendida de la riqueza del trabajo. Era un rosario de cuentas de marfil talladas en forma de flor, engarzadas en oro, separados los misterios por unos rubíes orientales. La cruz que colgaba era de la mejor factura de los talleres reales y tenía esmeraldas y rubíes engarzados y un diamante en el centro.

—Me dejáis anonadada, hija. Es realmente un rosario precioso, además de muy valioso.

—Me alegra mucho que os guste. Os confieso que yo fui quien sugirió al rey que el rosario os encantaría. Me alegra haber acertado.

—Tenéis muy buen gusto, querida niña —dijo con velada emoción en la voz, porque no estaba acostumbrada a recibir tan ricos presentes y sin motivo desde hacía muchos años—. Rezaré por vos.

—Os lo agradezco mucho, señora. Así pues, os dejo, y el martes iré a almorzar con vos.

La infanta hizo una graciosa reverencia ante la reina de Castilla y se retiró con sus damas, que se inclinaron ceremoniosamente ante doña Juana.

—Simpática, niña. —Doña Juan sonreía mientras la veía alejarse.

—Sí, alteza. Simpática y cortés —asintió doña Cristina—. ¡Qué precioso rosario os ha regalado! ¿Me permitís verlo de cerca?

—Pues claro, amiga mía. Si os gusta, también os lo dejaré cuando falte.

—Ya empezáis de nuevo, señora. No lo he dicho por eso.

—Lo sé, doña Cristina, lo sé. Vos sois lo mejor que me ha pasado en la vida. Justo antes de que me sacarais de mi ensoñación estaba rememorando las discordias que llevaron a mi padre a la debilidad tras mi nacimiento.

—Os habíais ido muy atrás de nuevo.

—Pues sí. Imaginaos si me había ido atrás. Hasta el año de 1464, que fue decisivo por muchas razones para mi futuro y el del reino. El conde de Ledesma don Beltrán de la Cueva, el condestable Miguel Lucas de Iranzo, el Maestre de Alcántara don Gómez de Solís, el prior de San Juan don Juan de Valenzuela... ninguno fue capaz de frenar las intrigas de Villena, que conspiró como un verdadero maestro. Y eso que el Consejo Real contaba entonces con un nuevo miembro, Lope de Barrientos, obispo

de Cuenca, un hombre de firmes decisiones que quería luchar por restablecer el prestigio del rey.

—Fue un tiempo sombrío.

—Fue algo más que sombrío, mi buena doña Cristina. Fue nefasto. Pacheco llegó, incluso, a intentar el secuestro de los infantes Alfonso e Isabel, que deseaba tener bajo su custodia para forzar al rey a admitirle de nuevo en el Consejo; también hubieran sido instrumento valioso en sus pretensiones de conseguir como fuera el maestrazgo de Santiago.

—Mi padre, el conde de Arenales, siempre decía que no era capaz de comprender por qué aceptó vuestro augusto progenitor el chantaje de Villena y los suyos, aquel llamado «alegato de Burgos», que venía a ser una especie de manifiesto de oposición de los nobles viejos del reino a los nuevos consejeros.

—Tampoco yo lo he entendido nunca, amiga mía. Porque, además, en el maldito documento se incluía un último punto que me afectaba expresamente, pues por primera vez se negaba por escrito mi legitimidad. Se intentaba usar esa ilegitimidad inventada por Villena como arma para dañar tanto a mi madre la reina doña Juana como el prestigio de mi padre en el reino, que quedaba como cornudo, o peor, como consentidor.

—Debiera haberlos prendido a todos, alteza.

—En ese tiempo, desde luego hubiera podido hacerlo. Tenía al pueblo y a las ciudades a su lado. En lugar de rechazar el documento de plano y presentarles inmediata batalla que de seguro hubiera ganado, se dispuso a negociar con los rebeldes infames y calumniadores, lo cual no hacía sino disminuir su prestigio y menoscabar su honor. Nunca entendí por qué no les plantó cara. Él siempre intentaba defender la paz y las vidas de sus súbditos, pero esa defensa a ultranza le costó demasiado caro porque con su honor se atacaban el de mi madre y el mío.

—Es famosa la frase que le dijo el obispo de Cuenca en Valladolid cuando supo que el rey no iría a la guerra: «quedaréis como el más abatido rey que hubo en España y habréis de arrepentiros cuando no aprovechare».

—Sí, doña Cristina. Nunca la olvidaré, porque para mi desgracia tuvo algo de profeta. Tenía razón el obispo. Pronto se vio el alcance de las pretensiones de los nobles que encabezaba Villena: el arzobispo Carrillo, como no, su hermano el conde de Buendía, su primo el duque de Huete don Lope Vázquez de Acuña y Carrillo de Albornoz, el almirante don Fadrique Henríquez, el conde de Plasencia y el de Alba de Tormes, amén de la casa de Manrique, que representaban el poderoso don Rodrigo, conde de Paredes, don Gabriel, conde de Osorno, y don Íñigo, el temible e influyente obispo de Coria.

—Seguían a Villena por sus intereses respectivos, alteza.

—Pues claro, doña Cristina. Siempre pretendieron sacar ganancias de sus negociaciones con mi padre y bien que lo consiguieron en tantas ocasiones. Se acostumbraron pronto a aceptar las dádivas reales, para luego traicionar casi



inmediatamente al que se las daba.

—Lo peor fue que firmara el absurdo Pacto de Cigales. Ese pacto que es el origen de toda vuestra desgracia porque suponía que vuestro padre aceptaba como sucesor al infante don Alfonso de nuevo, si bien éste debería casarse con vos. Era su modo de daros el trono.

—Siempre he creído que puso buena voluntad en ello. Le pareció que de ese modo se evitarían las luchas, pero no conocía bien a los que se enfrentaba, o era demasiado inocente. Y les entregó lo que deseaban más, que era la custodia de don Alfonso, lo cual marcaba el triunfo del conspirador marqués de Villena, porque le permitía recuperar un puesto en el Consejo Real; además, se pactaba el alejamiento de la Corte de don Beltrán de la Cueva, que recibía el ducado de Alburquerque a cambio de su renuncia al maestrazgo, y se llegaba al compromiso de que el príncipe don Alfonso que sería presentado en Cortes y jurado heredero hasta que se casara conmigo, para lo cual se pediría la dispensa por parentesco al Papa.

—Y todas esas concesiones por nada, porque el rey no conseguía nada a cambio. Perdía a su amigo y consejero, que no se resistió a ello, dado que recibía importantes prebendas; perdía prestigio ante el reino por aceptar el chantaje del traidor y recibirlo de nuevo en el Consejo, y se obligaba a un plan de reformas en el gobierno que quedaba a cargo del marqués de Villena y el conde de Plasencia, entre los conjurados contra el rey, y de don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, y don Gonzalo de Saavedra, por parte del rey, siendo árbitro moderador fray Alonso de Oropesa, hombre de reconocida probidad y respetado por todos. A cambio de tantas concesiones sólo le concedían el compromiso de vuestro matrimonio con el que sería rey en lugar de vos.

—Fue un acuerdo vergonzoso que indignó a muchos y supuso el inicio del profundo declive de mi padre. Tras la firma, nos retiramos a Segovia. Allí me llevó mi madre, que mantenía una férrea custodia de mi madrina y tía Isabel, mientras rumiaba la humillación que los altos nobles de Castilla le habían hecho.

—Imagino que vos no recordáis nada de ese tiempo.

—De ese tiempo en que tenía poco más de dos años viene mi primer recuerdo nebuloso. Recuerdo perfectamente que las lágrimas de mi madre la reina doña Juana me asustaron porque estaban calientes y cayeron sobre mi rostro, mientras me tomaba en sus brazos con un amor profundo y me juraba que algún día sería reina.

Doña Cristina se quedó en silencio. Estaba impresionada. Doña Juana también calló. El sol de la tarde las acariciaba el rostro, pero ninguna de las dos lo estaba disfrutando. Los recuerdos del pasado les habían quitado la alegría con que iniciaran el día.

## Capítulo IV

### Vientos de traición

Doña Juana se sentía tranquila. Paseaba por la veranda del jardín del castillo de San Jorge, un mirador maravilloso de Lisboa, cuyas vistas admiraban a todos cuanto subían hasta allí. La antigua fortaleza de nobilísimo porte que seguía teniendo una función guerrera en la parte más alta, el castillo, cumplía desde hacía años la función de residencia de la reina traicionada de Castilla, doña Juana, que se alojaba en el palacio de Alcaçoba, que estaba dentro del segundo cinturón de muralla, al pie del castillo.

Don Juan II de Portugal, su primo, temiendo que intentaran secuestrarla por tercera vez, le dio ese palacio cuyas sobrias piedras y lujosas y cómodas estancias la cautivaron, así como las ricas columnas de mármol, las fuentes y los jardines que solazaban el espíritu, y esa vista de pájaro sobre la Alfama, la Lisboa vieja y el Tajo en su camino final hacia el mar.

De allí partían los navíos portugueses que habían conquistado las ricas tierras de África y la India. El rey don Manuel I había mandado erigir un magnífico edificio, la Torre de Belém, que era como un navío de blanca piedra que, en la margen derecha del Tajo, veía salir y entrar los barcos cargados de riqueza; y muy cerca, el mismo rey había ordenado levantar el monasterio de los Jerónimos, cuya fachada era la quintaesencia de la riqueza arquitectónica del estilo que había dado en llamarse Manuelino, que era el modo portugués de plasmar las nuevas formas que venían de Italia y que habían provocado el Renacimiento en las artes.

En su larga vida en Portugal, doña Juana había visto construir esos monumentos y los muchos palacios que habían sido erigidos en Lisboa por los grandes nobles: los Palmela, Albuquerque, Pereira, Alencastre, y tantos otros que se habían encumbrado con la inmensa riqueza que llegaba a la capital portuguesa, proveniente del comercio de especias de las Indias que había hecho de Portugal una de las naciones más ricas de la tierra.

Se sentía a gusto en aquella hermosa ciudad que la había acogido tan bien desde que llegó. No en vano ella era hija de doña Juana, la hermana del rey Alfonso V, y por tanto su sangre era medio portuguesa. A veces sentía que la llamaba esa mitad, y en días como aquél olvidaba sus pesares de años de exilio y se sentía tranquila y en casa en su hermosa residencia lisboeta, sin echar nada de menos.

Le confortaba la compañía del delicado paje Javier Murillo, un jovencito español de atractivo rostro moreno, cuya madre se lo entregó a doña Cristina al poco de nacer, y que ya hacía gala de gran discreción, a pesar de que cuando le dejaban hablaba por los codos y cada día con más chispa. La reina lo utilizaba cada vez más de apoyo para andar, para quitarle cargas a doña Cristina de la Maza, que ya no estaba tan ágil como

antes y que así no tenía que estar pendiente de su señora todo el tiempo.

Doña Juana nunca se cansaba de su privilegiada vista. Le encantaba contemplar el río y los barrios de la Alfama, y más abajo, a lo lejos, el de Alcántara. Desde luego, Lisboa estaba creciendo mucho con la prosperidad. Seguro que también lo había hecho Sevilla, pensó doña Juana. Sevilla se había transformado en la ciudad más grande, más importante y más próspera de España porque era el lugar de llegada del oro de Las Indias españolas. Esas Indias que habían enriquecido tanto la corona de Castilla y cuyo oro estaba siendo malgastado por el emperador en sus proyectos imperiales.

Sí. La verdad es que era una persona dividida. Como reina de castilla le dolía todo: el exilio, la indiferencia de los castellanos, la lejanía del suelo natal; pero como portuguesa se adaptaba a todo y aceptaba el destino.

Ese destino que desde tan pequeña la fue preparando para la soledad.

Echando la vista atrás, podía ver claramente como ya antes de los tres años sus padres temían por ella, y ese temor la condenó a una vida demasiado protegida entre los muros de alcázares y castillos. Probablemente por eso se sentía tan cómoda allí, en el castillo de San Jorge, porque no era sino uno más de los que habían marcado su vida.

Y de nuevo su mente volvió hacia atrás, al tiempo de la primera separación de sus padres. Acababa de cumplir los tres años cuando la dejaron sola en el alcázar de Segovia, custodiada por su alcaide, Perucho de Monjaraz y algunos leales servidores. La reina, preocupada por el giro de los acontecimientos, no quiso que saliera de aquel protegido lugar, mientras que ella se veía forzada a hacerlo porque quería estar al lado de su marido en las duras jornadas que habían de venir y que iban a estar marcadas por la mayor traición que hasta entonces se hubiera visto jamás en el reino.

Me dejaron sola, pero me dieron como compañera de juegos a Cristina de la Maza, hija del leal conde de Arenales, y allí, entre los muros del alcázar, se forjó nuestra rica amistad que había de durar toda la vida.

No tengo recuerdos de ese tiempo —pensó doña Juana—. Mis recuerdos arrancan de algo después, cuando me llevaron a Buitrago; quizá se deba a que fueron mis últimos años de felicidad tranquila, sin sobresaltos, sabiendo donde estaba, sin tener que preocuparme de agrandar a quienes me tenían en custodia. Pero mi tranquilidad de ese entonces no tenía nada que ver con las terribles preocupaciones de mis padres, que veían cómo se les iba de las manos la rebelión que culminaba con la gran traición de Ávila, en que se destronó simbólicamente a mi padre, el rey Enrique IV, acusándole de mal rey e insultando su gobierno y su vida, incluidas la reina y yo. Ese terrible evento que, por obra y gracia de los conspiradores, hacía rey al príncipe Alfonso, que entonces tenía once años, con el nombre de Alfonso XII. Fue una farsa trágica que se representó ante las murallas de la ciudad y que orquestó el marqués de Villena, asistido por el arzobispo de Toledo y los condes de Paredes, Benavente y Plasencia, en presencia de los Maestres de Alcántara y Calatrava y de un nutrido

número de nobles, y en presencia del pueblo, que vio con asombro y extrañeza aquel proceso que parecía más bien una obra de teatro, aunque los cómicos eran algunos de los principales personajes del reino.

Era el 5 de junio de 1465. Carrillo y Villena, los instigadores del acto, habían tomado precauciones para que todo se preparara en secreto. Querían con ello dar mayor dramatismo a la representación. Para ello ordenaron que se levantara un cadalso a los pies de la muralla de Ávila. Un cadalso de madera donde había de ponerse un trono con un pelele que debía tener la forma del rey y que estaría revestido de los atributos de la realeza.

Se hizo todo conforme a las órdenes de los dos traidores que habían conseguido reunir a la mayoría de los nobles conspiradores allí para dar mayor relieve al evento, mientras el rey Enrique IV con su esposa la reina y la princesa Isabel estaban en Salamanca.

El acto se llevó a cabo tal y como habían previsto meticulosamente. Al amanecer se pregonó lo que iba a acontecer, y muchos curiosos se congregaron ante el cadalso. Unos sabían a lo que iban; otros estaban asombrados y no comprendían, pero el movimiento de los grandes que llenaban la ciudad les tenía atemorizados y expectantes. Demasiados nobles juntos era señal de problemas.

Llegada la hora, todo comenzó como lo habían dispuesto. Colocaron al príncipe don Alfonso en un trono frente al cadalso, guardado por don Diego de Cáceres Ovando y otros caballeros de buen linaje.

Don Alonso Carrillo, vestido con toda la pompa que corresponde al arzobispo de Toledo, incluyendo una rica mitra y un báculo pastoral de oro, se dirigió hacia el cadalso seguido por los condes de Paredes, Benavente y Plasencia y el Maestre de Alcántara don Gómez de Solís.

El arzobispo de Toledo subió donde estaba el pelele que remedaba al rey Enrique IV y entonces le dirigió una larga parrafada en la cual declaraba que el rey había demostrado su incapacidad para reinar y en la que aducía las numerosas causas de su tiranía como razones para que se produjera aquel acto. Además, se decía que el rey estaba en manos de don Beltrán de la Cueva, y se alegaba también la ilegitimidad de mi persona.

Tras su discurso, el arzobispo, como un buen actor, se dirigió hacia el pelele y retiró de sus sienes la corona, con un aire dramático que sobrecogió al pueblo, que vio que se estaba cometiendo un acto terrible contra la sagrada persona del rey.

Entonces, sin dejar que disminuyera el dramatismo, subieron al cadalso los ricohombres castellanos que, conforme se había previsto el día anterior, retirarían del pelele las insignias del poder. El conde de Plasencia le privó de la espada y la mostró a la multitud, que seguía sobrecogida. Luego subió la poderosa y respetada figura del conde de Benavente y, con desprecio hacia la representación del rey, le retiró el cetro, que también mostró al pueblo.

Después subieron al cadalso los condes de Paredes, el Maestre de Alcántara y el

apuesto don Gómez de Solís, que todo se lo debía a Enrique IV, y le quitaron el cojín de terciopelo y las espuelas de oro. Finalmente, don Diego de Stúñiga cogió el pelele y, alzándolo en alto, lo arrojó al suelo al grito de «¡Fuera, puto!».

Acto seguido, se proclamó rey al joven don Alfonso, que estaba muy pálido y que, mientras le investían con las insignias de poder que habían retirado al pelele y le sentaban en el trono, quizá pensaba que aquello era demasiado, pero que ya no tenía posibilidad de dar marcha atrás. Era un príncipe niño rodeado de ávidos carroñeros que deseaban repartirse los despojos de un reino, causando peores daños y retirando de la obediencia real más señoríos que los que había dado el rey que acababan de destronar.

Así, tras la proclamación del rey Alfonso XII, el conde de Paredes recibió del rey niño la espada de condestable. Comenzaban las donaciones, que iban a ser muy cuantiosas hasta la muerte de aquel rey niño manipulado por los más aviesos consejeros.

Mi padre el rey se sintió profundamente traicionado cuando supo la noticia, y mucho sufrió al ver que de nada había servido la lenidad con que había intentado solucionar el conflicto. De nada había servido la blandura, pero él no estaba capacitado para la dureza extrema que requería la situación.

Y mientras yo jugaba en el alcázar de Segovia, ajena a los graves acontecimientos que marcaban el principio de mi triste destino, mi padre, desde Salamanca, supo de cómo las ciudades de Toledo, Sevilla y Córdoba habían aceptado como rey a Alfonso.

¿Qué debía hacer? Los miembros del Consejo se lo habían dicho ya en demasiadas ocasiones. Tenía que enfrentarse a los conspiradores y destruirlos por las armas. Mientras meditaba sobre sus opciones, se unieron a él en Salamanca muchos nobles que le aseguraron su fidelidad y adhesión, así como las de Madrid, Cuenca, Segovia, Salamanca, Zamora, Calahorra y Astorga. Pero lo que sacó al rey de su ensimismamiento fue la llegada a Salamanca de don García Álvarez de Toledo, conde de Alba de Tormes, con don Juan de Acuña, conde de Valencia de don Juan, don Alvar Pérez Osorio, conde de Trastámara, y don Álvaro de Mendoza, que le brindaban sus tropas y su apoyo personal.

Había, pues, dos bandos y parecían bastante equilibrados. Para facilitar la salida honrosa a los que se arrepintieran de haber formado parte de los conjurados, el rey decidió dar su benévolo perdón a los que acudieran con sus hombres para su defensa.

En junio, mi padre decidió que prefería que mi pequeña personita acudiera a la corte a su lado, y me mandó buscar tras decidir, el 16 de junio, que revocaba y rechazaba por nulos todos los acuerdos anteriores firmados con los traidores y que me rehabilitaba como única sucesora del trono de Castilla, tras la traición de Alfonso. Eso suponía *de facto* la declaración de guerra civil en Castilla.

Mientras un nutrido grupo de escolta me llevaba con mis padres a la corte de Toro, donde se estaban reuniendo las fuerzas leales al rey, llegaron algunos de los ricos hombres más poderosos, como el conde de Medinaceli, don Luis de la Cerda, y

el primogénito de la casa de Mendoza, el marqués de Santillana, que había recibido como prueba de favor del rey la ciudad de Guadalajara, y don Pedro de Mendoza, señor de Almazán.

El príncipe don Alfonso —nunca le llamé rey ni puedo hacerlo ahora— tenía a su lado a los Maestres de las tres órdenes militares (Santiago, Alcántara y Calatrava), los arzobispos de Toledo, Sevilla y Santiago, y a importantes nobles entre los que estaban la poderosa casa de los Stúñiga (que con sus alianzas controlaban desde Cáceres hasta Ávila), y la casa de Manrique, con sus importantes condados de Paredes, Treviño, Osorno y Castañeda. En Andalucía, las casas de Medina Sidonia y Arcos se declararon partidarias de don Alfonso, mientras que el condestable Miguel Lucas mantenía un importante núcleo leal a Enrique IV en torno a Jaén.

Una baza más que jugaba mi padre fue intentar que participara en la contienda mi futuro esposo y tío el rey Alfonso V, ofreciéndole la mano de la princesa Isabel, lo cual era además un buen modo de eliminarla de la sucesión.

Tengo algunos recuerdos de aquellos meses de constante agitación, cuando unos querían guerra inmediatamente y otros temían dar batalla por el riesgo que perderla supondría para su señor. Cada uno obraba según su talante: mi padre dudaba, el arzobispo de Toledo, que era un excelente jinete y un ardoroso guerrero, deseaba luchar, y el marqués de Villena observaba a todos viendo donde podía sacar mejor partido de la situación creada.

El deseo del arzobispo de ir a la guerra supuso el sitio de Simancas; mientras, la reina y la infanta Isabel iban a Portugal a llevar a cabo las negociaciones de boda. El rey, informado de que se había llegado a un principio de acuerdo con el portugués, decidió actuar. Salió de Toro y se desvió hacia Simancas, por lo cual hubieron de levantar el cerco los alfonsinos.

A su vuelta, la reina le comunicó la buena nueva: Isabel, mi madrina, casaría con Alfonso V. La dote sería de cien mil doblas, y debía ser entregada al rey de Portugal en ocho meses. Si tenía hijos con el rey, su primogénito sería duque de Portalegre, Montemar el Viejo y Temtugel.

La mejora de la situación militar del rey Enrique IV hizo que decayera el ánimo de los rebeldes. Los golpes contra Simancas y Jaén habían sido sendos fracasos, y la infanta Isabel estaba comprometida con el portugués, lo cual era una baza a favor del rey. Y mi padre, una vez más, demostró que no deseaba luchar, buscando la negociación.

En octubre de 1465 se encontraban el conde de Plasencia y el marqués de Santillana para firmar una paz provisional en la que no había vencedores ni vencidos.

—Alteza, deberíamos entrar en palacio. Está levantándose una brisa demasiado fresca y no vais bien abrigada.

—Tienes razón, mi buen Javier. Me he quedado ensimismada pensando en cosas del pasado. Es lo propio de las personas de mi edad. Tú no lo entiendes porque tienes aún toda la vida por delante.

—Claro que sí, señora. También echo de menos Castilla, aunque confieso que aquí no lo paso nada mal. Me gusta estar a vuestro servicio.

—Eres un zalamero, paje. Lo dices sólo para contentarme.

—No, alteza. Lo digo de veras. Admiro mucho vuestra entereza y os considero mi verdadera reina.

—No sabes la felicidad que me da oír eso de labios de un joven castellano, aunque sea lejos de nuestra patria. Para mis oídos es un bálsamo del que nunca se sirve bastante.

—Pues no os creáis que todos os han olvidado, alteza. Somos muchos los que os consideramos nuestra verdadera y única reina, no ese usurpador del emperador.

—Así es la vida. Cuando una cree que ya no cuenta para nada ni para nadie, una sola voz le devuelve la sensación de que todo lo que hizo mereció la pena. ¡No sabes, joven, lo que acabas de hacer con tus palabras! Me has devuelto la conciencia de que hice bien en no aceptar chantajes y en abandonar Castilla antes que comprometerme a un humillante matrimonio con quien iba a usurpar mi corona.

—Vos sois la reina y siempre actuasteis como tal, y tanto en Portugal como en Castilla se os respeta y se os considera como la Excelente Señora que sois. Habéis mantenido con honor vuestra posición, en los momentos buenos y malos, y tanto yo como todos los castellanos que aquí estamos os veneramos por lo que sois y por cómo habéis actuado siempre, alteza.

—Me emocionan tus palabras, joven. No las esperaba y suponen un verdadero regalo. Ahora que la muerte se me acerca, me ayudarán a recordar quién soy y me darán fortaleza cara al final.

—¡Ay, señora! Todavía os queda mucho por delante. Aún debéis sobrevivir a este rey.

—No digas tontería, buen Javier. ¿Qué quieres?

—Que lleguéis a los cien años.

—¿Y para qué?

—Para que nadie pueda olvidaros y para que estéis siempre presente en la mente de los usurpadores como una constante amenaza.

—Yo ya no soy una amenaza para nadie, buen Javier. Estoy demasiado vieja. Y nadie quiere a una reina anciana. No tendría la energía que Castilla necesita. Yo estuve siempre disponible cuando era tiempo. Ahora ya sólo lo estoy para el mausoleo.

—¡Dios mío! Tiene razón doña Cristina, señora. Se os está poniendo un humor demasiado tétrico.

—Al menos, miro a la muerte sin miedo. No la temo en absoluto. A veces, incluso, la añoro.

—No digáis esas cosas, que se le ponen a uno los pelos de punta, alteza.

—Es tu juventud la que rechaza mis palabras, no tu cordura, joven. Mi tiempo está ya casi cumplido. Lo siento como siento que a ti te quedan aún muchas cosas por

vivir. Te has de casar y tener hijos.

—Yo no me quiero casar, señora. Estoy bien como estoy.

—No digas sandeces. Ya te buscaré yo una buena novia portuguesa...

—Señora, sabéis mis inclinaciones.

—Yo no sé nada ni quiero saberlo. Y aunque algo supiera, no importa. En eso, como en todo, debes ser discreto, y la mejor manera de guardar la discreción es casarte.

—Pero si no me gusta ninguna mujer.

—Déjate de tonterías y comienza a hacerte a la idea de que vas a tener que estar al menos con una.

—¡Ay, señor! No sabéis el miedo que me da lo que decís, alteza.

—Pues claro que lo sé. Pero debes hacerme caso. Un joven de buena familia como tú no puede quedar expuesto a las críticas de la sociedad. Has de casarte, y cuanto antes lo hagas mejor. Te buscaremos a una jovencita de pocas luces y buena fortuna, y luego Dios dirá, pero al menos tendrás tu posición garantizada.

—Os agradezco vuestra preocupación por mí.

—Es lo menos que puedo hacer por uno de mis súbditos, ¿no crees?

—Sois demasiado buena conmigo. No lo merezco, pero os aseguro que me habéis metido de tal modo el miedo en el cuerpo que no sé si podré conciliar el sueño. A lo mejor tengo que ir a una casa de esas...

—No quiero oír una palabra. No olvides con quién estás hablando, galopín. Lo que hayas de hacer para probar tu virilidad es cosa tuya. No ofendas mis castos oídos —dijo con tono de sorna, haciendo enrojecer al joven.

—Perdonad, alteza.

—No tiene importancia, Javier. Pero cuenta con que pronto vas a tener esposa. Es palabra de reina.

—Estoy aterrado, alteza. Aterrado.

—Pues ve acostumbrándote al miedo, que no es malo tenerlo a veces. Creo que la joven Ana de Villena puede ser una firme candidata, o la señorita de Alencastre, o la bellísima Alejandra de Mascarenhas. Ya veremos.

—¡Dios mío, dadme tregua!

—Nada de eso. La semana que viene haré venir a su padre y comenzaremos a tratar el asunto.

—Os temo, señora, más que a una tempestad, con todos los respetos.

—Y haces bien. Cuando se me mete una cosa entre ceja y ceja no paro hasta que la consigo. Ya lo sabes.

—¿Y mi amigo Rafael?

—Será un excelente testigo de vuestro enlace y puede que un buen padrino para vuestro hijo. Aunque quizá lo mejor para ti sería que dejes de verle.

—¿Y cómo se lo digo?

—Busca la forma, pero hazlo rápido porque te vas a casar muy pronto, eso es una



realidad, y te conviene hacerlo cuanto antes.

—No entiendo la razón de tanta prisa.

—Ni falta que te hace, joven. Te casarás por orden de tu reina y basta.

—Sí, señora. Si vos así lo disponéis acepto ese duro trance.

—¡No será para tanto! Ya lo verás.

## Capítulo V

### Jaque a la reina

—Doña Juana está muy tranquila en estos últimos días. Os diría, joven Javier, que tanta calma comienza a preocuparme. Parece como si no le importaran ya las cosas del mundo.

—Dejad, dejad, doña Cristina. Vaya si se ocupa de las cosas del mundo. Hace una semana me cogió por banda con la idea de que debía de casarme, y dicho y hecho. Ya ha hablado con dos o tres señores para entregarme a sus hijas casaderas. Me está llevando al matrimonio a rastras, y yo no tengo fuerzas para resistirme a su presión, y me preocupa porque la situación puede ser insólita.

—No digáis tonterías. Haced de tripas corazón y entregaros a la dama que os toque. Debéis cumplir como sea y haceros con una posición honrada en la sociedad portuguesa. Os va mucho en ello.

—Pero si yo no quiero casarme.

—Dejad de protestar. La reina sabe muy bien lo que hace. Hablemos en serio por una vez, sin chirigotas. No es que nos gusten vuestros amores con el caballere te ese tan galán, pero hemos hecho la vista gorda porque sabemos que está en vuestra naturaleza. Lo malo es que vuestro amigo tiene un padre al que no gustan vuestros encuentros con su hijo, y pretende cortar por lo sano vuestra relación, de un modo u otro. Y según parece, os ha denunciado a la Inquisición.

—¡Qué me decís! ¡Qué horror!

—¡Despertad de vuestro ensueño, joven Murillo! Estáis bajo sospecha de sodomía y no se os ha detenido por la protección de la señora.

El paje se quedó anonadado por la revelación. Nada le podía aterrorizar más que caer en las manos del Santo Oficio portugués. Sabía que los inquisidores no se andaban con chiquitas a la hora de hacer confesar a los reos sus pecados. Había bastantes hombres en Lisboa que gustaban del trato con miembros de su propio sexo, pero, dado lo mal visto que estaba en la corte demasiado puritana de Lisboa, disimulaban sus inclinaciones casándose honradamente y teniendo hijos que les dieran respetabilidad.

Ahora comprendía mucho mejor la preocupación de la reina doña Juana y su urgencia en casarle. Y pensar que él había intentado resistirse. De repente fue como si se le cayera de los ojos la venda de la inocencia que hasta entonces los había mantenido tapados. No tenía más remedio que hacer de tripas corazón y contraer matrimonio, y si lo que decía doña Cristina era cierto —que seguro que lo era—, lo más inteligente por su parte sería acabar su apasionada relación con el guapo mozo portugués si no quería que su padre acabara con la relación del modo más expeditivo y perjudicial para él.

Era una dura decisión la que tenía ante sí, pero no podía dudar. Le iba la vida en ello y no era cuestión de broma, y Javier Murillo era cualquier cosa menos idiota. Su carácter pragmático y su inteligencia le hacían ver muy claro por donde se hallaba el camino a seguir, aunque no le gustara un pelo.

—Os habéis quedado muy callado.

—No es para menos, mi señora. Vuestras palabras han sido como un mazazo en mi tranquilidad.

—Lo imagino, y no sabéis lo que siento haber tenido que pronunciarlas, pero pienso que más vale prevenir que lamentar. Hay que tomar cartas en el asunto. Vuestra ligereza os ha hecho actuar demasiado abiertamente, y eso no gusta aquí donde las formas son sagradas, y más en asuntos tocantes a la moral. Ya sabéis que el rey es muy estricto con eso. Os aseguro que el peligro que corréis no es para despreciarlo. Debéis casaros inmediatamente, y procurad dejar a vuestra esposa embarazada lo antes posible.

—¿Tan grave es la cosa?

—Mucho, niño, mucho. De hecho, la reina y yo incluso hemos considerado la posibilidad de enviaros a casa de mi hermano el conde en Sevilla para quitaros de en medio una temporada, pero desistimos de la idea porque no nos fiamos de que no os vayan a prender en cuanto salgáis de esta casa.

—Dios mío. ¿Qué voy a hacer?

—Ante todo cambiad de costumbres, al menos hacia afuera. Sed discreto en adelante con vuestros amores y, si fuera vos, yo no volvería a ver al joven Rafael Milhán.

—Me temo que tenéis razón en todo. Y yo que había pensado que la reina se entrometía demasiado en mi vida. Y resulta que lo que está haciendo es protegerme... Se me acaba de caer el mundo encima.

—Pues bienvenido al carro. De eso sabemos mucho su alteza y yo. ¿Qué creéis que hacemos aquí? ¿Acaso pensáis que disfrutar de las hermosas vistas del castillo de San Jorge es para nosotras un gran placer? ¡Pues no! Somos exiliadas. Nos hemos visto forzadas a profesar sin vocación. Hemos tenido que dejar nuestra patria y nuestras familias, nuestros sueños y nuestros afectos para rehacerlo todo como hemos podido, a este otro lado de la frontera. Hemos arrojado peligros, se han roto nuestros sueños mil veces y se agostaron nuestras esperanzas con los años, mientras parecía que aún había posibilidades de retornar a Castilla. Y si de alguien podéis aprender la discreción, la sobriedad, la firmeza y el honor es de su alteza. No es fácil ganarse el título de Excelente Señora en este país. Hay que serlo de verdad para conseguirlo.

—Sí. Tenéis razón. Tengo mucho que aprender de las dos. Sé que os debo la vida y no lo olvidaré.

—La mejor manera que tenéis de pagar esa deuda es rectificar vuestra conducta, al menos hacia el exterior, insisto. Nadie se meterá con lo que hagáis puertas adentro

de vuestra casa si sois respetable a los ojos de la Corte y la sociedad. Pero vais a tener que esforzaros en serio y cumplir con vuestra esposa. Es menester para salvaros de la murmuración y la sospecha que la dejéis embarazada. La verdad es que lo siento por la pobre dama que os toque como mujer. Pero, por otra parte, más vale tener a un hombre, aunque le gusten poco las mujeres, que no haber tenido nada, como es el caso de una que conozco yo —dijo con ese toque tan particular de humor suyo.

—Sois imposible, señora. Bromeáis incluso cuando peligra mi vida.

—La vida peligrá tantas veces, hijo, que si nos tomáramos en serio cada una de ellas estaríamos siempre cariacontecidos. Simplemente hay que estar prevenidos y actuar en consecuencia. Lo demás viene añadido.

—Me estáis dando una lección que no he de olvidar.

—Más os vale, joven. Y ahora aplicaos a las candidatas de su alteza y elegid lo antes posible la que os desagrade menos.

—No dudéis que lo haré.

—Así me gusta. Si al final haremos de vos un buen marido y un cristiano devoto y respetuoso de la ley de Dios.

—Os burláis de mí.

—Sólo levemente. Sabéis que os quiero de verdad.

—Sí. Es una suerte porque sois temible con los que no apreciáis.

—¿Eso creéis?

—Sabéis de sobra que sí. A vos os se os adora o se os teme.

—Exageráis.

—No exagero nada. Se cuentan muchas cosas de cómo habéis tratado a quienes querían aprovecharse de la bondad de doña Juana.

—Desde luego, por ahí sí que no paso ni he pasado nunca. No me gustan los advenedizos ni los meapilas. Me incomodan y desconfío de ellos, y yo tampoco les gusto, lo cual está muy bien. Así sabemos inmediatamente a qué atenernos.

—Sí, pero de ahí a sacar por los pelos a esa dama que pretendía los favores de doña Juana...

—No fue más que un tirón de nada de aquella cabellera tan lustrosa. Pretendía tomarle el pelo a la señora, así que decidí tomárselo yo a ella, aunque algo más físicamente. Fue hace tantos años... No sé cómo os habéis enterado.

—De eso y de muchas cosas más. Vuestras historias son una leyenda entre los servidores de la reina doña Juana.

—Nunca lo hubiera imaginado. Tener fama de ogro a mis años.

—Os reís de mí de nuevo, doña Cristina.

—Sois demasiado cándido, Javier Murillo. Tenéis que aprender a nadar y guardar la ropa, y os recomiendo que lo hagáis muy rápidamente. La señora no está bien.

—¿A qué os referís?

—Es una intuición que tengo, y no sé si sabéis que, además de ogro, lo que sí soy de verdad es algo bruja, y cuando siento que las cosas no van bien es que no van bien.

—¿En qué sentido no van bien? No me asustéis más de lo que lo estoy.

—Pues sí. Me temo que a doña Juana le queda muy poco de vida.

—¿En qué os basáis?

—En pequeñas cosas. No come apenas. No protesta por nada, en contra de su costumbre de toda la vida de querer que todo esté perfecto siempre. Se está yendo poco a poco y, además, está ese constante ensimismamiento en que se va al pasado a cada instante. Es como si ya no tuviera presente que vivir.

—Me dejáis doblemente preocupado, señora. Voy a intentar alegrarle cada día que le quede.

—Quizá eso prolongue su vida. Porque desde luego necesita estímulos para vivir. Ya no le quedan ilusiones. Y además está furiosa por la coronación del emperador Carlos V. Este año de 1530 le está resultando muy duro. Enero y febrero demasiado fríos, y la primavera tardía.

Doña Juana se había recluso en su gabinete. Como si hubiera oído la conversación que mantenían doña Cristina de la Maza y el paje, estaba mirando con interés viejos papeles y cartas. Quería hallar entre los muchos documentos que conservaba una misiva de su madre que siempre la había impresionado especialmente.

La buscó sin prisas, hasta que por fin la encontró al fondo de un cofrecillo. Era una súplica vibrante dirigida al marqués de Villena para que se apiadara de ella, y estaba firmada en la villa de Coca, a 4 de noviembre de 1466. Al leerla de nuevo, doña Juana sintió como si del papel brotaran todo el dolor, toda la tristeza, toda la humillación que debió de sentir su madre cuando escribió aquellas frases que eran el reconocimiento de su completo fracaso en el intento de encauzar la política castellana por derroteros favorables a su esposo, a la dignidad de su matrimonio y a salvaguardar el destino de su hija.

Sí. La verdad es que había sido muy difícil para la reina ver cómo los esfuerzos que había hecho para recuperar el prestigio del rey y el suyo propio habían conseguido justo lo contrario de lo que ella había deseado.

¿Quién lo hubiera dicho cuando ya estaba firmado el compromiso de casar a la infanta Isabel con el rey de Portugal? Pero para poder culminar ese proyecto, que incluía una alianza con Inglaterra y suponía el fortalecimiento de la autoridad real, había un obstáculo que salvar. Y, cómo no, ese obstáculo era don Juan Pacheco, marqués de Villena, y su extraño ascendente sobre el rey, incluso cuando estaba contra él.

La reina se quedó durante un breve lapso pensando en la nefasta y terrible influencia que el poderoso don Juan Pacheco siempre acababa consiguiendo ejercer sobre su padre; una influencia que parecía estar por encima de las constantes traiciones que hacían que la anciana señora, incluso entonces, tantos años después, deseara haber podido hacer algo para despertar al rey del hechizo destructor del marqués.

Las cosas parecían ir mejor para la causa enriqueña en 1466. Se comentaba en la corte que el propio príncipe Alfonso parecía darse cuenta de las manipulaciones y deseaba volver a la situación anterior, lo cual hacía que muchos de los grandes mirasen de nuevo hacia el rey que, como siempre, estaba dispuesto a perdonarlo todo con tal de regresar a la paz y al final de la contienda civil.

«Esa constante necesidad de buscar la paz de mi padre era algo casi antinatural —pensó doña Juana—. En el fondo de su corazón nunca había conseguido entender cómo no le había hervido la sangre con tantas traiciones, tantas falsas acusaciones, tantas amenazas, tantos peligros para su corona, cuando no sólo el pueblo, erigido en hermandades, lo defendía, sino también el Papa avalaba que él era el único rey ungido de Castilla y el infante don Alfonso sólo un pretendiente usurpador.

Pero sus errores se sucedían, uno tras otro. Desde la distancia, desde el tiempo que da claridad a la visión de las cosas, ella veía en su exacta dimensión, con precisión, cómo su padre fue cometiendo los peores deslices uno a uno; errores terribles que le llevaron a romper su familia, a deshacerse de sus mejores consejeros y a entregarse atado de brazos y piernas en manos del traidor que había manipulado a su antojo al débil soberano.

Esa falta de prestigio personal se vio cuando la revuelta de Navarra. Tras pactarse unas condiciones en las que se pedían rehenes para la retirada de Castilla, con la amenaza de dar batalla si no se cumplían los pactos, el obispo de Pamplona insultó al rey diciéndole que nadie creía en su hombría ni en su capacidad para luchar, y le dijo que se retirara de antemano, sin ningún tipo de garantía, confiando en que los navarros cumplirían su compromiso por las buenas. Aunque la bravata le salió mal al obispo y las tropas castellanas se mantuvieron firmes, resistieron y de paso recuperaron Calahorra, que había sido invadida por los navarros, el desplante del obispo marcaba a las claras la opinión que el rey estaba comenzando a merecer para muchos de sus súbditos. Un rey que no es capaz de luchar no es digno de respeto, y si es castellano aún menos.

Doña Juana se sentía con el ánimo sombrío. Revisar ese tiempo de su vida era mirar de frente a los peores defectos de su padre. Sabía cómo el rey había negociado la tenencia de su propia hija con el conde de Alba de Tormes para ganárselo, aunque al final no se la entregó gracias a la intervención de la reina, que seguía custodiando fieramente a la infanta Isabel. De hecho, la reina doña Juana intuía que en aquella princesa estaba la llave de su tranquilidad, y no se equivocaba.

«El matrimonio portugués de Isabel era importante —pensó doña Juana—, y hubiera debido ser llevado a cabo como medida de alta política internacional por mi padre, pero el rey no se preocupó mucho de ese asunto, inconsciente de los beneficios que le podía traer».

Todo estaba de nuevo a su favor. El marqués de Santillana había conseguido una alianza de nobles que reunía a las casas de Mendoza y Velasco, al conde de Trastámara y al de Valencia de don Juan, junto a los servidores fieles que eran el

duque de Alburquerque, Miguel Lucas de Iranzo y algunos caballeros de prestigio que permitían mantener una posición de fuerza y afrontar una posible batalla con esperanzas de éxito. Además, en general el pueblo de Castilla estaba del lado del rey Enrique IV.

Pero de nuevo, cuando hubiera debido imponerse por las armas, como en una tragedia griega, el rey se empeñó en negociar con el maestro de las traiciones que era Villena a través de un mediador, el viejo obispo de Sevilla, Fonseca, que tenía buenas relaciones con él. Y la nueva propuesta que le hizo, aparte de dejar en tablas la partida y de regresar al estado previo a la rebelión (el príncipe Alfonso volvía a ser considerado heredero y se buscaría una buena solución para mi persona), suponía incrementar notablemente su influencia personal, pues su proposición incluía casar a su hermano don Pedro Girón, Maestre de Calatrava, con la princesa Isabel.

¿Por qué no reaccionó el rey, indignado contra esta proposición tan absurda?

Nadie lo entendió, ni los miembros del Consejo, ni la reina, ni el pueblo. ¿Cómo podía aceptar casar a su hermanastra, mi joven madrina, con aquel anciano caballero que ya tenía tres hijos y que para la infanta era claramente un matrimonio inferior y humillante, sin lustre ninguno? Además suponía romper el compromiso negociado por mi madre con Portugal, un compromiso que era muy beneficioso para el rey y bueno para el reino. Nunca he sabido bien que fue lo que llevó a mi padre a aceptarlo, pero el caso es que lo hizo, en contra de todos y causando gran ofensa a la casa de Mendoza, que tan fiel había sido al rey y a los verdaderos amigos y consejeros de éste.

El Maestre de Calatrava, emocionado por el honor que suponía para él el matrimonio con la infanta, ofreció al rey una suma importante de dineros por el enlace, además de un lucido ejército para hacer frente a los rebeldes. De haberse llevado a cabo el matrimonio de la infanta Isabel con Girón, acto estúpido e impolítico que mi padre refrendó en una de sus horas de menor lucidez, habría puesto al hermano del Maestre a sólo un par de escalones del trono: el príncipe Alfonso y yo. Era un proyecto demasiado peligroso para la dinastía, pero el rey estaba ciego a todo, o no se dio cuenta de ello, o no lo consideró.

Tuvo que ser el mismo cielo el que se manifestara entonces contra el proyecto, y el ambicioso Maestre que había partido de la fortaleza calatrava de Almagro con numerosas huestes para unirse a la corte nunca llegaría a pisarla. Se puso enfermo repentinamente y acabó muriendo preso de grandes dolores y lleno de rabia muy poco cristiana, el día 2 de mayo de 1466, cosa que la infanta consideró siempre como una respuesta del cielo a sus oraciones.

Desde ese día, mi madrina fue una enemiga mortal de su hermano, que la había querido sacrificar, y dedicó su ingenio, que demostró ser mucho, y su paciencia, que también era notable, a esperar la ocasión de vengarse de mi padre por la humillación que había querido infligirle.

Pero ella todavía no era nadie. Su hermano Alfonso era el que estaba en las

miradas de todos, el que interesaba a todos. Alfonso, para bien o para mal, era pieza clave de la negociación, y mi joven personita también. Pero como las negociaciones estaban paradas por el enfrentamiento de la reina y el taimado Villena, éste propuso a través del arzobispo de Sevilla, Fonseca, que conservaba buena relación con el rey Enrique IV, una nueva negociación.

Pretendían asegurar el desarrollo de ésta con la entrega de rehenes, que seríamos ni más ni menos que la reina y yo, que nos alejaríamos del lado del rey y quedaríamos como prisioneras del arzobispo Fonseca en su fortaleza de Coca. También se entregarían un hijo sacrílego del arzobispo Carrillo, Troilo Carrillo, otro del almirante don Fadrique Henríquez, otro de Villena y uno del conde de Plasencia.

El rey que de nuevo mostró su total falta de criterio, escuchó y aceptó la entrega. Fue una de sus decisiones más erróneas, y abría el camino de la deshonra definitiva de la reina y llevaría a mantener de modo imborrable la mancha de bastardía sobre mi persona.

Y fuimos a Coca. Recuerdo vagamente el imponente castillo y el aparente respeto con que nos trataban allí, pero también recuerdo como entre nebulosas un intento del anciano Fonseca de propasarse con mi guapísima madre, intento que la reina cortó en seco con duros reproches y que no hizo sino generar una tensión; gracias a Dios, no fue a más porque, al no seguirse las negociaciones por rechazarlas los partidarios del príncipe, mi madre y yo regresamos a Segovia.

Entonces fue cuando sentí de verdad que algo había cambiado en nuestras vidas. En lugar de regresar al alcázar, donde siempre habíamos vivido, mi madre rechazó vivir entre sus protectores muros —probablemente porque seguía muy ofendida con mi padre— y se instaló en una casa adosada a la muralla, bien protegida.

Allí empecé a llorar sin poder evitarlo cuando la sorprendía a ella haciéndolo. Yo veía que ella quería ocultarme su dolor, y yo, que no entendía nada a mis cuatro años, de repente rompía en un llanto desconsolado, el cántico que se oía más frecuentemente en las habitaciones de aquella casa de la infelicidad y que era el presagio del dolor que se nos avecinaba.

Mi madre, en cambio, sabía muy bien el porqué de sus lágrimas. Lloraba por la ceguera del rey; lloraba porque sabía que su momento había pasado y que en adelante las cosas sólo iban a poder ir a peor; lloraba porque tenía una niña que debía ser reina de un territorio poderoso, pero que tenía un padre que era incapaz de imponérsela a sus súbditos; lloraba porque no sabía si en el fondo de su corazón el rey dudaba de su paternidad y creía en la calumnia de Villena, y sobre todo lloraba porque todo este calvario se debía sólo a la debilidad de su marido, que no había sabido ser ni rey ni hombre para defender a los suyos ni a su reino. Ésas eran sus razones, unas razones muy poderosas. Las mías eran mucho más vanas, mucho menos relevantes. Yo lloraba porque mi padre estaba lejos, porque no entendía el llanto de mi madre, porque no estaba conmigo mi amiga Cristina de la Maza, a la que habían llevado a algún otro lugar, y lloraba porque me parecía que al hacerlo era más importante y casi



una persona mayor.

Y mientras yo no sabía lo que estaba pasando, las cosas se complicaban más para nosotras. El arzobispo Carrillo, peleado mortalmente con Villena por su traición al plan original de hacer rey a Alfonso como fuera, no cesaba de maquinarse como podía seguir adelante con su proyecto. Profundamente irritado por la ambición de Pacheco, que había intentado casar a su hermano muerto con la infanta Isabel y había casado a sus hijas con el conde de Benavente y el de Plasencia, decidió retirarle definitivamente su amistad y su apoyo. Entonces, rechazando de plano el proyecto de negociación de Fonseca —que era de Villena en realidad—, inició por su cuenta un acercamiento al rey de Aragón como decano de la casa real de Trastámara. No era un plan descabellado. Don Juan II estaba en buena posición para la negociación porque era pariente cercano y tenía una posible autoridad moral sobre las partes, ya que era tío carnal de los reyes Enrique IV y Alfonso V, y tío abuelo de los infantes Isabel y Alfonso. Contaba para iniciar las negociaciones con su mitra arzobispal, la primada de Castilla y el pleno apoyo de los suyos, su hermano Lope Vázquez de Acuña, su sobrino el obispo Pedro Carrillo de Albornoz, que luego lo sería de Ávila, y las casas de Acuña y la del poderoso almirante don Fadrique Henríquez, cuya hermana estaba casada con el rey de Aragón Juan II.

En efecto, mi madre y yo debíamos preocuparnos también por la negociación del turbulento prelado porque lo que estaba claro es que no contábamos para nada en sus planes y éstos pretendían conseguir la paz por medio de un doble matrimonio: el infante Alfonso con doña Juana de Aragón, y la infanta Isabel con el príncipe don Fernando de Aragón. De ese modo, con el matrimonio de los dos hermanos reales de Castilla con los de Aragón, la dinastía salía reforzada, pues los cuatro eran los vástagos de la casa de Trastámara y herederos de dos de los reinos peninsulares. Además, el proyecto suponía el reforzamiento de la alianza de Borgoña e Inglaterra y el alejamiento de Francia, que defendía los intereses de Gastón de Foix y Leonor en Navarra, que iban contra Castilla.

Cuando el rey Enrique se enteró de este proyecto, parece que montó en cólera porque estaba muy malquerido con el arzobispo, al que había pedido a la Santa Sede sin éxito que removiera de su cargo. Entonces, Fonseca, a instancias de Villena, propuso al rey un plan absurdo que éste de nuevo aceptó y que de haberse llevado a cabo le hubiera puesto en gran peligro.

El rey debía acudir a Béjar a hablar con el conde de Plasencia, y le ofrecieron rehenes para ello. Allí se podrían reunir todos, el rey, don Alfonso y doña Isabel, y solucionar el conflicto en familia. El rey estaba dispuesto a partir de Segovia, sin la reina, que estaba aterrada sabiendo como todos que se trataba de una celada para cogerle preso y establecer un gobierno conjunto del marqués y el conde. Pero el rey no se dejó convencer por nadie a pesar de que le informaron de que se trataba de un engaño, y se preparó para partir.

Fue el pueblo el que en tumulto evitó su partida, cuando ya habían salido de

Segovia el obispo Fonseca y la condesa de Plasencia. Después le demostraron que en verdad iba a ser hecho prisionero, y mi pobre padre quedó muy alicaído. No era para menos. Se había malquistado con sus mejores valedores una y otra vez; se había alejado de la reina y de mí. Reinaba sobre un reino en el que incluso los que aparentaban respetarle hacían su santa voluntad y que estaba feudalizándose por momentos, donde las grandes casas con sus alianzas controlaban grandes porciones de territorio. ¿Qué estaba consiguiendo él? Nada de nada. Quedarse en una soledad que le abocaba a nuevos errores si Dios no lo remediaba, y probablemente incluso el Supremo Hacedor debía estar comenzando a cansarse de sus necesidades.

Y mientras tanto, mi madre y yo esperábamos cada día en nuestra casa de Segovia que viniera un mensaje del rey; una misiva amable, una visita... Pero ésta no se produjo. Parecía que en esos momentos el rey había dado de lado a las únicas personas que podía considerar legítimamente suyas; pero también en eso mi padre estaba muy equivocado, y en esos días tan perturbados no comprendió que su alejamiento de la reina era algo que le debilitaba aún más. A veces he llegado a pensar que lo que deseaba era destruirse a sí mismo. Si no, no se puede explicar tal cúmulo de errores en todas sus decisiones importantes de esos años.

¿Qué iba a ser de nosotras? Ésa era probablemente la pregunta que mi madre se hacía a toda hora. Si mi padre no quería o no podía mantenernos a su lado, tampoco nos iba a dejar a nuestro libre albedrío. Sin duda tendría que tomar cartas en el asunto de algún modo, y la lógica llevaba a pensar que nos enviarían a un castillo bajo custodia de una persona fiel al rey. Así, sabría que nos tenía en un lugar sometido a su jurisdicción. Desde luego, nuestro futuro no se presentaba como muy halagüeño.

# Capítulo VI

## En manos de Tendilla

Toledo estaba en manos del príncipe don Alfonso desde el principio de la rebelión. La gran ciudad castellana, sede de la mitra arzobispal más importante del reino, era esencial para el prestigio real. Las maniobras del conde de Cifuentes, Pero López de Ayala, señor de Fuensalida, junto con los Rivera, Payo y Juan, y el poderoso don Luis de la Cerda, la habían inclinado al lado alfonsino.

Por parte de los conjurados se decidió hacer un acto en la gran urbe que fuese una solemne jura del príncipe don Alfonso como rey de Castilla. Para ello se fijó la fecha de 31 de mayo de 1467. Era un nuevo ultraje a mi padre, Enrique IV, un desafío más a su autoridad, pero lo que no podían imaginar los nobles conjurados es que, tras el juramento y la salida del joven príncipe, se iban a producir unos disturbios en la ciudad que llevaría a los cristianos viejos a saquear las casas y haciendas de los conversos y a matar a muchos de ellos.

El rey Enrique IV quedó muy consternado porque la matanza era un signo de las tensiones del reino contra los conversos, que no hacían sino complicar aún más el problema de la guerra civil entre los dos bandos y dificultar una solución. En cuanto al príncipe Alfonso, que había quedado anonadado de la extensión de los daños en la ciudad, empezó a tomar conciencia de que era un títere en manos de otros, pues fue obligado a firmar que los responsables no serían castigados por los robos y crímenes cometidos. De hecho, al joven príncipe le atemorizaban los hombres de dudosa ralea que el marqués de Villena, dispuesto a dominarle como fuera, había puesto a su alrededor. Sentía que querían corromperle, y su ánimo estaba muy entristecido, y cuando se manifestaba en contra de aquella situación incluso llegaban a amenazarle con acabar con su vida.

La situación era verdaderamente absurda. De un lado había un rey pretendiente que ya no sabía si estaba actuando bien o si simplemente estaba siendo usado por una camarilla de nobles a los que lo único que importaba era el incremento de su prestigio; y del otro estaba el rey de derecho Enrique IV, que no sabía mantener ni su prestigio ni su honra y que creaba una constante confusión a su alrededor al ser incapaz de tomar una decisión a derechas. Y mientras tanto los nobles del reino campaban a sus anchas, luchando entre ellos y provocando graves enfrentamientos, como el entablado entre las casas de Medina Sidonia y Arcos, que estaban en continua pugna por la supremacía en Sevilla y que tenían estados fronterizos.

Por fin el nuevo pontífice Pablo II se pronunció a favor de Enrique IV, lo cual ratificaba la fuerza moral del rey y permitía a los suyos plantear la necesidad creciente de dar batalla a los partidarios de Alfonso. Y el lugar elegido para ello fue Olmedo. Por una vez, el rey se dejó convencer de que la situación así lo requería, y se

libró una no demasiado sangrienta batalla que no fue nada decisiva, pues ambos bandos se consideraron vencedores, aunque tácticamente ganaran las fuerzas de Enrique IV. El duque de Alburquerque y la casa de Mendoza eran partidarios de seguir tratando con mano dura a los rebeldes y estaban ganando influencia con el rey, cosa que Villena pretendía utilizar de modo sibilino, muy a su modo habitual, para desprestigiarle.

En este turbio estado de cosas, llegó de nuevo a Castilla el legado papal, Antonio de Véneris, obispo titular de León y un firme partidario de mi padre, con amplios poderes de la Santa Sede para solventar la cuestión, lo que incluía una bula secreta de excomunión del príncipe rebelde y sus partidarios por si llegaba el caso de que fuera necesaria. La llegada del legado y su apoyo a la causa de Enrique IV enfurecieron a muchos de los conspiradores, que veían peligrar sus estados y las ganancias que habían conseguido a costa de cambiar oportunamente de bando.

Todo parecía de nuevo favorable a la causa de mi padre cuando las cosas se complicaron, y precisamente en su ciudad favorita, en Segovia. El descontento de los hermanos Diego Arias Dávila y Pedrarias Dávila por la injusta remoción de Pedrarias del cargo de Contador debido a una oscura intriga de Villena, que engañó al rey, hizo que éste y su hermano, obispo de la ciudad, decidieran por su cuenta abrir la ciudad emblemática de Enrique IV a los alfonsinos, si bien el alcázar seguiría en poder del rey, para forzarle a la negociación de modo que se acabase con el conflicto. El golpe fue perfectamente llevado a cabo, y el conde de Alba, que había cambiado de bando y se había pasado a los alfonsinos tras un acuerdo secreto con Villena de apoyo mutuo, entró en la ciudad con sus tropas.

Recuerdo bien el ajeteo de ese día y el terrible miedo de mi madre la reina, que creyó que iban a hacerla prisionera a traición y se desesperó de la imprevisión del rey y de los traidores que se reproducían por doquier como la langosta.

Fue muy emocionante para mí, inconsciente de la gravedad de los asuntos, ver aquel trajín apresurado, coger lo imprescindible, susurros, amenazas a la infanta mi madrina cuando se negó a acompañarnos en nuestra huida hacia la catedral vieja... Salimos justo a tiempo, puesto que al poco de que dejáramos la casa las tropas del conde de Alba que venían a prendernos descubrieron con alegría que la infanta Isabel se encontraba allí. Eso les retuvo, como pensó mi madre —por eso al final la dejó—, y tras pasar con mucho miedo por el espacio entre la catedral y el alcázar, por fin entramos en territorio fiel al rey, donde se nos recibió con cierta incomodidad, cosa que no dejó de chocarnos pues habíamos vivido allí muchas temporadas.

Al cabo de poco, nos enteramos de que el primer acto de mi madrina cuando la liberaron fue pedir que se redactara un escrito dirigido al arzobispo y a Villena, y refrendado por su hermano el pretendiente real, según el cual nunca se la forzaría a casarse en contra de su voluntad. Ésa era su reacción ante el horror que había vivido con el compromiso con el Maestre Girón; lo tenía grabado en el alma y no quería volver a pasar nunca por circunstancias semejantes.

Las siguientes y preocupantes nuevas fueron la caída de Medina del Campo en poder de Alfonso y la melancolía del rey, que de nuevo se mostró completamente dispuesto a negociar. Entonces, el arzobispo Fonseca volvió a ser el mediador adecuado, y se retomó el proyecto de Coca. Lo primero que pedía Fonseca —dirigido por Villena— era la entrega de la reina como rehén bajo su custodia.

Cuando la casa de Mendoza se enteró de este proyecto, deseando no volver a ser ninguneados por nadie y sabiéndose en posición de fuerza, exigió al rey la entrega de mi persona al hermano del marqués de Santillana, el aguerrido y apuesto conde de Tendilla, que en adelante sería el que tendría mi guarda, en el castillo de Buitrago de Lozoya, a algunas leguas de Madrid. El rey no lo dudó. Estaba completamente hundido por lo que consideraba una traición de Perucho de Monjaraz y los Dávila, y se decidió a aceptar las condiciones de ambos. Con escasa escolta entró en Segovia; en medio de un gran silencio y con el rostro muy cariacontecido, se dirigió al alcázar, donde el malquistado Perucho le recibió con mal semblante, no dignándose siquiera a responder a las amargas frases que le dirigió mi padre.

Yo no sabía que aquella era una separación que marcaría mi vida. Pensaba que no iba a volver a ver a mis padres, aunque no era cierto: a ambos los vería después, aunque en circunstancias muy diferentes. En adelante, yo sólo sería una pieza del ajedrez del poder, una posible reina cuyos derechos se iban a esgrimir por unos y negar por otros en función de sus intereses familiares y personales, intereses que excluían los míos.

Apresuradamente, sin apenas despedirse de mí, como si ambos se avergonzaran de abandonarme de ese modo, me vistieron para el viaje y mi aya me metió en un carro que había dispuesto para la ocasión el futuro cardenal don Pedro González de Mendoza. Discretamente, sin que se dieran cuenta los muchos partidarios de don Alfonso que habitaban en la ciudad, salía de Segovia la niña que unos consideraban heredera del reino y otros un valioso rehén.

¡Qué no hubiera dado Villena por que yo cayera en sus manos! Pero don Pedro de Mendoza sabía muy bien con quién trataba, y sus hombres, como los de la casa de Mendoza en general, eran de una absoluta fidelidad, así que el carro, desprovisto de todo distintivo que lo hiciera destacar, salió de la ciudad como si fuera el de unos proveedores del real alcázar que cada día subían a la ciudad a entregar mercancía.

Mientras el rey y la reina tenían una conversación, que imagino sería en tono de gran frialdad porque mi madre sentía la más cruel de las decepciones por la conducta del rey su marido, yo hacía un viaje encantado por los pinares de la sierra segoviana, con una escolta de caballeros que intentaron que fuera lo más agradable posible, y bien que lo consiguieron porque en ningún momento tuve sensación de peligro, sino que disfruté de la aventura, inconsciente de que aquél era uno de los pocos viajes que iba a realizar en los siguientes años.

Y mientras nosotros recorríamos las tierras de Segovia y nos acercábamos al castillo de Buitrago de Lozoya, yo desaparecía de la corte por un tiempo y mi madre

tenía que asumir que en adelante sería una prisionera del obispo Fonseca.

El 1 de octubre de 1467 salió del refugio del alcázar de Segovia para ser una rehén del obispo, que decidió que estaría segura en la fortaleza de Coca, que era de los castillos más fuertes del reino y del que la reina no podría escapar si no era con la connivencia de sus guardianes.

Tras cumplir con todas las exigencias de sus súbditos, los fieles y los rebeldes, el triste y abatido rey se dirigió a la catedral de Segovia, donde se dijo por ambas partes que se deseaba llegar a un acuerdo. El rey, entregado a sus enemigos, aceptó dar el castillo de Segovia a Pacheco, que también se había hecho nombrar Maestre de Santiago por los freires, cosa que el rey ratificó así como el traslado del tesoro real a Madrid, aunque del mismo se retirarían unas valiosas piezas que irían a parar a manos del mediador Fonseca y unos sacos de dineros se entregarían al conde de Plasencia como compensación por los gastos realizados. En fin, que Villena podía estar contento. Los suyos se enriquecían de nuevo, y el rey estaba en un estado de abatimiento y abulia que poco o nada podía hacer para impedir el ascenso de los nobles a una categoría que los igualaba a él en poder y juntos los hacía más poderosos que el mismo rey.

Mi madre la reina doña Juana fue trasladada por el obispo desde Coca a Alaejos, otra fortaleza en la que quedó bajo custodia de un sobrino del arzobispo, llamado Pedro de Castilla, un hombre muy agraciado y varonil que al poco tiempo liberó a la reina de sus frustraciones y dolores y, tras enamorarla, se convirtió en su ardoroso amante, lo cual iba a provocar graves consecuencias que recaerían especialmente sobre la cuestión tan llevada y traída de mi legitimidad.

Y mientras en Buitrago, yo, ajena a todo eso, echaba de menos a mi madre y a mi madrina la princesa Isabel, que hasta entonces había sido conmigo la tía cariñosa que siempre debió ser, y me fui enterando de las nuevas de la Corte por las conversaciones del conde de Tendilla y su esposa, que hablaban sin contención delante de mí de los asuntos de la guerra, pensando que al ser tan pequeña no prestaba atención ni comprendía lo que decían.

Se equivocaban. Nada me interesaba más que las noticias que llegaban de la corte o acerca de mi madre. Así me enteré de que mi padre el rey había aceptado pasar las navidades de ese año de 1467 con el conde de Plasencia en su ciudad, para gran escándalo de la casa de Mendoza en pleno, que creyó que de nuevo pensaba mudar de consejeros. El conde le había ofrecido su obediencia y le había hecho de mediador con el Maestre de Alcántara, que de nuevo había entrado en el favor real.

Por su parte, mi tía la infanta Isabel, a sus dieciséis años, estaba comenzando a dar pruebas de un carácter que nadie hasta entonces había sospechado en ella porque, durante el tiempo que habíamos vivido juntas, siempre había sido una niña callada y servicial, más religiosa de lo corriente. Parecía que tras su liberación había despertado su orgullo y, después de ir a Arévalo a ver a su madre princesa Isabel de Portugal —cuya cabeza no regía muy bien— y convivir con su hermano Alfonso, a

quien tenía un profundo cariño, había pedido que se le hiciera entrega de la villa de Medina del Campo como se establecía en el testamento de su padre el rey Juan II. Su hermano Alfonso, considerando que aquello era algo de derecho, había firmado sin dudarla la entrega, y ella la había recibido con gran alegría, pues le permitía una independencia que hasta entonces no tenía en el ámbito económico, siempre dependiente de otros.

Y mientras la princesa se hacía con un patrimonio propio, comenzaba el año de 1468. El rey estaba encantado con las adhesiones de tantos nobles que antaño le habían abandonado. Parecía que soplaban nuevos vientos favorables a Enrique IV, al que todos, salvo el partido aragonés de Carrillo y el almirante, querían volver a reconocer como único señor, siempre que se mantuviese el *statu quo* de las donaciones hechas antaño. Así se lo comunicaron en Peñaranda de Bracamonte los partidarios de don Alfonso, que estaban buscando un modo de volver a la obediencia del rey sin perder la dignidad; esto supuso un auténtico consuelo para Enrique IV, que decidió ir al monasterio de Guadalupe a pasar la Cuaresma en acción de gracias por el cambio favorable que se estaba produciendo. Entre sus muros encontró algo de paz y serenidad, ésa que tan necesaria le era y que en tantas ocasiones importantes le había fallado a la hora de tomar decisiones. Después, se dirigió a Alaejos, donde estaba prisionera su esposa doña Juana, a la que quería ver a pesar de esos amoríos con Pedro de Castilla que él había aceptado con asombrosa frialdad.

Allí iban a tener lugar nuevas conversaciones con los rebeldes, pero llegó a oídos del rey que el conde de Benavente, el suegro de Juan Pacheco, se había conjurado con unos cuantos descontentos con la ambición de Pacheco para acabar con la vida de éste. El Maestre de Santiago, que había renunciado al título de marqués de Villena en la persona de su hijo mayor, avisado por el rey de la conjura, se retiró para eludir la emboscada, y el rey también se fue de Alaejos, acompañado del obispo Fonseca, que por entonces no se separaba de él ni a sol ni a sombra.

En ese interludio, mi augusto padre se acercó a Madrid, donde moró en las casas consistoriales, desconfiando del nuevo tenedor del alcázar, que era el mismo Perucho que le había traicionado en Segovia. Estando allí, decidió llevar a cabo un osado plan, algo rocambolesco, que le permitiría recobrar Toledo: debía entrar en la ciudad la noche del 3 de junio de 1468 y hacer acto de presencia al día siguiente. Todo se estropeó cuando una persona le reconoció. Enseguida se dio la voz de alarma y aparecieron hombres armados. Unos le urgieron a irse de la ciudad, pero el señor de Fuensalida, Pero López de Ayala, que era el jefe de los cristianos viejos, se puso de su lado, y éste, tras confirmar que los sucesos del año anterior no tendrían represalias y que los oficios municipales recaerían siempre en cristianos viejos, se hizo de nuevo con el control de la ciudad.

Era la primera vez que el rey realizaba un acto relativamente osado y, además, le salía bien. Sus partidarios se congratularon del hecho, ya que recuperar Toledo era una baza importante para el reforzamiento del partido de Enrique IV. No obstante,

mis tenedores los condes de Tendilla y su hermano el obispo de Calahorra, que había venido a visitarnos y que fue especialmente agradable conmigo, estaban preocupados. Mantenían que, al aceptar como servicios a la corona los desmanes del año anterior, el rey había sentado un peligroso precedente, y que si no se tomaban cartas en el asunto y se desautorizaban los actos de violencia contra súbditos, las revueltas contra conversos podían ensangrentar el reino.

Yo, con sólo seis años, escuchaba mientras aparentaba jugar con alguna muñeca y aprendía que mi padre no era el gran hombre bueno y maravilloso que yo había creído, sino un rey débil, manipulado por unos y otros sin un norte claro; ese conocimiento me hizo en adelante una niña triste.

Conocer a esa edad la debilidad de mi padre y la ligereza de mi madre me hizo crecer muy deprisa. Y ya entonces, con seis años, decidí que nunca nadie podría decir nada de mi conducta. Yo sería una gran reina y jamás podrían murmurar sobre mí. Y gracias al Todopoderoso, al día de hoy, a mis sesenta y ocho años, lo he cumplido. Pero entonces sólo tenía seis. Seis añitos y nada más podía jugar con María de Mendoza, la hija del conde de Tendilla, que era algo mayor que yo; no me gustaba mucho porque era una presumida y una pretenciosa y siempre quería ser la más guapa, la mejor y la más ingeniosa, cuando en realidad era una niña con muy poca gracia, de rostro demasiado redondo, ojos bovinos y boca muy fina, como correspondía a la envidiosa que luego demostraría ser.

Al menos, Buitrago de Lozoya, mi nuevo hogar, era un hermoso lugar, al margen del río Lozoya, con fuertes murallas y un poderoso castillo donde vivíamos. Al estar cerca de la sierra era frío, pero no tanto como Segovia, y yo me adapté bien al lugar, tras las inevitables llantinas que llegaron con mi conciencia de que me habían dejado sola con extraños y que los míos me habían abandonado o entregado.

He de reconocer que en Buitrago se me trató siempre como a la princesa que era, lo cual, desde la perspectiva de los años, comprendo bien que podía haber sido de otro modo. Eso me permitió en esos caóticos tiempos crecer en la dignidad y en la tranquilidad de un hogar apacible y cristiano como era el de los condes de Tendilla. Para mí, tratar con su hija María era como una penitencia, y como tal me lo tomaba, y cuando fue pasando el tiempo y cogí confianza, le di más de una bofetada a esa deslenguada que aprendió rápidamente a temer mis arranques y se volvió mucho más sumisa conmigo, lo cual al menos me resultaba cómodo. Ella fue la primera persona que dominé, y saber que tenía dotes de mando hizo que en adelante me sintiera mucho más de mí misma.

Y entonces, cuando parecía que todo seguía por los mismos derroteros de adhesiones y negociaciones para ir reconduciendo los asuntos, se produjo la gran tragedia que vino a alterarlo todo. Mi madrina la infanta Isabel y el príncipe Alfonso habían salido de Ávila, donde estaban con el arzobispo Carrillo, el Maestre de Santiago Juan Pacheco y el obispo de Coria. Pararon en Cardeñosa a dormir, y esa noche el príncipe cenó una trucha empanada que luego muchos dijeron que estaba



envenenada, porque al día siguiente el joven pretendiente estaba muy débil y con mal color, y la sangre parecía estar haciéndosele densa, de modo que no se le pudo sangrar. El niño que había deseado ser rey antes de tiempo moría el 5 de julio de 1468, y su hermana comenzó a cobrar un protagonismo que nadie esperaba de ella cuando escribió las cartas a las ciudades anunciando la triste noticia, pues en ellas ya anunciaba lo que en adelante sería su único norte: ella y no otra era la heredera de su hermano y de los reinos de Castilla y León.

Ese día dejó de ser una infanta y dejó de quererme y de respetarme, y decidió hundirme como fuera porque quería ser reina y apartaría del camino al trono a quien intentara impedirsele. Para ella no era más que un pequeño obstáculo, y la conducta de mi madre le permitía decir que, igual que entonces estaba con su amante, antes también los había tenido, y que yo era el fruto de uno de esos escarceos. Pero no quiso enfrentarse a su hermanastro el rey. Inteligente como era, y viendo los desmanes que en el reino había provocado el enfrentamiento entre Enrique IV y su heredero, decidió ofrecerle su fidelidad y reconocimiento como único rey de Castilla, desoyendo todos los consejos de los nobles que querían seguir medrando a costa del conflicto, y sólo puso como condición que el rey la reconociera como única heredera.

¿Y qué hizo mi padre el rey? Pues, como siempre, errando de nuevo, aceptó la demanda de la princesa postergándome. Al hacerlo, yo pasaba de ser la posible heredera rehén a una baza política de primer orden en manos de la casa de Mendoza, que muy pronto se iba a poner del lado de la princesa, aunque guardando la fidelidad debida al rey.

Con la muerte del príncipe Alfonso y la renuncia de Isabel a seguir comandando la facción rebelde, acababa la guerra civil. Llegaban los años de espera y de siembra, e Isabel estaba en inmejorables condiciones de hacerlo, pues tenía todo a su favor: belleza, inteligencia y un carácter que le hacía ganar muchos adeptos. Mientras tanto yo jugaba sin saber todo lo malo que se avecinaba para mí en el patio de armas del castillo de Buitrago de Lozoya, y soñaba que mi padre el rey Enrique IV me quería mucho y que pronto vendría a por mí, y que mi madre la reina también vendría, y que estaríamos juntos de nuevo y todo iría bien; y, aunque parezca una locura, conseguía convencerme durante unos instantes de que aquella descabellada fantasía infantil podía llegar a ser real.

## Capítulo VII

### El amor culpable de la reina

Parece que en aquellos tiempos de confusión se barajaron varias posibilidades para la solución del problema sucesorio, pero eran pocos los que pensaron en mí como la heredera que era de mi padre. Lo que estaba claro era que todos deseaban volver a la obediencia del rey Enrique IV y al reforzamiento de la autoridad real única, salvo Carrillo y el Almirante, que procuraron sin éxito que la princesa Isabel se proclamara reina y continuara el conflicto civil.

Pero, por más que el arzobispo de Toledo se empeñara, no iban a ir las cosas por ahí. Isabel no deseaba seguir con una guerra que sabía que sólo beneficiaba a Juan Pacheco y a los otros ricohombres del reino y que debilitaba el poder real y su postura de heredera del trono, que era lo que deseaba que todos reconocieran. Isabel llegó rápidamente a la conclusión de que si se rebelaba abiertamente y era derrotada, cosa que entonces parecía bastante evidente, se volvería al momento de mi jura como heredera, que era lo que pretendía evitar a toda costa.

Aprovechándose de la debilidad de mi padre, de mi corta edad y de que yo no tenía posibilidad de defender mis intereses, así como de la desafortunada e indigna conducta de mi madre, mi madrina consiguió ser declarada heredera casi inmediatamente, lo cual era una nueva humillación para mi persona, pues mis derechos quedaban postergados a los intereses políticos de Juan Pacheco y los suyos.

Los acuerdos a que se llegaron en Cadalso y Guisando para permitir la jura de mi madrina la princesa eran de nuevo un prodigio de retorcimiento, obra del tortuoso Maestre de Santiago Juan Pacheco. La princesa Isabel, muy ufana por la eficaz negociación de sus intereses por el arzobispo Carrillo con Villena, sería reconocida como heredera de los reinos de Castilla y León, hacía renuncia expresa de toda pretensión al trono y reconocía a su hermanastro como único rey. A cambio de este reconocimiento mutuo, el rey se comprometía a entregar a la princesa el principado de Asturias, así como las villas que correspondían a su título y rango, y se convocarían Cortes para jurarla.

El legado Véneris, que estaba en la corte, tenía poder suficiente del Papa para liberar todos los juramentos del pasado. A su vez, la princesa se comprometía a casarse con quien decidieran el rey y el Consejo Real (compuesto por el marqués de Villena, el conde de Plasencia y el obispo Alfonso de Fonseca), aunque siempre contando con su voluntad.

En la declaración que se firmó se decía también que el segundo matrimonio del rey había sido inválido como el primero y, por ello yo, su hija Juana —no se decía expresamente que no lo fuera, pero se inducía del tenor general— no podía heredar el reino. Esta declaración, que se envió a las ciudades y a los nobles del reino, me

dejaba como rehén sin valor en la casa de Mendoza y con una frustración que daría lugar a una protesta formal ante el legado apostólico y ante el mismo rey. Pero en ese momento Enrique IV no quería prolongar el estado de las cosas y deseaba concluir la guerra civil con las concesiones que fuera menester.

¿Por qué mi padre no plantó nunca cara a los que recusaron su segundo matrimonio y a su hija? ¿Por qué mi padre no quiso o no supo nunca defenderme ante sus ministros?

La respuesta era la terrible situación en que se encontraba como consecuencia de la actitud de la reina, que se había enamorado perdidamente de Pedro de Castilla, su guardián en Alaejos, y que había dejado de lado toda su dignidad real, toda su contención y toda su ambición política por el amor de ese apuesto mozo que la volvía loca y del que, además, para mayor vergüenza de mi padre y mía, estaba embarazada de siete meses. Dado lo complicado de su situación, mi madre la reina había desatendido la orden directa del rey de que fuera a la corte para retomar su papel de consorte a su lado. De un modo impropio de una reina de Castilla, acuciada por su avanzado estado de gestación y su escaso deseo de ver al que aún era su marido, decidió escapar de Alaejos cuando supo que el rey le enviaba una escolta para llevarla de vuelta con él. En un arranque de extraño pudor y deseo de mantener el mayor tiempo posible fuera del conocimiento de todos su evidente embarazo, para evitar ser detenida, con ayuda de sus dos damas y su tenedor, se descolgó por la muralla de la fortaleza amarrada a una cuerda que no resistió el peso de la señora y que se rompió cuando, gracias a Dios, estaba ya cerca del suelo, sufriendo un golpe que, no obstante, no le provocó el adelanto del parto, sino simples magulladuras. Digno hubiera sido de ser cantado en un romance ese episodio si no hubiera sido la reina Juana en persona la protagonista. Pero el asunto revestía la mayor gravedad y tenía profundas implicaciones políticas que beneficiaban a los contrarios a sus intereses y a los de su hija, y acabaría provocando la deshonra definitiva de su nombre y el escarnio del rey, que quedaría como un cornudo ante todo el reino.

Su incapacidad de mantener la dignidad real, como hubiera debido, absteniéndose como corresponde a una reina de tener tratos carnales con inferiores, acabó de cavar a mis pies la profunda fosa de la que ya nunca podría salir. La mancha de la ilegitimidad me acosaría el resto de mi vida por culpa de su inexcusable conducta.

Y mientras ella huía del rey como indigna y culpable y se refugiaba en Ledesma, donde don Beltrán la acogió, como antiguo amigo quien a su modo siempre le guardó fidelidad, acontecían los graves asuntos que me dejaban de nuevo sin herencia: el indignante compromiso de Guisando del rey con Isabel.

Parece mentira que fuese el conde de Tendilla y no mi padre el rey el que hiciera el alegato de protesta del reconocimiento de la princesa como heredera. En el documento que envió a la corte y al legado papal, el conde decía que yo era la única hija legítima del rey, y que ya había sido jurada a su tiempo y por las cortes y los ricohombres y prelados como princesa y primogénita de los reinos. También

afirmaban expresamente mi legitimidad, como hija de mis padres, nacida de un legítimo matrimonio aprobado por el Papa, y por último concluía diciendo que mi padre el rey no podía privarme de mis derechos de primogenitura sin el consentimiento del mismo Papa. Ésa era la postura oficial de la casa de Mendoza, una postura que me beneficiaba y honraba, aunque lo que ellos buscaban en aquel momento era su beneficio, pues me tenían como rehén, y un rehén sin valor no interesa a nadie.

Yo supe del documento cuando se redactaba, y miré a los condes con mucho más afecto en adelante. Les consideraba mis paladines y mis valedores. Incluso condescendí en ser mucho más amable con su insoportable hija María Mendoza, que vio cómo le sonreía mucho más frecuentemente, la invitaba a participar conmigo en mis juegos e incluso la dejaba ganarme de vez en cuando en los de velocidad, aunque yo era mucho más rápida corriendo que aquella estirada.

Pero no ganaba yo para sustos en esos tiempos, y un día, mientras andaba silenciosamente, como me gustaba hacer por los pasillos del castillo, sorprendí una conversación de los condes que me puso los pelos de punta y me hizo comprender que mi situación podía empeorar muy rápidamente. Así me enteré de la fuga de mi madre, de la cabalgata por las tierras del rey hasta las del duque de Alburquerque, del avanzado estado del embarazo de ese momento y de que acababa de nacerle un hijo al que habían puesto de nombre Andrés, un niño cuya mera existencia comprometía a todos. En estado de total abatimiento quedé al enterarme de aquello. También supe que de momento se había enviado al niño con los padres del amante de mi madre. Todo aquello me pareció una locura y, si no lo hubiera oído yo misma y alguien me lo hubiera contado, me habría negado a creerlo porque lo que la reina había hecho era tan culpable, tan vergonzoso, tan poco digno de su alto rango, que me parecía increíble.

¿Cómo había podido mi madre hacerme aquello? Ésa fue mi primera reacción. Me sentía profundamente herida, pues sabía que el terrible pecado de doña Juana caería sobre mi cabeza por su propio peso y que nunca sería capaz de librarme de la sospecha por su culpa.

Aún hoy sigo apenas sin poder creérmelo. ¿Cómo pudo mi madre, que había mostrado hasta entonces un sentido tan claro de la política, conocido y temido por sus enemigos, llevar a cabo un acto que invalidaba todo y manchaba para siempre su honra en Castilla? Nunca debiera haberse entregado a Pedro de Castilla, ni siquiera amándole como sé que le amó. También yo amé una vez, y jamás me entregué a ese amor secreto ni él se enteró siquiera de ello. Mi dignidad de reino no me lo permitió, y no me arrepiento en absoluto de no haberlo hecho. Pero ella era más blanda, menos altiva que yo, y cayó en el abismo, arrojándose a él con los brazos abiertos. Nunca osé preguntarle por qué lo había hecho, lo reconozco, aunque tuve mil veces la pregunta en los labios ésta se quedó ahí, esperando a ser formulada. Mi vergüenza y mi dolor se hicieron mayores con ese conocimiento. Un sentimiento humillante y

escondido que oculté a todos, volviéndome más altiva y más dura. Fue entonces cuando decidí que de mi honra nunca podría decir nadie una palabra. Y también confieso que detesté la simple existencia de aquel vástago adulterino que era el producto del gran pecado de mi madre.

Y es que, si bien no dejaba de ser práctica frecuente de los reyes y de los nobles varones lo de tener hijos fuera del matrimonio, niños a los siempre intentaban dejar en buena posición (como era el caso de los hijos del Maestre de Calatrava Pedro Girón, el hijo del duque de Medina Sidonia, Enrique de Guzmán, o el esforzado héroe Rodrigo Ponce de León, heredero del conde de Arcos, los tres nacidos fuera de matrimonio y después legitimados y dueños o herederos de poderosos estados), las cosas no se veían igual si la que tenía los hijos de otro era una mujer, y menos aún si se trataba de una reina.

Las mujeres debían guardar su lugar, y su honor era muy importante, pues eran las trasmisoras de los linajes de sus esposos. Ya se vio el escándalo que supuso la conducta de la reina Leonor de Aquitania cuando dejó a su marido el rey de Francia Luis VII, tras diez años de matrimonio, para irse con el rey Enrique II, de Inglaterra. La dote del gran ducado de Aquitania del que era soberana provocó la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, pues los hijos que tuvo con Enrique defenderían su herencia materna con éxito.

Desde luego, en la sociedad castellana de mi época, lo que hizo mi madre fue una temeridad absoluta. Si su marido hubiera sido otro tipo de hombre, habría acabado siendo ajusticiada en un sórdido cadalso o encerrada de por vida en algún oscuro y lejano convento, y desde luego su amante habría sido deshonrado públicamente y descuartizado, y su cadáver, echado a los perros. Nada podía traer mayor deshonor que la infidelidad de una reina. Y eso fue lo que pasó en Castilla, y fue precisamente mi madre la autora de tamaño delito.

Yo rezaba y rezaba en la capilla del castillo para que todo fuera mentira y que mi hermanastro adulterino no existiera, y desde luego no quería verlo nunca ni oír hablar de él. Deseaba de ese modo infantil hacer que desapareciera el problema negándome a hablar de ello. Pero no era ése mi destino. Más bien al contrario, tendría que ver muy pronto a mi madre y a su amante.

Poco tiempo después, un día se me anunció escuetamente que mi madre, acompañada de su guarda y escolta, iba a hacer entrada en Buitrago. Me lo dijeron como si aquello fuera un acontecimiento festivo para mí. No pude contener mis emociones y me eché a llorar. Pero no por la alegría de verla, como suponían los buenos condes, sino de la vergüenza de tener que mirarla tras la terrible ofensa que nos había hecho a mi padre y a mi persona.

Y en efecto, dos días después llegó. La miré detenidamente, escudriñando su rostro, buscando en él las señales de la culpa y, curiosamente, en lugar de verla estropeada y manchada por el pecado, la encontré más hermosa que nunca, en su jaca blanca, con sus hermosos cabellos rubios trenzados con hilo de oro y plata y en

vueltos en una rica red de oro con piedras preciosas, vestida de terciopelo adamascado bordado de oro, con los ademanes y presencia de una verdadera reina y con un brillo en los ojos como yo nunca le había conocido. Era como si el amor la hubiera hecho florecer. Incluso las redondeces que aún tenía tras el parto le sentaban bien. Al desmontar de la jaca, lo primero que hizo fue buscarme. Yo estaba quieta, como paralizada ante su magnífica presencia. Mis sentimientos al respecto eran encontrados. Sin darme tiempo a reaccionar, me tomó en sus brazos y me estrechó en su pecho con amor de madre, y creo que se entristeció cuando vio que yo no le respondía de igual modo porque, aunque lo intenté, no pude evitar que se me notara algo de ese rechazo que me producía su conducta. Pero ella nada me dijo y yo nada le dije. Me tragué mi vergüenza y mi desazón como la bilis más amarga.

Cuando el mozo culpable me fue a saludar, casi le retiré la mano. Estuve a punto, aunque en el último instante le dejé rozar la punta de mis dedos, mientras me sorprendía odiando con todo mi corazón a ese hombre hermoso y apuesto que, a pesar de mirarme con un rostro noble y simpático, yo no podía olvidar que había mancillado el buen nombre de mi madre y el mío.

No. El amor no basta. El amor no es justificación de tal irresponsabilidad, es sólo un sentimiento plebeyo para quienes no tienen obligaciones ni estados que defender. Eso lo tenía claro. Cuando uno nace en el trono o tiene la inmensa responsabilidad de ser la consorte de un rey debe saber que lo primero y más importante es el respeto a esa corona y ese reino. Y el deber está antes que el placer.

Mis tranquilos días en Buitrago habían concluido. La presencia de la reina allí hizo que el sosegado castillo cobrara un aire cortesano. Algunos caballeros de los alrededores, que aún no conocían el escandaloso amancebamiento de la reina y Pedro de Castilla, se acercaba a rendirle homenaje, pensando que con ello se acercaban al rey y, mientras tanto, los Mendoza contemporizaban, intentando sacar partido de la presencia de las dos Juanas en su territorio.

Y mientras nosotras estábamos allí, Carrillo, valedor eterno del partido aragonés, intentaba ganarse a mis anfitriones sin éxito, ya que la casa de Mendoza en pleno, el marqués de Santillana y sus hermanos, no cejaba en la defensa de mis derechos.

El rey empezó a tener problemas con su flamante heredera, que comenzó a desobedecer sus órdenes casi inmediatamente. El intrigante Maestre Pacheco, observando que la princesa tenía carácter y resultaba poco manejable, dejó en suspenso la entrega de las villas prometidas y del principado para tenerla más a su merced. La idea del Maestre de Santiago concordó con el rey y permitió a los Mendoza llegar a un acuerdo con el Consejo, el llamado Pacto de Colmenar de Oreja, en el que se decidió que Isabel se casase con el rey Alfonso V de Portugal. De ese modo, la princesa tendría que asumir sus nuevas obligaciones como reina de Portugal y abandonar el reino. Además, se pactó también mi matrimonio o bien con el hijo habido de su matrimonio con Alfonso o, a falta de hijos, con el heredero de Alfonso, Juan, el príncipe perfecto, un doble enlace que al menos dejaba la honra del rey bien

parada y que hacía que, en cualquier caso, su hija fuera la heredera subsidiaria del reino. Pero no habían contado los consejeros reales y el rey con la testarudez de Isabel, que en el asunto de su matrimonio pretendía tener algo que decir.

El arzobispo Alonso Carrillo había conseguido convencerla de que no existía para ella mejor pretendiente que el rey de Sicilia, Fernando, hijo de Juan II de Aragón, por edad, por ser de la misma dinastía y por ser el heredero del reino de Aragón, con lo cual se conseguiría la unión de la mayor parte de España. Isabel lo meditó, y finalmente decidió que ése era el pretendiente con el que deseaba casarse y no otro. El escándalo saltó cuando mi madrina la princesa Isabel se atrevió a rechazar de plano el matrimonio con el rey de Portugal, cuya embajada se había presentado en la corte, a instancias de Pacheco y del rey, como si el asunto fuera cosa hecha.

La furia del rey fue grande porque no esperaba tal resistencia. Mi madrina, bien adoctrinada por el arzobispo, adujo que ella era la que tenía el derecho a decidir entre los pretendientes que se le propusieran y que de entre los presentados (el rey de Portugal, el duque de Berri —luego de Guyena—, un hermano del rey de Francia Luis XI, que estaba mal de salud, y el rey de Sicilia don Fernando de Aragón), ella prefería a don Fernando.

Era un auténtico órdago al rey y a sus consejeros porque los únicos de los ricohombres que defendían el enlace aragonés eran el propio arzobispo, que había casado a su hijo Troilo con la hija del condestable de Navarra, y el almirante don Fadrique, que era tío carnal del rey de Sicilia. El resto, comenzando por Pacheco, quería el enlace portugués, pues suponía la expatriación inmediata de la princesa y con ello la libertad de los nobles de seguir medrando a costa de la debilidad del rey. Tanto era así que los principales ricohombres firmaron un compromiso para forzar a la princesa a casarse con el rey de Portugal, que pasaba entonces a ser príncipe de Asturias, incluso si moría la princesa Isabel. Además, los firmantes del documento (el conde de Benavente, el de Plasencia, el de Haro, el duque de Alburquerque y la casa de Mendoza) se comprometían a luchar contra ella por las armas para forzarla al compromiso.

Las Cortes que el rey había convocado en Ocaña en abril de 1469, para jurar a Isabel antes de su rebeldía, pasaron a ser ordinarias, y en ellas los procuradores de las ciudades mostraron al rey su visión de lo muy deteriorado que estaba el reino. Decían que las ventas y donaciones realizadas en el patrimonio real desde el año 64 eran un verdadero expolio y que habían dado lugar a demasiados nuevos señoríos, provocando la merma de los lugares de realengo, y pretendían su devolución a la corona; protestaron por la inseguridad financiera que hacía que muchos arrendadores de rentas retuvieran sumas por la guerra, por las devaluaciones del vellón, por las monedas de oro y plata de menos ley, por el excesivo recurso del rey a los subsidios extraordinarios y por la necesidad de reformar las Audiencias para darles mayor eficacia.

Concluidas las Cortes, los nobles, salvo Carrillo, el almirante y el conde de Luna,

cerraron filas en torno al rey. Enrique IV podía sentirse satisfecho, y yo también lo estuve porque, además, los condes de Tendilla me habían separado de mi madre enviándome a la fortaleza de Trijueque, lo cual he de reconocer me provocó cierto alivio. A mis tiernos siete añitos daba gracias a la Virgen porque se me había comunicado la nueva de que, si bien mi madrina seguía siendo heredera del reino, había posibilidades importantes de que dejara de serlo y se me devolviera mi herencia legítima, dado que Isabel se resistía a cumplir con el compromiso portugués. Desde la distancia de unas leguas de Buitrago, miré a mi madre con algo menos de severidad durante aquellos tiempos de esperanza en que mi infantil deseo de nuevo me hizo creer que las cosas se iban a solucionar. No contaba yo ni con el fuerte carácter de mi madrina ni con esa capacidad de actuar que sorprendió a todos. Y mientras tanto, ajenos a los pasos que estaba dando la princesa y pensando que tenían todas las bazas en la mano, mi inocente padre y el intrigante y poderosos Maestre partían hacia Andalucía para conseguir la pacificación del reino y la completa obediencia a su persona.

No se dieron cuenta de que el arzobispo de Toledo seguía intrigando por su cuenta con el rey de Aragón desde Yepes, y que Isabel contaba con su capellán, Alfonso de Coca, con el bravo caballero Gutierre de Cárdenas y con su fiel Gonzalo Chacón, que iban a facilitar la realización de un plan que a todas luces era muy arriesgado y que suponía la posibilidad de enfrentamiento directo con el rey y la pérdida de la corona para ella; pero Isabel tenía arrestos —eso no se le puede negar— y una vez decidida a algo, no había quien la apartara de su decisión. Se llevó a cabo una negociación secreta con el pretendiente Fernando de Aragón, que se concluyó el 5 de marzo de 1469. En ella forzaba que se reconociera expresamente que la corona de Castilla era suya y que ella reinaría junto con su marido. Además, se pactaba que Fernando debería entregar un collar famoso de la corona de Aragón, valorado en cuarenta mil florines, y veinte mil florines en efectivo de modo inmediato más otros cien mil cuatro meses después. El collar y los veinte mil florines llegan a poder de Isabel en julio.

Pacheco es informado de que la princesa ha huido de Ocaña y ordena su detención, aunque no la consigue. La protegen las tropas del almirante Fadrique Henríquez y las del arzobispo de Toledo. Enfurecido con Isabel, convence al rey de que otorgue a su amigo y yerno el conde de Plasencia como ducado la ciudad de Arévalo —patrimonio y corte de la enferma madre de la princesa— en lugar de la prometida de Trujillo, que se resiste a transformarse en señorío. Es una ilegalidad y una ofensa a una reina viuda y a la memoria del propio padre del rey, pero a Pacheco eso no le importa. Quiere hacer ver a Isabel que el poder lo tiene él y que ella debe plegarse a lo que decida si no quiere ver cómo se pierde toda su herencia. La amenaza es directa. Mientras adopta medidas de gran dureza contra la princesa y su patrimonio, pensando que ahí es donde más daño puede hacerle y por donde puede hacerla capitular, el Maestre de Santiago mantiene con el conde de Tendilla una



correspondencia cordial que el conde nos confiará en su mayor parte.

A mis siete años, yo tenía una madurez realmente impropia de mi edad que asustaba a muchos de los que no me conocían, porque a mí en esa época ya había dejado de interesarme jugar y miraba con desprecio a los niños que eran normales y que vivían despreocupados del mundo de los mayores. Yo, Juana de Castilla, de terrible sobrenombre la Beltraneja, no me lo podía permitir. Sabía que en ese tiempo estaba en juego mi futuro y tenía muy claro que deseaba llegar a ser reina de Castilla. Y, desde entonces, mis sueños comenzaron a estar llenos de pesadillas. La angustia, ese monstruo terrible que hacía que de repente sintiera un terrible dolor en el vientre y una presión en el pecho que me privaba de aire, comenzó a ser una de mis más fieles compañeras de las noches de Buitrago, y había de durarme muchos años. Y yo, que nada podía hacer al respecto de las cosas del mundo, sólo rezaba y rezaba para que la Virgen me escuchara y me protegiera. A pesar de estar en manos de los amables condes y relativamente cerca de mi madre, yo me sentía sola, abandonada de algún modo por mi padre, que para mí era la fuente de la seguridad y del poder.

¡Ilusa de mí! Mi pobre padre estaba completamente en manos de Pacheco, que hacía y deshacía en el reino a su antojo, favoreciendo a los suyos de un modo tal que si no fuera porque se había cuidado mucho en hacer de su dictadura algo aparentemente colegiado, con el conde de Plasencia y el obispo de Coria y acordada con los Manrique y el de Benavente, su cabeza hubiera peligrado, aunque más bien podía decirse que peligraba la de cualquiera que osara enfrentarse a él, tal era su poder en ese momento. Nunca podré entender cómo, a pesar de haber conspirado contra su rey durante tantos años, éste le había otorgado de nuevo su plena confianza y se había entregado a sus manejos con esa inocencia tan ciega y tan absurda.

Pero la tranquilidad del rey y de Pacheco, que regresaban tranquilamente a Segovia procedentes de tierras andaluzas, contentos de la sumisión general de las ciudades que habían vuelto a la obediencia real, iba a ser pulverizada. La princesa Isabel, en un acto de osadía en que se lo jugaba todo, se había casado en Valladolid en casa de Juan de Vivero el 19 de octubre de 1469, sin el consentimiento de su hermano el rey Enrique IV, con Fernando de Aragón, rey de Sicilia.

Para la corte, el matrimonio suponía la invalidez de lo pactado con la princesa y, de hecho, Pacheco comenzó a mover sus fichas para desheredarla y reponerme a mí como heredera de los reinos. Isabel sería sólo reina consorte de Sicilia y de Aragón.

Mi madre estaba feliz por el giro de los acontecimientos. A pesar de estar locamente enamorada de Pedro de Castilla, debía de tener bastante cargo de conciencia porque sabía que con su conducta había puesto seriamente en peligro mi herencia y el honor del rey, pero ella, que tenía una naturaleza versátil y poco dada al remordimiento, procuraba que todo encajara del mejor modo, y en esos meses del invierno de 1469 y hasta la primavera del año siguiente pareció volver a sentirse perfectamente. Y la corte de Buitrago, adonde yo regresé de Trijueque para las Navidades, disfrutó de fiestas, danzas y diversiones variadas; mientras, en la corte de

Segovia, el rey recibía una carta de Isabel y Fernando en que los dos le comunicaban su absoluta obediencia y fidelidad.

Pacheco estaba enfermo en Ocaña, el duque de Arévalo sometiendo su nueva tierra y el arzobispo don Alfonso de Fonseca se desentendió por creer que el asunto era demasiado grande para él solo. El rey Enrique IV, carente de criterio propio, enfadado por la desobediencia y confuso por la amabilidad de la misiva, no les quiso responder. Pero las cosas no se podían quedar así. Eso lo sabían todos.

## Capítulo VIII

### Los nuevos planes del Maestre de Santiago

A lo largo de los años he conocido a personas de todo tipo: unos buenos, otros mediocres, otros indiferentes y otros francamente malos. Ha habido quienes me han sorprendido por la espiritualidad, la generosidad y la altura de sus miras, como algunas de las religiosas clarisas, y otras que me han asqueado por la bajeza de sus instintos y la absoluta terrenalidad de sus pasiones, pero nunca he conocido a alguien tan frío, tan carente de moral o de sentimientos como Juan Pacheco, Maestre de Santiago, maestro de traiciones y pactos de estado que siempre acabaron redundando en su propio beneficio, capaz de hacer y deshacer a su antojo, de jugar con vidas y haciendas, sin tener en cuenta jamás el bien del reino, ni desde luego juramentos, legitimidades ni compromisos anteriores.

¡Cuán diferente hubiera sido la historia de Castilla sin su presencia, siempre medrando a costa de su señor, al que engañó de mil modos y traicionó cuando le vino bien! Pero lo peor del asunto no eran su constante presencia en los asuntos del reino y su ambición desmedida, sino el hecho de que mi propio padre, superado por su destacado talento para la intriga y la política, nunca supo ponerle en su sitio y siempre volvió a darle su confianza, a pesar de las monstruosas traiciones y conspiraciones que Pacheco había montado sólo para engrandecerse y hacer más poderosos a los suyos.

Y precisamente porque el poderoso Maestre de Santiago nada había tenido que ver en el asunto y porque desconfiaba profundamente del rey de Aragón y de cualquier príncipe de su casa que pudiera reclamar la herencia en Castilla de los fallecidos infantes de Aragón, que habían assolado el territorio en épocas de su primo, don Juan II de Castilla, el rey anterior, y dejado en Castilla tierras y señoríos. Esos señoríos perdidos comenzaban por el marquesado de Villena, que ya ostentaba el hijo de Pacheco, y por eso a éste no le gustaba nada ese matrimonio, por más que el mismo rey de Aragón Juan II, que antaño había participado con sus hermanos en las banderías castellanas, le hubiera ofrecido varias veces garantías de que no se reivindicaría la herencia de sus aquellos.

Pacheco no se fiaba de él, como no se fiaba de Fernando, de quien los informes le habían dicho que era un joven de carácter despierto y difícil de manipular, lo cual al Maestre de Santiago le desagradaba, acostumbrado como estaba a regir en nombre del rey. Por eso, consideró el matrimonio de Isabel y Fernando un golpe en contra de sus intereses, lo cual era la peor ofensa que podía hacersele. Yo lo supe porque de nuevo, aunque estaba enfermo, sus cartas inundaron el reino y llegaron hasta los rincones donde había gente influyente, entre ellos mi tenedor don Íñigo López de Mendoza, que iba a cobrar una nueva importancia, ya que yo iba a pasar de nuevo a

primera fila.

Desde su convalecencia de Ocaña, el ladino Maestre se ocupó de maquinar sin cesar cómo podía perjudicar a Isabel y preparar la situación para dar un nuevo giro a la rueda del destino, y esta vez parecía que el golpe que el perverso hombre de estado estaba preparando era completamente en mi beneficio, aunque adoleció de visión de estado como se vería después. Acostumbrado a decir una cosa y luego a desdecirse, para él ningún acuerdo resultaba un obstáculo insalvable, incluido el de Guisando, dado que no había hecho sino romper y recomponer pactos a su conveniencia durante los últimos veinte años. Si Isabel había roto su compromiso con el rey, él se consideraba perfectamente capacitado para romper el acuerdo también —evidentemente, Pacheco incluía en ese «él» al rey—. No importaba nada que ella y el rey de Sicilia, inteligentemente, hubieran tenido buen cuidado en mantener una sumisión aparente a Enrique IV, reconociéndole en todo momento como único rey de Castilla. Pero por mucho que se hubieran empeñado en conseguir la corona, no iban a salirse con la suya si el Maestre podía impedirlo. Si la princesa Isabel había querido casarse en contra de los intereses de Pacheco y del rey, debía pagar el precio y éste no podía ser otro que perder la herencia de Castilla.

Así había de ser. Curiosamente, por un extraño giro del destino, ahora él, mi padrino, el autor del infundio que había provocado que se me tachase de hija ilegítima de mi padre, se transformaría por arte de birlibirloque en mi principal valedor. Los Mendoza, cuando recibieron las cartas que anunciaban el cambio de intenciones de Pacheco, comprendieron que de nuevo tenían en su poder un rehén importante —mi real persona—, y se prepararon a negociar mi precio con el Maestre, pues le conocían y sabían muy bien que pronto intentaría tenerme en su poder. La princesa niña de ocho años que era yo volvía a estar en el centro de la escena. Yo lo sentía a mi alrededor, porque me había hecho muy perceptiva, y estaba encantada. Además, a ese contento se unía el que me había vuelto a encontrar con mi amiga de años atrás Cristina de la Maza, cuando sus padres los condes de Arenales habían ido a visitar a sus parientes los de Tendilla. Al ver las buenas migas que hacíamos, habían llegado al acuerdo de que nos criáramos juntas, ya que consideraron que a mí me convenía tener a mi lado personas cercanas a su casa y que tuvieran el rango adecuado. Como sabían que yo no era precisamente fácil y que su hija María Mendoza y yo no congeniábamos, por más que ellos lo habían intentado, ésta les pareció una solución adecuada. Pero como querían tenerme más segura ahora que cobraba importancia una vez más, y en Buitrago había demasiado movimiento, decidieron enviarme de nuevo a la fortaleza de Trijueque, adonde fui con mucho gusto, acompañada de mi buena amiga Cristina de la Maza y con una gran escolta de hombres de armas que me hizo sentirme importante de verdad por primera vez en años. Por fin veía que me trataban como correspondía a mi rango de princesa de Castilla, y eso y la presencia de mi amiga, con su elocuencia andaluza, su gracia y los pocos años que teníamos las dos, me devolvieron la alegría que había perdido cuando

me sacaron del alcázar de Segovia para ponerme en manos de los condes de Tendilla. En Trijueque yo era la princesa heredera y todos me trataban como a tal. Allí, el alcaide de la fortaleza, el joven Antonio Sánchez me miraba con admiración, y yo me esponjaba al ver que con sólo ocho años provocaba un inmenso respeto en él.

Así transcurrió el año de 1470. Mientras nosotras jugábamos en las murallas del castillo y hacíamos proyectos de futuro, el Maestre de Santiago y el rey Enrique IV preparaban el golpe que despojaría a Isabel de la sucesión de la corona de un modo sencillo y eficaz. Pero no eran los únicos que pensaban en ello. Carrillo, el arzobispo de Toledo, intentando tomar el protagonismo como primado del reino, propuso una reunión en San Vicente de Ávila que presidiría él y en la que estuvieran el rey, el Consejo Real, los duques de Arévalo y Alburquerque y los miembros más relevantes de la nobleza castellana, así como los obispos de las principales sedes, para adoptar decisiones que solucionaran el problema. El rey no le escuchó.

Por su parte, mis tenedores, los Mendoza, que habían recibido la propuesta de Pacheco, la habían examinado y, visto el problema que para el reino suponía primero declarar una sucesión y luego deslegitimarla para volver a cambiarla, pensaron una solución intermedia entre la de desposeer totalmente a la princesa y la de Carrillo, que era un comenzar de nuevo. Sabiendo que la princesa Isabel estaba embarazada, propusieron que yo me casara con el hijo que naciera y que, después de renunciar Isabel a sus derechos en su primogénito, ella y su marido abandonaran el reino para no regresar. Esta propuesta no pudo ser, no sólo porque nació una niña, la princesa Isabel, si no porque tampoco fue aceptada por Isabel y Fernando ni por el rey y el Maestre de Santiago.

No era eso en lo que deseaba Pacheco. Él, que había maquinado su plan en los largos meses de recuperación de Ocaña, tenía claro que debía aprovechar la ocasión para hundir a Isabel y de paso a Aragón, lo cual debilitaba al matrimonio, y para ello se le ocurrió resucitar el proyecto de alianza con Luis XI a través del matrimonio de mi persona con el enfermo duque de Guyena, título que le había dado su hermano sustituyendo al de Berri. Aunque este proyecto no era precisamente del gusto de la mayoría de los nobles castellanos, fue el que finalmente se decidió negociar, a pesar de las evidentes limitaciones que conllevaba.

Al saber lo que tramaban Pacheco y su hermanastro, mi madrina y su esposo se dolieron profundamente. Creyendo que Pacheco les iba a tender una trampa, salieron de Valladolid y fueron a Dueñas, tierra del hermano del arzobispo de Toledo, que les era fiel, porque consideraron que sus personas estaban más seguras. Estando allí, en la madrugada del 2 de marzo de 1470 nacía la hermosa princesa Isabel, que andando el tiempo casaría primero con el heredero de Portugal el príncipe Alfonso y luego, al enviudar de éste, con el rey Manuel I. Pero el nacimiento de una infanta, en ese comprometido momento, era un contratiempo para los reyes de Sicilia, ya que un varón hubiera reforzado su debilitada posición. Sabían que su causa estaba en peligro, y sólo podían contar con el apoyo de los Carrillo, los Henríquez y los Manrique.

Pacheco, actuando con parsimonia, pero con buen ritmo, decidió que había que alejar a la reina y a su amante de la corte una vez concluidos los actos formales que pensaba llevar a cabo. Mi madre era un obstáculo molesto, esta vez no para los intereses de Pacheco sino para los míos. Incluso pensó en forzarla a profesar en un convento, pero sabía que ella no lo permitiría —tenía demasiados deseos de vivir, era hermosa y estaba muy enamorada de su amante para dejarle así por las buenas por orden de Pacheco—. En un acto de inteligencia, el Maestre se conformó con planear su destierro en Salamanca, cerca de la frontera de Portugal, adonde llegado el caso podían enviarla para que no molestase en Castilla a mis intereses. Ella, sabiendo que su postura era muy débil, no opuso resistencia a su destierro, que tendría lugar después de su nuevo juramento de mi legitimidad y de la reposición de mi persona como heredera. Yo creo que más bien le agradó la idea, ya que Salamanca es una ciudad hermosa, donde pensaba que podría muy bien vivir tranquilamente. Pero su amor maternal y el deseo de que nadie me utilizara como rehén la llevaron a intentar entonces un extraño movimiento, que fue convencer a su amante Pedro de Castilla de que intentara liberarme con sus tropas de la tenencia de los Mendoza. Castilla debía asaltar el castillo de Trijueque por sorpresa y liberarme. El asunto fue todo un absurdo y acabó del peor modo porque no sólo su amante fracasó a la hora de tomar Trijueque, sino que cayó prisionero del alcaide. Yo no podía dar crédito a mis oídos cuando Castilla me dijo que lo había hecho todo por deseo de mi madre. Furiosa, presa de una rabia que anidaba en el fondo de mi corazón, lloré mi frustración y mi inquina, y le insulté y le dije que se abstuviese en el futuro de cualquier hecho que afectase a mi real persona porque yo no tenía ni quería tener nada que ver con él. El hombre, abatido, comprendió que yo le odiaba por lo que era, bajó la cabeza y no añadió una palabra más. A la reina, su amante y mi madre, le costaría un buen rescate sacarlo de las garras de los Mendoza, y yo procuré mientras estuvo allí, que no fue mucho tiempo, no volver a verlo.

Mientras se llevaba a cabo este patético intento de liberación de mi real persona, que por cierto en ese entonces no quería ser rescatada, llegaba a Castilla la envenenada embajada del rey de Francia que presidía el Cardenal de Albi, para negociar la boda del hermano del rey conmigo. Los orgullosos franceses se reunieron con el rey en Medina del Campo, lugar que Pacheco eligió a conciencia, pues iba a aprovechar la ocasión para quitar a Isabel la plaza que se le había entregado cuando se llegó a los acuerdos de Guisando. Era su modo especial de decirle a la princesa que no iba a quedarle nada y que su desobediencia iba a acarrearle la pérdida de su deseada herencia.

A punto estuvo de estropearse todo el negocio por la imprudencia del cardenal de Albi, que en su discurso ante el rey ofendió a los castellanos llamándoles indolentes y perezosos, lo cual provocó que el conde de Benavente sacara la espada y pretendiera obligarle a retirar sus palabras por la fuerza. El Maestre medió como siempre, y el cardenal comprendió que si su embajada fracasaba por culpa suya iba a tener serios

problemas con su rey, que pretendía la alianza con Castilla a toda costa para romper la que mantenían Inglaterra, Aragón y Borgoña contra Francia.

Como había voluntad de ambas partes, se llegó al acuerdo de proceder al matrimonio de mi real persona con el duque de Guyena, firmándose en Medina del Campo el compromiso del matrimonio. El rey de Francia podía estar encantado de lo conseguido. Gracias al interés de Pacheco, lograba un aliado para hacer frente a la peligrosa alianza que se había fraguado contra él y encima se libraba de su molesto hermano, precisamente cuando le acababa de nacer un heredero varón que heredaría su trono a su muerte. Pero esta alianza no gustaba al reino, y tampoco la declaración de guerra a Inglaterra que siguió.

A pesar de que el candidato era el menos adecuado, el asunto de los esponsales del duque de Guyena con mi persona preocupó profundamente a los príncipes Isabel y Fernando. El cariz de los acontecimientos les era netamente desfavorable y deseaban ganar adeptos como fuera. Así, llegaron a un acuerdo con el conde de Luna, que daba a éste la práctica administración del principado de Asturias y que les ganaba su neutralidad, aunque el conde tenía un pacto de protección mutua con el Maestre y el duque de Alba y el conde de Benavente, pacto que estaba por encima de los partidos y que buscaba la consolidación de sus privilegios.

Cuando más preocupados estaban, supieron por el almirante que en Valladolid un tal Vivero estaba preparando una revuelta contra los conversos que podía dar lugar a graves violencias; para mostrar que ellos querían la paz, acudieron a la ciudad y entraron en las casas que consideraban suyas en verano de 1470, justo antes de la revuelta proyectada. Pero en lugar de conseguir la pacificación de la importante ciudad y su adhesión, que tanto deseaban y necesitaban, los príncipes sólo consiguieron ser insultados y tratados por los vallisoletanos casi como traidores, y Juan de Vivero les recomendó que se fueran de la ciudad lo antes posible porque no respondía de su seguridad.

La salida de los príncipes de Valladolid fue una noticia que alegró mucho a la corte y que a mí me hizo ir a la iglesia de Buitrago, adonde de nuevo se me había trasladado con mi amiga Cristina, a dar las gracias solemnemente a la Virgen. Por fin parecía que el reino había vuelto a la obediencia debida y reconocía a su legítima heredera, es decir, a mí, de modo universal.

La huida de Isabel y Fernando de Valladolid fue utilizada por Pacheco. Aprovechó la ocasión para que el rey entregara la ciudad al conde de Benavente, en cumplimiento del viejo compromiso que tenía con él de igualar sus rentas a las del marqués de Santillana, y ganarse así al poderoso noble con el que había tenido sus más y sus menos. Lo que no había previsto el Maestre es que Benavente, una vez en posesión de la ciudad, se iba a hacer fuerte en ella e iba a despedir a los procuradores de las Cortes que fueron allí a jurarme de nuevo como heredera. Ese hecho, que fue visto como un desprecio a las Cortes por parte del rey, ya que al fin y al cabo el conde había sido impuesto por Enrique IV, levantó al pueblo contra éste y de paso contra

mí, e hizo que miraran con más simpatía a mi madrina, a la que semanas atrás habían casi expulsado de la ciudad.

Así se perdió una oportunidad de oro para fortalecer mis derechos por culpa del excesivo celo del Maestre en repartir despojos con sus amigos. Ni que decir tiene que él no iba a llevar a cabo la nueva negociación gratis. El premio pedido esta vez por conseguir que las cosas volvieran a estar como antes del acuerdo de Cadalso y Cebreros, que había sido reducido a nada con la alianza con el rey de Francia, era ni más ni menos que la importante fortaleza de Escalona que él ansiaba poseer desde hacía años.

Y mientras en Buitrago de Lozoya se reunía el obispo de Sigüenza don Pedro González de Mendoza con su hermano el conde para examinar la viabilidad del acuerdo alcanzado por Pacheco y Fonseca en nombre del rey, yo me preparaba ilusionada para los esponsales con mi prometido el duque de Guyena.

Evidentemente, como había tantos años de diferencia (yo era sólo una niña de ocho años y él un hombre maduro que se inclinaba del lado de la muerte), los Mendoza tenían serias dudas de que el enlace proyectado fuera a tener alguna vez frutos. Lo que sí estaba claro era que la voluntad del rey era la de desheredar a Isabel y reponer a su hija Juana en sus derechos, con el pleno apoyo del Maestre de Santiago.

Y mientras se procuraba aislar a mi madrina la princesa Isabel, promoviendo adhesiones a cambio de dádivas a o amenazas, precisamente en cumplimiento de lo acordado en Medina del Campo, el rey de Castilla y del de Francia libran en octubre los documentos que garantizarían al duque, en cuanto se celebraran los esponsales, los títulos de príncipe de Asturias y de Castilla y León. Por su parte, Guyena debía firmar un documento en el cual se comprometía a no hacer nada sin el consejo del triunvirato que había facilitado el compromiso: el Maestre, el flamante duque de Arévalo y el arzobispo Fonseca, ya muy anciano y achacoso.

Yo no lo sabía, pero pronto iba a cesar mi estancia con los condes de Tendilla. El Maestre de Santiago deseaba tener mi custodia ahora que volvía a ser la heredera de los reinos de mi padre y, según pude saber después, compró a buen precio ese deseo, negociando con la poderosa casa de Mendoza mi entrega a cambio de unos beneficios sustanciosos. De hecho, el conde, mi tenedor, tendría en adelante ochocientos vasallos más en el término de Huete, cosa que perjudicaba al hermano del arzobispo Carrillo el duque de Huete Lope Vázquez de Acuña y Carrillo de Albornoz, que apoyaba a la princesa, lo cual debía servir al arzobispo de advertencia de que Pacheco se estaba cansando de su oposición a sus proyectos y planes. El jefe de la casa, el marqués de Santillana, recibiría el título de duque del Infantado, que completaba la entrega de Guadalajara y el infantazgo.

Y por fin llegó el día de hacer la entrega de nuestras personas al Maestre. Los Mendoza estaban encantados —eso no lo sabía yo entonces— porque aparte de los premios recibidos, eso los liberaba de compromisos. Y se produjeron los actos de 25



de octubre de 1470 en Valdelozoya, donde de nuevo volví a ver a mi padre, envejecido, pero revestido con toda la solemne majestad que le era posible, para deslegitimar a Isabel y devolverme mi herencia.

El Maestre de Santiago lo había preparado todo para que la ceremonia resultara aparentemente vinculante para los grandes y para el reino, y se llevó a cabo en presencia de la embajada francesa y de unos supuestos procuradores de Cortes que en realidad eran servidores de la casa del rey. Mi madre la reina Juana juró que yo era hija legítima de mi padre, legitimidad que el rey también juró creer y tener como tal. También se expuso que el incumplimiento de la princesa Isabel la despojaba de los derechos que el rey le había otorgado postergando los míos y que, dado su incumplimiento de los compromisos adquiridos, pues se había casado sin la autorización de su hermano y señor, podía considerarse liberado el rey de su obligación y devolver la herencia de Castilla a su hija Juana, yo, allí presente.

Mientras los demás escuchaban las palabras que pronunciaban todos de modo mecánico, yo las bebía y procuraba retenerlas para no olvidarlas nunca. Eran aquéllas que siempre había deseado oír de labios de mi madre, de mi padre, del Maestre, de los obispos y de los nobles. Yo, Juana de Trastámara, volvía a ser lo que siempre me había correspondido: la heredera de mi padre, princesa de Asturias y de Castilla y León. Y mi futuro esposo sería mi valedor.

¡Pobre niña inocente! Al menos disfruté de ese momento de desquite, porque el acto, aunque fue importante para mi persona, adolecía de demasiados defectos formales, y nadie pareció tenerlo en cuenta salvo como declaración de intenciones del rey y del Maestre. Yo que creía que con esto era libre de nuevo, que se acabarían mis zozobras y mis miedos a ser desheredada, y no me daba cuenta de que lo único que conseguían mi padre y su consejo era comprometerme con un príncipe al que el reino en general no deseaba y que nos aliaba con un reino que nos había traicionado recientemente, provocando la pérdida de Cataluña y de Navarra para Castilla. Pero lo peor, y que yo no sabía en absoluto, es que todo el montaje del acuerdo lo habían urdido el rey de Francia y Pacheco sin tener en cuenta tampoco para nada la voluntad del propio duque de Guyena, que nunca consideró válidos aquellos esponsales, ya que ni pensaba contraer matrimonio con mi real persona ni tenía intención de defender mis derechos al trono de Castilla, que le eran completamente indiferentes.

De hecho, el ambicioso duque pretendía en realidad casarse con la duquesa de Borgoña en contra de los deseos de su hermano Luis XI, lo cual le haría un poderoso monarca dueño de Borgoña y Flandes y le permitiría enfrentarse a su odiado hermano en ventajosa posición. Sin embargo, doña María de Borgoña tenía otro pretendiente, el archiduque Maximiliano de Austria, que finalmente sería su esposo y que además estaba llamado a ser emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y abuelo del usurpador de mis reinos castellanos, y también emperador, Carlos V. Curiosa rueda del destino la que se mueve siempre a su modo sin que nada ni nadie pueda detenerla ni variar su curso un ápice.

¿Y qué tenían que decir mi madrina y su esposo a lo que estaba pasando? Pues bien, Isabel y Fernando no se arredraron a pesar de las dificultades y, manteniendo siempre su ánimo de reconocimiento del rey, seguían buscando ampliar su número de adeptos como fuera. Sabían que el nuevo conde de Haro era contrario al matrimonio francés, porque franceses eran sus intereses de Guipúzcoa y Vizcaya, e intentaron ganárselo, lo mismo que a la importante casa de Mendoza, a quien tampoco gustaba la alianza francesa.

Mientras yo estaba tan contenta, este mismo proyecto realizado contra el interés del reino iba a ser la causa del engrandecimiento posterior de la causa de la princesa, que en esos días estaba muy decaída. Isabel estaba a punto de hacerse con el apoyo de los poderosos Mendoza, cuyo representante eclesiástico, el obispo de Calahorra, contemplaba con interés el modo en que el rey de Sicilia y su esposa se habían librado de las presiones de Carrillo y lidiaban con las pretensiones del almirante de un modo que le pareció que presagiaba dos buenos reyes.

No acababan de reconocer de nuevo mis derechos cuando se estaban fraguando las circunstancias que en muy poco tiempo, a la muerte de mi padre, habrían de llevar a una guerra civil entre los partidarios de mi madrina Isabel y los míos.

## Capítulo IX

### Tenso tiempo de espera

Me parece mentira ahora, a mis sesenta y ocho años, todo lo que he vivido y lo injustamente que me ha tratado la vida desde tan joven. Cuando estuve en el convento de Santarém, y luego en el de Lisboa, y muchas veces desde esta atalaya del castillo de San Jorge, he pensado que no sé cómo no me he vuelto loca. Como esa triste pariente y tocaya mía que también usurpa mi reino y a la que tienen encerrada y secuestrada en el frío castillo de Tordesillas, para que no moleste y deje a su hijo Carlos hacer y deshacer a su antojo en el reino del que ambos me han despojado.

Quizá me han salvado mi fe en Dios, que nunca ha cesado, mi devoción a la Virgen de Guadalupe, bajo cuyo altar quiso enterrarse mi triste y débil padre, y desde luego la fuerza de mi carácter, capaz de soportar verdaderos terremotos interiores, según he podido comprobar. Sí. Ya sólo soy una reliquia viviente de otro tiempo. He sobrevivido a casi toda mi generación, por no decir a toda entera. De los reyes reinantes que había en el momento en que yo debí acceder al trono a la muerte de mi padre no queda ninguno, y han pasado al menos dos o tres monarcas por los tronos de Aragón, Francia, Inglaterra y Portugal, aparte de un buen número de Papas. Sólo yo sigo aquí, como una roca firme, recordando a los de esta generación que la felonía y las ganas de verme difunta parecen la mejor medicina contra la muerte.

Con los años he aprendido a moderar mis arranques de antaño y a aceptar el destino sin romperme en protestas que sólo consiguen debilitarme. He aprendido también a odiar fríamente y a congratularme de modo silencioso de las muertes de mis enemigos. Pero el tiempo no ha pasado en balde y ya se me han muerto casi todos los que he querido u odiado, y he de confesarme que, a estas alturas, a pesar de que el ambicioso emperador Carlos V domina mis estados castellano leoneses y los usurpa, ya no consigo odiarle con la fuerza y la pureza de antes.

Seguramente se debe a mis muchos años. La edad me está dando últimamente una distancia con el mundo que me apacigua y me permite gozar de mi soledad como antes jamás lo había conseguido, ya que la inquina me torturaba noche y día y nunca me permitía sentirme tranquila y sosegada. Y ahora sí que lo estoy. Lo noto porque me gusta el silencio, que antes siempre me dio miedo porque en cuanto se producía regresaban mis obsesiones, que tanto daño me han hecho en la vida, pero que me han permitido también mantener la dignidad real; esa dignidad que es mi mayor prenda y que me llevaré intacta a la tumba.

Creo que todo este cambio proviene de la última vez que me puse mala y entré en ese estupor que no me permitía moverme y que me tuvo tantos días como paralizada. Al salir de él, sentí como si de repente me hubieran liberado de la cárcel de los sentimientos que me han dañado durante toda mi vida y, aunque al principio pensé

que aquello no era más que una tontería de la vejez, he ido comprobando con el paso de las semanas que cada vez siento menos dolor y recuerdo más desapasionadamente aquellos años que marcaron mi futuro de reina traicionada y destronada.

En estos días en que me he apartado un poco de todo, lo único que me preocupa es casar a ese encantador paje mío Javier Murillo, cuya vida peligra de verdad por culpa de que le gustan los varones y no las hembras, y lo que es peor: se le nota. Pero se crió conmigo desde niño, y eso sólo afecta a su vida privada, y es tan bueno como servidor y como persona que no puedo por menos que ocuparme de que salga del peligro de caer en manos de la Inquisición portuguesa, que ve con muy malos ojos tales prácticas, que califica de contra natura. Así que muy pronto celebraremos aquí una boda con la señorita Alejandra Mascarenhas, que limpiará, al menos exteriormente, su honor.

Creo que ésa será mi última conspiración mundana, una conspiración positiva que espero dé buenos frutos y me permita irme al otro barrio pensando que también al final de la vida tenía otra tarea además de la de recordar; ese recordar incesante que parece que me persigue a toda hora y que me hace rebuscar en el pasado para hallar las claves de los actos que acontecieron entonces.

Imagino que eso es pura vanidad, y que en el fondo me recreo en mi dolor, una excusa absolutoria para volver a rememorar los tristes actos que me condujeron al exilio y a este destierro portugués; pero la verdad es que me gusta hacerlo, sobre todo ahora que al examinarlos de nuevo ya no sufro esas punzadas en la cabeza que me atacaban antes cada vez que pensaba en el pasado.

Imagino que con tanto silencio y tanta introspección debo de tener muy preocupada a mi amiga y dama doña Cristina, a la que tampoco estoy haciendo ningún caso en estos días, pero ella me conoce y sabe que soy como soy, y nunca se mete en mis asuntos si no es por temor a que peligre mi salud. Es demasiado discreta y demasiado señora y, sobre todo, no desea bajo ningún concepto molestarme.

¡Qué inmensa suerte he tenido con su compañía! Su amistad ha sido el único don que la vida me ha permitido mantener hasta hoy, y creo que moriré con ella a mi lado. Lo agradezco sobremanera porque la soledad se hace cada vez mayor y pesa más, pues veo perfectamente que delante de mí no hay nada sino la fría tumba a la que bajaré en no mucho tiempo. Ya no soy sino el anticipo del polvo que pronto seré; polvo que se niega a rendirse, conservando aún su forma externa, aunque por dentro siento que estoy comenzando a deshacerme, a desmoronarme sin ruido, discretamente, como una de esas esculturas de arena, que tanto gustan a mi paje Murillo, a la que el viento está comenzando a despojar de sus rasgos.

No tengo ningún miedo a morir, ni tampoco a perder mi identidad: demasiado tiempo he sufrido por ser quien soy, la reina Juana de Trastámara, hoy casi una muerta en vida. Porque ya no cuento para nada importante, sólo sobrevivo aquí, en el silencio apacible de este magnífico *paço* de Alcaçoba que mi primo don Juan II de Portugal, el excelente rey que Dios tenga en su Gloria, me dio como morada. Por eso

estoy dispuesta a partir, y cuando Él quiera le rendiré la vida que me dio y le devolveré de mil amores la identidad que tanto me hizo sufrir.

¡Cómo somos en realidad de vanidosos los humanos! Siempre creyendo que el buen Dios tiene que ocuparse de nosotros cuando hay tantas cosas en el Universo que reclamarán su atención. Pues bien, creo que he aprendido la lección por fin. Asumo quien he sido y quien soy, y estoy preparada para dejar de ser persona y sólo ser alma.

Pero me parece que estoy desvariando mucho. En verdad la edad no perdona. ¿Qué iba yo a ver antes de entrar en este soliloquio? Sí. Ya recuerdo. Las cartas del Maestre en los años finales del reinado de mi padre.

De hecho, pronto se vieron las consecuencias del absurdo compromiso que me hizo contraer con el duque de Guyena. A la larga, la incoherencia de los actos del Maestre de Santiago acabaría facilitando a mi madrina Isabel el acceso al trono, pues me privó de un correcto valedor como el que ella tenía en el rey de Sicilia, que demostró en esos años que estaba preparándose para ser el gran rey que acabaría imponiendo sus criterios con acierto.

Pero no adelantemos acontecimientos. En diciembre de 1470 fue cuando comprobamos dolorosamente que el candidato francés no era el adecuado. Tras escribir mi padre al duque de Guyena, urgiéndole que viniera a Castilla a hacerse jurar como príncipe y esposo mío y a permanecer en la corte a su lado, aquél le respondió que eso no estaba por el momento en sus planes, pues no había en el reino ningún asunto que le interesara. Conscientemente, no hizo siquiera mención de mi real persona, su joven esposa por poderes, para mostrar claramente que el matrimonio castellano pactado por su hermano el rey de Francia no le importaba en absoluto.

Las consecuencias de aquella respuesta eran graves. Mi padre había concertado a través de Pacheco una alianza con Francia que a nadie gustaba, para conseguir un marido para mí que velara por mis derechos. Pero a partir de esa misiva podía considerar que tal marido era como una sombra o un sueño porque nunca iba a materializarse su venida al reino y, en la espera, las Cortes no me habían jurado y los nobles contemporizaban.

Había que buscarme otro prometido, cosa que quedó muy clara a la muerte del duque de Guyena en 1472. O me conseguían un marido fuerte que sostuviera incluso por las armas mis derechos a la corona, o nunca podría mantenerme en el trono yo sola. Pero ¿dónde conseguiríamos a ese príncipe?

Portugal parecía cerrado tras el fracaso de la unión del rey con mi madrina la princesa Isabel y, aunque mi boda con el príncipe perfecto, don Juan, el futuro rey Juan II, hubiera sido el enlace ideal, no fue posible siquiera intentarlo porque se había casado con su prima Leonor; además, el rey Alfonso V, que seguía viudo, no quería ni oír hablar del Maestre de Santiago ni de sus retorcidos planes que tanto le habían ofendido ya.

¿Qué otras posibilidades teníamos? Muy pocas. El rey y sus consejeros pensaron en la casa bastarda de Aragón en Nápoles, pero a pesar de la insistencia del

embajador castellano no se acabó de llegar a un acuerdo con el príncipe Ferrante de Nápoles, que parecía adecuado para mí. Él desconfiaba del débil rey castellano, de sus taimados ministros y, además de no gustarle la idea de casar con una princesa niña de derechos cuestionados, no quería enfrentarse a su pariente el rey de Sicilia, don Fernando, que nunca le hubiera perdonado que entrara en la pugna de la sucesión de Castilla.

Parecía no quedar otra solución. Portugal era la única posible. El rey Enrique IV tuvo que insistir ante la corte portuguesa, haciendo valer que yo era la sobrina carnal del rey Alfonso V, la hija de su hermana, llegando a entrevistarse con él en Caia, cerca de Badajoz. Alfonso sabía que casarse con su sobrina de diez años reportaría al reino portugués grandes ventajas, porque él manejaría el reino conforme a sus intereses si Enrique IV moría pronto. Desde luego, el hecho de que Castilla se uniera a Aragón no era beneficioso para Portugal, sino más bien todo lo contrario porque dejaba a su territorio como un pequeño reino aislado en un lado de la península, mientras que el resto se fusionaba en un poderoso reino que constituiría un gran peligro para la independencia de Portugal.

Enrique IV esperó la respuesta de Alfonso V. Hubo silencio. El rey de Portugal dudaba y no se llegó por fin a ningún acuerdo. La empresa era arriesgada. Los nobles portugueses no eran favorables a lo que parecía un regalo envenenado, y el príncipe de Portugal, don Juan, casado recientemente con su prima Leonor, se abstenía de opinar, dejando la decisión en manos de su padre. Y, mientras tanto, el Maestre me trasladaba al hermoso y fuertemente custodiado castillo de Escalona, donde residiría un tiempo, un paraje árido de Castilla la Nueva que dulcificaba un tanto un río que se deslizaba al pie de la fortaleza.

«¿Qué está pasando?», me preguntaba en ese encierro de Escalona, un castillo que comenzaba a encontrar lóbrego, donde ni jugar con doña Cristina de la Maza parecía ya entretenerme como antes. La verdad era que estaba muy preocupada porque veía que no encontraban un novio para mí, y sabía que eso era peligroso para mi corona. La única posibilidad que teníamos de poder triunfar en la empresa de conseguir el trono de Castilla parecía ser mi anciano tío el rey de Portugal, que ya tenía cuarenta y siete años. Si él rechazaba definitivamente el compromiso conmigo, mi causa sería indefendible. Y mientras mi padre intentaba un nuevo acercamiento al que veía como único valedor posible de mis derechos, muchos nobles contemplaban la escena con un interés bastante escéptico.

En ese momento ni el rey ni sus ministros veían claro adonde iban, pero probablemente el resto de los actores tampoco. Se estaba cerrando el reinado de mi padre, que tenía ya cuarenta y cinco años y sufría diversos achaques, y el reino tenía que decidir qué hacer, si apoyarme de nuevo, como mi padre y el Maestre de Santiago pretendían, o si acercarse al nuevo poder que representaban Isabel y Fernando, unos príncipes jóvenes que estaban mostrándose capaces y serios a la hora de tomar decisiones.

Y, además, para que se viera más claramente que el reinado con sus sombrías manipulaciones terminaba, la salud del Maestre desmejoró tras la enfermedad que le retuvo en Ocaña durante muchos meses. A partir de entonces comenzó a adoptar decisiones erróneas cuyas consecuencias tendrían largo alcance, como granjearse la enemistad del obispo de Sigüenza, don Pedro González de Mendoza, al no apoyarle en la pretensión de alcanzar el rango de cardenal, lo cual le hizo acabar retirándose a Guadalajara, a casa de su hermano el duque del Infantado.

Mientras el rey y el Maestre buscaban nuevas adhesiones a mi persona y enviaban cartas al reino para conseguir a toda costa el cambio de heredera, mi madrina adoptaba una posición de fuerza que se reforzaría en los siguientes años, defendiendo la legalidad de sus actos y denunciando las injusticias que decía —con bastante razón, hay que reconocer— se habían cometido con ella al secuestrar su patrimonio y no entregarle lo prometido en los acuerdos de Cebreros y Guisando desde el principio.

Comenzaba una guerra soterrada que iba a durar varios años. Sin cuestionar el trono, los príncipes Isabel y Fernando pusieron en tela de juicio la legalidad de algunos actos de la corona que les perjudicaban, aunque guardando siempre las formas. Era un modo sutil de marcar su posición.

Y mientras el rey y el Maestre buscaban sin éxito que Fernando e Isabel abandonaran Castilla, éstos se instalaban en Simancas, fortaleza cercana a Valladolid que obedecía a su tío el almirante Fadrique Henríquez, y desde allí buscaban nuevos acuerdos con ciudades del reino y con los grandes vasallos de la corona. Esta política llevaba inevitablemente a una nueva guerra civil entre los partidarios de mi legitimidad y los de la mi madrina y su esposo el rey Fernando, guerra que se iba a producir indefectiblemente en cuanto muriera mi padre.

Pero el eclipse de la estrella de los que hasta entonces habían dominado el reino no fue igual en ambos bandos. Pacheco seguía controlando todos los negocios del reino y procurándose ventajas, mientras que el anciano arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo, no sólo tendría dificultades de toda índole por su enfrentamiento con aquél, sino también en el mismo bando de los príncipes que él había creado, porque Fernando, que no quería «ser reinado, sino reinar», había discutido seriamente con él por ese motivo.

Tan lejos había ido la cosa que el arzobispo envió sus quejas al rey de Aragón, que escribió a su hijo para que recapacitara y no perdiera el apoyo del arzobispo, recordándole que a él le debía su matrimonio y era su principal valedor en Castilla. Pero parecía que a las crías de dragón les estaban saliendo dientes, y el arzobispo, por más que mediara el mismo rey Juan II, nunca más podría volver a controlar a unos príncipes que deseaban ministros y no validos. Tanto fue así que su enfrentamiento personal con Fernando y el silencio de Isabel acabaría en malos términos. De hecho, tan grave fue su enfrentamiento final con los príncipes que, un par de años después, el arzobispo se transformó en el ardiente defensor de mi corona, uno más de los

sinsentidos que tuvieron lugar en ese tiempo de cambios continuos de alianzas y de partidos. Carrillo también tuvo problemas con su archidiócesis, que por ser la primada de Castilla era la más grande y poderosa, pero había muchos pequeños poderes dentro de ella que no obedecían sus mandatos, y tenía a la ciudad de Toledo, que él quería transformar en feudo propio, y al cabildo bastante enfrentados.

Por otra parte, Pacheco, que nunca permitió que Carrillo dominara la gran urbe de Castilla la Nueva, ahora tenía nuevos deseos de controlarla. Quería expulsar a López de Ayala, ya nombrado conde de Fuensalida, que se había aliado con los Silva y los Ribera al casarse con la hija del conde de Cifuentes. Tras muchas pugnas, Pacheco expulsó a Fuensalida de la ciudad, y Cifuentes se separó de su hija pensando que había caído en desgracia. Pero el Maestre no fue capaz de controlar Toledo solo y tuvo que llegar a un nuevo acuerdo con el conde de Fuensalida, lo que supondría el exilio de Cifuentes y Ribera hasta 1474.

Así se frenaron de nuevo los intentos del arzobispo de hacerse con la ciudad, y mientras Pacheco atacaba sus dominios patrimoniales, intentando tomarle un par de fortalezas de la archidiócesis entre las que estaba el importante lugar de Perales de Tajuña, que ansiaba para redondear sus estados propios. Pero mis antiguos tenedores, retirados en sus feudos de Guadalajara, desde donde observaban todo lo que estaba comenzando a cocerse en el reino, intervinieron a favor de Carrillo, porque sus señoríos colindaban y vieron claro que lo que Pacheco pretendía con el ataque era una ampliación de sus estados, ampliación que ellos quisieron frenar en seco. Hubo de intervenir el mismo rey, que ordenó a los Mendoza que se retiraran y nombró mediador al conde de Tendilla entre Pacheco y Carrillo; el arzobispo recuperó sus fortalezas de derecho, aunque de hecho Pacheco retuvo una de ellas para sí.

Y mientras Pacheco hostigaba a Carrillo, amenazándole incluso con un proceso apostólico, hubo durante los tres años siguientes una verdadera lucha de poder en Andalucía, una lucha que sería determinante para el futuro de Isabel y Fernando. Los rivales eran los jóvenes Enrique Guzmán, duque de Medina Sidonia, y Rodrigo Ponce de León, conde de Arcos, que por intervención e Pacheco había sido hecho marqués de Cádiz y dueño de las importantes almadrabas de la ciudad costera. Las pugnas nacían en el ámbito de lo personal, porque ambos se detestaban por la rivalidad constante de años entre ellos y por su juventud, que les hacía ser poco moderados. Los enfrentamientos culminaron en sangrientos combates que se libraron en la ciudad de Sevilla los días 21 a 25 de julio de 1470. Las contiendas de entonces se saldaron a favor del duque, que contaba con el apoyo de Pedro de Stúñiga, hijo del duque de Arévalo, y de don Pedro Henríquez, adelantado mayor de la frontera. Se intentó la paz entre ellos, pero tras un breve interludio los bandos volvieron a pelear durante tres días más, y los hombres del marqués de Cádiz hubieron de retirarse de Sevilla por la puerta del Osario y éste refugiarse en Alcalá de Guadaira, propiedad del cuñado del marqués, Fernando Arias de Saavedra, señor de Castellar, desde donde supieron el terrible saqueo que los hombres del duque habían hecho en las casas de



los del marqués.

Rodrigo Ponce de León, deseoso de tomarse venganza, convocó a los suyos y, con el apoyo de Luis de Godoy, comendador de Almodóvar y alcaide de los alcázares de Carmona, y los alcaides de Osuna y Morón y el conde de Arenales, se dirigió a Jerez de la Frontera y la tomó y fortificó con fosos y baluartes. El duque, furioso por la pérdida de la ciudad de Jerez, salió de Sevilla para luchar con su enemigo en Alcalá de Guadaira, adonde había regresado. Rodrigo le presentó batalla en campo abierto, pero Alonso de Cárdenas, el futuro Maestre de Santiago, convenció al duque de que no la aceptara porque se podía perder demasiado. Tras retirarse de nuevo a Sevilla, el marqués regresó a Alcalá. Unas semanas después, el duque de Cádiz intentó tomar Jerez sin conseguirlo, y el marqués derrotó una escuadra que había enviado el duque contra Cádiz, provocándoles grandes pérdidas.

En el año 1471, el marqués conquistó a los moros los castillos de Garciago y Cardela, y el de Alanis, que era de Sevilla y que luego recobraría el duque. Pero el acto más duro de la guerra entre los dos aconteció en 1473, cuando Enrique, el duque de Medina Sidonia, intentó de nuevo tomar Alcalá de Guadaira, desde donde era hostigado continuamente, y en el asalto murieron dos de sus hermanos, don Pedro y don Alonso, quedando prisionero otro hermano, Juan de Guzmán, y muchos caballeros sevillanos del partido del duque, que hubieron de pagar importantes sumas al marqués de Cádiz como rescate para su liberación.

En venganza, el duque atacó Utrera y el marqués perdió el castillo de Cardela. Tan furioso se puso Rodrigo Ponce de León por esta pérdida que asaltó la misma Medina Sidonia, sede del ducado de su enemigo, y la tomó, manteniéndola en su poder sin que el duque fuera capaz de recuperarla por las armas por más que lo intentó.

En los enfrentamientos de los dos bandos había habido varios centenares de muertos y numerosos heridos; se habían saqueado casas y palacios, villas y ciudades, quemado cosechas y montes, y generado una inseguridad tal en la baja Andalucía que el rey envió una requisitoria para que cesaran las hostilidades si no deseaban que intervinieran las tropas reales.

Viendo ambos que las cosas no podían seguir así y que estaban perdiendo demasiado con la guerra, eligieron mediadores de peso, que fueron por parte del duque Enrique de Guzmán, el conde de Tendilla y don Alonso de Velasco, hermano del conde de Haro, y por parte del marqués don Rodrigo Ponce de León, don Pedro de Solís, obispo de Cádiz, y don Fadrique Portocarrero. Se llegó al acuerdo de restitución de Medina Sidonia al duque y la libertad de pesca de atunes del marqués en su almadraba de Cádiz, haciendo una tregua nueva en sus contiendas que duraría hasta la muerte del rey.

Los príncipes, aprovechando las hostilidades del duque con el marqués, se acercaron a Medina Sidonia a través de los Mendoza. El duque le recibió muy favorablemente, siempre que se comprometieran a mantenerle en la tenencia de

Sevilla, le apoyaran en su lucha con el marqués de Cádiz y le dieran una escuadra para la vigilancia del estrecho de Gibraltar que estaba en su poder. Y llegado al acuerdo en esos términos, el duque juró su lealtad a los príncipes. Mi madrina y su esposo podían contar con un poderoso aliado en Andalucía, que hasta entonces les había ignorado.

Y mientras en el sur se peleaba, en Extremadura las intrigas de doña Leonor Pacheco, hija del Maestre y duquesa de Arévalo, de nuevo levantaban las hostilidades en el seno de la orden de Alcántara. En diciembre de 1472, aún vivo don Gómez de Solís, Monroy se había hecho elegir Maestre en el capítulo de la orden; sin embargo, la duquesa, que había aprendido en la escuela de la intriga de su padre, había conseguido del Papa Sixto IV, en febrero de ese mismo año, una bula de nombramiento de Maestre de la orden para su hijo Juan de Zúñiga, que sólo era un niño, en la que se ordenaba que la provisión del cargo se realizaría a la muerte de Solís. Esto venía a complicar la situación, ya que el clavero se consideraba Maestre por derecho de conquista y de elección.

Indignados el rey y Pacheco porque Monroy se había hecho reelegir Maestre tras el fallecimiento de Solís, sin contar con la autorización real, deciden nombrar a su enemigo mortal don Diego de Ovando, pariente de Solís, gobernador general de la Orden para el servicio del rey y captura de Monroy. Pero el nombramiento era algo pírrico, pues Monroy controlaba la orden, salvo un territorio pequeño en la zona de la Serena donde Ovando tenía controladas las encomiendas de Benquerencia, Zalamea, Lares y Magacela, que estaban en poder de parientes y amigos. Para complicar aún más las cosas, el sobrino de don Gómez, Francisco de Solís, también quería ser Maestre y, cuando nadie esperaba nada de él ni de su candidatura, tendió una celada a Monroy, proponiéndole matrimonio con una hija suya; cuando el Maestre cándidamente acudió a la fortaleza de Magacela para firmar el acuerdo, Solís lo capturó, intentando desde entonces ocupar su lugar. El sobrino de Solís se hizo entonces elegir Maestre por los comendadores, liando aún más la madeja.

Aprovechando el desorden, el duque de Alba, que tenía intereses en Extremadura y quería hacerse más fuerte, intentó que Pacheco apoyara la candidatura de un hijo suyo para Maestre, pero aquél ni le escuchó. Al fin y al cabo, sus intereses familiares estaban primero y le llevaban a ayudar en lo que pudiera a su sobrino el jovencísimo Juan de Zúñiga, que era el hijo de su hermana y de su aliado de siempre el antiguo conde de Plasencia, ya entonces duque de Arévalo. Cuando en abril de 1474 el Papa da la bula proveyendo el maestrazgo en don Juan de Zúñiga, al que se dispensa la edad (tenía diez años), y poniendo la administración de la orden bajo el mandato de su padre del duque de Arévalo, Pacheco puede considerar que ha conseguido en la vida colocar a los suyos en los mejores puestos del reino.

Y mientras los nobles luchaban entre sí, los reyes de Sicilia, Fernando e Isabel, buscaban hacerse un hueco en el tiempo que veían que se acercaba. Los problemas de Navarra que siguieron a la inesperada muerte de Gastón V en noviembre de 1470

llevaron al rey de Francia a intentar un acuerdo con Juan II de Aragón, para que el reino pudiera girar en la órbita francesa. La viuda de Gastón era Magdalena, la hija favorita del rey de Francia, quien insta para que ella administre el reino en nombre de su hijo, que era menor.

Por su parte, Fernando de Aragón no está de acuerdo con su padre y el partido Agramontés, que defiende la influencia francesa; él e Isabel quieren lo que más convenga a Castilla, por lo que apoyan al partido Beaumontés, que defiende la independencia y, en todo caso, el giro hacía la órbita castellana y la pertenencia a una España que se iba a forjar poco después.

Mientras tanto, se producía el intento del conde de Haro de someter Vizcaya. El conde de Treviño acudió en auxilio de los bilbaínos, que estaban siendo asediados, y consiguió vencer en sangrienta batalla a Haro. Como aliado que era de los príncipes, aunque el resto de su casa lo fuera del rey Enrique, los vizcaínos comienzan a mirar a Isabel y Fernando como valedores de sus libertades. Cuando en 1473, los príncipes reciben la carta de los procuradores de Vizcaya que les juran obediencia hasta la muerte, pueden comenzar a sentirse más seguros. Al menos, en la parte nordeste del reino, quitando a Burgos, que era del conde de Haro, tenían ya muchos partidarios, y la poderosa casa de Mendoza comienza a mover ficha hacia ellos.

Así, cuando en 1472 el rey llamó de nuevo a don Pedro González de Mendoza a formar parte del consejo, éste, indignado con Pacheco, no sólo se negó a acudir, sino que además le dijo ofensivamente que dudaba que yo fuera su hija, dada la disoluta conducta de mi madre que el rey toleraba para su deshonra y la del reino.

Fue ese un golpe inesperado que provocó el deseo del obispo de encontrarse con los príncipes Fernando e Isabel. Don Pedro, que tiene fino olfato político comprende que aquellos dos jóvenes están llamados a lograr grandes cosas. Se sorprende favorablemente cuando les oye hablar y sabe de sus bocas que han firmado en 1471 un tratado con el rey de Inglaterra y otro con Borgoña para volver a introducir a Castilla en la Alianza occidental contra Francia, lo cual implica la libertad de navegación para los aliados por el mar del Golfo de Vizcaya y la equiparación en el trato de las mercancías castellanas con las inglesas y borgoñonas.

Ese encuentro marcaba el principio de un nuevo tiempo. A pesar de que Pacheco volvió a conseguir con sus intrigas acercar la casa de Mendoza al rey, éstos ya no hablaron de la sucesión sino de una nueva alianza de Pacheco, que casaría con una hija del conde de Haro en Peñafiel y se garantizaría el sometimiento al rey, que nunca había sido objeto de duda.

¿Quién iba a inclinar la balanza y hacia qué lado? Ésa era una pregunta importante que muchos se hacían. Sabían que el rey estaba intentando comprometer a todos como fuera en la sucesión de su hija, pero el año de 1472 fue decisivo a la hora de ver que la situación se había estancado y que el partido de los príncipes crecía mientras que el de mi persona disminuía.

A pesar de estar encerrada y alejada de la corte, yo me daba cuenta en Escalona

de lo que estaba sucediendo. Con una madurez superior a la que podía corresponderme por mi edad, comprendía muy bien que Pacheco comenzara a temer de verdad que el rey de Sicilia accediese al trono, entre otras razones porque tenía en su poder las tierras de los infantes de Aragón y porque sabía que, habiendo sido su enemigo, no podía esperar compasión de ellos.

Eso le preocupaba tanto que supe por mis propios tenedores y por los condes de Arenales, cuya hija me tenía al corriente de todo lo que le contaban, que el Maestre estaba comenzando a ocuparse más de intentar impedir el acceso al trono de los reyes que de conseguir casarme, lo cual era muy peligroso para mí. Incluso llegué a ponerme enferma de la preocupación que me entró. Me dieron unas fiebres que afortunadamente se quedaron sólo en eso, pero que inquietaron a mis guardianes, al Maestre y a mi buena amiga Cristina de la Maza, que ya entonces había decidido cuidarme con ese afecto que me ha regalado durante toda la vida.

Y entonces, cuando parecía que enflaquecía la esperanza de encontrarme un novio adecuado, surgió una nueva propuesta de alguien inesperado. El conde de Benavente ofreció una solución que no pareció mala al rey. Se trataba de casarme con Enrique de Trastámara, llamado «Fortuna» precisamente porque no la tenía. Era el hijo del infante don Enrique, el que muriera en la batalla de Olmedo, y de su segunda mujer Beatriz Pimentel, la hermana del conde. Pacheco vio que era una posibilidad, y consiguió del rey una suma enorme de quince millones de maravedíes para ganar voluntades y la alcaldía del alcázar de Segovia, que tenía Andrés de Cabrera (éste también se pasaría después al bando isabelino, pues se casó con la dama de la reina doña Beatriz de Bobadilla, que fue para Isabel la mejor de las amigas durante toda su vida).

Tras unas fáciles negociaciones, ya que el joven príncipe no aportaba nada y para él el matrimonio conmigo suponía una gran ganancia, se decidió su traslado a Castilla con su madre doña Beatriz Pimentel. El secreto de las negociaciones hizo que pudieran salir de Aragón sin problema, ya que de otro modo el rey don Juan II seguramente lo habría impedido. En 1473 llegó a Requena, y se estableció en Garci Muñoz por orden del rey. Mi real persona fue trasladada de nuevo, pero esta vez a la ciudad donde nací, a Madrid, donde me iba a reunir de nuevo con mi madre, a la que también iban a llevar al alcázar real. El Maestre quería que yo residiera allí, que era un lugar que estaba bajo su control y que parecía más adecuado para la heredera del reino, deshaciendo con ese gesto los rumores de que era su prisionera. ¡Qué estupidez! Pacheco hacía y deshacía en el reino a su antojo. Tanto daba que yo permaneciera en Madrid, como en Ocaña, Escalona o Peñafiel. Seguía estando completamente a su merced, como la mayoría de los súbditos de mi padre y como mi propio padre.

Y las intrigas no cesaron. Pacheco no iba a permitir que un sobrino de Benavente acabara siendo rey de Castilla. Era superior a sus fuerzas. No le importaba si con eso perjudicaba al rey o a mí. Por eso, una vez conseguido el dinero del rey y la tenencia

del alcázar, se despreocupó del asunto del matrimonio. Mi madre, a la que también se había llevado a Madrid, estaba muy nerviosa y temía una nueva maquinación de Pacheco. Esta vez, siendo yo más mayor y madura (tenía ya once años), la recibí con mucho mejor semblante e incluso me alegré de verla, obviando que seguía sin gustarme nada su situación con Pedro de Castilla, que le había dado un nuevo hijo, al que llamaron Apóstol y que también había sido dado a los abuelos para su custodia.

Nuestra preocupación crecía porque no llegaban noticias, ni venía el príncipe a vernos al alcázar, estando como estaba tan cerca de Madrid. De hecho, el joven pretendiente Enrique *Fortuna* estaba en Villaviciosa de Odón esperando también noticias de la corte y, aunque mi padre era muy favorable al enlace y había pedido la bula papal de autorización, enviando a Roma a Fernán Pérez del Pulgar, no contaba con que a Pacheco no le interesaba el asunto.

Pero, además, había otro obstáculo que nadie había tenido en cuenta. Era el nuevo legado Papal, el cardenal Rodrigo de Borja, que había sido recibido por los príncipes Fernando e Isabel con mucho respeto y reverencia y había congeniado muy bien con ellos, y para ayudarles, se iba a asegurar de que esa bula no se emitiera y por tanto no se pudiera celebrar nuestro matrimonio. Había un doble freno, Pacheco y Borja, que iba a funcionar a la perfección, y el novio, que carecía de medios de fortuna a pesar de llevarla en el sobrenombre, tuvo que acabar yendo a vivir a casa de su tío el conde de Benavente, que se tomó el retraso del negocio como una nueva ofensa personal del Maestre, al que ya no iba a perdonar.

## Capítulo X

### Dos herederas y un solo reino

Las cortes de Segovia de 1473 fueron un nuevo punto de inflexión en mi candidatura y en la marcha de los asuntos del reino. Pasaron muchas cosas graves. En primer lugar, y la que más me importaba, es que no se procedió a mi jura por los procuradores, por más que el rey lo deseara. De nuevo los manejos de Pacheco iban a ser el obstáculo destructor.

La realidad es que el anciano ministro, que estaba perdiendo agilidad en la intriga y al que le quedaba muy poco de vida, maquinó un nuevo ardid, que sería el último de su malvado cerebro para ganar más poder personal. Deseaba que el rey le entregara el alcázar de Segovia, que seguía teniendo en custodia Andrés Cabrera, a pesar de su intento anterior de desplazarle.

Para eso, su enferma cabeza maquinó una revuelta contra los cristianos nuevos que se produciría en mayo, mientras aún duraban las Cortes. Él pensaba aprovechar la situación para hacerse con el control de la ciudad y del alcázar que Cabrera era renuente a entregarle. Pero el cardenal Borja, que tenía muchos contactos, se enteró de que se estaba planeando la conspiración y avisó al rey de la conspiración, pudiendo éste tomar cartas en el asunto.

La batalla fue ganada por Cabrera, y el cabecilla de la revuelta, Diego de Tapia, murió en el asalto. El Maestre de Santiago, consciente de que le había salido mal la jugada, se refugió en el monasterio de El Parral, que él había financiado para los Jerónimos, y comprendió que había cometido un grave error porque sus enemigos iban a aprovechar la situación para desquitarse con el rey de sus maquinaciones de tantos años. Y el primero sería el conde de Benavente, cuyo sobrino Enrique *Fortuna* seguía esperando noticias del rey para su boda conmigo.

Pero los sucesos de Segovia cambiaron el rumbo de los acontecimientos. Mi padre, destrozado por la conspiración de Pacheco —nunca dejaré de sorprenderme cómo desconocía a su ministro—, cayó bajo la influencia de Andrés de Cabrera que, casado con Beatriz de Bobadilla, la dama e íntima amiga de mi madrina la princesa Isabel, intentó por todos los medios lograr una concordia entre mi padre y ella, en esos meses posteriores a la conspiración.

La idea de Andrés de Cabrera era que de nuevo se reunieran los hermanos y que el rey reconociera la sucesión de Isabel —yo seguía estando desamparada y sin marido que velara por mis intereses, y mi propio padre temía que a su muerte, sin un príncipe a mi lado, fuera incapaz de reinar—. Para tranquilizar la conciencia de mi padre, mi madrina se comprometía a conseguir para mí un matrimonio adecuado a mi rango, lo cual dejaba el campo abierto a muchas posibilidades.

El rey dudaba y dudaba. De un lado sabía que, sin la mente preclara del traidor y

malvado Pacheco, él solo tenía pocas posibilidades de hacer prevalecer mis derechos al trono, y además estaba cansado de luchar contra los elementos y que siempre le traicionaran los mismos a quienes tanto había beneficiado. Además, en el ánimo de mi padre debió de contar también el ver que la princesa se había ganado al cardenal legado y al cardenal Pedro González de Mendoza —ya lo era por mandato apostólico—.

Las Cortes acabaron cerrándose en Santa María de Nieva en octubre sin que me juraran. Para mi padre era el fracaso de su último intento de legitimar mi sucesión. Se aprobaron subsidios por valor de muchos millones de maravedíes, y la princesa Isabel hizo por primera vez constar protesta por lo que consideraba un abuso, pues tales subsidios se dedicaban a pagar los ejércitos privado de la nobleza y debilitaban el poder real.

Y mientras ella se ocupaba de que se oyera su voz en Castilla, su esposo Fernando, el rey de Sicilia, como heredero del reino de Aragón, ganaba gloria militar y libraba a Perpignan del sitio de los franceses en junio de 1473. Había acudido en auxilio de su padre, apoyado por muchas lanzas castellanas, incluyendo las de Diego de Ovando, el que sería pronto su valedor en Extremadura. El prestigioso capitán cacereño recordaba con agradecimiento el asilo que le dio en Aragón Juan II cuando, muchos años atrás, tuvo que exiliarse de Castilla por su fracasado intento de dar muerte del Maestre de Alcántara don Gutierre de Sotomayor (éste había intentado mancillar el honor de la familia intentando seducir a la mujer de su primo), y ahora ponía sus lanzas extremeñas al servicio de Fernando e Isabel, una nueva contrariedad para mi causa.

Curiosamente, los nuevos consejeros del rey —su mayordomo Cabrera y el cardenal Mendoza—, viendo que no conseguían que éste se comprometiera a reconocer de nuevo a mi madrina como heredera, y puesto que estaban a bien con el conde de Benavente, retomaron el proyecto de matrimonio con Enrique *Fortuna*. De ese modo, Enrique sería nombrado para el más alto oficio del reino y, como príncipe de la casa de Aragón, sería un enlace digno y adecuado para mi real persona, eso sí, desposeída de mis derechos al trono de Castilla, que recaerían de nuevo sobre mi madrina Isabel.

Y entonces, alejado el rey de Pacheco, se produjo el golpe de mano que con suma inteligencia llevaban buscando mi madrina y los suyos. Eran las Navidades de 1473, y Andrés Cabrera y su mujer Beatriz de Bobadilla convencieron al rey para que tuviera lugar un encuentro privado de reconciliación con su hermanastra Isabel, y el rey, mi padre, con la inocencia y bondad que siempre le caracterizaron, estando en sus horas más bajas, accedió.

Nunca he sabido si mi padre se dio cuenta de la magnitud que suponía aquel encuentro en el alcázar de Segovia que, si bien para él fue probablemente una fiesta familiar, para el reino significó que Enrique IV hacía las paces con su hermana. Eso suponía *de facto* reconocerla como la heredera que ella siempre pretendió ser, idea

que se reforzó por el hecho de que no sólo pasaron por las calles de la ciudad, sino que el día 1 de enero, cuando el rey de Sicilia se presentó en el alcázar, fue recibido cordialmente por su tío el rey Enrique IV.

Aunque el rey no hubiera firmado ningún acuerdo todavía, el mensaje al reino parecía evidente. Isabel ganaba adeptos y se veía cada vez más cerca del trono, mientras que mi madre y yo nos enterábamos en Madrid de las terribles nuevas; tuvimos una de las entradas de año más sombrías que recuerdo, sin música ni fiestas, y con caras largas y preocupadas y la sensación de que de nuevo estaba en tela de juicio mi herencia.

Pero nuestra preocupación fue mayor cuando supimos que el rey había mandado redactar el 11 de enero de 1474 un escrito con tres compromisos que derribaban todo el edificio en torno a mi acceso al trono que hasta entonces se estaba levantando. En él se expresaba la concordia entre el rey y su sucesora la princesa Isabel, la cual testificaban y mantenían los personajes que lo firmaban (el conde de Benavente, Cabrera, el doctor García López de Madrid y el duque de Alburquerque, que se les había unido a última hora) y se establecía la conformidad de los príncipes con mi enlace con Enrique de Trastámara.

Estaba claro. Tras ese acuerdo, del que tuvo noticia el reino por boca de Isabel, mi madre pensó que el príncipe Enrique ya no nos servía, ya que había entrado en la órbita de su primo Fernando y aceptaba de buen grado ocupar un puesto de primer rango en las gradas del trono en lugar de desear sentarse en él. Parecía que las cosas se estaban poniendo feas para mí por culpa de sus intrigas, y lo sentía muy en el fondo de mi corazón, que vivía en continua zozobra.

En 1474 yo cumpliría doce años. Era una princesa alta y delgada, de cabellos rubios muy lustrosos y ojos azules muy claros como los de mi madre, y en quien comenzaban a apuntar los senos tan deseados por mí para poder ser mujer y defender sola mis derechos, esos que parecía que mi padre nunca acababa de confirmar, incluso por las armas. Mi rostro era agradable y bien proporcionado, y tenía un aire regio, aunque no poseía la envolvente belleza de mi madre, que seguía siendo la más hermosa dama de cuantas había en Castilla, a pesar de sus treinta años. Una belleza llamativa, demasiado llamativa, y una conducta demasiado abiertamente inmoral, por más que la aceptara el rey, para un reino eminentemente conservador como Castilla. No hubiera sido lo mismo de hallarse en una de esas repúblicas italianas donde el Renacimiento estaba arrasando las viejas costumbres y liberando a las sociedades de sus ciudades de miedos y barreras.

En los reinos peninsulares, tanto Castilla como Aragón y Portugal, la religión era la base más importante de la vida y todo se hacía conforme a Santa Madre Iglesia. Incluso el rey tenía que tenerla siempre en cuenta y, aunque ésta hacía la vista gorda a la disoluta vida de la corte, esa lenidad se limitaba a la persona del rey y a su entorno más próximo, aunque el pueblo no gustaba de esos excesos y se escandalizaba con conductas como la de mi madre.



De eso también se estaba aprovechando mi tía y madrina, que además de hermosa era extremadamente religiosa, una esposa fiel y enamorada de su marido y una buena madre pendiente siempre de su hija la infanta Isabel, lo cual la hacía agradable al pueblo, siempre tan sensible para esas cosas. Era de dominio común que la princesa denigraba la vida privada de su hermano, de su mujer y de su corte, y todos sabían que si ella llegaba a ser reina la Corte volvería a ser un lugar modélico donde mirarse, no un lugar de costumbres laxas y poco católicas. Y por eso, a cada semana que pasaba, la princesa iba recibiendo nuevas adhesiones, sobre todo cuando se conoció que el rey estaba enfermo, cosa que sucedió en enero de ese año, aunque luego su fuerte constitución le ayudó a superar la enfermedad.

Qué situación tan increíble era aquella. Mi padre, en un solo acto absurdo e irreflexivo había destrozado de nuevo todo lo conseguido en los últimos dos años, y yo me veía de nuevo por su regia voluntad retornar al papel de hija ilegítima a la que se buscaba una solución de compromiso que no dañara la dignidad de nadie.

Ahora ya tenía casi doce años. Mi corazón era muy sensible; no pude contener mi angustia y mi pesar y me entregué a uno de los peores arrebatos de llanto que recuerdo. Mi amiga Cristina, que estuvo como siempre a mi lado, estaba muy asustada porque no podía hacer nada para que dejara de llorar. Yo tampoco podía hacerlo. Era como si se me quebrara el alma, como si sólo las lágrimas pudieran evitar que estallara o que me deshiciera. En ellas se manifestaba la terrible decepción que suponía comprobar de nuevo que mi padre no era el gran defensor de su hija que yo había imaginado; ni el rey justo, porque dejaba de lado mis derechos por los intereses de unos pocos que iban a lo suyo. Yo lloraba mi frustración, mi incapacidad de actuar por mí misma, mi desgraciada situación de heredera sobre la que de nuevo caía la mancha de la posible ilegitimidad, y de nuevo detesté la conducta de mi madre, a la que consideré en gran medida culpable de la situación en la que ahora me encontraba.

¿Cómo había podido hacerme aquello? Yo era el ser más desgraciado de toda la tierra, y tener a mi amiga Cristina no me bastaba para suplir la carencia de un padre y una madre dignos de admiración. Era ese llanto el de una princesa niña impotente, pero curiosamente, aunque no podía dejar de llorar, puedo decir desde los muchos años que me separan de ese momento que aquel torrente de lágrimas en lugar de debilitarme me fortaleció y me hizo mucho más resistente, como si mi alma de acero hubiera de forjarse en la fragua de mi propia desesperación, cuyo fuego azulado, azulado por la soledad que sentía, dio el temple justo a mi carácter.

En efecto, mi llanto duró hasta que, exhausta, me quedé dormida, y cuando desperté me sentí mejor. Y resolví que en adelante, por más que quisieran decidir por mí, nunca me dejaría influir por los intereses de nadie, ni de mi padre ni de mi madre ni de los ministros ni de otros príncipes. Yo iba a actuar según mi conciencia y sólo mi conciencia iba a regir en adelante mis relaciones con el mundo. Y a quien no le gustara, pues peor para él.

¡Pobre criatura! Aún me quedaba mucho que aprender del manejo de los asuntos de los poderosos, y ese aprendizaje me iba a costar caro, pero eso yo no lo sabía entonces. Sólo me sentía más fuerte y mejor.

La primera que se dio cuenta fue mi amiga y dama Cristina, que era casi una bruja a fuerza de intuición. Nada tuve que decirle. Ella lo supo y se alegró porque desde entonces nuestra amistad y su constancia a mi lado han sido dignas de encomio. Pero la realidad era que si yo no aceptaba ese matrimonio con Enrique *Fortuna* en los términos del documento de Segovia, y no pensaba hacerlo nunca, entonces estaba en un serio problema porque mis valedores eran las nubes que recorrían el cielo. No había soldados, ni grandes, ni prelados a mi lado. Sólo el sombrío Maestre que, desde su caída del favor real, iba a utilizar de nuevo mi persona para intentar regresar al poder junto al rey, porque incluso estando a las puertas de la muerte —para la cual le faltaban pocos meses— su ansia de poder le impedía el descanso.

Había que volver a negociar con Portugal, dijo al rey, y, en contra de toda lógica, éste le creyó y le aceptó de nuevo a su lado cuando fue a Madrid. Se instaló en el pabellón de caza de El Pardo, para no tener que vernos a la reina Juana y a mí, probablemente porque debía de sentir desagrado por mi madre y vergüenza por haberme traicionado una vez más.

En cualquier caso, aún estando mi padre en Madrid no se acercó a vernos; los días pasaron y fue Pacheco el que de nuevo consiguió su confianza de un modo que nunca sabremos. El caso es que se enviaron embajadas secretas a Portugal para iniciar la negociación urgente de mi matrimonio. Se aducía por parte de Pacheco el peligro terrible que para Portugal supondría la creación del reino de España, pues la unión de las dos coronas convertían al portugués en un reino comparativamente muy pequeño.

Y mientras esperaban respuesta, Pacheco se acercó a Alburquerque, uno de los firmantes del acuerdo de enero. Estando con el rey, medió en el terrible conflicto entre conde de Benavente y los Mendoza, que se produjo por el hecho de estar el conde levantando un castillo en la villa de Carrión de los Condes, donde estaban las tumbas de los Mendoza, que él pretendía levantar de su lugar. Al lado de los Mendoza había acudido el rey de Sicilia con cuatrocientas lanzas, cosa que sorprendió a todo el linaje que, con ese gesto, se reafirmó en la obediencia al rey, pero en la sucesión de Isabel y Fernando.

El enfrentamiento iba a ser armado, pero el rey se presentó a tiempo para evitarlo. Los enterramientos serían restaurados, la villa pasaría a poder real y se compensaría al conde con la entrega de otra. Lo importante de este enfrentamiento fue que la casa de Mendoza acabó jurando su lealtad a Fernando, una lealtad que nunca iba a abandonar y que intentaron extender a otros cuando lanzaron al aire un proyecto de asamblea de los ricohombres del reino que debía celebrarse en Cuellar para reconocerles como sucesores. Sin embargo, el proyecto fracasó porque Pacheco estaba conspirando de nuevo a favor de Juana y porque el arzobispo Carrillo, enemigo jurado del cardenal Mendoza, también comenzaba a virar a mi bando, lo

cual permitiría que mi partido tuviera fuerza a la muerte de mi padre. Los que un día lucharon contra él iban a ser los que finalmente me defendieran cuando él ya no estuviera.

Y mientras tanto, Isabel, mi madrina, seguía en Segovia, donde se sentía muy segura porque Andrés Cabrera, que tenía el alcázar, y su mujer eran sus mejores y más leales servidores. Las cosas se encauzaban a su favor. Su marido Fernando estaba en Turégano, sede del obispo en cuyo importante castillo vivía, e iba a verla a menudo. Parecía como si, en el ocaso del viejo rey, él quisiera demostrar a los castellanos su valor y su audacia, y participó en persona, junto al duque de Alba de Tormes y su tío el almirante, en la liberación de la villa de Tordesillas de la tiranía que sobre ella ejercía Pedro de Avendaño. Los castellanos admiraban su destreza con el caballo y su buen manejo de la espada y la lanza. Fernando podía ser un buen rey. De eso se trataba y eso era lo que él pretendía demostrar, asesorado por su inteligente tío el almirante don Fadrique Henríquez, aunque la realidad es que llevaba el ansia de batalla en la sangre, y se le notaba.

Y frente a este poder naciente, el viejo arzobispo de Toledo, que se sentía postergado por ellos, y el taimado Pacheco renovaron su vieja alianza que tantos vaivenes había sufrido. Un último plan que tenía que servir para evitar que Isabel y Fernando se sentaran en el trono y que permitiera que yo cobrara mi herencia. Gracias a la intervención secreta del arzobispo, el rey de Portugal escuchó a los embajadores y, sabiendo que lo que decían era cierto, aceptó el compromiso de ser mi marido y valedor. La negociación se llevó a cabo tan en secreto que ni yo misma lo supe, aunque me afectaba de modo vital. Ajena a todo, seguía llevando mi dolor en Madrid, mientras que los dos parientes y conspiradores mayores del reino trabajaban conjuntamente, el uno por el desvío de los príncipes, que tenían al cardenal Mendoza como consejero, y el otro sabe Dios por qué razón, porque los designios de Pacheco fueron siempre inescrutables.

Era evidente que para conseguir que el rey Alfonso V pudiera entrar sus tropas en Castilla, debía formarse un frente de partidarios de mis derechos en Extremadura, que iba a pasar a ser la región decisiva en los próximos años si había guerra. En los territorios que controlaba la orden de Alcántara, regida en nombre de su hijo Juan de Zúñiga por los condes de Plasencia, y en los de las ciudades de Trujillo, Cáceres y Badajoz, esta última bajo el poder de Gome Suárez de Figueroa, conde de Feria, se iba a librar la lucha decisiva que definiera quién debía sentarse en el trono de Castilla. Pacheco y Carrillo consiguieron que se unieran para ello muchos señores que iban a defender sus intereses, no sólo los míos.

El plan estaba funcionando bien. Pacheco convenció al rey de que fueran a Trujillo para recibir la fortaleza de manos del alcaide, a quien se iba a compensar con una buena suma, cuando le sorprendió la única enemiga que no pudo vencer. La muerte se lo llevó el día 4 de octubre de 1474, en la villa de Santa Cruz, a poco más de dos leguas de Trujillo.

Ahora el encargado de seguir con el asunto era Carrillo. Con gran astucia, el arzobispo nada dijo ni mostró a los príncipes Isabel y Fernando que estaba a punto de asestarles el peor de los golpes. Muy al contrario, se despidió el Alcalá de Henares de Fernando, que acudía de nuevo al reino de su padre, amenazado por los franceses. En noviembre, el arzobispo envió una cordial carta a Juan II de Aragón que, aparte de haber dado importantes señoríos a su hijo Troilo Carrillo en Cataluña, acababa de nombrar a su sobrino carnal, Alfonso Carrillo de Albornoz, obispo de Pamplona.

Aparentemente, el reino iba a tener una pacífica sucesión cuando se produjera la muerte del rey, tras la defunción del intrigante Pacheco. Hubo un respiro general por la desaparición del personaje que había sido fuente del enriquecimiento y enaltecimiento de muchos de los ricohombres, pero que había utilizado a todos a su conveniencia, y hecho y deshecho alianzas durante el reinado de Enrique IV, que al final nada había hecho por sí mismo.

Y parece como si el destino que los había unido también se los hubiera querido llevar al mismo tiempo. El rey se sentía enfermo desde hacía tiempo y en los últimos meses ya sólo le descansaba y mejoraba de ánimo el ejercicio de la caza a la que tan aficionado había sido.

La muerte de Pacheco suscitó nuevas pugnas en torno al codiciado maestrazgo. El rey se lo quería dar al hijo del anterior, el joven marqués de Villena, pero los caballeros habían elegido en capítulo por mayoría a Rodrigo Manrique, mientras que Alonso de Cárdenas, amigo de los príncipes, y el hermano del duque de Medina Sidonia movían ficha para luchar por el maestrazgo.

El rey estaba cansado de esos negocios y se desentendió de ellos. Probablemente intuía que era un asunto que tocaría ventilar a sus sucesores. Y entonces regresó a Madrid. A pesar de que estaba enfermo no me llamó a su lado, cosa que yo hubiera deseado más que nada en este mundo. Mi padre se fue debilitando poco a poco. Durante los últimos días de noviembre hizo un par de salidas al monte del Pardo. Yo miraba desde una ventana donde sabía que iba a verle pasar, y pude comprender que no iba a durar ya mucho tiempo. Su rostro tenía un color ceniciento y sus ojos parecían no tener vida. A pesar de su gran estatura, su desaliño y la falta de apostura hacían que pareciera un pelele a caballo, sosteniéndose en el noble bruto por su mera fuerza de voluntad.

La primera semana de diciembre de 1474 se puso muy enfermo. En lugar de ir a rendirle homenaje, los ricohombres del reino se quedaron en sus lugares con indiferencia. Mi madre y yo queríamos despedirnos, pero el cardenal Mendoza no lo permitió. Era una cuestión demasiado importante la de la sucesión para que el rey modificara lo que don Pedro González de Mendoza consideraba justo, que era la herencia de mi madrina Isabel. Así nos mantuvieron como presas, encerradas en nuestras habitaciones del real alcázar de Madrid, mientras el rey mi padre agonizaba. El cardenal no tuvo piedad ni atendió a nuestros ruegos. El rey debía morir solo y sin testamento, o reconociendo a Isabel.

Hacía frío, un frío terrible que venía de la sierra de Guadarrama, donde había nevado copiosamente, y en nuestras habitaciones los braseros no bastaban para caldear los helados espacios de techos altos de la que era nuestra morada y nuestra prisión. ¡Qué gran soledad! ¡Qué silencio! El viejo alcázar estaba muy solo. Sólo el perro guardián de Mendoza al borde del lecho para evitar sorpresas. Lo tenían todo bien previsto. Pensaban casarme con el Fortuna y quitarme de en medio y reinar felizmente, pero no contaron con dos extremos que resultaron importantes. El primero era mi voluntad de reinar, y el segundo que el mismo que los había hecho príncipes de Castilla ahora lucharía para evitar que fueran reyes.

Mi padre tenía cuarenta y nueve años y estaba agotado. Por fin murió el día 12 de diciembre, en la madrugada. Se fue discretamente, tras un gran flujo de sangre que le quitó la vida. El cardenal, que le había hecho la pregunta clave la noche anterior ante algunos testigos sobre a quién dejaba el reino, tuvo que oír contra sus deseos que Enrique IV me lo dejaba a mí, Juana de Trastámara, su hija legítima.

En el alcázar rápidamente se corrió la voz de que mi padre deseaba que yo fuera la reina, y a mí me llegó la noticia casi inmediatamente por uno de los soldados que, al decírmelo, me besó la mano anticipadamente. Era el primer homenaje que recibía como reina, y comprendí que en efecto yo había nacido para eso, para sentarme en el trono de mis mayores y no para medrar en la riqueza al lado de un príncipe como Enrique *Fortuna*, cuya única ambición era vegetar en medio del lujo.

Y entonces me sentí mejor. Veía al cardenal como al enemigo que era y me consideré una mártir a la que no permitían ni dar el último consuelo a su progenitor. Ofensas esas que yo nunca olvidaría y que me harían tan enemiga mortal del cardenal como lo era mi nuevo valedor el arzobispo Carrillo, por otros motivos.

¡Qué triste fue todo! ¡Qué crueles los ricohombres que dejaron solo a su señor en la muerte! No hubo duques ni condes velándole. No hubo prelados, salvo el cruel Mendoza, que se ocuparan de sosegarle y de rezar por él. Sólo una guardia de oscuros soldados del pueblo. En el fondo así era mejor porque el pueblo era el que verdaderamente siempre había sido fiel al su rey y quien siempre había acudido en su socorro cuando los nobles le fallaron.

Ahora que había muerto, me dejaron verle. Me impresionó el terrible deterioro de su rostro, que estaba como seco. Lo habían colocado en un ataúd pobre, sin guarniciones de terciopelo negro ni los reales paños funerales con las armas de sus reinos. El rey que había reinado durante casi treinta años iba a ser despedido casi en secreto.

El funeral estuvo concurrido por los hombres y mujeres del pueblo llano de Madrid, que lo habían querido y respetado, pero faltaron todos los grandes. Fue algo miserable ver cómo se apresuraban a acercarse a los que creían que eran el nuevo poder en Segovia. Sólo el cardenal Mendoza condescendió en celebrar el oficio de difuntos y luego también partió hacia Segovia.

Estábamos solas. No importábamos a nadie en ese momento. Qué error

cometieron al no tomarnos prisioneras, aunque como el alcázar estaba en poder del joven marqués probablemente Mendoza no se atrevió a intentarlo. Aunque por otra parte también debió de pensar que nada había que temer de una niña de doce años sin marido ni aparente partido y de una reina disoluta que vivía amancebada.

El cuerpo de mi padre, que no fue embalsamado, fue llevado por orden mía al monasterio de Santa María del Paso, donde esperaba hasta poder reposar en Guadalupe, detrás del altar de la Virgen, como deseaba. No hubo príncipes ni nobles que lo llevaran, sino unos cuantos madrileños de a pie. Hacía mucho frío, pero la ofensa de los ricohombres a mi padre me mantenía caliente y enardecida, aunque no lo mostraba. Yo iba detrás, vestida toda de negro y velada. Quería guardar para mí mi dolor, ese dolor de hija malquerida y ofendida que no se había podido despedir de su padre.

Y el pueblo de Madrid, que me reconoció como reina, comenzó a besarme las manos, a llorar conmigo su pérdida y hacerme sentir su calor, y entonces supe que lucharía con todas mis fuerzas por ser la reina de aquellos hombres y mujeres. Y si los grandes, todos aquellos que no estaban allí, se oponían la última voluntad de mi padre, entonces habría guerra y yo la pelearía hasta la derrota o la victoria final, sin arredrarme.

## Capítulo XI

### Yo, la reina Juana I de Castilla

Estuve muy poco tiempo sola en Madrid. En el fondo nadie sabía cómo tratarme ni qué hacer conmigo hasta que llegó el joven marqués de Villena. Fue un golpe de fortuna para mí que Mendoza no me hubiera podido llevar con él a Segovia, pues salió precipitadamente de Madrid. Y en esos momentos de desconcierto, unos me llamaban alteza y me tenían como a su reina y esperaban que alguien se hiciera cargo de mí, ya que era todavía menor de edad y en Castilla hasta los dieciséis habitualmente los reyes tienen regentes.

El problema era que mi madre la reina doña Juana, en su estado de mancebía conocido por todos, no tenía ninguna autoridad moral sobre el reino para poder actuar como regente en mi nombre, y yo pensé incluso que no me beneficiaba su presencia a mi lado, cosa que ella, dotada de fino instinto político, también comprendía perfectamente. Era necesario separarnos. No hablamos de ello, pero resultaba evidente. En cuanto llegó a buscarme a Madrid el joven marqués de Villena, que iba a ser mi firme partidario y el defensor de mi corona, ella se fue con su amante a tierras del duque de Alburquerque en Cuellar, donde se sentía segura, dándome sus bendiciones. El hijo del intrigante Pacheco era de mucha mejor pasta que su padre, mucho más noble y más leal, y su presencia a mi lado me permitió sentir que era la reina de Castilla para algunos de los ricohombres del reino, porque en los días siguientes al funeral de mi padre me llegaron las más preocupantes nuevas de mi tía y rival en el trono, Isabel.

Desatendiendo con toda la deslealtad las últimas palabras y la voluntad de mi padre, su hermanastro, y aprovechando que estaba cerca, se fue a Segovia, donde su partidario, el antiguo mayordomo de mi padre y alcaide del Alcázar, le entregó las llaves del tesoro de Castilla, que de nuevo se había trasladado allí un par de años atrás. Fue acatada por un grupo de nobles de los más importantes del reino, entre los que estaban toda la casa de Mendoza, comenzando por el cardenal don Pedro González de Mendoza, que iba a ser su consejero, y continuando por el duque del infantado, el conde de Coruña y el de Tendilla.

Los cuatro hermanos ponían sus lanzas al servicio de la traidora de mi madrina, y con ellos sus aliados don Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro y nuevo condestable de Castilla, y las casas de Manrique y de Quiñones, así como las de Toledo, con el duque de Alba de Tormes, y de Medina Sidonia, con Enrique de Guzmán y sus aliados, además de los dos obispos Fonseca, el viejo y el joven, y otros muchos prelados.

Pero del lado de mi real persona también había un importante número de poderosos señores: el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo, el conde de Feria y

el de Urueña, el duque de Arévalo, la condesa de Medellín, el Maestre de Alcántara, Alonso de Monroy, los Chaves de Trujillo, el conde Fuensalida en Toledo y el marqués de Cádiz en Andalucía, muchos de los cuales iban a serme leales hasta la derrota final. Cuando lo supe de boca de Villena, me sentí aliviada. No estaba tan sola como creía, y eso me hizo sentirme reina de mi tierra.

El joven marqués de Villena estaba muy enfadado con los reyes de Sicilia porque le habían negado el maestrazgo de Santiago a la muerte de su padre. Le habían dicho que si tenía problemas con la sucesión del maestrazgo (que desde la muerte de Pacheco tenían partido el conde de Paredes y don Alonso de Cárdenas, los dos parciales de Isabel) que acudiera al Papa, que era el que debía juzgar en esos casos. Con esto, el marqués comprendió su mala voluntad. En cuanto los usurpadores se enteraron de que mi padre el rey había muerto y de que Villena había ido a recogerme a Madrid y me había llevado a Escalona, lugar que era suyo y que consideraba más seguro, le escribieron pidiéndole que me entregara para casarme, como había sido acordado, con el príncipe Enrique *Fortuna*.

El marqués les respondió con la misma hiriente cortesía que ellos habían utilizado con él, diciendo que no correspondía a su persona decidir con quién se debía casar la reina doña Juana I de Castilla y que, en ningún caso, podía entregar a su señora a quienes no tenían ningún derecho sobre ella —quedaba sobreentendido que tampoco lo tenían sobre el reino—. Entonces los reyes de Sicilia, verdaderamente furiosos, le coaccionaron directamente con quitarle todo su patrimonio. Le recordaron en abierta amenaza que sus pasados habían llegado de Portugal sin nada tan sólo tres generaciones atrás, y le sugirieron que tuviese mucho cuidado, no fuera que le tocara a él regresar a Portugal de igual modo. Era la mejor manera de enemistarse definitivamente con él. Y con el marqués, vinieron a mi obediencia y parcialidad sus primos el Maestre de Calatrava Rodrigo Girón, el conde de Urueña, el valiente Pedro Girón y el resto de su familia, junto con algunos de los aliados.

Pero el que importaba más de todos mis partidarios, por su fuerza, su poderoso carácter y su venerable edad, era el arzobispo de Toledo, que tras el secreto inicial en que había llevado las negociaciones con mi tío el rey de Portugal para su venida a Castilla se mostró por fin abiertamente como mi partidario, dando un disgusto de muerte a mi ladina madrina Isabel, que había intentado por todos los medios conservarlo en su bando, sabiendo que con él a su lado, tenía la corona segura.

Pero era difícil contemporizar con don Alonso Carrillo, porque él buscaba algo que los reyes de Sicilia no tenían intención de dar a nadie: el validazgo sobre los asuntos del reino. Fernando e Isabel pensaban gobernar como reyes y usar a algunos nobles y prelados como ministros, pero controlando su poder, manteniendo a todos en un plano inferior al real y fortaleciendo su autoridad real con cada decisión. La idea era buena porque los nobles habían esquilado el reino en tiempos de mi padre, y yo hubiera hecho lo mismo si hubiera tenido la edad suficiente para ello, aunque tener a Carrillo al lado e intentar ejercer el poder personal como reina hubiera sido una



empresa casi incompatible.

De todos modos, cuando el prelado vino a rendirme su homenaje en Escalona, sentí por él una inmediata simpatía, algo que el otro ministro de mi padre, el taimado Pacheco, jamás me había producido. Aunque antaño había sido mi enemigo, lo había sido por convencimiento personal, y ahora que había decidido cambiar de bando lo había hecho desde el centro de su corazón, siendo como era un hombre profundamente visceral que tendía a atacar de frente en lugar de a través de retorcidas intrigas, como el fallecido Maestre de Santiago.

El arzobispo sabía muy bien que los ambiciosos Mendoza, sus poderosos vecinos, apetecían su mitra y sus rentas, las más jugosas del reino, como correspondía a la archidiócesis primada, que tenía a su cargo lugares tan importantes y distantes entre sí como la catedral de Toledo, el monasterio de Guadalupe, Alcalá de Henares, Talavera de la Reina y un extenso territorio que equivalía a varios condados juntos, protegido por un gran número de castillos y con ricas tierras que daban buenos frutos. Desde luego no iba a entregarles nada sin luchar. No en vano se le daba mejor la espada que el báculo. El cardenal Mendoza iba a tener que esperarse, porque les iba a dar guerra si eso era lo que querían.

Cuando llegó a Escalona para verme, se mostró como un torbellino. A pesar de sus muchos años su energía avasallaba cuando hablaba, y llenó de optimismo nuestros corazones con sus palabras. Allí me enteré que mi tío el rey de Portugal había aceptado finalmente el compromiso matrimonial conmigo y que pensaba pasar la frontera con lo más florido de la nobleza portuguesa (los duques de Alencastre, de Braganza, de Beira, de Montemor y de Palmela, el conde de Marialva, el condestable y los aguerridos caballeros de la orden del Cristo), que iban a entrar en Castilla para luchar por los derechos de mi real persona contra mi traidora tía.

Me sentí confortada al saber que, en contra de lo que me había parecido a la muerte de mi padre, no todo estaba perdido sino que había buenas posibilidades de expulsar a mi madrina del reino y de que yo reinara sobre los reinos de mi padre. Era una alegría profunda que me infundió serenidad. En esos días primeros se firmaron en mi nombre muchos documentos y se hizo mi sello real. Por primera vez firmé algunas cartas con ese «yo, la reina» que nunca he abandonado desde entonces y que es el que me corresponde por mi nacimiento. Yo soy la reina Juana I de Castilla y lo seré hasta mi muerte, le pese a quien le pese.

Pero en aquel tiempo no sabía que tendría que ir al exilio. Más bien esperaba todo lo contrario: que fuera mi tía Isabel, a la que entonces comencé a odiar por su doblez conmigo, la que tuviera que irse de Castilla. Yo la llamaba la reina de Sicilia, pero ella me llamaba a mí «la muchacha» con un desprecio que me hirió en lo profundo del alma y que me hizo desear humillarla y echarla de mi reino lo antes posible.

Y es que las cosas pintaban realmente bien para nosotros. Aragón no podía hacer nada por Isabel y Fernando porque el rey de Francia que había aprovechado la situación para conseguir una alianza con Alfonso V de Portugal, para romper el frente

Atlántico que tanto le dañaba, y había atacado la Cataluña ultrapirenaica, forzando a su rey a concentrar todos sus efectivos, que tampoco eran demasiados, en la defensa de sus tierras.

Así las cosas, con el maestrazgo de Alcántara en poder del joven Juan de Zúñiga, poder que sus padres el duque de Arévalo y la temible duquesa Leonor ejercían contra los reyes de Sicilia, el rey de Portugal se preparó a entrar en Castilla. Tenía un ejército de cinco mil jinetes y catorce mil infantes, una fuerza avasalladora contra la que mis tíos los usurpadores no tenían nada que oponer, ya que el pago de dineros a unos y otros para garantizar sus lealtades tenía el tesoro medio exhausto y no había un ejército que oponer a la invasión, que encima estaba apoyada por la milicia alcantarina, la de Calatrava y las lanzas de Badajoz, de Trujillo, de Plasencia y de Cáceres.

Extremadura era mía, y a Trujillo me dirigí llevada por mis partidarios, el arzobispo y el marqués de Villena, para esperar la llegada de mi futuro esposo y hermano de mi madre, el rey Alfonso V de Portugal. En Trujillo me dieron el primer homenaje multitudinario como reina. Fue una maravillosa sensación. El pueblo me aclamaba a mi paso. Daban vivas a la niña reina doña Juana I de Castilla. Yo me presenté ante ellos con mis mejores galas, con un vestido que mi madre, siempre previsora, había encargado el año anterior, de terciopelo rojo bordado de castillos de oro, el cuello de blanco armiño y una capa de seda roja bordada con los castillos y mi anagrama.

A pesar de mi corta edad, creo que estuve bien en aquella primera ceremonia. Al verme rodeada de mis grandes vasallos, el duque de Arévalo, el Maestre de Alcántara, el conde de Feria y don Juan de Chaves, supe que reinar era lo que deseaba. Me gustaba ser el centro de la escena; saber que todos aquellos aguerridos nobles iban a luchar por mis derechos me hacía sentir muy bien. Yo, la reina Juana, no estaba sola. Trujillo era la primera ciudad que me rendía su homenaje, y luego vendrían otras.

Estando allí, rodeada de los míos, me preocupaba menos que mi madrina se hubiese hecho proclamar reina en Segovia y que luego los nobles hubieran también proclamado días después a su marido, el rey de Sicilia. Sabía que Isabel estaba ahora en Valladolid, con el duque de Alba, el almirante y algunos de los Mendoza y los Manrique, pero muchos nobles comenzaban a dudar, al ver que mis fuerzas eran cada vez mayores y que mi buen conde de Feria derrotaba en Badajoz a las tropas del duque de Medina Sidonia, que tuvo que retirarse a Andalucía, y también a las del Maestre de parte de la orden de Santiago el bravo Alonso de Cárdenas, que perdió en la batalla más de cien lanzas, lo cual era un serio revés para la causa isabelina que, a finales de abril de 1475, no tenía ya en Extremadura quien la defendiera.

Nosotros estábamos en Trujillo cuando nos enteramos de que acababa de fallecer mi madre en Madrid, plaza que tenía firmemente en sus manos el marqués de Villena. Sentí un dolor difuminado por tantas cosas que nos habían pasado en la vida. Casi me

extrañó ver que en ese dolor había cierto alivio, por lo que me sentí culpable. Pero para mi corona su mancebía con Pedro de Castilla era un baldón, y para su hermano, mi futuro marido, una situación muy incómoda. Era como si la Providencia quisiera ayudarme a convertirme en reina de Castilla.

Yo no estuve en su entierro, y ordené que se hicieran varias misas por ella, pero he de confesar que nunca en mi vida he sido tan fría como con la muerte de mi madre. Era como si al desaparecer ella, me hubiera liberado de tener que fingir una aceptación de sus costumbres que no podía comprender, y procuré olvidar todos los sinsabores que con sus ligerezas me había causado. Casi me asusté de ver lo rápidamente que era capaz de borrarla de mi vida.

De Trujillo fuimos a Plasencia. El viaje fue tranquilo. Yo tenía que asumir mi total orfandad y prepararme para el gran cambio que se iba a producir en mi vida. Ahora iba a comenzar mi reinado efectivo. Todos lo sabían y me miraban con curiosidad. Se habían quedado impresionados de mi frialdad cuando me comunicaron la noticia de la muerte de mi madre, pero en el fondo todos comprendieron rápidamente las razones. Me acompañaban el marqués de Villena y la enorme condesa doña Leonor Pimentel. Su marido el duque de Arévalo y conde de Plasencia estaba al mando de las milicias de la orden de Alcántara y se dirigió a la encomienda mayor, Brozas, y desde allí, pasando por Valencia de Alcántara, hacia el sur, para preparar la invasión que iba a realizarse por Alburquerque, cerca de Badajoz.

De hecho, a finales de abril, el rey portugués entró por donde se había previsto con un gran ejército, sin encontrar resistencia, pero a los pocos días, sin dar explicaciones, regresó a Portugal y se reunió con todas sus fuerzas en Arronches, un lugar cercano a la frontera, mientras en este lado le esperaban los que iban a ser sus vasallos.

La razón de su retirada, según pudimos saber después, fue que le habían informado de que el capitán Diego de Cáceres Ovando, el que pronto sería llamado «paladín de los reyes Isabel y Fernando», que en principio sólo contaba con sus escasas lanzas y su fortaleza de Benquerencia en La Serena y las de sus aliados Zalamea y Magacela, había recibido de los reyes de Sicilia, a los que había ido a ver y a jurar obediencia en Valladolid, el poder de Capitán General para armar un ejército contra el invasor, y decían que acudían ya varios miles de soldados a Alburquerque.

Cuando Alfonso V supo por sus espías que el cacereño Ovando no había conseguido lo que pretendía, que era armar un poderoso ejército de defensa, decidió, para nuestro contento, entrar finalmente en Castilla por Alburquerque el 10 de mayo. Iba con un ejército de tres mil caballos y más de siete mil infantes capaces de enfrentar a la menguada fuerza de Ovando, que no osó plantarles cara. A pesar de que sus reyes le habían dado poder absoluto sobre la orden de Alcántara y sobre villas y ciudades, sólo había conseguido reunir mil lanzas en defensa de Isabel y Fernando, lo cual era netamente insuficiente para enfrentar la gran entrada del brillante ejército de Portugal en Extremadura. Al mismo tiempo, para alegría de mis partidarios y para

mayor preocupación de Isabel y Fernando, el duque de Guimaraes, hijo del duque de Bragança, junto con el conde de Marialva, entró con otros tres mil jinetes y otros seis mil infantes por Coria. Extremadura estaba totalmente bajo nuestro control, salvo unas pocas encomiendas de Alcántara en la Serena.

La menguada fuerza de Ovando, a quien ayudaron Alonso de Portocarrero y Francisco de Solís (llamado El Electo, pretendía ser el nuevo Maestre de Alcántara, aunque pocos le obedecían pese a seguir teniendo preso a Monroy), intentó sin éxito detener el avance del rey Alfonso V hasta Plasencia. Sin tener fuerzas para plantar cara al ejército portugués, estuvieron hostigándolos en maniobras de retaguardia y escaramuzas que causaron la pérdida de casi doscientos jinetes. Los de Ovando también sufrieron bastante descalabro, y tampoco consiguieron lo que pretendían, es decir, que las tropas del rey y las del duque se juntaran en Plasencia tras recibir el homenaje de las ciudades de Badajoz, Cáceres y Trujillo.

Pero como suele suceder cuando se husmea el cambio de poder, fueron muchos los que se acercaron a la poderosa comitiva de Alfonso V para saludar a su alteza y ofrecerle su homenaje, de modo que llegó a Plasencia con su ejército casi intacto y un refuerzo de unos quinientos hombres de diversos lugares de la región que se le habían unido.

Nosotros, que estábamos esperando con nerviosismo su llegada, salimos a saludarle a la entrada de la ciudad amurallada. Era un gesto de cortesía que yo quise hacer a mi valedor y futuro marido y que la condesa de Plasencia consideró adecuado. Pero también me impulsó a salir el deseo de saber cómo era el rey Alfonso V de quien todos hablaban maravillosamente. Yo tenía una inmensa curiosidad que quería satisfacer cuanto antes, y allí, a las puertas de la ciudad, pude ver por fin al que era mi tío carnal y mi prometido.

A pesar de haber cumplido cuarenta y tres años, tenía gran apostura. De buena estatura, su rostro era regular y hermoso, y destacaba en él una nariz recta y fina que le daba gran majestad, además de unas luengas barbas y unos ojos que brillaban con fuerza bajo sus bien cinceladas cejas. Tenía toda la fuerza, toda la energía y toda la pujanza de un verdadero rey, cualidades de las que careció desgraciadamente mi padre, cosa que pensé sin querer en cuanto le vi.

Él por su parte también me observó detenidamente. En mi rostro pudo reconocer algo desvaída la belleza de su hermana y algunos de los rasgos de la casa de Trastámara que también él compartía, ya que era hijo de la reina Leonor de Aragón. Yo aún no era mujer. No lo fui hasta unos años después, algo tarde, a mis catorce años, pero me resultó agradable la idea de que mi futuro esposo fuera un hombre tan bien plantado, aunque la diferencia de edad entre nosotros fuera tan grande.

Don Alfonso V, tras hacer una cortés salutación a los muchos placentinos que observaban la escena y que gritaron enardecidos su nombre, me sonrió con afecto cuando llegó ante mí y desmontó de su caballo. Me vi muy pequeña a su lado. Él también debió de percibir mi pequeñez y desvalimiento porque me abrazó con ternura

mientras nuestros súbditos volvían a enardecer el aire con sus vítores. Entonces, mientras sentía su fuerza, supe que a su lado me sentiría protegida, lo cual para una niña reina que llevaba años yendo de aquí para allí, en manos de unos y otros, era un verdadero cambio y un gran alivio.

Después de su afectuoso abrazo, saludó a mis nobles acompañantes. La condesa Leonor hizo una asombrosamente grácil reverencia a pesar de su peso, y su hijo don Juan de Zúñiga, el Maestre de Alcántara, le besó la mano, cosa que también hicieron su padre el duque, que había regresado con ocasión del encuentro, y el marqués de Villena. Tras los saludos del resto de las damas y caballeros que nos acompañaban, el rey me ayudó a montar de nuevo y él también montó.

Entramos en la ciudad engalanada con reposteros de armas en las ventanas. Nos iban echando flores desde los hermosos balcones de la ciudad mientras nos dirigimos a la catedral vieja para dar gracias por la llegada del rey de Portugal. Yo me sentía como en una nube de felicidad mientras íbamos subiendo la cuesta y a ambos lados de la calle se oían los vítores al rey y a la reina Juana. Teniéndole a mi lado, por fin sentía de verdad que iba a poder reinar en Castilla, y me entró una profunda alegría que hizo que mis ojos derramaran un reguero de lágrimas que al poco conseguí contener porque me parecía poco digno de una reina ser incapaz de contener mis emociones.

¡Ya podía echarse a temblar mi madrina la usurpadora! En cuanto llegara la dispensa papal por nuestro doble parentesco de padre y madre, nos casaríamos, aunque el arzobispo de Toledo, que parecía estar en todo, decidió inteligentemente celebrar los esponsales previamente. Le pareció lo más conforme a los usos del reino, para que el rey de Portugal, ya como mi esposo de palabra, pudiera ser jurado rey de Castilla. Así no podría levantar suspicacias ni ser visto por nadie como un rey extranjero, sino como el legítimo marido de la reina.

Era una medida inteligente. La apoyaron todos, y recuerdo cómo estuvimos de febriles preparando un vestido de boda digno para mí. Mi buena amiga Cristina de la Maza, a la que había nombrado dama de mi cámara, junto con la condesa de Plasencia, doña Leonor y su hija y la del conde de Feria, estaban muy ajetreadas y emocionadas viendo cómo una legión de bordadoras trabajaban, y daban su opinión acerca del resultado, haciendo sugerencias y acompañándome en esos días de nervios y de alegría.

La duquesa de Arévalo, condesa de Plasencia, se sentía orgullosa de que el matrimonio de su reina fuera a tener lugar en su ciudad. Aunque estábamos pendientes de la dispensa, nadie dudaba que el Papa la daría, dado que el rey de Portugal era un monarca poderoso y un buen cristiano y la Santa Sede no podría oponerse a concederla, por más que el cardenal Borja, el legado apostólico, fuera gran amigo y partidario de Isabel. Todos sabíamos que tras una decisiva victoria por las armas de nuestro ejército, ninguna fuerza podría oponerse a nuestro enlace, ni en Castilla ni en Roma. Y entonces, mi madrina tendría que irse con su ambición al

exilio a Aragón, a Sicilia o a donde quisiera, pero fuera de mi reino.

Confieso que en aquellos días, ese era uno de mis pensamientos favoritos. Había comenzado a detestar a mi tía de tal modo desde que supe que hablaba de mí como de «la muchacha», sin ningún respeto a mi dignidad ni a su parentesco conmigo, que tenía verdaderos deseos de expulsarla de Castilla y disfrutar al ver como mi orgullosa madrina tenía irse del reino que pretendía usurparme.

¡Menuda desvergonzada! Se había aprovechado de la debilidad de su hermanastro, de las intrigas de sus consejeros y de la dudosa conducta de mi madre cuando la obligaron a separarse de mi padre para medrar y conseguir mi corona. Pues yo no pensaba dejar que me la quitara pacíficamente y, desde luego, en cuanto me casara, iba a lanzar un manifiesto al reino en que se pusiera en evidencia su doblez, su falta de lealtad y su desfachatez al proclamarse reina contra la voluntad de su hermano en su lecho de muerte, por pura ambición, sin contar con las Cortes y con el apoyo de sus partidarios exclusivamente.

Recuerdo muy bien mi furia, que en ese tiempo era la compañera constante de mi alegría. Había momentos en que la vida en el palacio condal me parecía por fin el jardín de rosas que siempre debía haber sido para mí. Me sentía querida y fui tratada con el respeto que se debía a mi real persona, y estaba rodeada de gente buena y leal, de grandes linajes que pensaban servirnos a mí y a mi marido el rey de Portugal incluso por las armas.

Pero, a veces, me entraba una profunda rabia cuando pensaba en lo que mi madrina estaba haciendo para quitarme mi reino. Tal era el odio que sentía por ella que al principio me confesé de ello porque me preocupaba la intensidad del sentimiento, pero luego comprendí que era algo inevitable, la humana consecuencia de los muchos malos ratos que había vivido por culpa de sus manejos para conseguir quitarme mi corona.

En esos días de tranquilidad nunca llegué a pensar que perderíamos nuestra corona. Todo me hablaba de victoria. Nuestros ejércitos eran más fuertes; Portugal era rico, con el oro de las tierras lejanas de Oriente; el rey, mi futuro esposo, podía contratar y traer más hombres de armas si eran necesarios, y en Valladolid Isabel parecía como paralizada porque, aparte de haber dado el poder a su fiel Ovando, poco más había hecho. Isabel era una mancha desvaída en lo que mi grandeza comenzaba a ser. Y yo no iba a tolerar que nada empañara mi felicidad. Por eso, dejando de lado mis pensamientos oscuros, me volqué en la alegría de la celebración. No sería la gran boda que una reina de Castilla merecía, por la urgencia de la situación, pero al menos sí sería una boda como debía, oficiada por el arzobispo de Toledo, en la catedral vieja de Plasencia, en presencia de muchos ricohombres y caballeros de Extremadura y otras partes del reino que llegaban cada día, llenado la ciudad de color y dándole aspecto de Corte.

Y por fin llegó el día de mi boda. Era el 25 de mayo de 1475. Yo me vestí emocionada de blanco, con un vestido bordado de castillos de oro y en cuya orla y

manto, de raso blanco, me habían cosido una rica bordura de las armas de Portugal, los hermosos escudetes que se unían por nuestro enlace a las armas de Castilla. En mis sienes llevaba una sencilla corona de oro, con cinco florones que sostenía el velo de tul transparente que tapaba mi rostro y velaba mi visión. Yo iba muy recta y consciente de la importancia de la ceremonia.

El pueblo de Plasencia me acompañó desde la salida del palacio de los condes hasta la catedral, y me sentí muy querida, mientras se oían vítores a la guapa niña reina que se iba a casar con un apuesto rey. Con gran solemnidad, el arzobispo Carrillo ofició la ceremonia. Nos hizo marido y mujer, por palabras de futuro, es decir, pendientes de la dispensa religiosa. Yo era ya la reina de Castilla y de Portugal, y mi esposo, el rey de Portugal y de Castilla. La suerte parecía estar a nuestro lado.

## Capítulo XII

Tiempo de alegría. 1475

Cómo han pasado los años sobre mi persona. Me han secado por fuera y por dentro. Han sido duros conmigo, implacables. Me han regalado los más profundos sufrimientos morales, las peores decepciones. He perdido tantas batallas y tantas veces que apenas soy capaz de recordarlas, pero Dios —que me ha apretado y cómo— ha querido dotarme también de una fuerza interior excepcional y de una excelente salud, con las cuales he podido sobrevivir a los peores momentos y a la desesperanza, esa gélida y dolorosa mortaja de la ilusión que muchas veces mata con más crueldad y dolor que la más nociva enfermedad del cuerpo.

Mi ritmo de hoy es lento. Cada semana se vuelve más lento. Lo he notado todos estos días, cuando preparábamos la boda del joven paje Murillo con la señorita Alejandra Mascarenhas. Ha sido como un torbellino que me sobrepasaba y me obligaba a retirarme durante horas al silencio de mis habitaciones para recobrar de nuevo la serenidad. Y es que ya no me hace ilusión el movimiento a mi alrededor, sino más bien me molesta y me incomoda. Prefiero con mucho la soledad o la compañía de mi camarera y amiga doña Cristina.

—¿Os molesto, alteza?

—En absoluto, amiga mía. Precisamente estaba pensando que eres la única persona que nunca me molesta.

—Pues no sabéis como me alegra oírlo porque procuro en verdad no hacerlo.

—Lo sé. Pero decidme: ¿se han ido todos los invitados ya? No podía soportar por más tiempo la celebración y por eso me he retirado a mis habitaciones. El ruido de la vida se me hace molesto.

—Lo entiendo, mi señora. Estos burgueses son buena gente, pero demasiado bulliciosos. Os confieso que yo también estoy algo cansada de tanto ruido, tanto baile, tanta risotada y tanta efusión de sentimientos, pero ha merecido la pena. Creo que hemos conseguido lo que pretendíamos. El joven paje está ahora mucho más seguro. Alejandra es realmente muy bella, y espero que el caballere te sea al menos capaz de cumplir con sus obligaciones alguna que otra vez.

—No me hagáis reír, doña Cristina. Casi he soltado la carcajada cuando ese pomposo del padre de la novia me hablaba de la ilusión que le hacía tener pronto un nieto, mientras yo me imaginaba lo que le podía costar entregarse a hacerlo a nuestro joven Murillo.

—De todos modos pueden estar contentos. Habéis sido más que generosa con él dándole el señorío de Castuera y esos miles de escudos de oro. Con ellos puede comprar una casa digna para los dos, y acaba de acceder a la nobleza, lo cual es todavía más importante aquí en el exilio. A los suegros, que tienen buenos dineros y



que han aportado una muy buena dote para su hija, les ha impresionado más lo del señorío. Al fin y al cabo, aunque son gente de dinero, no tienen rango, y la nobleza es un bien muypreciado; a pesar de que el señorío sea en el exilio y sin rentas, es un gran honor para ellos.

—Sí. Estoy de acuerdo. Espero que con el matrimonio y su nuevo rango, que por eso se lo he dado, además de por el afecto que le tengo, la Inquisición se olvide de nuestro muchacho.

—Yo creo que habéis acertado, alteza, sobre todo porque el joven Javier dejó de ver a Rafael Milhán hace ya un par de meses y no ha caído en la tentación de continuar su historia con él. El caballere te ese es una buena pieza. Según parece, mientras tenía su romance con vuestro paje, mantenía una relación con otro hombre, mucho mayor y de mucho dinero, cosa que según parece al padre no le parecía tan mal.

—¡Menudo pájaro está hecho el padre!

—El padre y el hijo. ¡Vaya pareja de inmorales y abusadores de inocentes! Ahora parece que tanta preocupación por la moral en realidad era preocupación por la economía. El amante mayor del Milhán, según dicen, tiene amigos influyentes y era el que había hecho que el padre denunciara a nuestro buen Javier; si nos descuidamos, nos lo prenden por la inquina del viejo cornudo. Algo oscuro e indigno. Creo que lo habéis sacado de un atolladero del que probablemente no habría podido escapar.

—No quiero oír más, doña Cristina. Toda esa depravación molesta a mis oídos. Qué asunto tan desagradable. En fin, gracias a Dios todo pasó. Me alegra haber podido ser útil a mi buen paje antes de irme para el otro barrio.

—¡Ay, señora! Siempre estáis igual. Con lo que me molesta a mí eso de la mención constante al cementerio. Parece que no penséis en otra cosa.

—Es que se nos acerca la parca, amiga mía. Se nos acerca la hora de ir a reposar en una fría tumba y dejar de lado todas las cuitas de esta tierra.

—¡Dejad, dejad! No pensemos en eso, alteza. Que aquí estamos todavía muy bien. Aún nos queda bastante cuerda. Ahora que ya no sois un obstáculo para nadie por lo menos nos dejarán vivir tranquilas el tiempo de vida que nos quede.

—A vos sí, doña Cristina. Aún se os ve llena de ganas de vivir, pero yo no. Siento como si se me hubiera quebrado la vida por dentro, pero no de modo doloroso sino suave y misericordiosamente. Os lo aviso. No creo que me equivoque cuando os anuncio que dudo que llegue yo a ver el año que viene. Ésta ha sido mi última primavera en la tierra, y siento que estoy disfrutando de los últimos días de mi último verano. Quizá me vaya con el otoño, si Dios es misericordioso conmigo.

—Dios mío. ¡Qué cosas decís! Se me pone el vello de punta.

—No hay por qué, amiga mía. Miraré consciente a los ojos de la doncella descarnada. De hecho, si supera como llamarla, le haría un guiño para que viniera cuanto antes. Mi alma está ya muy cansada. Más bien temo seguir viviendo porque a

la muerte no le tengo ningún miedo.

—Sí. Lo sé, alteza. Lo decís siempre y me lo repetís a menudo. Pero, por favor, no sigáis por ahí. De verdad que es una conversación que me desagrada.

—Seguís siendo una niña. A pesar de tener casi setenta años, seguís siendo una verdadera niña. No habéis perdido esa deliciosa candidez vuestra que es como un cáliz de mosto fresco. Y pensar que habéis perdido vuestra vida por mí. No sabéis cuánto siento que no os casarais con aquel apuesto mozo que tanto os gustaba por seguir a mi lado.

—¡Ay, señora! Hace tantos años de aquello... Ya se pasaron aquellos tiempos en que la vida nos llamaba a disfrutar de sus mieles. Ahora es el tiempo de la serenidad, de la tranquilidad y yo procuro no pensar nunca en el pasado.

—Yo sé que sí lo hacéis. Sé que no habéis olvidado a aquel apuesto doncel. Se llamaba Gonzalo Hernández de Arana, lo recuerdo bien. Y vino a Plasencia con los procuradores de Burgos que me iban a jurar su fidelidad. Aún recuerdo la impresión que os causó cuando le visteis por primera vez. Vuestro rostro se llenó de un rico rubor, y yo lo comprendí porque la verdad es que era un mozo alto, rubio como la paja, de rostro fino, nariz recta, ojos profundos de color gris. Era muy apuesto, y también él se quedó prendado de vos en cuanto os vio.

—No seáis cruel conmigo, alteza. No quiero recordarle ahora que ya mis cabellos son tan grises y mi espalda comienza a encorvarse.

—¿Veis como sí que pensáis en él?

—Lo hago a veces, tengo que confesarlo. Sí. Pero procuro no hacerlo demasiado a menudo. No me gusta pensar en lo que pudo ser porque una nunca sabe si eso no es más que imaginación. Si no pudo ser, no pudo ser. Pero os reconozco que sufrí cuando le dejé en Castilla y decidí acompañaros; sin embargo, vos me necesitabais más que él.

—¡Qué terrible sacrificio hicisteis por mí, doña Cristina! Me disteis vuestra felicidad.

—Y mi vida os hubiera dado también si con ello hubierais podido recuperar vuestra corona, mi señora. Más perdisteis vos que, estando casada y queriendo a vuestro esposo, no pudisteis consumir vuestro matrimonio y tuvisteis que acabar aceptando que se anulara por la falta de dispensa Papal, y siendo reina de derecho, además os quitaron vuestra herencia. Mi amor no es prenda tan rica para compensar todo eso, pero si en algo os he servido, lo doy por bueno.

—¿En algo? Mi querida Cristina, sin tu amistad y tu apoyo mi infierno habría sido mucho más duro y difícil.

—Pues entonces lo doy todo por bueno. Él se casó, tuvo sus hijos y ahora tiene nietos. Y creo que su vida ha sido feliz.

—¡Podía haberse venido con nosotras!

—No le dejé. Sabía que eso le haría muy infeliz. Él me amaba, pero nunca fue vuestro partidario. Sólo luchó por mí, no por vos, y eso nos separaba, ya que para mí

la única reina de Castilla sois vos. Y aunque jamás tuve una conversación con él a ese respecto, yo sabía que Gonzalo apoyaba a vuestra madrina la usurpadora princesa Isabel, y eso dañó al final nuestro amor y me hizo decidir que era mejor que lo dejáramos y siguiéramos cada cual nuestro destino.

—Nunca me lo habíais dicho. Sois un pozo de sorpresas.

—¿Para qué, alteza? Os conozco, y sólo hubiera conseguido que os empeñarais en que me quedara en Castilla a su lado cuando vos veníais al destierro, y os puedo asegurar que en esas circunstancias yo nunca hubiera sido feliz, con el corazón dividido entre mi lealtad verdadera a vos y mi amor por él, que su apoyo por la reina de Sicilia dañaba.

A veces, en el amor una no tiene más opciones que elegir entre lo malo y lo peor. Cuando yo elegí irme con vos sabía que era fiel a mis creencias. Mi amor quedaba atrás, pero quizá porque lo dejé cuando ardía con tanta fuerza en mi pecho; su llama purificada por la distancia, por el dolor, por el alejamiento, me ha permitido mantenerme viva. Y quizá por eso mismo, he podido amar su recuerdo, liberándolo de la pasión, de un modo puro durante todos estos años. Y os confieso, mi querida señora, que casi me ha bastado.

—En verdad sois muy especial, doña Cristina. Tuve suerte al llevarme una de las mejores damas de Castilla conmigo.

—Exageráis, alteza. Sólo he sido una persona coherente con mis principios. ¿Con qué cara le hubiera podido mirar yo cada día si hubiera renunciado a mis ideas por su amor? Vos me conocéis bien. Eso no hubiera podido durar. Tarde o temprano hubiéramos tenido una seria discusión y mi mundo entero se habría derrumbado, porque desde luego Gonzalo era un hombre encantador y bueno, pero un testarudo de marca mayor que jamás daba su brazo a torcer, y tampoco es que yo sea precisamente flexible como un junco.

—No, desde luego en eso os doy plenamente la razón. Carácter, gracias a Dios, tenéis. Eso me ha hecho disfrutar de muchos buenos momentos a vuestro lado.

—Pues mejor que todo haya sido como fue. Ya sabéis que soy poco dada a recordar. ¿Para qué? Lo que pasó y no se puede cambiar.

—Pues yo no hago otra cosa, doña Cristina. Parece que vivo prácticamente para recordar.

—Quizá eso no sea bueno.

—No lo sé; pero os puedo decir que los recuerdos ya no me duelen. Soy capaz de pensar en el pasado sin ningún odio, sin ningún sentimiento. Es algo tan novedoso para mí que estoy revisando los años de mi vida, rememorándolos con desapasionamiento.

—En verdad me asombráis, alteza. ¿De verdad ya no os duele la cabeza cuando pensáis en el pasado? Os daban unas jaquecas terribles.

—Pues ya no. Para mí se acabó la zozobra. El pasado ha dejado de dolerme. Comienzo a sentirme en paz.

Doña Cristina se quedó callada. Lo que doña Juana de Castilla decía era muy serio. Y ella comprendía que, en efecto, la reina estaba haciendo una revisión de su vida porque se hallaba en la antesala de la muerte. Con el corazón acongojado por el descubrimiento que, de todos modos llevaba intuyendo varias semanas, volvió su mirada limpia y verde a su señora con un afecto que hizo a la reina emocionarse.

—No os preocupéis por mí, amiga mía. El camino toca a su fin y lo recorreré serenamente, con vos a mi lado.

—¡Ay, señora! Me habéis dejado sin palabras.

—Pues por una vez, no está mal. ¿No creéis? —dijo la reina con un tono de desconocida dulzura—. Siempre os gusta decir la última palabra.

Doña Cristina no pudo añadir nada. Sólo tomó a la reina de las manos, se las besó y se levantó, y retirando el rostro salió apresuradamente de la estancia. Se le estaban llenando los ojos de lágrimas y no quería que la reina la viera llorar y comprendiera por qué. Ya se excusaría después por hacerla dejado de ese modo.

Doña Juana no necesitaba explicaciones ni excusas. Sabía muy bien que doña Cristina acababa de comprender por fin que su señora se moría. Era mejor así. Prefería que se fuera haciendo a la idea porque sin duda, de ese modo, cuando llegara el día, no sufriría tanto.

¡Cómo cambian las cosas de la vida con los años! Entonces, en 1530, no le importaba ya nada, en cambio, en aquellos días de después de su boda con don Alfonso V, su vida estaba llena de ilusiones; ilusiones que parecían estar al alcance de la mano.

A partir del 25 de mayo de aquel año de 1475 de gloriosa memoria para ella, con sólo trece años fue la reina de Castilla, de León y de Portugal. El rey Alfonso V, su esposo, decidió tras hablar con el Consejo Real (que estaba compuesto por el joven marqués de Villena, el duque de Arévalo y el arzobispo de Toledo) que debían dar un golpe de fuerza que amenazara la posición de los reyes de Sicilia y los obligara a presentar batalla, ahora que tenían pocos hombres de armas a su lado. Yo no lo sabía entonces, pero el rey dudaba y desconfiaba del apoyo de sus aliados castellanos.

Quizá para quitarle esas dudas y resquemores, mis consejeros decidieron que era menester hacer un importante manifiesto al reino, para que supieran que yo ya tenía marido y valedor y que mi madrina Isabel me estaba usurpando la corona. El manifiesto se haría en Plasencia por mis consejeros y se dirigía a los súbditos del reino. Lo firmaba yo, y por orden de mi esposo se enviaría a las ciudades y a los nobles del reino. En el manifiesto se exponía la innoble conducta de mi madrina Isabel, que había usurpado el reino en contra de la voluntad del rey el rey Enrique IV, mi padre y su hermanastro, y se decía lo que tanto se había hablado en susurros en Madrid, que mi padre había sido envenenado por ellos. De hecho, tras la comida de diciembre en Segovia, se puso enfermo y sobrevivió gracias a su fuerte naturaleza, y cuando murió, ese flujo de sangre no era corriente y probablemente se debió a un dañino veneno.

Igualmente exponía que, sin ninguna legitimidad ni pronunciamiento de Cortes, se había proclamado reina de modo ilegal, en contra de la voluntad del rey anterior, contando con una asamblea de nobles que no estaba capacitada para tal fin. Dado que la obediencia debida a la reina verdadera no era general, yo, Juana, invocando mis legítimos derechos de sucesión y la necesidad de hacer prevalecer la legalidad de la sucesión de la hija del rey, proponía que ninguna de las dos se considerase reina y que se disolvieran todos los juramentos de fidelidad que una u otra hubiéramos recibido de prelados, grandes y ciudades, de modo que quedaran todos en libertad de elegir de nuevo, como cuando murió el rey.

«Luego por los tres estados destos dichos mis reinos, e por personas escogidas de entre ellos, de buena fama y conciencia, que sean sin sospecha, se vea y libre se determine por justicia a quien de derecho, estos dichos mis reinos perteneces».

El manifiesto era un intento de eludir la guerra que inevitablemente se avecinaba, e hizo que mi madrina Isabel se pusiera furiosa. Seguramente le dolieron las acusaciones de conspiración y asesinato de su hermano y el ver que por todo el reino circulaba lo que hasta entonces había sido un rumor en Madrid y en Segovia. La «muchacha», como ella me llamaba, le había salido respondona y, además, parecía tener la sartén por el mango. No eran tiempos buenos para Isabel, por más que contara con muchos de los ricohombres a su lado, y ella lo sabía bien. Había muchos que comenzaban a dudar si habían elegido el campo acertado y comenzaban a distanciarse de ella y su esposo, aunque el centro de sus apoyos (los Mendoza, los Manrique y el conde de Haro y el duque de Alba) no vacilaron.

Pero la ofensiva de mi esposo y mía no iba a ser sólo de palabra. Ya que ella y Fernando no aceptaban la revisión del proceso de sucesión, mi marido tenía que demostrar al reino que estaba decidido a hacer valer mis derechos también por las armas, y en ese momento parecía que todos estaban pendientes de cómo actuaba. Y precisamente por eso, decidió salir de la ciudad y de Extremadura. El nuevo rey de Castilla debía moverse por su nuevo reino con soltura y conseguir vencer a los usurpadores quitándoles el apoyo de las ciudades.

Yo me quedaría en Plasencia, con la condesa Leonor, la marquesa de Villena, y doña Cristina de la Maza, mientras que el rey, acompañado por el duque, se dirigiría a Arévalo para entrar en el corazón de Castilla y recabar el homenaje de los ricohombres castellanos que estaban dudando entre los dos partidos, que eran bastantes.

Mientras tanto, en la frontera con Portugal, el capitán Diego «de Cáceres» Ovando no dejaba de hostigar las guarniciones de los lugares fronterizos, haciendo que el príncipe de Portugal, que estaba de regente mientras su padre estaba en Castilla, tuviera que fortalecer las guarniciones de los diferentes lugares de la frontera por donde se pensaron que podían sufrir una invasión de los molestos y aguerridos soldados isabelinos.

A pesar de que contaba con sólo unas mil lanzas, Ovando se multiplicó en sus

asaltos, ganando por sorpresa algunas fortalezas; mientras, en la provincia de Sevilla, el duque de Medina Sidonia aprovechaba para entrar en Portugal en nombre de Isabel, por lo que don Juan, teniendo que proteger varios frentes diferentes, no pudo enviar a Castilla el grueso de los ejércitos del reino vecino, lo cual permitió que Isabel y Fernando se armaran y ganaran un tiempo precioso.

Diego de Ovando poco después entró de nuevo en Portugal por Alburquerque, acompañado de Francisco de Solís, «el electo» Maestre de Alcántara, y tomaron la fortaleza de Ouguela, que quedó en poder de los extremeños, bajo el mando de Pedro Pantoja, hermano de Solís. Pero don Juan de Portugal pensaba darles una lección, y mandó hasta la fortaleza un gran ejército que tenía apostado en Estremoz, para tomarla al asalto y matar a los extremeños. Apenas le dio tiempo a Pantoja de enviar a su hermano una petición de auxilio. Los portugueses, acuciados por el príncipe don Juan, sitiaron la fortaleza. Como Pantoja no podía resistir, Ovando y el Maestre Francisco de Solís forzaron una escaramuza de distracción para ayudarle en su retirada. Cayó la noche y huyeron, dejando la plaza en poder de Portugal. Las cosas parecían haber salido bien porque habían salido del trance sin bajas, cuando se podían haber perdido las vidas de muchos, pero no estaba la fortuna de su lado y aún tenía que pasar algo grave.

Como estaban huyendo en la noche, unos fueron por un lado y otros por otro. Francisco de Solís, el Maestre electo, se desorientó y cayó en una zanja sin que nadie se diera cuenta. Cuando pidió ayuda, acudió a su llamada un tal Golondro, hombre fiel al Maestre Monroy, a quien aún tenía preso «el electo» en el castillo de Magacela. Al verle con una pierna aprisionada bajo el caballo, se acercó a él y, sacando su espada, le dio tal mandoble que le decapitó. Ése fue el triste fin de un valiente caballero. La cosa se supo porque un hombre fiel al Maestre vio a Colondro huir y, desconfiando de él, se acercó y recuperó el cuerpo y la cabeza de su señor para darles cristiana sepultura.

Don Francisco de Solís fue la única baja de ese enfrentamiento, una baja causada por un castellano, pero su conocimiento tuvo un efecto muy fuerte en nuestro campo, viéndose como una prueba de que el Señor estaba de nuestro lado, y preocupó profundamente a los reyes de Sicilia porque suponía la pérdida de un Maestre de Alcántara que les era favorable.

Enardecidos por eso, mi esposo y el duque se dirigieron hacia el norte. Habían pasado por el puerto de Baños de Montemayor con su ejército para dirigirse Béjar, ciudad que nos era fiel, y luego de allí a Arévalo. Mi esposo quería provocar el miedo de Isabel y Fernando y hacerles ver que su entrada en Castilla no se limitaba a una incursión fronteriza, sino que deseaba reinar en todo el territorio y que disponía de hombres y fuerzas suficientes para hacerlo.

Hasta entonces, los reyes de Sicilia habían dedicado todo su tiempo a intentar reunir un ejército. De las quinientas lanzas iniciales, ahora ya comenzaban a llegar refuerzos y contaban con algo más de tres mil y unos diez mil soldados de a pie, lo

cual les permitía, al menos mientras llegaban más soldados, no sentirse completamente a merced del rey Alfonso V, cuyos planes eran después de llegar a Arévalo dirigirse a Burgos, como cabecera de Castilla, para sentar sus reales en el corazón del reino y recabar desde allí la obediencia del resto de las ciudades.

Era importante para nuestra causa que las ciudades del reino se pronunciasen a nuestro favor. Mi madrina lo sabía y tenía a su lado a Segovia, Valladolid y Sevilla, además del señorío de Vizcaya y el principado de Asturias. Para inclinar la balanza de uno u otro lado una batalla iba a ser decisiva, pero los reyes de Sicilia no estaban preparados y, mientras, por medio de sus aliados los condes de Haro, conseguían someter a Burgos a la obediencia, aunque su fortaleza seguía en manos de los partidarios de mi legitimidad.

Viendo que peligraba su intento de usurpar mi reino, mi madrina decidió ir a Toledo para ganarse a esa importante ciudad, mientras que su marido se quedaba en Valladolid. Iba acompañada del duque de Alba de Tormes, del de Infantado y del condestable de Castilla, don Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro. Cuando pasaron por Madrid, supieron que el arzobispo de Toledo estaba en Alcalá de Henares, villa de su diócesis, y la reina de Sicilia pensó intentar acercarse a él para hacer las paces, pero el duque de Haro y el del Infantado, enemigo mortal del arzobispo, le quitaron de la cabeza la idea. Sabían que Carrillo no era persona fácil de convencer y temían que intentara aprisionar a Isabel, lo cual para ella y para su bando hubiera sido una catástrofe. Convencida de lo peligroso e inútil del negocio, mi madrina aceleró sus pasos hasta llegar a la vieja ciudad. Tras conseguir ganarse a una parte del cabildo y a los regidores, decidió retornar a Valladolid, dejando la guarnición de Toledo en manos del Maestre de parte de la orden de Santiago el conde de Paredes.

Viendo la estrategia de Isabel y Fernando, mi esposo el rey de Portugal, aconsejado por el duque de Arévalo, decidió tomar otra ciudad importante de Castilla. Fue precisamente una de las más emblemáticas por su historia y su pasado, Toro, la que se entregó a él en la persona de su regidor don Juan de Ulloa. Era un golpe para los usurpadores, al que seguiría la conquista de Zamora por parte del marqués de Villena, lo cual hacía que un extenso territorio fronterizo con el reino de mi esposo nos apoyara. Si a eso unimos la excelente marcha de las hostilidades en el sur, donde las tropas del duque de Medina Sidonia habían sido severamente derrotadas en tierras portuguesas por las del príncipe perfecto, don Juan de Portugal (apoyado desde el sur de Extremadura por el conde de Feria), cada día las cosas nos eran más favorables.

Y mientras por las armas ganábamos ciudades y territorio, el arzobispo movía las letras e intentaba con sus mañas y su diplomacia ganarse a algunos de los obispos del reino, que el cardenal Mendoza estaba intentando que apoyaran a la usurpadora Isabel. Era la guerra total. Cada vez se veía más claro que una batalla podía decidir la contienda.

Del lado de mi madrina y su esposo estaba la mayor parte de los ricohombres del reino. Le habían brindado sus lanzas el almirante don Fadrique Henríquez, tío del rey; el hermano de éste, conde Alba de Liste don Enrique Henríquez; los duques de Alba, de Medina Sidonia y de Infantado; los condes de Tendilla, de Coruña, de Benavente y de Treviño; el marqués de Astorga y el de Aguilar; el hermano del arzobispo de Toledo, señor de Dueñas y conde de Buendía; los poderosos Manrique, condes de Castañeda, de Osorno y de Paredes; el arzobispo de Sevilla y los obispos de Coria, de Osma, de Santiago, y muchos caballeros.

Por nuestro lado teníamos a las casas de Villena y Girón, la de Stúñiga, con el ducado de Arévalo y el condado de Plasencia; la de Carrillo y Acuña (con la salvedad del conde de Buendía); la de Ponce de León, con el marqués de Cádiz, conde de Arcos; la mitad de la casa de Ulloa; la de Chaves, la de Fuensalida y la de Figueroa, con el conde de Feria y sus parientes, y los maestrazgos de Alcántara y Calatrava (aunque mi madrina estaba negociando para conseguir la libertad del antiguo claverero Monroy, para que, en su calidad de Maestre favorable a los reyes de Sicilia, recabara la obediencia de las milicias de la orden de Alcántara).

El rey de Sicilia, que por fin había reunido un importante ejército que luchara por los usurpadores, llegó frente a las murallas de Toro y pidió al rey de Portugal que abandonara el reino de Castilla donde, según sus palabras, nadie le había llamado.

Don Alfonso V casi se mofó de él. Le respondió que ya llegaría la hora de que se vieran las caras en el campo de batalla, recomendándole que no tuviera tanta prisa porque en cuanto llegaran los suyos se lo haría saber y le citaría al combate. El rey de Sicilia hubo de retirarse en cuanto supo de la venida de refuerzos a Toro. Su salida no había sido más que una bravata y en realidad no deseaba luchar, sino hacer alarde de valor.

Y mientras nosotros nos deteníamos, yo en Plasencia y mi esposo en Toro, Isabel y Fernando se movían sin cesar. Estaban preocupados porque no había suficientes fondos para pagar el ejército. De Valladolid fueron a Medina del Campo, de ahí a Tordesillas, y de regreso a Valladolid. Entonces recibieron dos grandes servicios, uno por obra del cardenal Pedro González de Mendoza y otro por su fiel Andrés de Cabrera.

El primero convenció a los obispos de que dieran un bando en que se entregara a la causa de los reyes de Sicilia la mitad de la plata de las iglesias, comenzando por la archidiócesis sevillana que él tenía ya en su poder. Eso suponía una entrada extraordinaria de muchos millones de maravedíes. El otro gran servicio se lo hizo Andrés Cabrera que, como guardián del Tesoro de Castilla, le entregó una importante suma de varios millones de maravedíes alegando que ella era la legítima heredera de mi padre y que se debían dar para la ocasión de la defensa de sus derechos al reino.

¡Menuda canallada! De ese modo podían contar con dineros que venían del tesoro real de mi propio padre para luchar contra la reina legítima. En premio, Cabrera y su mujer, nombrada camarera mayor de la reina de Sicilia, recibieron el marquesado de



Moya.

Con la plata y el oro, reunieron tropas. Lo primero que hicieron fue atacar la fortaleza de Burgos. Iban al mando de las tropas el marqués de Aguilar y don Alonso de Arellano, al que pronto seguiría el mismo rey Fernando al ver que no conseguían tomarla ellos solos. Impaciente y preocupado porque lo que parecía empresa fácil al final estaba resultando una campaña engorrosa, el rey de Sicilia acudió a Burgos con el conde de Haro y con su hermano bastardo, el duque de Villahermosa. Con estos refuerzos, el Fernando de Aragón consiguió hacerse con la iglesia de Santa María la Blanca, desde donde se había hostigado a sus leales. No obstante, no consiguió más. La fortaleza estaba bien defendida por un hijo del duque de Arévalo, quien además se permitió el lujo de arrasar la casa del conde de Haro, que estaba dentro de la distancia de alcance de los cañones y donde se suponía que debía vivir el rey de Sicilia.

Y mientras los suyos se mantenían en el alcázar de Burgos, el rey don Alfonso tomó la decisión de intervenir y acudir en persona en auxilio de los defensores de la fortaleza de Burgos, pasando desde Toro a Arévalo por Peñafiel, que era lugar del conde de Urueña, don Pedro Girón, que estaba a su lado.

Intentó mi madrina Isabel de Castilla estorbar su avance enviando a Olmedo a su fiel don Juan de Silva, conde de Cifuentes, y a Medina del Campo a don Gutierre de Cárdenas, Contador mayor. Isabel se fue a Palencia y desde allí envió al valiente conde de Benavente, para que intentara detener el avance del rey don Alfonso V hacia Burgos, atacando el lugar de Peñafiel desde Baldanas, que era una fortaleza cercana aunque poco segura.

Alfonso V le emboscó y cercó la villa, tomándola, arrasándola y prendiendo al conde de Benavente, que recibió una grave herida en la batalla. Era un revés para Isabel, pero menor porque consiguió lo que pretendía, que era evitar que el rey de Portugal llegara a Burgos a socorrer a los suyos. Don Alfonso V supo que la reina de Sicilia estaba reuniendo en Palencia un gran contingente de armas, y no quería verse en medio de una tenaza. Por eso, tras la captura del conde, decidió regresar a Toro de donde le llegaron noticias que estaba en peligro. Era una oportunidad perdida de hacerse con plazas del norte del reino, pero el rey de Portugal no quería que le cortasen la retaguardia. Algunos comenzaron a ver en sus vacilaciones una duda. No parecía el mismo rey que había batallado con tanto éxito en África. Sus movimientos en Castilla parecían más recelosos, como temiendo siempre la traición.

Al llegar a Arévalo, el rey Alfonso se sintió más seguro, y el conde de Benavente fue liberado por mediación de su prima la condesa Leonor, pero dando como seguridades a su hijo mayor y las villas de Mayorga, Villalba y Portillo, y jurando su neutralidad en la guerra, que había de mantener. Isabel perdía a un valiente caballero y sus más de mil lanzas en su bando.

Dado que el rey de Portugal no acudió a Burgos, el cerco se hizo más duro aunque la fortaleza no se rindió. Mientras tanto, la usurpadora Isabel de Castilla, cumpliendo su amenaza contra mi valedor el marqués de Villena, comenzó a atacar

sus estados, dando la villa de Ocaña que era del marqués al conde de Cifuentes, su parcial.

Acababa el año de 1475, que en conjunto había sido favorable para nosotros, que acabábamos de tomar la ciudad de Tuy en Galicia gracias al bravo Perálvarez de Sotomayor, a quien hicimos conde de Tuy, cuando de repente llegó una noticia que nos estropeó las navidades: La ciudad de Zamora, que hasta entonces estaba a nuestro lado, acababa de caer por una traición en poder del rey de Sicilia don Fernando de Aragón, aunque la fortaleza seguía estando en manos de nuestros leales. Cuando volví a ver a mi esposo intuí que algo no iba bien. Estaba cariacontecido y no mostraba la alegría de cuando llegó a Plasencia. La razón, como pude saber tiempo después, es que se habían incumplido muchas de las promesas que le habían hecho cuando llegó a Castilla. Las ciudades no se habían pronunciado inmediatamente a mi favor, como se le dijo, y la guerra, aunque iba bien para nosotros, prometía ser mucho más larga de lo esperado. Además mi madrina y su esposo no se habían arredrado y se mantenían en sus trece y en posición de firmeza en la parte central, norte y este del reino, estando el sur dividido entre las dos obediencias, y el oeste y parte del centro a nuestro lado. Ahora le resultaba claro que, si quería la corona de Castilla, iba a ser con un alto coste para Portugal, porque tampoco se le habían suministrado los dineros prometidos por el arzobispo y Villena estaba preocupado porque sus estados estaban siendo saqueados por los Mendoza y los Manrique por órdenes directas de los reyes de Sicilia. Y mientras tanto, la dispensa papal de mi matrimonio no llegaba por la oposición de mi madrina y su amigo el legado Borja. Yo no lo sabía entonces, pero incluso había sido lanzada al aire una propuesta de paz en la que mi esposo había pedido para retirarse de Castilla las ciudades de Toro y Zamora y gran parte de Galicia, aparte de una exorbitante suma de dinero. Era la primera señal de que el asunto no gustaba a Alfonso V. Pero a mí, según su parecer demasiado inocente y joven para comprender esos extremos, nada me dijo. Yo era la reina niña de Castilla y él pensaba protegerme siempre, fuera como fuera, casado o no, pues sentía que tenía conmigo una gran responsabilidad.

## Capítulo XIII

### La batalla de Toro. 1476

Yo era la reina. Una reina inconsciente del peligro que le rodeaba, demasiado joven para comprender que mi madrina y su esposo eran en verdad unos enemigos temibles: aparte de usurpar mi reino, tenían un proyecto claro de Estado que llevaba al fortalecimiento de la autoridad real, la fusión de los reinos de Castilla y Aragón y la continuación de la reconquista del reino granadino, un proyecto que gustaba a la mayoría de los nobles, prelados y del mismo pueblo.

Por nuestro lado, aparte de la defensa de la postura de la legitimidad real, pronto se demostraría que mi bando carecía de un proyecto político serio, dado que el rey de Portugal cada día estaba más arrepentido de haberse dejado convencer para entrar en Castilla y estaba perdiendo la fe en su capacidad de hacer que el reino me jurara.

No sé qué es lo que lo provocó. La verdad es que la cosa no tenía explicación porque en verdad las armas nos habían sido favorables el año anterior y, además, acababa de llegar la dispensa papal para nuestro matrimonio, lo cual hacía que, en cuanto yo fuera mujer, mi marido podría ya hacer efectivo el vínculo sagrado entre nosotros. Pero a él le preocupaban otras cosas. Era cierto que a cada mensajero que llegaba, certificando que la posición de mis tíos era más fuerte cada día, el rostro de mi esposo se ponía más preocupado y tenso, y seguro que pensaba durante muchas horas en cómo salir del embrollo en que se había metido y contra el cual le habían prevenido todos los nobles portugueses, a los que no había hecho caso.

En enero de 1476 tuvo una reunión con los generales de su ejército, el duque de Guimaraes y el conde de Marialva, y yo, que estaba comenzando a preocuparme por la paralización de nuestros asuntos y por el hecho de que la corte estuviera apagada y triste tras las navidades, les espíe mientras hablaban. Así, del modo más inesperado, tuve que asumir que las cosas no eran como yo las imaginaba, y mi mundo de reina de fantasía se derrumbó de golpe con un gran baño de realidad. Guimaraes, que era un hombre serio y fuerte, con una barba morena casi tan larga como la del mismo rey, su primo, defendía la necesidad de pactar lo antes posible la salida de las tropas portuguesas de Castilla. Según el duque, sus informes decían que cada vez era más firme la posición de los reyes de Sicilia y que, incluso en el campo de batalla, ya no eran inferiores a nosotros, ya que habían conseguido reunir un ejército de ocho mil hombres de a caballo y unos veinte mil de a pie.

Mientras el rey Alfonso V meditaba, a mí se me saltaban las lágrimas. Se estaba derrumbando el castillo de naipes, dejando en evidencia las carencias de nuestro bando. Y pude comprender, con la intuición que siempre he tenido y que nunca me ha fallado, que la principal de ellas era la confianza: el rey Alfonso V estaba dejando de confiar en su triunfo y quería irse de Castilla del mejor modo posible para él.

Yo no podía creer lo que estaba oyendo. ¡Qué ciegos estaban! No se daban cuenta de que el pueblo de Castilla siempre ha apoyado a sus soberanos legítimos y que a mí me querían y me respetaban, por más que los partidarios de mi madrina hubieran intentado ensuciar mi nombre con sus intrigas y sus calumnias y maledicencias. Eso lo habíamos cortado con el manifiesto de Plasencia, que había puesto las cosas en su sitio, y resultaba más que claro a esas alturas que yo no era hija de don Beltrán de la Cueva, como habían pretendido en el pasado, porque el buen duque —insisto en que lo consideré como algo favorable a mi persona— se decantó por apoyar a la usurpadora contra mis derechos, en cuanto murió mi madre.

¿Cómo puede ser más evidente la mentira? ¿Qué padre dejaría la causa de su hija por la de su enemiga? Seguro que ninguno. Él, que había sido hombre de confianza de mi padre y amigo de mi madre, a la que había protegido en sus estados, abrazó la causa de Isabel a pesar de su inicial neutralidad. Yo le seguí teniendo afecto entonces —y se lo mantuve durante toda su vida porque con mi familia siempre fue el más cortés y considerado de los caballeros—, pero a pesar de ello era el único vasallo que no me preocupaba que no estuviera a mi lado y que desearé que se posicionara en el bando contrario por razones obvias. Y ahora, mi esposo, en lugar de sacar partido de eso, se estaba dejando llevar por su deseo de acabar con aquella empresa y pensaba echarlo todo a rodar. ¡Qué gran absurdo!

Yo lloraba en silencio, cuando las palabras del joven conde de Marialva me devolvieron algo de esperanza. Él veía tan claro como yo que teníamos muchas posibilidades de ganar el reino y le parecía un despropósito no luchar e intentar hasta el final hacerse con Castilla. Para Portugal la unión con Castilla era enriquecedora, sobre todo siendo por enlace con una reina, de modo que era el reino portugués quien llevaba la voz cantante, cosa importante dada la gran diferencia de tamaño y súbditos de uno y otro reino, que era de uno a ocho.

En boca del conde estaba mi alegato de defensa y ganó mucha importancia para mí ese día. Defendió que mi legitimidad era incuestionable, que cada día estaba más clara la usurpación de Isabel, y que si muchos de los grandes la apoyaban, el pueblo me era favorable en muchos lugares, villas y las ciudades dudaban. Aún se podía conseguir el premio con sólo continuar allí y librar una importante batalla y ganarla. Si las tropas de Portugal y las de los Stúñiga, Villena y Carrillo se enfrentaban y ganaban a los isabelinos, podríamos considerar que su bando, aparentemente tan cohesionado, sufriría inmediatas bajas. Así pues lo que había que hacer según el conde era dejar de tener dudas, buscar el lugar más adecuado para plantar cara al enemigo en campo abierto, y ganarle la corona por las armas.

No había que olvidar que el rey de Sicilia, esposo de la usurpadora, gustaba de ir en persona al campo de batalla, y los espías del conde le habían dicho que el rey era demasiado temerario y se protegía menos de lo que debía, un defecto muy propio de su juventud que podíamos aprovechar para intentar cogerle prisionero. Y era evidente que si el rey caía en nuestras manos, sólo iba a ser liberado cuando firmara la

renuncia a Castilla y el exilio.

Mi esposo le escuchó atentamente. El punto de vista de Marialva fue como un aire fresco que entró de repente en la habitación. Yo, desde mi escondite, pude sentir cómo mi esposo cambiaba de semblante y comprendía que lo que decía el conde era bastante sensato.

Entonces habló él. Y por primera vez pude oír sin el tamiz del cariño frases dirigidas a otros hombres en los que confiaba plenamente.

—No dejáis de tener razón, conde. Comprendo que la posición del duque, que coincide más con la mía, se debe a nuestra experiencia y a la edad.

—No, señor. Se debe a que probablemente desconfiáis demasiado de vuestros súbditos castellanos.

—Ahí habéis puesto el dedo en la llaga, Marialva.

—Es que no se puede confiar en Villena ni en el arzobispo de Toledo, que cambia de bando conforme le da el viento, y los Stúñiga, que nos tienen aquí en su villa de Plasencia, sé que han recibido embajadas de la usurpadora Isabel —dijo Guimaraes.

—Sí. Como rey de Castilla eso me preocupa. Sabe Dios qué les habrá ofrecido la usurpadora con tal de que les juren vasallaje. Y lo mismo temo de Villena. No sé si se mantendrá mucho tiempo firme. Le ha afectado ver que sus estados han sido atacados en el norte y en el sur y que, cuando no han podido tomar sus fortalezas, han matado a sus siervos, robado sus ganados e incendiado sus campos. Está sufriendo en sus propias carnes el castigo de los otros.

—Pues haced lo mismo con sus vasallos, señor —dijo Marialva—. Comportaos como el rey de Castilla que sois; no hagáis de vuestra cortesía y prudencia un baldón. Si Isabel ataca Villena, atacad vos Alba de Tormes, Medina de Rioseco, la tierra del Almirante o las villas de su hermano, el conde de Alba de Liste, y desde luego las de Mendozas y Manriques. Que vean que el ataque a vuestros vasallos se devuelve con la misma moneda.

—Ésa es una buena idea, alteza —dijo Guimaraes—. A mí me gustaría hacer una incursión en tierras del orgulloso almirante Henríquez. Hay que darles una lección a esos levantiscos nobles castellanos. Yo os avisé de que castigarais a Pedro Gómez de Sevilla, el Tesorero de Vizcaya y regidor de la ciudad, cuando conspiró contra vos en Zamora porque le habíais dado su puesto en el regimiento a su hijo Antonio, que era declarado parcial de vuestra joven esposa y vuestra. Fue por él que se perdió la ciudad.

—Sí, es cierto, pero reconoced que eso no era previsible —se defendió el rey—. Un padre tan celoso de sus privilegios como para luchar contra su propio hijo. Eso sólo pasa en este reino de locos.

—Es vuestro reino, alteza, no lo olvidéis —dijo Marialva—. Debéis comprenderles para poder reinar aquí. Vos sois un gran rey, y lo habéis demostrado en los largos años de vuestro reinado en Portugal. Ahora si engrandecéis vuestra corona con la de Castilla, la historia hablará de vos como el más grande rey que Portugal

haya tenido jamás.

—Sabéis hablar, Marialva. Hacéis que vuelva a ilusionarme con la empresa. Además, está mi querida niña la reina. Sólo por ella merece la pena intentarlo. Se me rompe el corazón de pensar lo que ha debido de sufrir esa criatura que es de mi sangre. Unos pocos años con su padre y madre y luego en custodia de personas que la han tenido como rehén. Al fin y al cabo, ha sido una prisionera encubierta. No quiero que vuelva nunca a pasar por eso. Lucharemos pues. ¿Os parece bien, Guimaraes?

—Es cierto lo que aduce el joven y valiente conde de Marialva, alteza. En esta campaña, que en efecto es arriesgada, hay mucho que ganar y los bandos están equilibrados. Pero si decidís seguir adelante, debéis usar una mano fuerte con los nobles traidores a vos y a la reina, para que sepan a qué atenerse. Aprended de los métodos de vuestros enemigos. Si destruíis el patrimonio de los mejores partidarios de Isabel y Fernando, entonces no estarán tan a gusto a su lado.

—Lo tendremos en cuenta y se atacarán las propiedades de los Mendoza y del almirante para empezar. ¿Os encargaréis vos, Guimaraes, de preparar escaramuzas de castigo en tierras de los Henríquez?

—Con sumo gusto, señor.

—Y yo me encargaré de arrasar algún señorío de la casa de Mendoza o de Manrique, señor —dijo Marialva con una sonrisa—. Pronto van a aprender a temeros los fieles aliados de los reyes de Sicilia.

—Quizá sea el momento. Porque acabamos de perder a Burgos.

—Han resistido bien. Sí. Tanto que el rey Fernando les ha perdonado las vidas y haciendas, lo cual ha sido un gesto muy intencionado, dado que el defensor principal de Burgos era el hijo del conde Plasencia y duque de Arévalo. Es un mensaje a ellos diciéndoles que aún pueden acogerse a su clemencia.

—Por eso han venido los mensajeros de Valladolid. De todos modos, señor, pedid refuerzos a vuestro hijo el príncipe perfecto, don Juan, y confiemos sólo en nuestras armas para librar la batalla decisiva. Será lo justo.

—Sí. También en eso os doy la razón. Serán los nuestros los que ganen la batalla. Nuestros ejércitos están bien preparados para luchas, y aquí muchos son mercenarios, o van con sus señores y no tienen ninguna disciplina de combate.

—Pues habremos de mostrarles cómo se ganan las batallas.

—Esperemos que así sea, amigos míos, porque si perdemos una batalla decisiva, la empresa entera habrá fracasado.

—Y si ganamos, alteza, el reino de Castilla será vuestro.

—Es buen botín, he de reconocerlo.

—El mejor posible, alteza.

—Estamos de acuerdo. Hay que afirmar la lealtad de los castellanos que nos son fieles y castigar a los que son rebeldes. Buscaremos dar batalla en Toro; voy a escribir al príncipe para que me envíe una fuerza de veinte mil hombres. Con ellos y los que tenemos aquí podremos muy bien enfrentar a los usurpadores.

Comprendiendo que la reunión estaba acabada, me retiré discretamente sin hacer ruido y regresé a mis habitaciones. Sentía un agradecimiento profundo hacia el conde de Marialva, que había sido el valedor de mis derechos, y me había gustado mucho también oír de labios de mi esposo las palabras tan afectuosas que me había dirigido.

Yo estaba tan necesitada de afecto en ese tiempo, tan insegura, que sólo por sus palabras comencé a enamorarme de mi tío, el maduro rey de Portugal, y a soñar con que algún día sería en verdad su reina y que me entregaría a él y le daría hijos que reinarían en Castilla.

Pasaron las semanas y las decisiones del consejo secreto del rey con los dos generales portugueses se pusieron en práctica. El almirante hubo de sufrir en sus posesiones el mismo trato que Villena había recibido, cosa que los reyes de Sicilia comprendieron como una revancha y cesaron de hostigar a Villena, que pudo sentirse más tranquilo.

Y mientras tanto, el rey de Francia Luis XI, de acuerdo con Alfonso V, decidió entrar en Castilla y asedió Fuenterrabía, cuyo poderoso castillo estaba, como la mayor parte de Guipúzcoa, por Isabel. Era un buen golpe a los reyes de Sicilia, pero Luis XI y Alfonso V no contaron con el valor de los naturales, que resistieron el asedio con pocas bajas y causaron muchas al francés con sus cañones, tantas que éste determinó retirarse viendo que no había ganancia fácil en permanecer allí y sí mucho riesgo de perder más hombres.

Y mientras el francés distraía la atención de los reyes de Sicilia, el rey Alfonso V decidió recuperar Zamora, donde estaba el rey Fernando. Aprovechó la información que le dieron de que se estaban moviendo unas poderosas piezas de artillería desde Medina del Campo hasta allí, para batir los muros de la fortaleza que seguía estando por mi real persona. Mi esposo el rey intentó capturarlas, pues eran de mucho valor, pero los isabelinos ya las habían puesto a buen recaudo cuando llegó el rey de Portugal y Castilla ante los muros de Zamora.

Viendo que era buena ocasión, que llevaba un buen número de hombres de armas y que en Zamora no tenía el rey Fernando sino un número similar, le devolvió el reto a la batalla y, al no salir a campo abierto a librarla, el rey Alfonso se rió en sus barbas de su bravata anterior y se retiró dejando muy corrido a Fernando de Aragón. Aunque el rey de Sicilia había querido salir, el duque de Alba de Tormes, don García Álvarez de Toledo, que estaba con él le había disuadido. No había necesidad de librar una batalla en ese momento.

Fernando de Aragón hubo de tragarse su orgullo, que era mucho, y Alfonso V regresó a Toro con los estandartes desplegados, haciendo sus tropas una gran incursión en uno de los señoríos del almirante, arrasando varias aldeas y llevándose todos los ganados. Furioso, don Fadrique Henríquez se dedicó a hostigar las tropas portuguesas con escaramuzas en diversos lugares. Era justo lo que el rey de Portugal pretendía, que hasta el mismo tío del rey de Sicilia se sintiera inseguro en sus dominios. En las escaramuzas los castellanos sufrieron muchas bajas por la temeridad

de los ataques, dirigidos desde la furia más que desde la cabeza.

Entonces se produjo una importante escaramuza entre los nuestros y un joven de la casa de Mendoza, don Álvaro, que se enfrentó con un escuadrón de portugueses a los que había seguido hasta Toro, y pronto se pudo ver las ganas de batalla que había en ambos bandos por la furia con que lucharon; rabia acumulada por el deseo de batalla y de victoria.

En la sangrienta escaramuza no hubo vencedores. Ambos perdieron muchos caballos y hombres, y ambos consideraron que la victoria había caído de su lado por las heroicidades realizadas en el día. Cuando llegó al rey de Portugal la nueva del cruel enfrentamiento, comprendió que era llegado el día de luchar, aprovechando la llegada de los veinte mil caballeros portugueses.

Y pronto surgió la ocasión. Los informadores llevaron al rey la nueva de que el rey de Sicilia, Fernando, estaba intentando tomar la fortaleza de Zamora que nos era fiel. Entonces, animado por el conde de Marialva, se pensó una inteligente maniobra. En secreto, de noche, a pesar del intenso frío castellano de finales de febrero, el brillante ejército de Alfonso V salió de Toro y se plantó ante Zamora, del lado del puente. Marialva insistió al rey para que pasaran unos escuadrones y se colocaran del otro lado para amenazar más la posición de Fernando, que se podía tornar muy peligrosa entre dos frentes de fuego, el del castillo de Zamora y el del rey. De hecho, la situación era inmejorable para encajonar y destruir a Fernando de Aragón, pero el rey de Portugal dudó. Y por más que insistió Marialva, Guimaraes estuvo de su lado, procurando evitar el enfrentamiento. La posición era perfecta para forzar una negociación sin dar batalla. Y además se enviaron cartas al Papa y a las Cortes diciendo que el rey Alfonso V tenía cercado al usurpador y que era cuestión de días su derrota. Cuando Isabel se enteró de la situación lloró de rabia.

Esas lágrimas fueron el mejor acicate para los nuestros, y el arzobispo de Toledo, que le tenía especial inquina a la reina de Sicilia, por la que se sentía traicionado, dijo entonces con gran desprecio que él se había encargado de sacarla de la rueda y que pronto la volvería a esas labores.

Pero mi marido se equivocaba. Estaba cometiendo el mayor de los errores al intentar negociar. De hecho durante dos días se fijaron entrevistas entre los dos reyes, pero la Providencia no quiso que se realizaran. El primer día el rey de Portugal se sintió indispuerto; y el segundo, el reloj de Zamora dio mal la hora, y el rey Fernando, pensando que había llegado tarde, se retiró sin ver al portugués, que llegaría en tiempo.

Parecía que el mismo Dios se confabulaba contra la posibilidad de acuerdo. Era el tiempo de Marte, de la efusión de sangre de la guerra total, pero mi marido no lo vio. Desgraciadamente para mí, su ceguera y la de Guimaraes les impidieron dar la más gloriosa batalla, que hubiera cambiado la historia de la península ibérica y que en efecto hubiera hecho que Isabel mi madrina saliera de Castilla con deshonor y si su marido hubiera muerto en el combate —cosa posible— hubiera entrado en un



convento donde habría podido rezar sin parar con esa piedad suya tan poderosa.

¡Dios mío! ¿Cómo pudo Alfonso V, un rey tan guerrero, actuar de modo tan absurdo en Castilla? Mil veces me lo he preguntado, y la única posible respuesta es que le falló la fe en la victoria. En el fondo de su ser no creía en ella y por eso el destino se ensañó con nosotros.

Y es que al cabo de varios días de no atacar, con el frío más terrible a campo descubierto, mi marido, sin pensar en ningún momento en luchar —nunca entenderé por qué—, se vio en la necesidad de pedir una tregua para regresar a Toro porque la situación allí era absurda e insostenible.

Y entonces el rey Fernando de Sicilia, asesorado por el demonio ese del cardenal Mendoza, rechazó la tregua. Ello no obstante, mi esposo decidió partir en la noche, dejando fuegos encendidos como si todo siguiera igual en su campo. Pero los vigías de Zamora se dieron cuenta en la madrugada y avisaron al rey de Sicilia. Y el rey Fernando, comprendiendo que la ocasión era buena y que se había liberado de la tenaza, dejó el asedio y puso su ejército a perseguir al de mi marido. La maniobra fue más lenta de lo debido porque las tropas se atrancaban en el puente de Zamora y los bravos capitanes querían salir corriendo detrás de los portugueses sin esperar al grueso del ejército.

Mendoza, que conocía bien la falta de disciplina de muchos de ellos, sacó su espada y ordenó que esperaran al rey, y el capitán Diego de Cáceres Ovando le secundó, yendo a frenar con un escuadrón de doscientos caballos ligeros a algunos de los más aguerridos caballeros que habían escapado a todo galope sin pensar en nada que no fuera dar alcance al ejército del rey de Portugal. No podía atacarse a un ejército como el portugués desordenadamente, cada cual por su lado, si se pretendía derrotarlo. Y Ovando consiguió su cometido de refrenarles y devolverles al orden, y cuando el rey de Sicilia con el grueso del ejército pasó el puente, todos le esperaban para la persecución, que sería ordenada, como lo era la retirada del ejército de mi marido.

A paso firme, acelerado, la caballería, conteniendo su avance, llegó cerca de Toro, donde había un paso estrecho que hizo al rey dudar de que se tratara de una celada del enemigo para dominarlos. Pero de nuevo el cardenal Mendoza, que estaba revestido con su armadura guerrera y que quería servir a su señor en ese día, solucionó la indecisión del rey y, antes de que Fernando diera la orden de regresar a Zamora, pidió permiso para ir él solo con un ayudante de campo a ver qué había en el lugar y si se había tendido en el paso una celada.

Avanzó sin miedo, como siguiendo a una premonición, y vio que el paso estaba libre y que al otro lado estaba el ejército portugués, pero que no huían en desorden, a pesar de que les habían alcanzado ya las avanzadillas castellananas, sino que iban en orden de combate. Se veía por algunos cadáveres que se encontró que los portugueses habían acabado con los osados castellananos que en pequeños grupos se habían atrevido a probar sus armas contra ellos. Y el cardenal comprendió que era el momento de

luchar.

Mendoza retornó a dar su informe al rey y le incitó a dar la batalla, pues al otro lado había un gran campo llano que era adecuado para el enfrentamiento, sin demasiadas ventajas para uno u otro lado. Además, adujo con inteligencia que, si vencían a los portugueses, el río que tenían detrás y les separaba de Toro podía ser una trampa mortal para los peones que huyeran, y si por el contrario las armas no les eran favorables, siempre podían huir por donde habían venido y refugiarse en Tordesillas, donde estaba la reina de Sicilia.

El planteamiento pareció bueno al rey Fernando, que estaba harto de tantas idas y vueltas sin resultado, y con el apoyo de los ricohombres, el duque de Alba de Tormes, el conde de Lemos, que había acudido al lado del rey de Sicilia con dos mil caballos y el almirante don Fadrique, que también querían luchar, se enviaron los heraldos al otro campo llamando a la batalla.

Alfonso V, que también estaba harto de huir y de equivocarse una y otra vez en sus maniobras, decidió probar suerte. Que Dios decidiera de parte de quién estaba. Ordenando a sus escuadrones que dieran media vuelta, se colocó en el campo esperando la llegada del otro ejército, enviando mensajeros a Toro, donde estábamos nosotras, para decir que se iba a librar la gran batalla. Sus huestes estaban mejor colocadas, ya que tomó posesión de una colina donde colocó la artillería que iba a poder hacer mucho daño en uno de los flancos del ejército del rey de Sicilia.

Y mientras comenzaba a librarse la batalla, nosotras nos encerramos en la iglesia, rezando por el triunfo. Me acompañaron en esas horas la duquesa de Arévalo, sus hijas, la marquesa de Villena y doña Cristina de la Maza. Sabíamos que lo que estaba en juego era mucho más que el triunfo en una batalla; el que ganara haría suyo el reino, y el que perdiera lo perdía todo.

Era el 1 de marzo de 1476. Los ejércitos estaban frente a frente. En el medio del campo estaban los escuadrones de los reyes. Junto al rey se hallaba el arzobispo de Toledo, cuyos orgullosos pendones ondeaban al lado de los del rey de Portugal. Al lado derecho del rey Alfonso estaba su hijo el príncipe don Juan con el mando del ala, habiéndose enviado al duque de Guimaraes a Toro, para defenderla y prepararla por si era necesario. Al lado izquierdo estaba el conde de Marialva, al mando de sus siete mil hombres. A ellos se habían unido los del duque de Arévalo, que llevaban los pendones de los Stúñiga al viento, la banda rodeada con una cadena y el insignia del Maestre de Alcántara, que era su hijo el niño don Juan de Zúñiga, junto con un escuadrón de caballeros de la orden con sus cruces flordelisadas verdes. También estaba el orgulloso estandarte de los dos lobos, las armas del marqués de Villena, y a su lado se colocaron las del conde de Ureña y el Maestre de Calatrava, los primos de Villena, así como los caballeros calatravos con sus cruces flordelisadas rojas.

En el lado contrario, junto al rey, estaba el cardenal Mendoza, arzobispo de Sevilla. El duque del Infantado era representado por su hijo mayor, que luchó al lado de su tío el cardenal. Por los Manrique estaban el conde de Luna y el de Osorno, que

con sus muchas lanzas estuvieron en el ala izquierda del campo, mientras que el duque de Alba de Tormes y el conde de Lemos estaban en la derecha. El capital de Ovando, al mando de algunas milicias de Alcántara que había conseguido reunir de las encomiendas del sur de Extremadura, estaba preparado para intervenir donde fuera necesario.

La tensión se podía sentir en el aire cuando desde nuestro bando se rompió la inmovilidad y, al grito de «por la reina Juana y el rey don Alfonso», los cañones comenzaron a atronar el aire y a batir el ala izquierda de Fernando de Aragón, causando mucha mortandad. Cuando vieron que se había sembrado el miedo, se lanzaron los caballeros del príncipe don Juan sobre el ala izquierda del rey de Sicilia. En el choque, que fue brutal, los castellanos perdieron casi trescientos caballos y se dieron la vuelta para retirarse ante el empuje portugués.

Parecía que se iba a desbaratar todo el ala cuando el mismo cardenal Mendoza, con sus pendones al aire y su manto de púrpura, se lanzó con un escuadrón hacia ellos para detener la retirada, que podría haberse convertido en un desastre para ellos. Arengándoles, animándoles y empujándoles consiguió que dieran de nuevo la cara al enemigo.

Entonces, se produjo el avance de las alas contrarias y de los peones del centro. El choque fue brutal. Los estandartes ondeaban en medio del fragor de una batalla de las más sangrientas que había contemplado Castilla. Unos y otros luchaban por el reino, entregados a la defensa de sus señores. Por eso la mortandad fue tan grande.

Marialva peleó bien y desbarató a unos cuantos escuadrones de Alba de Tormes, pero el apoyo de Lemos, que fue a socorrerle, enderezó la situación y puso en aprietos al conde portugués, que se había metido demasiado en el campo contrario.

Los dos reyes estaban frente a frente a pocos cientos de pasos, pero sus asistentes no les dejaron moverse durante el principio de la batalla. Era demasiado arriesgado que cayeran en manos del enemigo, y se quedaron observando el movimiento de sus ejércitos, que no cedían ni del uno ni del otro lado mientras los hombres morían en el campo a centenares, abatidos por las lanzas, las espadas y las flechas enemigas.

Durante más de tres horas estuvieron equilibradas las fuerzas de los combatientes. Tres horas de duro enfrentamiento en que ninguno quería ceder el campo ni dar una mínima ventaja al adversario. Los escuadrones del arzobispo se dirigieron directos contra los del cardenal. Los dos religiosos eran grandes guerreros y deseaban librar esa batalla. Mendoza consiguió una ventaja sobre los de Carrillo al cabo de un buen rato de enfrentamiento, destrozándole tres escuadrones que dejaban una cuña para entrar hasta el centro portugués. Sin pensárselo dos veces, el cardenal insistió hasta la derrota de los del arzobispo primado, que hubo de dar media vuelta. Entonces, los hombres de Mendoza atacaron el escuadrón real, poniendo en peligro la seguridad del Alfonso V, que se vio a poco de ser herido y que tuvo que librarse del acoso de los del rey de Sicilia con su propia espada. Mendoza no se dio cuenta de que se estaba quedando solo demasiado metido en campo enemigo. Sería Diego de Ovando el que

le sacara del aprieto, acudiendo con sus caballos a abrir un pasillo para que el cardenal saliera hacia seguro.

Entonces, la fortuna comenzó a inclinarse del campo de los reyes de Sicilia. Poco a poco, el ala de Alba y Lemos dominó a la de Marialva, y comenzaron a capturar banderas portuguesas. Al ver que el triunfo estaba cerca, el rey Fernando se lanzó a la batalla, sin que el duque de Huete y su sobrino Ferrán Carrillo de Albornoz pudieran hacer nada para impedirlo, sino sólo seguirlo para protegerlo.

El ataque del rey de Sicilia enardeció a los suyos, justo cuando el rey don Alfonso V, mi marido, viendo que la batalla estaba perdiéndose, decidió retirarse a seguro, desmoralizando con su salida del campo a sus tropas que, por más que el príncipe perfecto don Juan de Portugal dirigió con maestría, comenzaron a ceder campo hasta que, de repente, se sintió que los de Sicilia ganaban terreno y quebraban el ala derecha de nuestro ejército.

Lo que siguió fue una lucha desesperada. Los nuestros comenzaron a replegarse hacia Toro, dejando en el campo la impedimenta y mucho botín para el de Sicilia, mientras que los de ellos seguían intentando conseguir una derrota memorable y definitiva. El príncipe don Juan, viendo que la batalla estaba perdida, mandó una retirada ordenada para minimizar las pérdidas. Fue una sabia decisión que permitió que se salvara una parte importante de su ejército, quedando a cubierto más de quince mil hombres.

Cuando llegó ante los muros de Toro, vio que el duque de Guimaraes no había querido abrir las puertas a Villena y Arévalo, que se habían retirado algo antes. Los jinetes entraron y se salvaron la mayoría de los que no habían caído en el campo de batalla, que eran unos dos mil. Los peones sufrieron la peor parte, pues al huir hacia Toro se encontraron con que tenían que cruzar el río o ser ensartados por los hombres del rey de Sicilia, y ante la dicotomía entraron en las frías aguas, que devoraron a varios miles de hombres, más de los que había muerto en la batalla.

El victorioso rey de Sicilia, el cardenal y sus generales tomaron ocho banderas, incluyendo el estandarte real portugués, y, tras contar las pérdidas que habían tenido, comprobaron que la victoria había sido grande. Enviaron entonces las nuevas de su triunfo a Tordesillas, donde la reina de Sicilia, mi madrina, esperaba las noticias de la batalla.

Y mientras, nosotros en Toro teníamos una gran preocupación. Nadie sabía dónde estaban el rey y el arzobispo de Toledo, que se habían retirado juntos con una reducida guardia de caballeros portugueses y del arzobispo. Se enviaron mensajeros a todos lados, indagando con discreción para que el enemigo no supiera que el rey había desaparecido tras el combate y que no teníamos noticias de él. Había una gran tensión en la ciudad porque la pérdida de la batalla era un asunto de mucha gravedad, pero si el rey don Alfonso V caía en manos del enemigo, el desastre podía ser sonado.

Durante muchas horas esperamos angustiados, hasta que por fin nos llegó la nueva de que don Alfonso estaba en Castronuño, seguro y a salvo, con el arzobispo

de Toledo. A pesar de haber sufrido una gran derrota, saber que el rey estaba bien y en terreno amigo nos dio un gran alivio. Yo creo que nadie quiso pensar en las consecuencias de la batalla que habíamos perdido. Reconozco que yo, la primera. Y mientras Isabel mi madrina celebraba la victoria como si Dios en persona la hubiera favorecido a ella, yo procuré dormir aquella noche oscura y fría, intentando minimizar las consecuencias de la derrota y, aunque pueda parecer mentira, no sé cómo lo hice, pero lo conseguí.

## Capítulo XIV

### La partida de Castilla

¡Qué fácil resulta opinar desde la distancia y el tiempo! Los errores del pasado se vuelven tan nítidos al revisarlos años después que una apenas comprende cómo pudieron producirse. Ahora que ya no me ciega la pasión, comienzo a comprender que a lo mejor era el destino de mi tía gobernar el reino, y no el mío. Me ha costado más de cincuenta años poder pronunciar y aceptar esta frase que parece tan sencilla. Quizá era así. Yo tuve mi reino en la mano varias veces y varias veces lo perdí. Primero con mi padre y sus dudas, luego con mi marido Alfonso V y las suyas. Pero mi odiada madrina nunca dudó. Ella se sentía llamada como yo a ceñir la corona. Y cuando lo pienso, me doy cuenta de que ella nunca aceptó la idea de que yo sucediera a mi padre.

No sé si había en ello mucho de orgullo y de testarudez; imagino que en parte sí, pero seguro que también tenía la misma conciencia de destino que yo, y a ella le tocó ganar la partida. Desde luego nunca fue pusilánime, sino un dechado de energía y de fuerza. No le arredraba nada y, por eso, tuvo dos abortos en 1475 y 1476, en los momentos más duros para ellos, en que tenía que ir de uno a otro lado. Y los aceptó sin más y a caballo, se tragó sus lágrimas y apoyó al rey de Sicilia con su capacidad de mando y su majestad, que no se puede dudar que las tenía.

Quizá Isabel debía reinar y hacer de Castilla una con Aragón, y reconquistar Granada y fundar el reino de España, y pasar a la historia como la Reina Católica. Desde luego, sus méritos han sido muchos en el gobierno. Ahora que el tiempo ha pasado y mi inquina ha desaparecido, puedo ver que en conjunto el balance de su reinado ha sido positivo para los reinos, engrandecido, enriquecido y transformado en el más importante de la cristiandad por el descubrimiento de las Indias, que supuso la conquista de nuevos y lejanos territorios y la afluencia de oro y riquezas de allí.

Ése fue su mérito, pero también se equivocó en algunas cosas y sobrellevó como pudo su maldición, la que yo vertí sobre ella y su simiente. Al expulsar a los judíos redujo la riqueza y los negocios. El oro de las Indias hubiera sido una bendición para el reino que ellos hubieran multiplicado porque eran muy productivos. Pero el gran golpe fue la muerte de su hijo Juan, que supuso el final de la dinastía de Trastámara; y tras la muerte de su hija mayor Isabel, casada con nuestro señor don Manuel I, y la de su hijo el príncipe don Miguel de la Paz, que hubiera reinado en toda la península, el sueño dorado terminó en la peor de las pesadillas con la llegada a España de un poder extranjero, la alemana casa de Habsburgo, que la tiene secuestrada y metida en guerras de religión y de prestigio en Europa, a costa de los caudales del reino castellano.

Así juega el destino. ¿Cómo hubiera sido mi reinado? Desgraciadamente ya

nunca se sabrá. He pasado toda mi larguísima vida yendo en custodia de uno u otro, de mano en mano, como una valiosa moneda de oro, sin que nadie ni nada me retuviera demasiado tiempo. Pero eso no me hacía daño. Estaba acostumbrada a ello y casi me parecía natural. Sin embargo, el exilio en conjunto pesa sobre mí. Han sido muchos años: cincuenta y cuatro se han cumplido este verano de 1530 desde aquel junio de 1476 en que dejé mi amada Castilla para no volver a pisarla nunca más.

Es asombroso cómo a pesar de ser medio portuguesa y haber vivido la mayor parte de mi vida en Portugal, mis amores, mis recuerdos mejores, mis momentos más hermosos acontecieron en mis primeros catorce años en Castilla, esos catorce años en que fui de un lado a otro, de mano en mano, hasta que me juraron reina de Castilla. Y ese juramento, que no fue hecho en Cortes, pero sí por mis nobles leales y las ciudades que me eran fieles, ha hecho que siga sintiéndome la reina y que actuara como tal en este exilio, tan duro a veces, sobre todo cuando estuvimos en el convento de Santarém, y otras dulce como la brisa que me llega ahora desde el río Tajo, que siempre he considerado que era una caricia lejana de Castilla, de cuyo corazón viene para morir en el Atlántico.

¡Ay, Dios mío! ¡Cómo me gusta divagar! Es un ejercicio constante de mi mente, que no deja de pensar salvo cuando duermo, y eso que cada vez me bastan menos horas para el descanso. Si pensamos en el destino y lo cruel que a veces se muestra con los mortales, desde luego conmigo se ensañó y bien. Primero me colocó en la cumbre para que me disputaran la posición, y luego, cuando me hice mujer, cosa que aconteció poco después de la derrota de Toro, mi marido, que ya contaba con la dispensa del Papa, en lugar de acunarme en sus brazos y enseñarme a amarle y hacerme feliz, cosa que yo necesitaba, decidió que nuestro matrimonio ya no era conveniente, y en adelante me utilizó como pieza de negociación, como antes habían hecho mi padre, el Maestre de Santiago, el arzobispo, el conde de Tendilla y el joven marqués de Villena.

¿Quién era yo entonces? Una reina incómoda para su rey, detestada por su tía y su esposo y molesta para todos si se quería lograr la paz sin contar con mis derechos. Yo, Juana I de Castilla, he sido la reina más traicionada de la historia. Y no han sido grandes traiciones, sino traiciones miserables, traiciones interesadas, traiciones cobardes.

Tras el paréntesis de alegría que había constituido para mí el año y medio durante el cual había visto que mi corona iba a ser reconocida, comenzaba un nuevo calvario, el de la reina que iba a tener que ir al exilio. Eso lo tuve claro en cuanto hablé con mi primo el príncipe don Juan, el día siguiente a la batalla de Toro, antes de que su padre regresara de Castronuño para unirse a nosotros.

Con impecable lógica, el príncipe me adelantó que consideraba que mi causa estaba perdida y que pensaba que su padre también lo tenía muy claro. El resultado era que había que negociar la paz. Negociar significaba un proceso que podía ser más o menos largo, pero cuya culminación significaría la retirada de los portugueses de

Castilla; y evidentemente yo me iría con ellos a Portugal, porque yo era la sobrina del rey, además de su mujer de palabra, y don Alfonso V no pensaba dejarme a merced de mi tía, que seguramente me hubiera encerrado en el más lóbrego castillo o en el más alejado de los conventos sin tener en cuenta para nada mi voluntad.

De todos modos, según yo veía, el príncipe perfecto tampoco contaba para nada con mis palabras, que no quiso ni escuchar. En cuanto abría la boca para discutir con él parecía como si se enervara, y continuaba con su perorata de que todo estaba perdido. Entonces comprendí por qué en verdad lo estaba: porque los portugueses nunca habían creído que Alfonso V sería rey de Castilla. Toda la empresa había sido una quimera para ellos, no una realidad que fuese a cambiar su historia; incluso creo que en el espíritu de muchos había un inconsciente rechazo a la unión con mi reino, ya que los portugueses tienen a mucha honra la victoria en la terrible batalla de Aljubarrota, que les hizo un reino indiscutido e independiente, y han erigido un maravilloso templo, el monasterio de Batalha, para recordarlo hasta la eternidad. Y con el paso de los años y mi conocimiento actual de Portugal, me afirmo más en este pensamiento. En el fondo de su corazón, la mayoría de los portugueses desconfía de Castilla, el vecino poderoso y agresivo, siempre han orientado su política a defenderse de una posible nueva invasión. Ése era el verdadero problema. No sólo les preocupaba que Alfonso V perdiera la corona castellana, temían que al perder la guerra se produjera una invasión de Portugal por los reyes de Sicilia que recortara el territorio del reino vecino.

Y yo supe que no había nada que hacer. Y mientras meditaba sobre todo lo que había oído, me hice mujer. Desgraciadamente no pude disfrutar de mi llegada a la fertilidad sino compartiéndolo como confidencia con mi amiga doña Cristina de la Maza que, siendo un par de años mayor que yo, ya era mujer desde hacía un tiempo. Estaba ella disfrutando de su romance con el joven Gonzalo Hernández de Arana, lo cual me hacía mirarles con sana envidia mientras paseaban juntos su felicidad, mientras cabalgaban a mi lado por las cercanías de Toro, mirándose absortos, ajenos a todo aquello que no fuera su mutua contemplación arrobada. Reconozco que al verla amar a aquel joven yo me imaginé lo que sería sentir lo mismo por mi esposo y entregarme a él y ser feliz a su lado. Eran deseos de niña, en los que se entremezclaban el cariño y la admiración por el anciano rey de Portugal y la necesidad de seguir sintiéndome protegida en ese mundo que parecía que iba a volver a tornarse amenazador para mí. Un amor demasiado teñido de necesidad.

Quizá porque yo había sufrido ya muchas decepciones, comenzando por mis propios padres, y en el fondo no creía en nada ni en casi nadie, las palabras del príncipe de Portugal no me sumieron en la desesperación. Para mí se trataba de uno más de los cambios perversos a los que mi vida parecía abocada. Justo cuando parecía que todo iba bien, siempre acontecía algo que desbarataba mis ilusiones y me devolvía a la más cruda y desagradable de las realidades. Pero en ese mar de pequeños desastres que se sucedían uno tras otro, yo tenía muy clara una sola cosa: lo



quisieran o no, lo reconocieran o lo negaran, yo nací princesa heredera, y soy y seré hasta el día de mi muerte la reina Juana I de Castilla, aunque le hayan dado ese mi nombre y el número primero a la hija tercera de la usurpadora, que además lleva el triste sobrenombre de la Loca.

Al menos, con los años y mi intachable conducta, yo me he librado del infamante mote de la Beltraneja para ser llamada por todos la «Excelente Señora». Y puedo decir que me lo he ganado a pulso, manteniendo siempre y ante todo la dignidad que debe tener la reina de Castilla.

En esos tres meses que transcurrieron desde la batalla de Toro y nuestra salida de mi reino yo estuve ciega. Me resistía a ver hacia dónde iba mi vida, y en Toro me empeñé en creer que la derrota había sido anecdótica, en lugar de terrible. Y disfruté de unas semanas irreales de ficticia tranquilidad mientras todos a mi alrededor menos mi amiga doña Cristina que estaba en su nube de amor, comenzaban a pensar en su futuro cuando el rey se fuera y me llevara con él y les dejase desvalidos en Castilla.

A pesar de la derrota, de las palabras del príncipe y de la actitud de mi esposo, distante y preocupada, yo aún conservaba en el fondo de mi corazón la esperanza — que arrancaba de mis deseos de permanecer en mi reino, lo reconozco— de que mi marido quisiera seguir adelante con la empresa y con nuestro matrimonio. Aunque apenas le vi a solas en los siguientes meses, yo pensaba que las cosas iban a cambiar y que pronto consumiríamos nuestro matrimonio, y que si teníamos un hijo varón el reino entero estaría a nuestro lado. Pero nada de eso iba a pasar. Nací virgen y virgen moriré. En esos meses, no obstante, no lo creía así. Y esperé que las cosas cambiaran mientras íbamos de Toro a Arévalo y de Arévalo a Plasencia. Sólo allí comencé a desesperar cuando supe que el siguiente paso era la frontera de Portugal.

Pero adelanto acontecimientos. Cuando el rey don Alfonso regresó de Castronuño, a los dos días de la batalla, comunicó a todos que no pensaba abandonar inmediatamente el reino de Castilla, lo cual habría sido como reconocer ante Isabel y Fernando de Aragón la total derrota. Valiéndose de que todavía contaba con fuertes aliados, con varias ciudades y con los Maestres de las órdenes de Alcántara y Calatrava a su lado, don Alfonso V había considerado la posibilidad de negociar su salida de Castilla de modo honorable. Desde entonces nunca volvió a hablar de quedarse y luchar.

De todos modos, para dar fe de que nuestra situación era complicada, al poco comenzaron a llegar malas noticias, como la pérdida de la fortaleza de Zamora, que cayó el día 19 de marzo, apenas dos semanas y media después de la batalla. El rey don Alfonso V, sintiendo que Toro no era ya lugar seguro, decidió trasladarse a Arévalo, y nos llevó consigo a todas las damas. Era el principio de la retirada hacia Portugal.

En esos tiempos tan confusos, el alcaide de Segovia, Alonso de Maldonado, que tenía la guarda de la única hija de la usurpadora, la niña Isabel, hizo el intento de entregárnosla, lo cual hubiera sido un buen rehén para mi esposo, deseoso de

negociar desde una posición de fuerza que en ese momento sentía no tener.

Fue descubierto por el mayordomo don Andrés de Cabrera y, a pesar de que Maldonado había enardecido a la turba e invadido el alcázar, la princesa estaba segura en la torre donde se habían refugiado los fieles a la reina de Sicilia para guardarla. He de reconocer que mi madrina tuvo los arrestos de salir reventando caballos desde Tordesillas, acompañada del cardenal Mendoza y el conde de Benavente, y nada más llegar a Segovia osó plantar cara a los revoltosos enfrentándose a ellos desarmada y ordenándoles que dejaran libre el alcázar, cosa que consiguió.

A veces un gesto vale más que una batalla, y ese gesto de madre preocupada por su hija y de reina que se atrevía con una multitud con aviesas intenciones le hizo ganar mucho prestigio, además de recuperar la tenencia de Segovia, que quedó entregada de modo perpetuo a Andrés de Cabrera, marqués de Moya, en agradecimiento a su lealtad para con la reina de Sicilia, que cada día lo era más de Castilla, porque se estaba ganando corazones y voluntades de mis súbditos mientras yo me hacía más pequeña y distante.

Y mientras mi madrina hacía gestos de los que gustan al pueblo, mi marido parecía eclipsarse, en su deseo de que le dejaran en paz, cosa que era nociva para nuestra causa. Estaba en verdad comenzando a actuar como un rey que ha perdido el norte.

En Plasencia, adonde nos envió a las damas mientras él estaba con Marialva y Guimaraes decidiendo qué hacer, tuve el placer de conocer al bravo don Alonso de Monroy, el antiguo claverero de Alcántara que se pretendía Maestre —había sido elegido por los comendadores dos veces— en contra del hijo de los condes de la ciudad, el niño don Juan de Zúñiga. Él también era natural de Plasencia, donde tenía una importante casa, cerca de la iglesia de San Miguel, y había acudido allí a prestarme homenaje tras un grave enfrentamiento con los reyes de Sicilia que no le habían reconocido su derecho al maestrazgo lo cual le había colocado a nuestro lado como reacción.

Decepcionado y desgastado por muchos años de combate, quiso conocerme en persona y besar mi mano, y para mí fue un placer hablar con él, que era una leyenda viva de valor y de honor. Durante las largas tardes desocupadas de Plasencia, pude oír de sus labios cómo surgió la contienda con el Maestre don Gómez de Solís, el día de la boda de su hermana, doña Leonor Solís, que casó con el caballero Francisco de Hinojosa en Cáceres, villa natal del Maestre.

Enardecido por el vino, el novio retó al poderoso Monroy a combate singular tras el almuerzo, y don Alonso aceptó, vencéndole con sólo una mano, lo cual hizo reír a muchos y humilló al joven. La cosa había quedado así, pero al día siguiente, en el juego de cañas, Hinojosa, lleno de rencor por la humillación del día anterior, había intentado herir al claverero Monroy, y éste se había defendido dándole un gran golpe que lo dejó maltrecho en el suelo.

El Maestro se había indignado con Monroy por usar su fuerza con su cuñado y no atendió a sus razones, que eran buenas, ordenando su prisión. Era un asunto grave ya que Monroy era el segundo en la orden y consideró que la orden del Maestro era vejatoria contra su rango, además de injusta, y nada más salir de Cáceres hacia Alcántara se liberó, comenzando la rebelión que acabaría dándole el control de la orden años después.

Durante esos últimos dos meses, mientras estábamos en Plasencia, Monroy estuvo mucho tiempo a mi lado. Para los duques era una seguridad que el viejo Maestro ya no tuviera ganas de seguir luchando, y le dejaban entretenerse con el caballeresco afán de estar junto a la reina que muy pronto iba a serlo en el exilio. De ese modo el Maestro no era una molestia y estaba a la vista. Yo comprendí entonces que ya sólo era importante para la negociación de paz. Mi breve tiempo de reinado efectivo se estaba saldando con el abandono del campo por mis aliados, un abandono que sería completo en cuanto pasáramos la frontera.

Podía sentir claramente el cambio de trato que se me daba ahora en la ciudad, diferente al que se me había dado sólo unos meses atrás. Ya no había corte a mi alrededor. La corte de siempre giraba en torno a la duquesa, que volvía a ser el poder en la ciudad, y sólo se me hacía el caso de la cortesía y siempre que la duquesa estuviera presente, ya que había muchas damas y caballeros que inconscientemente comenzaban a intentar eludir estar en mi real presencia, como primer paso para después abandonar la causa de mi legitimidad frente al poder real que en Castilla cada día que pasaba iban reafirmando los reyes Isabel y Fernando.

Fue una extraña y amarga sensación la de sentir que comenzaba a hacerme un personaje indeseado o invisible. La verdad era que las cosas no estaban bien para mi causa porque, además, los reyes de Sicilia estaban muy activos para recuperar el control de la mayor parte del reino lo antes posible. Así, aprovechando nuestra salida de Toro, la reina Isabel comenzaba a hacer planes para cercarla y sitiarla. Quería tomar esa plaza que había sido el cuartel general de Alfonso V y mío y desde donde había sentido tan en peligro su corona.

Y mi buena amiga Cristina, que me seguía tratando con el mismo calor y cariño de siempre, en los buenos y malos momentos, era la única que junto con el bravo Monroy alegraban mis días tristes en que todo anunciaba el final de mi reinado efectivo. Y mientras yo disfrutaba como podía de aquellos agridulces momentos, mi amiga bebía de labios de su pretendiente las últimas frases de amor porque estaba decidida a seguirme y sabía que cuando lo hiciera Gonzalo se iba a quedar en Castilla al servicio de la reina Isabel, a la que tenía en un pedestal, aunque yo no lo sabía y no lo he sabido hasta que el otro día me lo vino a decir mi amiga doña Cristina.

¡Y pensar que siempre le consideré uno de mis fieles! Debía de estar yo muy errada en mis juicios y muy ciega por aquel entonces porque hubo otros muchos cuya adscripción al bando contrario me asombró y dolió.

Pobre reina adolescente destinada al destierro. En aquellos días de mayo y junio

de 1476 supe lo que era anticipar la sensación de abandono, de huida. Por mí me hubiera quedado a luchar hasta la muerte pero mi voluntad no contaba para nada. Nadie, salvo doña Cristina de la Maza, me escuchaba. Era como si fuera muda o como si mi voz no tuviera fuerza como para sonar en los nobles salones de los condes donde nadie me preguntaba mi opinión acerca de nada.

Para mí, a pesar de que intenté por todos los medios no ver el desprecio, el desvío y la indiferencia de muchos de los que meses atrás estaban siempre a mi puerta intentando hacerse ver y notar, aquello fue muy duro. Cada vez recibía menos atenciones y eso era como una bola que se hacía cada vez mayor produciendo un deterioro de mi situación en el palacio condal que casi me alegré cuando se me avisó de que en un par de días partiría para Portugal con mi esposo que se reuniría con mi reducido séquito de hombres de armas, que el valiente Monroy se empeñó en dirigir, hasta Valencia de Alcántara por donde pasaríamos a Portugal.

Cuando se lo dije a doña Cristina de la Maza, me extrañó que no se lo dudara ni un instante al decirme que tendría su equipaje preparado en poco tiempo. Por más que le insistí para que se quedara y siguiera adelante con su relación con el joven Hernández de Arana que no disgustaba a sus padres los condes que habían venido a la villa, en su camino a la corte de los reyes de Sicilia de los que eran abiertos partidarios a pesar de que su hija fuese mi más fiel amiga. Pero doña Cristina, que siempre ha tenido carácter no se dejó influir por sus padres ni por su pretendiente y me dijo que ya lo había hablado con ellos y con Gonzalo y que se venía conmigo. La conozco desde hace años y es testaruda como una mula, en lo bueno y en lo malo, así que a pesar de que intenté hacerla ver que su felicidad estaba con los suyos y al lado de aquel buen mozo, no me quiso ni oír.

He de reconocer que egoístamente me sentí muy halagada porque mi única amiga hubiera decidido venirse conmigo. Para mí era un alivio su compañía porque no me apetecía nada ir al reino de mi esposo Alfonso V, la patria de mi madre, por más que me dijeran que allí sería muy feliz, sin nadie de confianza a mi lado.

¿Cómo iba yo a ser feliz abandonando mi reino y mis súbditos de ese modo, tras sólo una batalla? Eso es algo que nadie salvo doña Cristina comprendía. Yo era la reina de Castilla, para bien y para mal, y por más que me prometieran la más rica y sofisticada de las cortes como de hecho lo era la de mi marido Alfonso V de Portugal, yo nunca me acostumbraría a ese lujo y a ese refinamiento portugueses y durante toda mi vida he echado de menos la sobriedad y el empaque de los espacios reales castellanos, que parecen vibrar con el eco de las guerras del pasado.

Yo Juana, la reina, me tenía que ir al exilio con sólo catorce años. Era una injusticia terrible que a mí me costaba muchísimo asumir. ¿Por qué tenía el buen Dios que permitir que mi tía la usurpadora se sentase en mi trono? No lo comprendí y de hecho durante años sufrí una profunda crisis de fe porque llegué a culpar al Altísimo de mi desdicha como si el propio Dios hubiera decidido ponerse en mi contra.

¡Qué estúpida puerilidad! Y sobre todo cuanta infelicidad me provocó. Al

enfadarme con mi Creador, me estaba privando del consuelo de la religión, del rezo, de verter en su Divina Bondad mis dolores y poder liberarlos. ¡No! Mi orgullo no me lo permitía. Y tampoco me permitía llorar. Así, con los ojos secos y con el espíritu dolorido salí de la hermosa Plasencia a donde nunca había de retornar.

Recuerdo vívidamente ese viaje hasta Portugal. Don Alonso de Monroy iba a un lado, a caballo, y doña Cristina que era además una excelente amazona, al otro y detrás del escuadrón de caballeros de Alcántara que me acompañaba. Los hermosos paisajes de Extremadura al final de la primavera me impactaban. Las laderas de los montes aún verdeaban y las mieses amarillas esperaban su recolección, ya que aquel año iba a ser de buena cosecha, mecidas por una suave brisa fresca que hacía agradable el cabalgar.

Conforme recorríamos las leguas que nos hacían adentrarnos en el corazón de la Alta Extremadura, yo iba sintiendo cada vez más dolor. No quería abandonar esos paisajes y esas gentes que saliendo de las aldeas venían a prestarme su último homenaje lo cual me hizo tener que contener las lágrimas más de una vez. Al menos podría recordar el amor de mi pueblo.

Don Alonso que conocía muy bien aquellas tierras me llevó por ellas hasta Brozas, la encomienda mayor de la orden donde nos recibió con afecto el noble don Alonso Gutiérrez Flores, suegro de mi enemigo el capitán Diego de Ovando y don Francisco de Lizaur, en cuya casa dormí, antes de seguir adelante. De allí cogimos el camino de Valencia de Alcántara donde el rey don Alonso iba a pasar la frontera conmigo.

Fue un último paseo por las tierras nobles que habían sido mis leales desde la muerte de mi padre y sentí el cariño de sus habitantes como una caricia sobre mi dolorido corazón. En Valencia de Alcántara, el regidor me rindió un último homenaje y las doncellas de la villa me ofrecieron flores y semillas para que las plantara en Portugal y les recordara.

De nuevo estuve al borde de las lágrimas y les dirigí unas breves palabras de consuelo. Yo me iba porque así lo había querido mi esposo y así había resultado por las circunstancias pero nunca abdicaría de mis derechos y siempre me tendría como la reina de Castilla y les recordaría con afecto. Y si las circunstancias lo permitían estaría siempre preparada para regresar y retomar la lucha por el trono que era mío.

Al acabar de hablar, vi que había lágrimas en muchos rostros. Lágrimas de amor a su soberana, de tristeza porque la reina Juana, su reina tan joven y tan delicada, tenía que irse, para que su esposo pudiera firmar una paz ventajosa. En sus rostros pude ver también la compasión y no me dolió reconocerla porque era su regalo de despedida y la prueba de que en verdad sentían mi partida como una pérdida y sólo eso consiguió hacerme perder en parte la agonía y el amargor que el salir de Castilla iba a producirme.

Y a la salida de Valencia de Alcántara me vinieron a buscar los enviados de mi esposo que estaba un poco más cerca de Portugal esperando mi llegada. Me trataron

con la cortesía debida a una reina de Portugal y me llevaron hasta donde estaba Alfonso V.

Nos saludamos con afecto, sin pronunciar una palabra acerca de la triste salida. Era obvio que no había nada que decir. Bastante crudo era el hecho de que nos tuviéramos que ir aunque si yo hubiera sido él nunca lo hubiera hecho sin haber luchado hasta el final. Pero yo no tenía voz en mi reino y mi marido estaba cansado de batallar y quería la paz.

El Maestre Monroy y sus hombres se despidieron con tristeza de mí. Yo le di la mano que él besó con reverencia y me despedí de todos y cada uno con una palabra amable. Al fin y al cabo eran mis súbditos y yo me iba a alejar de ellos para siempre.

Cruzamos al otro lado de la frontera en un impresionante silencio que sólo hería el ruido de las herraduras y el tintineo de metal de las armaduras de los soldados del rey. El hermoso cañón por el que penetramos es un como un paso encantado, flanqueado el camino de pinos frondosos por ambos lados, pinos y castaños que orlan las laderas escarpadas que separan los dos reinos con afiladas cuchillas de granito en las cumbres imposibles de escalar. Mi corazón se encogía por la belleza del paisaje y por el hecho de que estaba abandonando Castilla.

Ese día fue uno de los más amargos de mi vida porque me vi alejándome de la tierra que era mi motivo de ser y entraba en un reino extraño que desde entonces iba a ser mi casa y al que en todos estos años no he podido dejar de considerar como la tierra de mi exilio.

## Capítulo XV

Yo, la reina, en Abrantes.  
Castilla hasta diciembre de 1477

—Lo hemos pasado bien en Sintra, alteza.

—Sí, tenéis razón, doña Cristina. Ha sido muy amable el rey don Juan III al invitarnos a pasar uno días en el precioso *paço* de Sintra. Me impresiona de verdad el salón de los linajes, con sus techos pintados con los escudos de la casa real y de las principales de Portugal, los grandes espacios, la riqueza de las habitaciones y la belleza de los azulejos pintados por los mejores artesanos, que no pueden ser más hermosos. Desde luego no se puede negar que la casa real de Portugal tiene un gusto exquisito.

—La verdad es que tenéis toda la razón, alteza. No sé qué me gusta más si el *paço* o la maravillosa Torre de Belém que hizo vuestro primo el rey don Manuel I sobre la margen del Tajo, que parece un barco de puro ligera y hermosa que es, con los escudetes de las armas de Portugal en las almenas.

—Son cosas muy diferentes. El *paço* de Sintra fue construido como morada de reyes y sus salones se decoraron para impresionar con sus grandiosas proporciones, mientras que la torre es un castillo de capricho, que además puede servir de defensa con los buenos cañones que tiene, caso de que alguna nave que no deba pretenda entrar en el puerto de Lisboa. Aunque si queréis que os diga la verdad, lo que me ha gustado más ha sido el castillo de los Moros, con esas larguísimas murallas que recorren la cima de la colina.

—Desde luego, qué testaruda os pusisteis queriendo subir. Os olvidáis de que tenéis sesenta y ocho años y que estáis delicada. Menos mal que el rey en persona os convenció.

—Más que convencerme me lo pidió, y yo le obedecí por discreción. Ya que todos pensabais que era una locura que anduviera por ese escarpado lugar, y a lo mejor teníais razón, pero la verdad es que me hubiera gustado tanto recorrer las murallas... como cuando éramos niñas en Escalona o en Plasencia.

—Vos lo habéis dicho bien, alteza. Éramos niñas y nos encantaba subirnos a lo más alto de las garitas de las torres y ver el paisaje desde esas guarecidas atalayas. Pero ahora ya no lo somos. Yo acabo de cumplir setenta y vos tenéis dos años menos. Somos dos ancianas y debemos comportarnos conforme a nuestra edad y dignidad.

—En eso tenéis toda la razón. Aunque sentí cómo me llenaba un aire de vida, acompañada como estaba por la joven infanta María, que es un verdadero encanto, me entraron ganas de recuperar mi agilidad y mi juventud. Pero fue sólo un instante.

—Un instante bastante largo, alteza. Yo sola no hubiera logrado haceros entrar en razón. Menos mal que estaba allí don Juan III.

—Basta ya con el tema, doña Cristina. No subí y todo está bien. De todos modos este corto viaje a Sintra me ha dado vida. Aquello es como un paraíso, metido entre las colinas, cerca del mar. Se nota en la brisa y en la vegetación, que crece como una verdadera selva. Muchos nobles están haciéndose casas ahí, cerca del palacio real.

—Les alabo el gusto, alteza. Es un lugar perfecto para reposar del ajeteo de Lisboa, porque la verdad es que, con el comercio de las Indias y la gran prosperidad que trajo a Portugal, Lisboa se ha transformado en una gran ciudad, demasiado bulliciosa, y se está extendiendo por todos lados. El barrio de Alcántara no cesa de crecer, y el elegante barrio de La Alfama está casi al completo, sin más solares para edificar.

—Sí. Tenéis razón. Lisboa ha crecido mucho y sus reyes don Juan II, don Manuel I y ahora don Juan III han seguido embelleciéndola. Al menos en eso hemos tenido suerte. Hemos vivido muchos años en una ciudad muy hermosa y acogedora, y la verdad es que aquí nos han tratado siempre bien.

—Os estáis volviendo conformista, alteza, y me alegra. Siempre protestabais por el exilio y no estabais cómoda en ningún lugar. Era como si el ansia de retornar a Castilla os impidiera disfrutar de los lugares donde vivís el presente.

—Tenéis toda la razón. De hecho así ha sido durante cincuenta años. Yo no podía evitarlo y, aunque me gustara el país, que al fin y al cabo es el de mis antepasados por parte de madre, yo me sentía la reina de Castilla y como tal vivía el tormento del exilio; un tormento que hace como un mes que ha cesado. Por eso hoy disfruto de este amable y encantador Portugal, y por eso he disfrutado tanto de nuestro viaje, porque lo he podido vivir sin nostalgias del pasado, sin lastres que me lo impidieran.

—Desde luego os está cambiando el carácter, alteza.

—No holguéis de decir que para bien, doña Cristina. Nos conocemos de toda la vida y reconozco que me he tornado desabrida y desagradable con el exilio. Era por la bilis del dolor que salía por cualquier lugar, sin perdonar que las personas que tenía delante no tuvieran culpa de ello. Os debo muchas disculpas por mis rudas palabras de tantas veces.

—Nunca os las he tenido en cuenta, alteza. Os conozco bien, en efecto, y he comprendido que venían del dolor de vuestro corazón, un dolor que ha tardado más de cincuenta años en cesar, pero que al hacerlo os ha permitido volver a ser la maravillosa, amable y dulce persona que yo conocí en Castilla, y no sabéis cuánto disfruto ahora con vuestra paz.

—De verdad valéis vuestro peso en oro, amiga mía. No entiendo cómo me habéis podido aguantar.

—Quería ganarme el cielo, alteza. ¿Cómo es que no lo habéis comprendido? —dijo en tono de chanza.

—Pues creo muy en serio que lo tenéis más que bien merecido. No hay en el reino entero una persona más buena ni más fiel, y eso que tenéis un carácter del demonio.



—Eso es por necesidad, alteza. Si no hubiera sido como soy, nadie me hubiera respetado.

—Pues desde luego lo habéis conseguido porque en palacio os temen de verdad. Por cierto, ¿qué es de nuestro joven paje? No vino a saludarnos ayer cuando llegamos, y hoy tampoco.

—A mí también me extrañó su ausencia. He preguntado por él y me han dicho que cayó enfermo mientras estábamos en Sintra, y la familia de su esposa (que, por cierto, está ya embarazada) se lo ha llevado a su casa para cuidarle mejor.

—¿Quién nos lo iba a decir? Nuestro Javier todo un machote.

—Bueno, alteza, tampoco exageremos. Nuestro Javier sigue siendo como es, eso lo sé de buena tinta porque, aunque discretamente, sigue con sus costumbres de siempre y ahora está con uno de los jardineros del castillo de vez en cuando. Lo que pasa es que el miedo a la Inquisición se le ha metido en el cuerpo y, para evitar sospechas, nos ha hecho caso y ha ejercido como marido. De algún modo se habrá motivado para conseguir preñar a la joven Alejandra. No quiero saber cómo.

—En verdad es una persona encantadora. Echo de menos su presencia. Me divierte cómo cuenta las cosas más banales con esa gracia, esa punta tan particular suya. Con todo y sus defectos, le aprecio de veras.

—Así lo habéis demostrado, señora. Ahora que es el joven señor de Castuera, han comenzado a invitarle a reuniones sociales y parece, según me han dicho, que se desenvuelve bien.

—Eso no me extraña nada, doña Cristina. Si algo tiene nuestro Javier es que tiene buena planta y es de lo más entretenido. Seguro que si conserva la discreción tendrá un gran éxito en la sociedad de Lisboa.

—Pues también yo se lo deseo de corazón.

—Creo, amiga mía, que le voy a liberar de sus obligaciones conmigo.

—No lo hagáis, alteza. Seguro que se lo tomaría muy a mal. Se siente orgulloso de servirnos y se lo he oído decir muchas veces. Quiere permanecer a vuestro servicio hasta el final.

—Me conmueve cómo me queréis. No entiendo cómo podéis tener tanto afecto a esta vieja reina cascarrabias.

—No digáis tonterías. Sois mi señora y mi amiga del alma, y siempre nos hemos entendido sin palabras. En los momentos buenos reímos juntas y en los malos juntas hemos penado. Eso une mucho, y por eso conmigo os podéis permitir mostraros como deseáis siempre, sin tapujos. Y también yo lo he hecho con vos. Sabéis que nunca os he guardado un secreto, salvo el de que mi pretendiente no era vuestro partidario, y eso no era tan importante para vos, aunque sí para mí.

—Dadme un abrazo, si no os importa —pidió doña Juana en un arrebato de ternura.

—Con el mayor de los afectos, alteza —dijo doña Cristina, levantándose y apretando en sus brazos a la anciana reina.

—A veces siento como si el tiempo no hubiera pasado.

—Sí. A mí también me pasa, pero cuando me miro en el espejo y veo las arrugas de mi rostro, sé que sí lo ha hecho.

Recuerdos y más recuerdos. Vienen y van, atravesando mi mente como rayos. No puedo dormir porque me asaltan y me hacen rememorar el pasado. Ese pasado que me tiene atrapada como en una cárcel, entrando en mí, invadiendo mi reposo y distrayéndome durante el día. Es algo común a los viejos el rememorar, según todos dicen, pero creo que en mi caso comienza a ser excesivo este continuo irme hacia atrás. Debe ser que la muerte se acerca a mi lado y estoy revisando de nuevo mis actos y los de los demás que me afectaron, antes de partir. Curiosamente, cuando pienso en aquellos años en que todavía tenía esperanzas de reinar los siento tan cerca, tan vívidos. Es una paradoja que me asombra y, no obstante, cuanto más pienso en el pasado más nítido lo veo. No entiendo por qué me pasa porque la verdad es que estamos tan lejos de aquellos oscuros días de mi entrada en Portugal en junio de 1476, que debiera ser un recuerdo vago y poco claro, pero en mi mente se muestra lleno de colores, de sentimientos, de nostalgias, de tristezas que soy capaz de revivir plenamente.

Recuerdo muy bien lo mal que me sentía cuando cruzamos a Portugal. A pesar de que el paisaje era más que hermoso al otro lado de la frontera, yo lo veía oscuro. No me impresionó la belleza del castillo de Marvao, que está como centinela sobre un risco a poco más de una legua de Castilla, ni la hermosa Castelo da Vide, donde pernoctamos en el palacio de un gran señor portugués que nos agasajó con lo mejor que tenía, con esa delicada cortesía portuguesa tan diferente a la rudeza castellana.

Ahora el rostro que iba serio era el mío, mientras que el de mi esposo comenzaba a volver a estar relajado. Mi alma se había quedado al otro lado de la frontera, pero mi cuerpo no, y eso me hacía sentir una extraña sensación de mareo y de náusea que tuve que controlar fuertemente para no vomitar en medio del banquete que el buen noble portugués nos ofrecía.

Y mientras nos íbamos adentrando en el reino vecino, paso a paso, también mi infelicidad iba creciendo, hasta que doña Cristina me tomó en un aparte y me habló con gran dureza diciéndome que aceptara el destierro, como lo había hecho ella, y que me comportara con dignidad.

La inesperada reprimenda de mi amiga me vino bien. Ella tenía razón. Y hablaba con conocimiento de causa porque había dejado al otro lado a sus padres, que no querían que viniera conmigo, a su pretendiente y su corazón. Tanto ella como yo teníamos lo que más amábamos al otro lado, pero ella lo aceptaba mejor que yo, quizá porque lo había decidido libremente y a mí me habían forzado a hacerlo contra mi voluntad.

De todos modos, el caso fue que reaccioné y pronto pude actuar como si me sintiera casi bien, abandonando la cara de funeral que había lucido durante dos días enteros.

Mi esposo el rey, cuando vio el cambio de mi semblante, se sintió aliviado porque en el fondo de su ser se sentía culpable de haber abandonado tan deprisa el proyecto castellano que impediría que yo me sentara en el trono de mis mayores como hubiera debido ser. De todos modos, él había actuado conforme a su conciencia y yo sentía que aparte de eso estaba contento de regresar a su reino y creía que comenzaba a cerrar el episodio castellano como si hubiera sido un gran error, una mancha en su gran reinado.

Entonces también comprendí al mirarle —fue una poderosa intuición— que nunca sería mi marido físicamente. No sé si por cariño, o por conveniencia, porque manteniéndome doncella podía ser pieza de negociación para la paz con Castilla y podía ofrecerme en matrimonio a quien los reyes de Sicilia, cada vez más dueños de mi reino, consideraran oportuno.

El viaje fue lento, pero a mi dama doña Cristina y a mí tanto nos daba. Todo nos era ajeno, con lo cual nos daba igual estar en un sitio que en otro. El paisaje portugués es más suave que el castellano, sus ciudades más coloridas, sus palacios más confortables y sus habitantes más amables, pero yo echaba de menos la rudeza de los míos, su adustez, su firmeza.

Al ir avanzando en el reino vecino comencé a comprender las grandes diferencias que nos separan y cómo ellos seguramente se sentían igual de incómodos adentrándose en el corazón de Castilla, como yo me sentía entrando en el de Portugal. Ese reino produce una sensación recóndita de espacios acotados y vigilados por castillos que orlan toda la frontera por el temor constante a la invasión castellana, y conforme se entra dentro, produce una sensación de gran riqueza de la tierra, que parece más fértil que el suelo castellano, batido por los fríos vientos del norte y más rezagada porque el clima es mucho más húmedo conforme nos acercamos al mar.

Anduvimos un par de días hasta llegar a Abrantes, donde pensaba quedarse el rey un tiempo y había decidido que me quedara yo, aunque aún no me lo había comunicado. Pasamos Alpalhao, que era una villa pequeña pero bonita, donde agasajaron al rey de un modo tan afectuoso y respetuoso que me hizo ver que Alfonso V era muy querido en su tierra.

Seguimos adelante. El camino se hacía pequeño y tenía un gran encanto al ir flanqueado de árboles que casi hacían un techo en lo alto, como si estuviéramos en un pasillo vegetal. Pasamos por varias villas más, Tolosa, Gaviao y Rossio, antes de cruzar el río Tajo, que ahí es muy caudaloso, por un hermoso puente que llevaba a Abrantes, la importante ciudad donde pronto iba a estar mi nueva casa, al menos hasta que se hiciera la paz con Castilla.

Abrantes era una ciudad hermosa, con buenos palacios, amurallada y protegida por una fortaleza en lo alto. El lugar no me disgustó porque tenía una fuerte personalidad y estaba más cerca de una de las ciudades castellanas que todo lo que hasta entonces habíamos visto.

Por eso, a pesar de que iba con la tristeza en el corazón, la estancia en Abrantes se

me hizo llevadera, quizá porque en el fondo seguía teniendo esperanzas de que las cosas cambiaran y pudiéramos regresar a Castilla a reinar.

Pero en Castilla las cosas estaban cambiando de verdad. La reina Isabel, en cuanto supo de nuestra partida, se apresuró a mover sus ejércitos sobre Toro. Quería tomarla lo antes posible, pero la ciudad, según pudimos saber al cabo de poco tiempo, no se le había rendido sino que seguía fiel a mi persona, lo cual me dio una gran alegría.

Pero pronto llegaron noticias mucho peores. Mis principales valedores, el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo y el duque de Arévalo habían buscado el camino que les permitiera cambiarse al bando vencedor, o al menos contemporizar para que sus estados no sufrieran merma.

Así, con mucho dolor, me enteré de que los duques de Arévalo estaban en tratos con la reina y el rey, aunque aún habían de tardar en llegar a un acuerdo, ya que estaba en juego el mismo ducado de Arévalo, que la reina quería recuperar para la corona porque era posesión de su madre la princesa Isabel y ella había vivido en ese castillo en su juventud y le tenía mucha afición.

Así, al llegar a una concordia con el arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo, éste, decepcionado por la derrota de Toro y la huida del rey de Portugal, volvía a la obediencia de Isabel y Fernando, al menos de nombre, porque seguía sin perdonarles el que se hubieran apoyado en el cardenal Mendoza, al que odiaba a muerte, y decidía retirarse libremente a su villa de Alcalá de Henares, cerca de Madrid, villa que pertenecía a su diócesis y donde también tenía importantes casas.

De todo esto me enteré porque el buen arzobispo tuvo la deferencia de escribirme para contarme lo que debía hacer para su seguridad, aunque del tenor de la carta yo comprendí que no lo hacía de buen grado.

También el marqués de Villena tuvo que buscar la concordia con los reyes de Sicilia, que seguían ordenando a sus vasallos atacar sus plazas y recuperar la tenencia de las ciudades que éste controlaba y entre las que estaba la de Madrid. De hecho en cuanto salimos de Castilla, el duque del Infantado asedió la ciudad y al poco la tomó sin demasiados problemas, aunque no fue capaz de hacerse con el fuerte alcázar, que seguía obedeciendo al marqués de Villena.

En estado de euforia por sus continuas victorias, los reyes de Sicilia habían osado convocar Cortes en Madrigal de las Altas Torres, y allí se hicieron jurar por los procuradores de las ciudades como reyes de Castilla y les hicieron jurar a su hija única, la princesa Isabel, como heredera de los reinos.

Fue éste un ultraje a mi majestad que me dolió profundamente. También me preocupó el que se creara la Santa Hermandad en ese mismo año, por proposición de Alonso de Quintanilla, contador mayor de los reyes. Ésta cumplía la función de castigar delitos comunes, y suponía la presencia de un nutrido grupo de burgueses en armas por el reino que se encargarían de imponer la paz; evidentemente de modo favorable a los reyes de Sicilia, aunque también su función era castigar el bandidaje y

perseguirlo, cosa que se consiguió devolviendo a Castilla parte de su tranquilidad.

Por las cartas que yo o doña Cristina recibíamos de nuestros pocos parciales, supimos del afán legislador que parecía haber entrado a los reyes, que intentaban demostrar que sabían reinar con las letras y con las armas.

De hecho, tras el fracaso del asedio de Toro, el ejército portugués que dirigía el duque de Guimaraes se dedicó a asolar la tierra de Salamanca y, para evitar tantos males, los reyes de Sicilia habían decidido tomar la fortaleza de Cantalapedra. Para ello mandaron al duque de Villahermosa, el hermano del rey Fernando, y al conde de Treviño. Era importante capturarla porque la fuerte plaza era una avanzada y un seguro para los portugueses que salían de Toro. Para evitar que Guimaraes les asistiera, Treviño movió un fuerte contingente de tropas ante los muros de la ciudad, que hicieron que el duque se quedara dentro mientras los partidarios de los reyes de Sicilia la cercaban, sin conseguir tomar la plaza.

Aprovecharon entonces para intercambiar algunos prisioneros y rehenes, pues estaban los de la batalla de Toro en ambos bandos deseando regresar a sus casas. El principal deseo era cambiar al hijo mayor del conde de Benavente, que seguía en poder de los portugueses, por un importante caballero portugués, y luego otros muchos caballeros de ambos bandos.

Estando la cosa estancada en la zona, llegó la llamada del rey de Aragón don Juan II, que necesitaba el concurso de su hijo el rey de Sicilia. Don Fernando se preparó a partir inmediatamente, dejando a la reina Isabel en Tordesillas.

Entonces supe para sorpresa mía que mi esposo tenía aún guardada una carta en la manga. Le quedaba una valiosa baza y pensaba jugarla a su modo. Cumpliendo con su compromiso, el rey Luis XI, aliado de mi esposo, atacó de nuevo Fuenterrabía, pero el rey Fernando de Sicilia llegó a tiempo con un ejército de cincuenta mil hombres y le hizo retirarse. Dado que la maniobra había fracasado, mi esposo quiso intentar de nuevo, con el concurso del rey de Francia, conseguir el reino de Castilla, donde aún eran muchos los que luchaban por nosotros.

Fueron tiempos de renovada esperanza. Salió don Alfonso V de Portugal para encontrarse con el rey de Francia en Marsella, pero cuando llegó ya había partido de allí y se lo encontró camino de París, adonde fueron los dos juntos. Las conversaciones entre ellos fueron duras, pero el rey de Francia dijo que apoyaría a mi esposo el rey de Portugal si consumaba el matrimonio con mi real persona, para el que ya había conseguido la dispensa papal. Ese apoyo sería vital para reconquistar mi reino.

Todo parecía ir a las mil maravillas, cuando de repente murió el duque Carlos *el Temerario* de Borgoña, dejando su rico ducado, que incluía los condados de Flandes, Holanda y Heano, a su hija María, casada con Maximiliano de Austria, gran enemigo de Luis XI, que nada más asumir la corona le declarararía la guerra.

Para Luis XI el ataque directo a su reino por el norte era un asunto más importante que ningún otro, y por ello, aunque le interesaba sobremanera la alianza

con Portugal, hubo de decir a mi esposo que no podría asistirle en su intento de conquista de Castilla y le despidió sin más. El fracaso de la negociación que había tenido ganada entristeció mucho al rey don Alfonso V, sobre el que parecieron comenzar a caer los años desde entonces, provocándole un gran envejecimiento que nos sorprendió a todos cuando regresó a Abrantes.

Sus ojos habían perdido el brillo, su espalda comenzaba a encorvarse y su barba se había tornado blanca por entero. Ahora comenzaba a parecer un anciano. Don Juan II, que lo había observado, comenzó a preocuparse también. Parecía que su padre empezaba el declive, y antes de su final debían dejar solucionado el asunto castellano, fuera como fuera.

Acabó el año de 1476 y comenzó el de 1477, que trajo nuevas adhesiones al bando de Isabel, pues entregó el sobrino del arzobispo Carrillo, don Lope Vázquez de Acuña, duque de Huete, la tenencia de su castillo a los reyes, que le recibieron con honores y le perdonaron de todos sus yerros pasados contra ellos.

Era tiempo de realizar nuevas campañas contra las villas y fortalezas que me eran fieles. Toro, que había dejado de estar defendido por el ejército de Guimaraes, que había regresado a Portugal, se entregó a los reyes de Sicilia por una intriga de un pastor, llamado Bartolomé, y de su mujer, Antonia García.

La reina, en cuanto supo que la plaza era suya, acudió desde Tordesillas a ocuparla y recibió de manos del regidor don Juan de Ulloa las llaves de la fortaleza. Estando éste casado con doña María Sarmiento, hermana del conde de Salinas, muy parcial de los reyes de Sicilia, la reina le concedió por su intercesión el perdón por haberse opuesto a ella durante tanto tiempo.

La caída de Toro fue como un mazazo en nuestra corte de Abrantes. Pero también fue un duro golpe para mí el saber que don Alonso de Monroy, mi buen amigo, había jurado obediencia a la reina de Sicilia, que yo sabía muy bien que nunca le reconocería el maestrazgo de la orden, que estaba apostólicamente concedido a don Juan de Zúñiga, pero que contemporizaba con él para así ganar apoyos en Extremadura, la tierra que me seguía siendo fiel en su mayoría.

La vida me daba con este abandono una nueva lección. Es difícil servir a un rey y a una reina que están lejos y cuya causa nos puede acabar perjudicando en nuestra hacienda. Monroy, ávido de reconocimiento como yo sabía que estaba, escuchó el canto de sirena de Isabel, cuya habilidad era notable en el engaño, y se le entregó, para ser al poco tiempo postergado y traicionado por ella porque nunca pensaba reconocerle de derecho el maestrazgo de Alcántara. Los reyes de Sicilia habían hablado entre ellos y pensaban acabar incorporando los maestrazgos de las órdenes, con sus pingües rentas y sus mesnadas, a la corona.

Y habiendo caído Toro, pensaron que era hora de tomar todas las fortalezas que estaban por mi persona. El rey Fernando se dirigió a Monleón y tomó la de Rodrigo de Maldonado; el duque de Villahermosa, su hermano, cercó Siete Iglesias; Don Luis de Acuña, hijo del conde de Buendía, acompañado de su primo Ferrán Carrillo de

Albornoz y del señor de Coca y Alaejos, tomaron Castronuño, y el obispo de Ávila tomó con sus tropas Cantalapedra.

En junio de 1477 Isabel decidió que era tiempo de tomar el dominio de Extremadura, donde demasiadas villas se le oponían. Aprovechando que su fiel Diego de Ovando, natural de Cáceres, le había abierto las puertas de esta importante ciudad, decidió ir en persona a ganar algunas plazas más. Ayudado por Luis de Chaves, ricohombre trujillano, pariente y amigo de Ovando, los dos prepararon la entrada de la reina de Sicilia en la ciudad que era hostil a Isabel, porque la tenencia seguía en poder del marqués de Villena, que no la había entregado a la reina como se comprometió a hacer.

Isabel había ordenado la presencia de Villena en Trujillo para la entrega de la fortaleza, y la consiguió haciendo alarde de fuerza, presentándose sola, rodeada por muy escasa escolta. Diego de Ovando y Luis de Chaves se quedaron asombrados al ver cómo se metía en medio de la multitud, a la que supo ganarse con su presencia de ánimo, su prestancia de reina y su control de la situación. El alcaide de la fortaleza se rindió sin luchar y después de eso la reina decidió destruir la fortaleza de Madrigalejo, desde donde el caballero Juan de Vargas, actuando como bandido, se dedicaba al pillaje en las tierras.

Dicho y hecho. Isabel ordenó la demolición del castillo, piedra a piedra, y la destrucción de las casas de Juan de Vargas. Era una lección de fuerza que consideró venía bien a los levantiscos extremeños.

El 30 de junio entraba en Cáceres junto a Diego de Ovando y se quedaba en la casa de los Golfines de Abajo, y al día siguiente juraba los fueros y visitaba la ciudad, donde los nobles se acercaron a besarle la mano. Era un gran triunfo que a mí me dolía en el alma. Mi último bastión en Castilla se estaba derrumbando.

Pero no contenta con lo conseguido decidió ir al sur, a Andalucía, donde consiguió hacerse con la tenencia del alcázar y fortaleza de Sevilla, que tenía el duque de Medina Sidonia, y con las fortalezas de Alcalá de Guadaíra y Jerez de la Frontera, que estaban en poder del marqués de Cádiz. En Abrantes nos asombramos de su osadía y de sus logros, y nos preocupamos porque mi madrina estaba en verdad actuando como una reina y, lo que es peor, estaba consiguiendo conquistar las voluntades de los castellanos.

Cuando a finales de noviembre de 1477 moría don Rodrigo Manrique, Maestre de la orden de Santiago, conde de Paredes, la reina Isabel se movió de prisa. Sabía que su fiel servidor, el otro Maestre don Alonso de Cárdenas, comendador mayor de León, quería ser elegido por el capítulo de los trece comendadores, reunido en el convento de la orden en Uclés. Para evitar la elección de su fiel vasallo, que no consideraba conveniente en ese momento, la reina Isabel salió de la villa de Ocaña, donde estaba el 5 de diciembre, bajo una lluvia torrencial que no cesó en todo el camino hasta llegar a Uclés, y allí ordenó a los comendadores reunidos que no eligieran Maestre a don Alonso, sino que se dirigieran al Santo Padre para pedirle que nombrara Maestre

al rey Fernando.

Cuando me enteré de lo acontecido, comprendí que mi madrina sería cualquier cosa, pero que acababa de ganar una batalla antes de librarla porque había impedido que los comendadores actuaran sin el respaldo real. Y entonces supe con certeza que mi madrina nunca me dejaría sentarme en mi trono, si no era por encima de su cadáver.



## Capítulo XVI

### La segunda entrada de los portugueses en Castilla. 1478-1479

Como reina de Castilla que soy amo la poesía castellana. Me encanta esa cadencia de los versos magistrales de nuestros poetas, que muchas veces hacen que se me ponga el vello de punta al leerlos. Igual que estoy rememorando sin cesar el pasado, también a veces me vienen a la cabeza los viejos romances castellanos, las rimas del marqués de Santillana o las de Fray Ambrosio Montesino que me aprendí de memoria y cuyo poema del *Destierro de Nuestro Señor a Egipto*, salvando las distancias, he sentido como si lo hubiera escrito para mí.

Sus bellísimas primeras estrofas las he repetido en mi mente mil veces mientras mi espíritu sufría. Ahora que ya no me siento tan identificada y que he dejado de sufrir por mi destierro, sigo encontrando que tienen una calidad sin par y me encanta repetir las para mí. ¡Qué inspirados y hermosos versos!

*Desterrado parte el niño  
y llora;  
díjole su madre así,  
y llora.  
Callad, mi señor ahora.  
Oíd llantos de amargura,  
pobreza, temor, tristura,  
aguas, vientos, noche oscura,  
con que va nuestra señora,  
y llora.  
Callad mi señor ahora.  
El destierro que sufrís  
Es la llave con que abrís  
Al mundo que redimís,  
La ciudad en que Dios mora.  
Y llora.  
Callad mi señor, ahora.  
¡Oh, gran rey de mis entrañas,  
como vais por las montañas  
huyendo a tierras extrañas  
de la mano matadora!  
Y llora.  
Callad mi señor ahora.*

Qué hermosa poesía para un niño Dios desterrado. Yo era una niña reina desterrada y me sentí profundamente identificada con el poema, que gustaba de leer entero en voz alta hasta que mi buena doña Cristina me dijo que aquello estaba tornándose una obsesión. Pero yo encontraba consuelo en sus versos hermosos, como ahora lo encuentro al pasear por el precioso jardín que mis dos jardineros cuidan para mí con esmero.

Aquí puedo disfrutar de mis hermosos «periquitos» blancos, amarillos y rosas, también llamados «don Diego de noche», que son tataranietos de aquellas semillas que me dieron en Valencia de Alcántara antes de cruzar para la frontera. Pero también tengo aquí calas extremeñas que han medrado muy bien y unas hermosas hortensias que medran muy bien en este clima moderado y orlan el jardín con sus grandes flores rojas, rosas y azules, así como el oloroso jazmín que mandé traer de Sevilla y la dama de noche que perfuma de modo embriagador las noches de verano.

Ése es mi último placer: caminar por los senderos bien plantados y disfrutar del color de las flores que me alegran el alma y me dan optimismo. Ese optimismo como el que me entró a principios de 1478, cuando el rey don Alfonso V y su hijo el príncipe don Juan II, preocupados por la conquista de varias plazas portuguesas por los caballeros de Alcántara que comandaba Monroy y las milicias de Diego de Ovando, decidieron volver a entrar con un nutrido ejército en Castilla.

Entonces supimos a ciencia cierta que los duques de Arévalo habían llegado a una concordia con los reyes de Sicilia, con un acuerdo público y otro privado. El público arreglaba la situación de conformidad a los reyes de Sicilia. Por éste, los duques renunciaban al ducado de Arévalo que la reina quería retener para ella, y a cambio podrían usar el título de duques de Plasencia y recibirían como compensación por Arévalo otras importantes villas.

La parte privada del acuerdo suponía la aceptación por los reyes de Sicilia del maestrazgo de Alcántara en la persona del niño don Juan de Zúñiga, pero no lo hicieron público porque ello hubiera supuesto una ruptura con Alonso de Monroy, a quien de este modo traicionaban a sus espaldas, a pesar de los buenos servicios que les estaba prestando.

Pero mi madrina y su esposo nunca se anduvieron con chiquitas. A veces con mano izquierda, otras con la fuerza, se habían planteado como política de estado fortalecer la autoridad real y acabar con todos los que pretendieran jugar con la corona de Castilla como lo habían hecho en épocas de mi pobre padre. Y su gran ministro, que no valido era sin duda el inteligente y retorcido cardenal Mendoza, cuya ambición y soberbia harían que en los años siguientes acabaran llamándole el tercer rey de Castilla.

Pero también había quien trabajaba para mí y mi causa, y eso acabaría dando sus frutos. A pesar del acuerdo alcanzado del rey don Fernando con Monroy, en su visita a la fortaleza de Benquerencia que tenía don Diego de Ovando y la liberación de sus parientes los comendadores de Lares y Zalamea, por mediación del rey, siempre con

el compromiso de que el hijo del capitán, Nicolás de Ovando, sería nombrado comendador de Lares a la muerte de Raudona, la concordia no iba a durar.

Y la ayuda vino de donde menos lo esperábamos. Doña María Pacheco, condesa de Medellín, hija bastarda del Maestre de Santiago, don Juan Pacheco, seguía descontenta con el trato dado a su familia y conociendo por su parentesco y amistad con los Stúñiga, el acuerdo secreto de éstos con los reyes, no dudó en contárselo a Alonso de Monroy, que sufrió una profunda decepción al ver que los reyes de Sicilia habían jugado con su buena voluntad y contemporizado con él, mientras pactaban la entrega del maestrazgo al niño Juan de Zúñiga.

Lleno de furia, sin pensárselo dos veces, conforme a su carácter impulsivo y noble, que odiaba la doblez, ofreció sus servicios al rey de Portugal, mi esposo, y volvió a la fidelidad por mi real persona. Eso significaba un gran paso porque Monroy era un poder en Extremadura.

Para los reyes de Sicilia éste era un grave revés porque el territorio extremeño, que habían conseguido pacificar y entrar en su obediencia, volvía a encenderse y, lo que era peor, volvía a ser puerta de posible entrada de los ejércitos portugueses, ya que Alonso de Monroy tenía controladas numerosas encomiendas del norte, así como la villa de Montánchez, mientras que la condesa de Medellín controlaba su villa y la importante de Mérida, que iba a poner en manos del rey de Portugal si se decidía a regresar a Castilla.

Los reyes de Sicilia husmearon el peligro, pero no pudieron actuar antes de la entrada de las tropas portuguesas por dos lugares: Badajoz, que no se resistió al avance de las tropas, que llevaban mis insignias y banderas junto a las del rey Alfonso V, y Mérida, ciudad que les entregó la condesa de Medellín, como había prometido. Desde allí, se hicieron más fuertes con el concurso de Alonso de Monroy, que empleó su talento militar esta vez a favor nuestro, ganando muchos lugares estratégicos. Parecía que en un par de semanas estábamos recuperando lo perdido el último año.

Por el norte también entraron tropas al mando del conde de Marialva, que asolaron las tierras de Salamanca y retomaron el control de Ciudad Rodrigo, una fuerte plaza, para desesperación de los reyes de Sicilia y atacaron desde allí las posesiones del duque de Alba arrasando algunas de sus villas y aldeas y saqueando las granjas y quemando los campos, provocando gran miedo en la población.

Los reyes de Sicilia, que estaban entonces en Andalucía, recibieron la noticia con preocupación. Ellos pensaban que la guerra prácticamente había concluido, cuando de repente la facción leal a mi real persona parecía cobrar fuerzas justo después del nacimiento del príncipe don Juan, el ansiado hijo de los reyes de Sicilia, que ellos pensaban que iba a dar estabilidad a la usurpación de mi corona, el 1 de julio de 1478.

El peligro era tan real como grave. Para agravar la situación, Isabel y Fernando supieron con preocupación, un par de semanas después, que de nuevo el arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo, volvía a levantar sus pendones contra ellos. El orgulloso

y aguerrido prelado estaba mortalmente ofendido con los reyes de Sicilia por no haber sido invitado a celebrar el bautismo de su heredero, lo cual le correspondía como arzobispo primado de Castilla, y lo vio como una nueva postergación a su persona y mitra que él interpretó como un reto y aceptó con gusto. La falta de diplomacia de los reyes de Sicilia, las intrigas del cardenal Mendoza, que había bautizado al príncipe, y el orgullo herido de Carrillo provocaron que de nuevo tomara las armas contra ellos.

Por otro lado, la entrega del maestrazgo de Santiago a don Alonso de Cárdenas, tras deliberación privada de los reyes de Sicilia, también fue una ofensa grave para el marqués de Villena, que había deseado el cargo que tuviera su padre, e Isabel y Fernando se lo habían quitado de encima enviándole al Papa a pedirlo; cosa que era prácticamente imposible si no tenía un contacto del máximo nivel en la corte pontificia del que carecía.

Los reyes de Sicilia consideraron que no siendo aún momento de asumir el maestrazgo la corona, cosa que deseaban a la larga, era mejor darle el maestrazgo de momento al comendador mayor de León —que les era muy fiel— y la encomienda mayor a su hermano don Gutierre de Cárdenas, señor de Torrijos y Maqueda, porque tenían necesidad del apoyo de la orden en el conflicto con Portugal. La bofetada que le propinaban los reyes con este nombramiento de un enemigo suyo y la actitud de su hermana, la condesa de Medellín, hicieron que el joven marqués de Villena también volviera a mi obediencia.

De los antiguos aliados, sólo los duques de Plasencia permanecieron fieles a Isabel y Fernando, al haber obtenido de ellos satisfacción de todas sus pretensiones, y se aprestaron a luchar desde su villa contra sus antiguos aliados, los Villena.

Por el sobrino del arzobispo, don Ferrán Carrillo de Albornoz, que les era fiel, supieron los reyes de Sicilia con preocupación que el arzobispo pretendía que las tropas portuguesas entraran de nuevo en el corazón de Castilla y que desde su feudo de Talavera de la Reina, apoyados por las tropas arzobispales que don Alonso estaba reuniendo el Alcalá de Henares, tomaran Madrid y Toledo. Y Villena les apoyaría con sus soldados desde Peñafiel y otros lugares de paso de los portugueses para que así pudieran contar con una red de fortalezas donde guarecerse de peligro en caso de necesidad.

Pero esta vez la cosa no era igual que antes. Los reyes no se anduvieron con contemplaciones y actuaron con una rapidez implacable. Se jugaban demasiado. Sin tardanza, dieron órdenes estrictas de someter a Villena y al arzobispo como fuera.

Jorge Manrique y Pedro Ruiz de Alarcón debían atacar Garcí Muñoz. Allí murió don Jorge Manrique durante el asedio, pero paralizaron el intento de Villena de aportar todas sus tropas a la causa de mi real persona, durante un tiempo precioso, mientras los reyes pedían a los Mendoza que derribaran las casas del arzobispo en Madrid y que asaltaran sus estados, de los que eran fronterizos, y el hermano del rey Fernando, el duque de Villahermosa se dirigía a Alcalá de Henares con la proclama

de que los reyes de Sicilia iban a pedir la revocación del nombramiento de Carrillo al Papa. El golpe final al arzobispo habría de darlo Diego López de Ayala, que consiguió con unos valientes escuadrones tomar la villa y la fortaleza de Talavera de la Reina, secuestrando una buena parte de las rentas del prelado, lo cual limitaba mucho su capacidad de hacer daño.

En unos pocos meses, los reyes de Sicilia habían casi desmontado la conjura en el interior de Castilla. Ahora quedaba Extremadura. Isabel y Fernando, que estaban en Guadalupe, supieron allí la nueva de la muerte del rey don Juan II de Aragón, el 19 de enero de 1479, y se dirigieron a Trujillo, donde celebraron sus exequias. De allí partió Fernando hacia su nuevo reino, donde tenía que ser jurado por sus súbditos como rey de Aragón y príncipe de Cataluña.

Isabel, la nueva reina de Aragón, se quedaba en Trujillo desde donde pensaba pacificar la región antes de que fuera demasiado tarde y la chispa de la guerra se extendiera de nuevo por toda Castilla.

Y para mayor preocupación de los usurpadores, que no se lo esperaban, pocas semanas después entraba entonces por Badajoz un poderoso ejército de los nuestros, que mandaba el obispo de Évora y que era una amenaza real para los reyes de Aragón, Cataluña y Sicilia que de nuevo veían amenazada la corona de Castilla que usurpaban.

Yo estaba furiosa porque había querido ir con el ejército de mi esposo que iba a regresar a Castilla. Me parecía que era lo más adecuado, pero ni don Alfonso V ni su hijo don Juan, con quien yo estaba estableciendo fuertes lazos de afecto, lo consideraron pertinente. Triste y decepcionada los vi partir desde las murallas de Abrantes, con sus estandartes y sus magníficas armaduras. Yo estaba tan lejos de la frontera que no podía seguir los acontecimientos del otro lado con rapidez.

Pero de nuevo la estrella de la fortuna me negó su sonrisa. En Trujillo, cuando se supo de la entrada del poderoso ejército portugués en terreno extremeño y su gran número, hubo preocupación, pero la reina de Aragón, convencida de que Dios estaba de su parte, decidió luchar la batalla y expulsar para siempre a mis huestes de Castilla. Para ello contaba con dos grandes capitanes, el nuevo Maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas y el capitán don Diego de Cáceres Ovando, que acompañado de su hijo Nicolás, ya nombrado comendador de Lares de la orden de Alcántara, estaba ávido de entrar en combate por su reina Isabel de Castilla.

El bravo capitán y el Maestre, según pudimos saber después, idearon un plan maestro para que las tropas del aguerrido Monroy no se uniesen a las del rey de Portugal. Y consiguieron engañarle haciendo público en Trujillo que Diego de Ovando iba a ir a tomar Mérida. Los espías del Maestre Monroy se fueron a darle la noticia y Monroy cayó en la celada, encerrándose con sus numerosas tropas en la plaza bien guarecida de Mérida. Pensaba enviar mensajeros al rey de Portugal para decirle que acudiera allí y así poder destrozar las huestes de Ovando, encerrándole en una tenaza, entre los defensores y los portugueses.

Pero Ovando se anticipó y consiguió capturar a todos los mensajeros, de modo que Monroy tuvo que quedarse encerrado e inmóvil en Mérida, mientras las tropas del Maestre de Santiago, don Alonso de Cárdenas, acompañado por el marqués de Cádiz y conde de Arcos, el conde de Ureña y el joven Nicolás de Ovando y los comendadores de Alcántara leales a la reina Isabel, buscaban la batalla con el rey de Portugal, a quien se habían unido varios escuadrones del arzobispo Carrillo, del marqués de Villena, de la condesa de Medellín y de otros caballeros extremeños.

Sabiendo de la llegada del gran ejército portugués, le tendieron una celada en los campos de la Albuera que salió extraordinariamente bien. Desprevenido de que se les acechaba y pensando que su número había hecho huir a los defensores de Isabel y Fernando, entró el ejército portugués en el valle, sin mandar vigías. Estaban ya al otro lado y, sin saberlo, dentro de la trampa porque las tropas de Cárdenas habían tomado las laderas de los dos lados, de modo que pronto, con el fragor de los clarines del Maestre de Santiago, pudieron saber que estaban rodeados y en peligro.

El obispo de Évora, que era buen militar, comprendió que habían caído en una trampa, pero todavía confiaba en que, al ser los portugueses mucho más numerosos que los castellanos y contar con excelente caballería y armamento, aún podrían alcanzar la victoria si peleaban con bravura y rompían el cerco. Entonces dio orden de cerrar las defensas y proteger todos los flancos.

Pero el orden de la batalla no iba a ser ése. El joven Nicolás de Ovando, enardecido por el deseo de gloria, se lanzó al ataque con su cabellera pelirroja y su manto blanco con la cruz flordelisada al viento, provocando que los caballeros alcantarinos le siguieran y que los caballeros de Cristo del ejército portugués, al mando del conde de Faro, aceptaran el reto y rompieran el escudo portugués, lanzándose como una flecha contra los alcantarinos, que eran desde siempre odiados en Portugal. Chocaron con un intenso fragor. Los caballeros de ambos lados se enzarzaron en la más violenta lucha mientras que las tropas castellanas descendían de las colinas y atacaban al ejército portugués después de lanzar una nube de flechas sobre ellos. Durante horas las fuerzas estuvieron equilibradas. Unos y otros luchaban con fiereza, sin ceder ni un palmo de terreno al otro. Luchaban por el dominio de esa tierra y por el honor de sus respectivos reyes y lo hacían con bravura y entrega.

Las intenciones del obispo portugués había sido desde el principio buscar un punto desde el cual poder romper el cerco para dividir al ejército enemigo y romper una de sus alas, pero por más que se empeñaron sus portugueses y los castellanos que luchaban a su lado, no lo consiguieron. Más bien comenzó a suceder lo contrario. Los hombres del conde de Faro comenzaron a retroceder por la gran matanza que estaban sufriendo, y recularon, sembrando el pánico entre los propios.

El obispo comprendió que había serio peligro de derrota y redobló su intento de volver a poner orden en su ejército y conseguir quebrantar un punto del enemigo, pero era inútil. Como si Dios les hubiera dado inspiración, las dos alas castellanas se lanzaron al unísono y quebraron los escuadrones de Carrillo y Villena y amenazaron

el escuadrón real.

Comenzaban a olfatear la victoria en el aire. Ésta no iba a tardar en producirse cuando los hombres de Faro, en desbandada, rompieron el cerco y comenzaron a seguirle en franca huida los escuadrones vecinos. Entonces, Cárdenas, iluminado ese día, abrió el cerco dejando una ruta de escape.

Évora, viendo que había perdido, dio orden de retirada, una retirada que se transformó en desbandada y que fue hostigada tanto por los comendadores de Santiago como por los caballeros de Alcántara. Buscaban refugio en Medellín en tierras de la condesa, pero serían pocos los que llegarían, porque disperso el ejército portugués por las tierras, los campesinos, hartos de luchas, de incendios, de recibir tantos daños, viendo que estaban esparcidos, separados de sus mandos y desmoralizados, provocaron en el importante ejército en franca huida un número de bajas no menor que las pérdidas en el campo de batalla.

Cuando nos enteramos en Abrantes de lo que había sucedido en La Albuera, yo no pude evitar derramar unas lágrimas angustiadas. Sabía muy bien que esa iba a ser la última batalla que se libraba por mi corona. En adelante, los portugueses ya sólo querían hacer la paz; una paz que garantizara las fronteras del reino, y se retirarían para siempre de Castilla.

Los reyes de Aragón, que de nuevo estaban juntos tras el regreso de Fernando de su reino, recibieron la noticia en Trujillo y don Fernando lleno de optimismo quiso ir a Cáceres para jurar él también los fueros. Además querían honrar de nuevo a su fiel capitán Diego de Ovando, entrando en la ciudad flanqueado por los dos Ovandos, Diego, el capitán, y Nicolás, el joven comendador de Lares de Alcántara. Y le guardaban un nuevo honor pues pensaban hacer caballero de Santiago a su hijo tercero, Hernando de Ovando.

Y mientras pensaban honrar a los fieles, también planeaban acabar con los rebeldes. Desde Trujillo se dio la orden de tomar las plazas de Medellín, Deleytosa, Almaraz, y Belbís de Monroy, además de Mérida y de las encomiendas rebeldes. Para desgracia de todos, el empecinamiento de la condesa y sus aliados provocó un gran número de muertes por ambos bandos, que en los siguientes meses fueron varios centenares porque no había modo de conquistar ni de hacer entrar en razón a la furiosa mujer que era como un torbellino y guerreaba como el mejor capitán.

Mi esposo regresó a Portugal derrotado una vez más. Abrantes estaba de luto por la pérdida de nuestro brillante ejército, que había caído de la peor manera. Todos, y he de incluirme a mí, éramos la imagen viva del desaliento. La campaña que comenzara con tan buenos augurios se había cerrado del modo más desastroso posible. Yo sabía que el sueño de recuperar mi corona había acabado. Ahora ya no había ninguna esperanza de que yo pudiera reinar en Castilla, de momento. Tendrían que cambiar mucho las circunstancias para que de nuevo pudiera producirse una nueva oportunidad de ganarla y eso no sabíamos cuándo ni cómo iba a pasar, si es que pasaba.

Y como siempre, en los peores momentos de desilusión y amargura, tuve a mi lado a mi querida amiga doña Cristina, que fue la que menos se dejó poseer del desaliento. Me admiré de su entereza y con su ejemplo intenté mostrarme más fuerte y vive Dios que al poco lo conseguí. Nunca le agradeceré bastante aquella lección de fuerza, porque no hay nada más patético que una reina exiliada que llora desmadejada e impotente por haber perdido su corona por las armas. La dignidad es lo primero y es deber de la realeza.

¡Hay que saber sacar fuerzas de flaqueza y enfrentar con orgullo los golpes del destino! Por eso nos colocó Dios a los reyes en la cumbre de los poderes de la tierra, para ser ejemplo del resto de los hombres y mujeres, y desde entonces, que yo recuerde, no he vuelto a desmoronarme, aunque sí he sufrido profundas tristezas y desalientos, pero nadie lo pudo notar en mi semblante ni en mi actitud. Había aprendido a mostrarme como reina y ya siempre lo haría, en los muchos malos y en los pocos buenos momentos. Entonces tenía diecisiete años y estaba en la flor de la vida. Era una regia flor arrancada de cuajo de su suelo, cuya corona iba a serle robada para siempre si algo no lo impedía, y tal y como estaban las cosas parecía que nada lo iba a impedir.



## Capítulo XVII

### La paz que acordaron mi madrina Isabel y doña Beatriz de Portugal

—Alteza, el joven Javier Murillo acaba de regresar de Sintra. Os lo comunico como me pedisteis que hiciera.

—Perfecto. ¿Seréis tan amable, doña Cristina, de pedirle al mayordomo que vaya a buscarle? Decidle que venga a nuestras habitaciones. Me gustaría departir con él y con vos un rato. Este día gris y la suave lluvia que cae del cielo me ponen pesado el ánimo.

—Ahora mismo daré la orden, alteza. Tengo jugosas noticias que pensaba contaros ahora, pero mejor que las oiga el joven señor de Castuera porque le afectan de cerca.

—Os esperaré a ambos impaciente.

La anciana señora de la Maza salió de la habitación y al poco regresaba con el joven Murillo, cuya apariencia había cambiado sobremanera. Ahora iba vestido con camisa de hilo de Flandes, jubón de terciopelo azul oscuro con las bocamangas bordadas de oro, y llevaba unas calzas ajustadas y fino calzado de cabritilla, como los elegantes de la corte. Lucía en el pecho una rica cadena de oro que la reina de Castilla le había regalado, y con su nuevo aspecto parecía en verdad un joven rico y de buena posición.

—Alteza, ¿cómo estáis? —dijo en cuanto abrieron la puerta del gabinete de la reina, acercándose a ella, que estaba sentada muy recta, como solía, en un sillón frailuno castellano sobre su estrado real, cubierto de alfombras portuguesas de Arraiolos, alegres y bien tejidas. Con devoción que ella supo apreciar, se inclinó a besar la mano de la reina doña Juana de Castilla, que le dejó hacerlo.

—Pues ya me veis, jovencito. Cada vez más deteriorada. Carne de tumba, aunque doña Cristina se molesta mucho cuando lo digo.

—¡Ay, señora! —dijeron el señor y doña Cristina casi a la par.

—Basta de tonterías. Sentaos los dos a mi lado en estos mullidos taburetes —dijo señalándolos, para seguir inmediatamente con su cantinela—. Estoy con un pie al otro lado y lo sé. No sé si será cuestión de días o de semanas, pero lo siento en lo profundo de mi ser. Mi vida termina.

—Eso, alteza, sólo lo sabe el Señor —dijo doña Cristina.

—Sí, alteza. Doña Cristina tiene razón.

—Y decidme —dijo la reina cambiando súbitamente de tema como solía—. ¿Os dejaron llegar hasta el rey?

—Sí, alteza. Los mayordomos de palacio me hicieron esperar un rato no demasiado largo y entonces me llevaron ante su alteza don Juan III, que estaba en un salón privado con la reina y la infanta doña María.

—¡Qué oportuno! ¿Y os pusisteis nervioso?

—No, alteza. Llevo demasiados años con vos. Estoy ya acostumbrado a tratar con reyes.

—¡Extremeño tenías que ser! Me alegra que no te notaran demasiado impresionado.

—Sus altezas fueron muy amables conmigo. Por cierto, vuestros magníficos regalos han gustado muchísimo al rey, a la reina y a la infanta doña María.

—Me alegra. Era lo mínimo después de cómo se portaron conmigo allí. Además así os ven en la corte en vuestro nuevo estado.

—Siempre sois tan amable conmigo. Y yo tan inocente que ni siquiera me había dado cuenta de vuestra motivación al enviarme allí.

—Eso es lo que más me gusta de vos; que no os habéis ensoberbecido, aunque en lo exterior estáis tan galán que casi creo que hubiera debido casaros con una joven más elegante.

—Estoy contento con Alejandra, alteza. Me quiere de verdad y está encantada con su embarazo. Es una gran chica y a mi modo la quiero mucho, pero lo de cumplir con ella como marido me cuesta en verdad un mundo. Siento no poder quererla como ella se merece, pero soy como soy y eso no lo puedo cambiar.

—Al menos, espero que mantengáis una gran discreción en vuestras prácticas, joven Javier.

—Eso procuro.

—Pues procuradlo mejor, porque yo sé que disfrutáis de buenos ratos con el jardinero Joao.

—Sois el demonio, doña Cristina. ¿Cómo os habéis enterado de eso? Hemos sido muy discretos.

—No lo suficiente. Alguien os vio demasiado juntos y me vinieron rápidamente con el cuento.

—Dios mío. De verdad debo tener cuidado.

—Pues sí. Precisamente me acabo de enterar de una noticia que os va a impresionar. La Inquisición ha detenido al joven Rafael Milhán. El padre de un joven vecino de sólo quince años le sorprendió con su hijo y, tras golpearle repetidas veces con un bastón e inmovilizarlo, le denunció al Santo Oficio, en cuya oscura casa está ahora, encerrado en un lóbrego calabozo.

—¡Dios mío! ¡Qué horror!

—El horror hubiera sido mucho más personal si hubierais seguido viéndole —dijo doña Cristina—. Ese joven es un superficial peligroso y siempre supe que iba a acabar mal. Juega demasiado con la gente y no es lo suficientemente inteligente para guardarse bien las espaldas. Sólo su padre y su influyente amigo han impedido que pasara antes lo de ahora.

—¿Y qué va a ser de él?

—Eso a vos os debe dar igual. Os engañó y casi os detienen por cómo se

pavoneaba de estar liado con vos delante de su amante. Para vos, no existe. No lo olvidéis. Os lo he querido contar precisamente para que cuando alguien comente el asunto no reaccionéis como lo habéis hecho ahora. Hacedlo con indiferencia.

—Doña Cristina tiene razón. Vos sois un respetable señor castellano y además un padre en ciernes. Una persona como él no tiene cabida en vuestra nueva vida.

—Sí, alteza. Tenéis toda la razón. ¡Y pensar que podía haber sido yo!

—Gracias a Dios, no ha sido así. Olvidadle y seguid vuestro camino, que yo me encargaré de seguir introduciéndoos en la corte poco a poco, para que os conozcan.

—Me abrumáis con vuestra generosidad.

—Es puro egoísmo. Sois de mi casa y quiero que se trate a las personas de mi casa con el respeto debido.

—En verdad tenéis un corazón de oro.

—Que está muy cansado de latir. Traedme un día de estos a vuestra esposa. Quiero verla embarazada, y tengo que darle un par de cosas.

—Señora, no es necesario.

—Claro que no, pero me apetece verla, y me la traeréis el miércoles.

—Como gustéis. Pero no quiero que os fatigue con su charla.

—No digáis majaderías. Nada me puede hacer más bien que la charla de una joven enamorada de alguien a quien yo aprecio. Os estáis volviendo remilgado con el matrimonio. Pero no olvidéis que, mientras yo viva, seguiré marcando el ritmo de mi vida, y sólo cuando esté en las puertas de la muerte dejaré que sea doña Cristina quien se ocupe de todo. Pero hoy aún sigo siendo yo.

—Me encanta oíros hablar así.

—En verdad sois imposible. Os echo un rapapolvo y estáis encantado por cómo lo hago. No tenéis arreglo, ni doña Cristina ni vos.

—¿Qué he hecho yo, alteza, para que me metáis en el mismo saco que a este bribón? —dijo doña Cristina con cierta sorna, afectando estar ofendida.

—Pues no dejarme morir en paz.

—Entonces no lo dudéis. Estoy con el joven Murillo. En efecto, no pienso dejaros morir hasta que en verdad os llegue la hora, que espero sea dentro de mucho tiempo.

—En fin, parece que tendré que conformarme con que mi dama y mi antiguo paje sean mis niñeras. Pero ahora, os ruego que me dejéis sola unos momentos, antes de comer. Quiero poner en orden algunos papeles.

—Claro, alteza —dijo doña Cristina—. ¿Dónde queréis que pongan la comida?

—En el mirador, doña Cristina, y encargaros de que haya un buen ramo de flores frescas. Detesto esta lluvia que no cesa desde hace dos días. Me pone triste el alma.

—No os preocupéis por ello. Ya veréis qué maravilla de ramo os voy a hacer.

—Muchas gracias. Podéis retiraros.

—Con vuestra venia, alteza —dijeron los dos, y tras hacer el joven una reverencia salieron del gabinete de la reina doña Juana.

Cuando estuvo sola, la reina de Castilla se quedó unos momentos meditando.

Había pedido que la dejaran un rato porque de repente había sentido un deseo profundo de revisar los documentos que más daño le habían hecho en la vida: el acuerdo de su madrina Isabel con doña Beatriz de Portugal.

Siempre había guardado una copia de aquellas condiciones infamantes que el rey don Alfonso V firmó y que supusieron su definitivo exilio.

Abrió el cajón secreto del rico bargueño salmantino decorado con hueso y oro. Allí estaban aquellos pergaminos que nunca había vuelto a atreverse a mirar. Los tomó en su mano sin que le produjera ningún dolor. Le asombró porque no se había atrevido nunca a volver a mirarlos después de firmada la infamante paz con su madrina Isabel la reina de Aragón. Siempre le había resultado demasiado gravoso, porque de hecho para ella no eran un tratado sino una condena al exilio perpetuo o a la infamia.

En aquel tiempo lejano todo se fraguó de nuevo a mis espaldas. Nadie tuvo la deferencia de informarme de que la tía de mi madrina, la duquesa de Viseu, viuda de un hermano del rey don Alfonso V, se iba a reunir en Alcántara, la villa con el hermoso puente romano que es la sede de la orden de caballería que comanda Alonso de Monroy *de facto* y el Maestre don Juan de Zúñiga *de iure*.

Era como si en ese otoño de 1479 en que yo ya tenía diecisiete años, y por tanto era mayor de edad según la ley de Castilla desde el año anterior, me hubieran devuelto a la niñez y condenado a no poder decir una palabra. Mi opinión no contaba para nada y por tanto nadie quería oírla. Todos se habían confabulado contra mí: El rey don Alfonso V, que ya había decidido anular nuestro matrimonio, el príncipe don Juan de Portugal, que a pesar de su afecto hacia mí consideraba prioritario cerrar el episodio castellano, y el resto de los nobles que les apoyaban tanto en Portugal como en Castilla, que tras la sumisión de Carrillo, Villena y Monroy, estaban deseosos de alcanzar una paz bajo la corona de Isabel y Fernando.

Sí. Yo no estaba ciega. Sabía bien que mi madrina había conseguido ganarse a la mayoría del reino. El tener un hijo varón y volver a estar encinta al poco la había hecho mucho más popular, y el modo como había sojuzgado con su presencia a Trujillo y las revueltas Sevilla y Córdoba le habían ganado el respeto de todos, que ahora veían con buenos ojos la unión con su primo el rey de Aragón, que al fin y al cabo era de la misma dinastía de Trastámara.

Yo ya no existía para muchos. Unos me habían dado ya por monja desde el año anterior, y otros estaban comenzando a olvidarme a una velocidad que probablemente de haberles visto me hubiera ofendido. Pero así es la naturaleza humana: mudable como la brisa de la tarde y en la mayoría de los casos se mueve al son del viento que sopla más fuerte. Y ése soplaba ahora del lado de la reina de Aragón, que muy pronto y por virtud del tratado con mi marido, que iban a negociar la reina Isabel y su tía la duquesa de Viseu, iba a serlo de Castilla.

Cuando me enteré de las nuevas, ofendida como estaba, me retiré sin que nadie se opusiera en Abrantes a Santarém, que estaba a varias leguas, y me refugié en el

gótico y severo convento de clarisas, donde sin haber profesado intenté, siempre acompañada de mi fiel doña Cristina de la Maza, mitigar mi dolor y mi decepción a través del rezo y la austeridad de aquel frío y adusto lugar.

No tengo ni que decir que no logré para nada lo que deseaba. Aquel frío convento de claustro severo, ventanas góticas estrictas y celdas desprovistas de todo lujo sólo consiguió hacerme ver precisamente adónde me había llevado la derrota con mi madrina; a un lugar de religión para alejarme de todos los que me habían abandonado, pero por más que lo intentara yo supe muy pronto que carecía de vocación y de la necesaria entrega al servicio del Señor para ser una buena monja.

Y mientras yo comenzaba a vivir el infierno de estar donde no deseaba, mi odiada madrina, acompañada de su fiel Diego de Ovando y su hijo Nicolás, ya comendador de Lares de Alcántara, entraba en la villa sede de la orden y era aclamada por sus habitantes.

Se vieron en una de las casas más importantes del lugar, que les cedió su propietario el señor de Aponte, sintiéndose muy honrado de que fueran a morar allí la reina de Aragón y la princesa portuguesa. La reunión de las dos damas, que se apreciaban mucho, fue extremadamente cordial. Había la firme intención por ambas partes de llegar a un acuerdo, pero ninguna de las dos tenía prisa por mostrar sus cartas. Tenían todo el tiempo que quisieran para negociar, y ambas eran buenas en eso e iban a intentar salvaguardar lo mejor posible sus intereses.

Así las cosas, incluso decidieron, en un gesto de extrema familiaridad que sorprendió a las dos delegaciones, dormir juntas en la misma habitación. Era el modo de demostrar a todos que no había resquemor entre las dos partes y que, desde luego, pensaban acabar llegando a un acuerdo. De hecho, la duquesa iba a tener la tenencia de la princesa Isabel y del príncipe don Alfonso, el heredero del príncipe don Juan, con quien había de casarse cuando llegaran a la edad pertinente, y eso las hacía además de parientes cómplices porque si algo preocupaba a la reina Isabel, además de su reino usurpado, era el bienestar de los suyos.

Tras la llegada, los banquetes de recepción y las pruebas de buena voluntad por ambas partes, comenzaron las reuniones, que habían de durar ocho largos días. La duquesa de Viseu tenía el encargo del rey de Portugal de conseguir de la reina Isabel sobre todas las cosas el respeto de su corona portuguesa y de las fronteras del reino, y para ello contaba conmigo como esencial pieza de negociación.

Por su parte Isabel tenía claro que deseaba a toda costa la paz para poder titularse reina de Castilla y León con reconocimiento de Alfonso V, y además quería deshacer nuestro matrimonio como fuera, y para ello había pensado en la alternativa de mi matrimonio con su hijo el príncipe don Juan, que tenía un año.

Creía —con razón— que el rey de Portugal seguramente aceptaría el compromiso que le liberaba honrosamente de mí, y solucionaba de algún modo el conflicto sucesorio al casar a su heredero con la reina verdadera de Castilla. De ese modo yo tendría la corona a su muerte, como consorte del príncipe, no por derechos propios.

Mientras tanto, hasta que el príncipe cumpliera la edad necesaria de catorce años para el matrimonio, el rey debería darme en guarda a la duquesa de Viseu, en quien mi madrina Isabel confiaba plenamente, para evitar posibles nuevos intentos de conseguir apoyos para una nueva guerra por la corona.

¿En qué situación me dejaba eso? Claramente en la de ser una simple pieza del juego de los poderosos que iba a tener que actuar conforme me dijeran. Y mi madrina, que era muy lista y retorcida, añadió una cláusula al acuerdo en la cual se me dejaba libremente elegir entre esa opción totalmente inaceptable para mí del matrimonio futuro con su hijo el príncipe don Juan, o el convento, que tampoco me gustaba.

No tardaron en llegar al principio de acuerdo de paz. Lo que afectaba a los dos reinos se solucionó en los primeros dos días. El rey de Portugal debería dejar de usar las armas de Castilla, que había incorporado en su escudo, y dejar de titularse rey de Castilla y León. Por su parte la reina Isabel haría lo propio al respecto de Portugal, dejando de titularse reina de Portugal y de incluir en sus armas las de Portugal.

Éste era uno de los acuerdos; el otro, que era vital para Alfonso V, era el respeto de las fronteras y la devolución de las plazas ocupadas durante la guerra. Isabel aceptó. Compensaría a Diego de Ovando, que tenía cuatro fortalezas portuguesas ocupadas en Portugal, con juro en las rentas de Cáceres, la entrega de las fortalezas a Alfonso V, y además le daría la tenencia de Monleón, el castillo salmantino que había sido plaza rebelde durante la contienda, que tenía a su cargo ricas tierras y buena renta. De ese modo la reina favorecía a su fiel vasallo y, al devolver las plazas, se veía el gesto de buena voluntad que permitiría cerrar el acuerdo sin resquemores por ningún lado.

Doña Beatriz se quedó muy contenta al ver que Isabel, su sobrina, deseaba tanto como ella lograr la paz volviendo al estado anterior a la guerra. Comprendió que no deseaba quedarse con ninguna plaza al otro lado de la frontera, lo cual facilitaba la negociación y allanaba las mayores dificultades cara a conseguir el acuerdo que por fin llegó. Por él, Isabel de Castilla se comprometía a respetar los títulos de Alfonso V, el reino de Portugal, el Algarve y las posesiones africanas de la corona portuguesa; y el rey de Portugal se comprometía a renunciar a la corona de Castilla, reconociendo a Isabel como única soberana de mi reino y prometiendo no realizar ninguna futura agresión a Castilla, dejando las cosas como estaban a la muerte de Enrique IV, mi padre. Desde luego, el acuerdo incluía la separación de Alfonso de mi real persona, anulándose el matrimonio conmigo. Así yo quedaría libre de comprometerme con el hijo de los reyes de Castilla y Aragón o de profesar en el convento, porque, no habiéndose consumado el matrimonio, la anulación sería muy sencilla.

Ésa era la base a la que llegaron el octavo día. Durante muchos estuvieron discutiendo sobre mi estatuto y mi guarda. La princesa Isabel pidió que se me entregara a su custodia, pero eso era algo que mi marido no pensaba consentir. Demasiado culpable se sentía ya por no haber conseguido sentarme en el trono como

para ponerme en manos de mi mayor enemiga y someterme a su voluntad. Así se lo había dicho a la duquesa, y ésta se mostró firme en ello.

Cuando la reina Isabel comprendió que si no cedía en su postura y no permitía que me quedara en Portugal todo el acuerdo peligraba, se allanó y buscó otra solución: de la guarda de mi persona por la duquesa de Viseu y el compromiso con su hijo o el convento. Con eso se quedaba mucho más tranquila.

Las dos señoras se separaron al noveno día, con muchas muestras de afecto mutuo, llevándose la duquesa a Rodrigo de Maldonado, letrado de los reyes de Aragón y miembro del Real Consejo a Portugal, para redactar el acuerdo conforme a lo que se había dispuesto en Alcántara y dárselo a la firma al rey, acuerdo que luego firmarían los reyes de Castilla y Aragón.

Cuando me comunicaron las cláusulas del acuerdo que me afectaban, que al fin y al cabo eran todas, no pude evitar que se me saltaran las lágrimas, y sólo el firme apoyo de mi dama doña Cristina, que estuvo todo el tiempo a mi lado, fortaleciendo mi ánimo decaído, impidió que me encerrara por completo en mí misma.

¿Cómo podían haber llegado a un acuerdo que me forzaba a elegir entre la boda con el hijo de los usurpadores y el velo de monja que sabía me iba a producir desconsuelo y tristeza? Al menos, vi claro en el proyecto matrimonial que la reina mi madrina sabía que yo era la verdadera reina, porque si no nunca hubiera propuesto mi matrimonio con su hijo primogénito. Era la única cosa que me gustaba de toda esa gran conspiración para que yo dejara de ser un incordio.

La verdad es que gran parte de mi dolor era por el triste abandono que mi marido hacía de mí y que ni siquiera me comunicaba en persona sino a través de emisarios, que era como me habían hecho llegar los documentos del acuerdo.

¡Qué frialdad para conmigo! Me sentía decepcionada en lo más íntimo por el modo en que mi tío y marido había decidido librarse del sagrado vínculo que le ataba a mí. No valoré en aquel entonces lo que luego supe, que se luchó mucho porque me pudiera quedar en Portugal.

En ese entonces no lo hubiera visto como ahora, tras todos estos años de sorprender los diferentes intentos de Isabel de controlar mi vida desde el otro lado de la frontera. Desde luego, si me hubiera tenido en su poder, probablemente no hubiera sido tan longeva. Quizá una trucha adecuadamente en mal estado habría acabado con mi vida en algún alejado y lóbrego castillo donde desde luego me hubiera encerrado.

Ahora lo sé, y agradezco al rey Alfonso V, mi tío, que a su modo intentara por lo menos mantenerme segura en su reino. Tanto él como su hijo, el príncipe perfecto don Juan II, y luego don Manuel I, el duque de Viseu, que por la muerte de don Alfonso el hijo de don Juan II fue rey de Portugal, y su hijo don Juan III, me han cuidado y protegido. Eso se lo debo agradecer y lo hago de todo corazón. Han hecho de mi exilio una cárcel dorada.

Pero en aquel momento no había sino que tomar una terrible decisión: o el matrimonio con el hijo de la usurpadora y pasar a la custodia de la duquesa de Viseu,

que desde luego me hubiera mantenido en una especie de prisión, o el convento y sus fríos y oscuros recovecos.

Lo pensé, lo medité, lo volví a pensar, lo volví a meditar. Consulté con mi confesor, consulté con doña Cristina, y seguía hecha un mar de dudas porque las dos soluciones me parecían terribles. Mi camarera mayor, doña Cristina, me aconsejó que aceptara la corona, aunque fuera de ese modo. Su carácter pragmático veía en ello una solución de mi pena, pero lo que no podía ver es que si aceptaba, eso era darle a mi madrina el gusto de que reinaría hasta la muerte y sólo a su muerte yo lo haría, pero no como reina titular sino como consorte de su hijo. Eso que para otros sería una solución buena, para una reina que lo es por derecho propio es un insulto, una ofensa inaceptable a su dignidad. Castilla me pertenecía. No me la daría Isabel como limosna tras su fallecimiento. Antes prefería no reinar.

Y por fin me decidí. Con todo el dolor del mundo y siendo coherente con mis principios, acepté profesar en el convento de la Clarisas de Santarém, lo cual para mí era encerrarme en una tumba en vida porque la religión nunca ha sido mi fuerte. Pero en ese momento vi que esa solución era algo mejor que aceptar la propuesta de Isabel.

No ponderé yo por entonces que a ella tanto le daba una u otra opción, y que seguramente hubiera preferido que profesara monja, ya que cuando yo pudiera casarme con su hijo tendría treinta años y sería una reina demasiado mayor para darle descendencia, siendo primeriza.

Yo no tuve en cuenta eso, sino que mi marido me repudiaba, que mi madrina pretendía manipular mi vida y que la única solución digna a esa pesadilla era el convento, aunque a mí me espantara la idea de vivir sólo para rezar. Yo, la reina de Castilla, que hubiera debido ser feliz en mis años de juventud, rodeada de mi corte, de la nobleza y del afecto de mis súbditos, veía cómo todo eso se desvanecía por el fracaso de las armas de mi marido.

Y por más que lo intentara, no era capaz de aceptar que aquello era la voluntad de Dios. ¿Cómo podía el buen Dios hacerme eso a mí, que siempre he sido una buena cristiana y una persona de vida ejemplar? No había razón y yo no podía entender por qué se ensañaba conmigo. ¿Por qué siempre me apretaba a mí? ¿Por qué siempre me ofrecía nuevos dolores? Estaba realmente cansada de soportar tantas decepciones. ¿En quién podía confiar? Evidentemente en mi fiel amiga y dama doña Cristina. Ésa era la única verdad y la única constante en mi vida: Doña Cristina de la Maza y su afecto inquebrantable.

—Alteza. ¿Estáis ya preparada para el almuerzo? —dijo la voz familiar de doña Cristina, llamando con discreción a la puerta y sacando a la reina de golpe de sus pensamientos. Doña Juana volvió a guardar con diligencia los documentos en el cajón secreto mientras respondía.

—Sí, amiga mía. Pasad, por favor, y acompañadme hasta el mirador. He estado revisando los acuerdos de Alcántara...



—Dios mío, doña Juana. ¿Es que no podéis dejar nunca de rememorar el pasado? Me preocupa que paséis tanto tiempo acordándoos de cosas tristes.

—Ahora las veo de modo muy diferente, como os he dicho ya antes, amiga mía. Tengo una nueva perspectiva de las cosas. De todos modos, creo que mi revisión está tocando a su fin. En los últimos tiempos he repasado toda mi vida hasta el día del acuerdo entre Isabel y la duquesa de Viseu. Y creo que ya estoy en paz con el pasado.

—Me alegra oírlo. Sólo falta, con esta lluvia tan molesta, que os baje el ánimo por mirar hacia atrás.

—Ya os digo que para mí es como una especie de liberación. Lo veo desapasionadamente porque ya no siento nada al respecto.

—Pues me parece muy bien. Esta tarde, si os parece, la podemos pasar jugando a ese juego nuevo que han traído de las Indias.

—Buena idea, mi fiel amiga. Siento que ya me queda muy poco tiempo y quiero disfrutarlo en vuestra compañía.

—Está visto que no dejáis un respiro. A ver si voy a ser yo la que muera de repente. ¡Menudo susto os ibais a llevar!

—No lo quiera el señor. Vos estáis bien y aún os quedan unos años en vuestra Andalucía, donde quiero que vayáis en cuanto yo muera. Ahora que todavía estoy bien quiero que sepáis que os dejo en mi testamento una buena suma de escudos de oro y todas mis posesiones personales, mis muebles y cuadros, para que podáis contar con patrimonio suficiente para vuestros últimos años y para que me recordéis con cariño.

—No necesito nada, alteza. De verdad. A mí me basta con vuestro afecto. Si llega el caso y os vais antes que yo, entonces regresaré a España. Como sabéis, mis dos hermanos varones son bastante poderosos, los dos son condes y han recibido nuevas posesiones de los reyes católicos, así como del emperador. Y mis hermanas han casado todas bien y tienen una buena posición. Ellos me mantendrán.

—No lo quiera Dios. Vos iréis a reuniros con ellos, pero no viviréis de la caridad de nadie. Iréis a Castilla como una dama muy rica. Así os recibirán mucho mejor. No voy a dejar yo que mi única amiga tenga que vivir de sus hermanos, por mucho que la quieran, teniendo yo buenos dineros.

—No voy a discutir con vos, alteza. Es imposible. Haced lo que deseéis, pero no hablemos de eso.

—Siempre igual, doña Cristina. ¿Qué día dejaréis de tenerle tanto respeto a la muerte?

—Pues creo que sólo cuando la vea de frente. Hasta entonces prefiero eludir pensar en ella, cosa que vos nunca me permitís por lo insistentemente que recaéis en el tema.

—No lo hago para molestaros. Es que en verdad la siento cerca.

—¡Usa! —dijo la dama andaluza, haciendo un gesto de expulsión de fantasmas que hizo reír a la reina doña Juana—. Señora, de verdad os lo pido, hablemos de otra

cosa.

—Está bien. ¿Cómo se ha tomado el joven Murillo lo que le habéis dicho?

—Se ha quedado abrumado. Creo que cosas como ésa le vienen bien para volverse más prudente, pero la verdad es que lo veo mucho más centrado y desde luego espero que aprenda la lección de lo de Milhán.

—Sí. Esperemos que al menos ese joven sirva a nuestro fiel Murillo como ejemplo del camino que no se debe seguir.

—Creo que eso ya lo ha aprendido. Ahora sólo necesita consolidar su posición.

—Pues creo que mañana le voy a enviar a la duquesa de Braganza con unos obsequios. Es un buen modo de que sigan viéndole y seguro que pronto, con su don de gentes y su simpatía, se ganará el afecto de los poderosos. Porque él debe quedarse aquí, en Portugal. No hay sitio para él en la España de Carlos V. Aquí, dado lo peculiar de su situación, el respeto que se le tiene y el conocimiento de que lleva a mi servicio desde la infancia, se puede ganar un puesto menor en la corte de alguno de los grandes o de los príncipes. Así, cuando llegue el momento, podrá quedarse tranquilamente en Lisboa, aunque vos y yo no estemos para defenderle.

—Creo que se desenvolverá bien. De vos ha aprendido a tratar a los reyes, y de mí, al resto del mundo. Creo que está bien preparado para triunfar en cualquier lugar. La verdad es que os confieso que le quiero casi como al hijo que no he tenido. Me siento verdaderamente protectora con él.

—Lo sé, doña Cristina. Noté que lo adoptabais en cuanto nos lo ofreció su madre.

—Sí. Para mí ha sido una gran alegría cuidarle, y eso a pesar de las muchas preocupaciones que nos ha dado.

—Pensemos que eso son cosas del pasado. Nuestro joven Murillo es el flamante señor de Castuera, futuro padre de un caballero portugués. Creo que además se lo voy a encomendar al rey en una carta para que se la enviéis cuando yo falte.

—¡Ay, señora! No hay modo que dejéis la cantinela de la muerte.

—Me temo que no, amiga mía. La siento demasiado encima de mí.

—Cuando decís esas cosas, me asustáis de verdad.

—Pues no os asustéis, doña Cristina. Sólo preparaos para asumir lo que pronto ha de suceder. Por cierto, ¡qué maravilla de ramo de flores!

—Me place que os guste, alteza. Lo he hecho con mis propias manos para vos.

—En verdad tenéis arte para colocar las flores. Si lo viera un pintor haría de él un gran cuadro porque tiene armonía, belleza y personalidad.

—Sois demasiado amable, alteza —dijo con un ligero rubor—. Su único mérito es que está realizado con todo el afecto para agradaros. He colocado en él vuestras flores favoritas.

—Pues gracias una vez más por este hermoso regalo. Ahora el día ya no me parece tan oscuro. Me lo acabáis de alegrar y un buen almuerzo en vuestra compañía nos quitará a todos esta atmósfera de pesadez que parece una mortaja.

—¡Dios mío, señora! Es que siempre volvéis a lo mismo. Pensad en otra cosa. He

ordenado un rico almuerzo a base de buen caldo de ave con grelos, como os gusta, para calentarnos por dentro, y unas buenas chuletas de cordero. Y de postre, huevos mole.

—Suenan muy bien, doña Cristina. Oigo los pasos del joven Murillo. Me dará mucho gusto almorzar con los dos.

—Y a nosotros también, alteza. Últimamente coméis demasiado poco.

—Es que apenas tengo apetito. Pero hoy sí me apetece la comida.

—Pues sentaos y disfrutad de ella, que sólo con eso ya me pondré contenta.

—Sois un ángel.

—Un ángel anciano, alteza. Y parece que cada vez con peor humor.

—Os he pasado el mío. Os vendrá bien.

El joven Murillo entró como una exhalación pidiendo perdón por la tardanza. Le había retenido el mayordomo con unos asuntos.

—Sentaos y no os preocupéis —dijo la reina—. Me agrada vuestra compañía.

Doña Cristina y el joven se miraron. La dulzura de la reina les tenía asombrados desde hacía semanas, pero hoy se la veía especialmente encantadora. Y los dos se sintieron felices al notar que todo lo que les había dicho, como siempre, era verdad, porque aunque doña Juana raras veces manifestaba con palabras su afecto los dos se sabían muy queridos por ella y los dos la querían profundamente.

## Epílogo

### La obsesión de la Católica y la muerte de la reina Juana, la Excelente Señora

¡Qué cerca estás de mí, mortal doncella! Te siento rondándome: oigo tu música perfecta y anhelo tu llegada como si fueras el amante que nunca tuve. El otoño, la estación que anuncia el final del ciclo de la vida, es tu más perfecto heraldo, y yo llevo ya tiempo sabiendo que no llegaré al invierno y en verdad no quiero hacerlo. Ya he vivido demasiados cambios de estación, demasiados cambios de estado, demasiadas esperanzas rotas, demasiadas decepciones, demasiado de todo salvo de felicidad, que en eso la vida ha sido parca conmigo.

Me siento en una absoluta paz conmigo misma, y por ende con el mundo entero. He renunciado de nuevo como lo hice en 1522, hace ocho años, a mis derechos al trono de Castilla en la persona de don Juan III de Portugal. Ése es mi último testamento político; mi protesta ante la injusticia y la traición que me exiliaron, pero ya sin dolor ni sufrimiento. Lo he hecho porque creo que debo disponer de lo mío, y lo mío son Castilla y mis posesiones y rentas en Portugal.

He dejado escrito que mi dama y gran amiga de toda la vida, doña Cristina de la Maza, se ocupe de mi enterramiento. En caso que el rey don Juan III, mi sobrino, no disponga algo especial para mí, dejo a su criterio que ella decida dónde voy a reposar para siempre. A mí me da igual, ya que donde quisiera yacer para siempre es en Plasencia, en la hermosa catedral vieja, que tan buenos recuerdos me trae y donde me sentí reina efectiva de Castilla. Pero sé que ese deseo es una quimera. No es factible porque Carlos V, el nuevo usurpador de mi corona y nieto de mi tía «La Católica» no lo permitiría, y a mí, si no puedo estar ahí, tanto me da el sitio donde quieran colocarme. Dormiré mi sueño eterno donde decidan, y así podré descansar de este largo calvario que ha sido mi vida.

No deseo una tumba real de gran lujo como la de mi madrina Isabel en la catedral de Granada. No quiero altos catafalcos de ricos mármoles, ni estatuas yacentes, ni encajes de piedra, ni filigranas, ni alegorías. Sólo deseo un blasón sencillo con mis armas reales y un epitafio grabado sobre mi lápida que diga quien fui: La reina Juana I de Castilla, la Excelente Señora, a la que el Tratado de Alcaçobas despojó de su trono; la reina cuya entrada en el convento de Santarém fue vigilada por fray Hernando de Talavera y don Alfonso Manuel, los emisarios de mi madrina la reina usurpadora de Castilla, que comprobaron también que se entregaban a la duquesa de Viseu todas las escrituras en que se reconocía mi derecho a reinar.

De hecho, antes de entrar en religión, aún me quisieron forzar a entregar todo mi archivo a la duquesa. Me negué. Y aunque me resistí a hacerlo, tuve que darle a doña Beatriz muchas de las escrituras en que se me reconocían los derechos a la corona de

Castilla, por presión de mi odiada tía Isabel. Pero Dios me debió de iluminar, y en ese momento tuve la presencia de ánimo suficiente y la sangre fría para ocultarle y guardar las más importantes —que deposité en manos de mi fiel doña Cristina de la Maza por un tiempo— por si les daba por registrar mis pertenencias en su busca.

Así se salvaron de la destrucción que la duquesa llevó a cabo concienzudamente, para alegría de mi madrina, ya reconocida como reina de Castilla, de todos los documentos que defendían mis derechos —al menos eso creía ella—. Pero yo guardé mi tesoro durante todos estos años y los conservo para la historia. Serán mi legado al futuro, para que sepan que fui engañada, preterida y postergada contra todo derecho. Habrá de guardarlas el señor de Castuera, aquí en Portugal, para que no peligren, y su hijo, y después de él, el hijo de su hijo, serán los encargados de guardar estos documentos. Así perdurará la memoria de la traición y un día alguien podrá leerlos y reivindicar mi nombre. Durante estos duros años, ha sido un consuelo saber que seguían en mi poder y que reflejaban la gran injusticia cometida conmigo que la reina Católica intentó durante todo su reinado ocultar, tratando además de ensuciar sin éxito mi nombre durante toda su gloriosa vida de poder, éxito y grandeza. ¡Menuda reina católica! Más bien debían haberla llamado la reina de hierro, porque nunca soltaba la presa cuando mordía, y sabía hacerlo a conciencia.

He de decir que el Tratado de Alcaçobas de 1479 fue también un duro golpe para mi tío y antiguo esposo el rey don Alfonso V, que sólo sobrevivió a la humillante paz dos años, muy debilitado y habiendo incluso pensado ingresar en el monasterio de Batalha o en el de Varatojo. No le dio tiempo. En 1481 moría y dejaba en trono al príncipe perfecto don Juan II.

Éste, que fue un excelente rey de Portugal y un hombre de gran valor y firmeza, me quería como a su prima y siempre procuró tratarme bien, aunque, siendo consciente de mi peso como pieza estratégica, también me utilizó a su conveniencia, pero he de reconocer que siempre de modo que amenazara a mi tía y que me devolviera la corona perdida, con lo cual no me sentí mal por ello.

De hecho, a los dos años de mi entrada en el convento respondió a mi petición de salir de él con gran alegría, dándome el maravilloso *paço* da Costa, que fue mi primera morada en Lisboa, aunque hube de abandonarlo un par de veces ante la insistencia de mi madrina con el rey don Juan II de que se cumpliera el tratado de Alcaçobas y yo volviera a entrar en el convento. Luego recibiría el palacio de Alcaçoba en el castillo de San Jorge, donde he morado el resto de mi vida fuera del convento con gran tranquilidad. Pero los primeros años tras mi salida del convento fueron de tira y afloja entre mi madrina y el nuevo rey don Juan II.

De hecho, mi primo el rey don Juan, como ya he apuntado, me permitió salir del convento no sólo por compasión sino porque tenía un plan para mi futuro. Deseaba casarme con el rey Febo de Navarra para contrarrestar el poder en la península de los reyes de Castilla y Aragón. De ese modo, con la alianza del rey Luis XI, el joven rey Febo de quince años podría, una vez casado conmigo, añadir a sus armas navarras las

de Castilla y luchar de nuevo por mis derechos, con el apoyo de Francia y de Portugal. Fue un plan efímero pero peligroso para los intereses de los reyes Isabel y Fernando, porque el joven Febo murió a los dieciséis. Por culpa de esa repentina muerte —un envenenamiento probablemente debido a mi madrina y su esposo— el proyecto de mi matrimonio con el rey de Navarra quedó en nada, aunque mientras tanto yo había disfrutado de un nuevo momento de ilusión y de brillo en la corte de Portugal, donde se me veía ya como futura reina de Castilla y de Navarra.

Eso no había dejado dormir a Isabel de Castilla; como el hecho de que yo siguiera firmando todos los documentos que salían de mi cámara como «Yo, la reina», igual que lo hacía mi tía Isabel, pero con mejores derechos que ella. Yo seguía siendo una pesadilla para mi madrina, y sólo de pensar que me pudiera casar con un príncipe portugués o extranjero y tuviera herederos le debían de salir sarpullidos, porque sólo de ese modo se explica la inquina con que me persiguió toda la vida. Desde luego la ofendía el que usara el título de reina de Castilla, que siempre he tenido y que heredé de mi padre, y le preocupaba que mi primo el rey don Juan II pensara en mí como en una pieza importante de su política internacional.

Nunca entendí cómo le puso Juana a su tercera hija. Quizá fue para hacer al pueblo olvidarse de mí, y al fin y al cabo, por esos azares del destino, es la que ha acabado reinando, como yo, sin corona, porque primero su padre y luego su hijo la apartaron del trono y la encerraron en diversos castillos, desde Andalucía hasta Tordesillas, al cuidado del marqués de Denia, que fue un carcelero inmisericorde con ella y la mantuvo en el más estricto aislamiento, sobre todo después que los Comuneros de Castilla levantaran sus pendones por la reina y contra su nieto el extranjero Carlos de Habsburgo y sus rapaces consejeros.

Y por la insistente presión de mi malvada tía tuve que dejar mi vida de gran lujo y diversión en la corte de Portugal. Ingresé otra vez en el convento, pero esta vez fue en el de las Clarisas de Lisboa, mucho más acogedor y agradable que el de Santarém, donde las monjas me trataban como a una reina que estaba retirada con ellas, lo cual al menos hacía más comfortable mi estancia allí.

Yo y ellas sabíamos que a la primera oportunidad volvería a salir, a pesar de que la perversa reina Isabel consiguió incluso un monitorio del Papa que me forzaba a seguir la regla de las Clarisas bajo pena de excomunión, un monitorio infamante donde se veía claramente en su redacción la mano de mis enemigos los reyes de Aragón y usurpadores de Castilla.

Pero a pesar de que ellos se habían organizado bien, incluso obteniendo el apoyo de la Santa Sede, no habían contado con que mi principal valedor, mi primo el rey de Portugal, tenía tantos arrestos como ellos o incluso más, y al cabo de poco tiempo, considerando que el monitorio lesionaba mis derechos y los suyos, tras una protesta formal a la Curia Romana, decidió sin siquiera obtener la respuesta a su petición que yo volviera a salir. Me dio como morada el magnífico palacio de Alcaçoba en el castillo de San Jorge, la poderosa fortaleza de defensa de Lisboa, donde además

instaló a una guardia completamente fiel a su persona, temiendo que mi tía y su marido, que ya habían intrigado bastante, pretendieran hacerme algún daño en Portugal o me raptaran.

En efecto se adelantó a los planes de mi tía que, viendo que no conseguía que yo regresara al convento, pidió que se me entregara a la duquesa de Braganza, su prima, para así tenerme bien vigilada en Évora, la ciudad cercana a Castilla, desde donde podía tomar posesión de mi persona con la aquiescencia de la duquesa en cualquier momento. El rey, viendo este nuevo intento de hacerse con mi persona como un acto de hostilidad hacia él que implicaba a algunos nobles portugueses, se negó en rotundo a entregarme y reforzó mi guardia en Alcaçoba, tras explicarme el peligro que corría.

Yo se lo agradecí de corazón y me sentí muy protegida por aquel buen rey y cariñoso primo. Pero la cosa no iba a quedar ahí. Las intrigas de Isabel y Fernando llevaron al marido de la duquesa, el primero y más rico de los nobles de Portugal, a atreverse a planear mi secuestro, animado por los reyes de Aragón y Castilla.

Don Juan II demostró entonces quién era. Con suma firmeza actuó recuperando primero, con una excusa plausible, a su hijo don Alfonso que estaba en poder de la duquesa hasta su matrimonio con la princesa Isabel de Castilla, la hija mayor de los reyes Isabel y Fernando. Cuando tuvo a su único hijo a su lado, actuó sin contemplaciones. Primero consiguió la correspondencia de Braganza con los reyes de Aragón por medio de un traidor, y después se fue a visitarle a Évora, acompañado de los mejores soldados de su real guardia.

El duque, que pensaba estar a cubierto, no sospechó que su primo sabía lo que había hecho, y cuando le invitó a subir a la torre del castillo a ver unos documentos, lo hizo cándidamente. El rey le dijo entonces allí arriba que sabía todo lo que había tramado a sus espaldas y, mientras el duque reaccionaba, el rey le anunciaba su prisión allí, mientras se preparaba un juicio donde se vería su causa. El castillo del duque quedó bajo la custodia del rey, y el duque, tras el proceso, sería ejecutado. Era un duro golpe a los nobles de Portugal y no iba a ser el único.

Los reyes de Aragón quedaron consternados al ver el resultado tan inesperado y terrible de su conspiración, pero siguieron intentándolo por diversos lados. Don Juan II, consciente de lo que estaba pasando, me tenía informada de todo para que estuviera muy pendiente de cualquier movimiento extraño a mi alrededor. La verdad es que ni yo ni doña Cristina sentimos nada, aparte de una visita inesperada del duque de Viseu, cuñado del rey, hermano de su esposa, que le comuniqué porque nos pareció que no tenía razón de ser si no era para ver mis alojamientos y las protecciones de los mismos, porque se empeñó en que le enseñara todo el palacio.

Don Juan II actuó de nuevo deprisa. Tras capturar la correspondencia, llamó a su cuñado, al que apreciaba muy de veras, y le reconvino para que no volviera a conspirar, perdonándole por esa vez. Pero el duque, inconsciente, volvió a ser seducido por los conspiradores que, apoyados por los reyes de Aragón, pretendían secuestrarme y recibir ayuda de ellos para acabar con el centralismo y el

reforzamiento del poder real en detrimento de los nobles que el rey estaba llevando a cabo.

La furia de don Juan II fue terrible cuando supo de la participación de su cuñado en la nueva conspiración. Tan herido estaba que le mandó llamar a su real presencia y, tras decirle que sabía que estaba metido de nuevo en una conspiración contra su señor, sacó un puñal y se lo clavó varias veces en el pecho hasta que murió a sus pies.

La nobleza portuguesa comprendió entonces que no podían seguir conspirando si no querían acabar muertos, y la mayoría de ellos se conformó con estar bajo el poder del poderoso rey, dejando de lado los intentos de disminuir la autoridad real. Los que no lo hicieron, cayeron uno a uno en las manos del rey, que los ajustició o los encarceló de por vida.

Pero mi primo Juan II no era un hombre sanguinario, sino más bien un monarca justo. Por eso, en lugar de quedarse con los bienes del duque de Viseu, se los cedió a su hermano don Manuel, a quien mostró así que la ejecución de su hermano se había debido sólo a su traición al rey. Tanto fue así, que don Juan II, para demostrarle su aprecio y siendo su pariente más cercano, le hizo el segundo en la sucesión si moría antes de tiempo el príncipe Alfonso, cosa que en efecto sucedió.

Don Manuel I sucedería a don Juan II a partir de 1495, fecha en que éste murió súbitamente, probablemente también por el veneno que le administraría la duquesa viuda de Abrantes, conchavada con los reyes de España, como habían decidido llamar a sus muchos reinos Isabel y Fernando tras la conquista de Granada en 1492. Al subir el nuevo rey al trono de Portugal, sería llamado por todos don Manuel I *El afortunado*, y también él se casaría con la princesa Isabel, viuda del príncipe Alfonso de Portugal, y tendrían al poco tiempo un hijo, cuyo alumbramiento en Zaragoza, costaría la vida a la princesa de Castilla. Ese hijo póstumo en el que había puestas tantas esperanzas, tantas que le llamaron el príncipe Miguel de la Paz, tras la muerte de don Juan el príncipe real de Castilla, estuvo destinado a heredar los reinos de Castilla, Aragón y Portugal. Su muerte a los dos años dejaría el trono de España despejado para la casa de Austria por el matrimonio de Juana la Loca con Felipe el Hermoso.

Cuando murió mi tía en 1504 sentí una gran alegría y un gran vacío. Alegría porque mi enemiga se había ido y con ella la amenaza de persecución, rapto o prisión conventual. Curiosamente entonces recibí la más absurda de las propuestas. Su viudo el rey don Fernando quiso casarse entonces conmigo.

Confieso que estuve tentada de aceptar para mortificar en su tumba a mi odiada tía, que seguro se hubiera revuelto en su sepultura de ver como su amado esposo se casaba con la legítima reina, pero yo sabía bien que él lo que pretendía era seguir ejerciendo el poder y que nunca me iba a considerar su igual, sino un instrumento a utilizar. Dado que no me ofreció el mismo estatuto que tuvo Isabel rechacé la oferta, y entonces supe que había perdido para siempre mi posibilidad de reinar.

Creo que hice bien en no aceptar, visto cómo trató el rey a su propia hija Juana en



cuanto murió su marido, el desastroso rey Felipe I, que estaba tan poco dotado para sentarse en el trono de mis mayores y era tan débil como mi propio padre. Sus cortos cuatro años de reinado fueron seguidos del encierro de su esposa Juana y de la toma de poder por el rey Fernando hasta su muerte en 1516.

Les había sobrevivido a los dos y a tres de sus hijos. Me comencé a sentir mayor. Mis años fueron más dulces, más monótonos, pero el odio seguía estando dentro de mí. Un odio profundo a mis enemigos y a sus hijos que, como siempre he creído, acabó con ellos y con la dinastía, probablemente por justicia Divina. Ellos me usurparon el trono, pero sus planes se destrozaron. Su engrandecido reino de España cayó en manos de la casa de Austria. Su ambición les cegó y les costó muy cara.

A mí, no obstante, me tocó siempre la peor parte: ser la rival de una reina predestinada como lo era mi tía, según ha mostrado su importante reinado, a su alto destino. Yo fui una brisa frente a un huracán y hube de plegarme ante su fuerza. Curiosamente la mía ha sido precisamente mi continuo silencio y mi existencia digna y regia. Siempre me he comportado como la reina que soy, y hasta mi muerte, que no ha de tardar, he sido intachable. Ése es mi legado a mi pueblo castellano. Su soberana les ha amado hasta el fin de sus días y ha actuado siempre con justicia, en los buenos y en los malos momentos, sin dejar de pensar nunca en ellos y de actuar como si estuviera en el corazón de Castilla, bajo sus miradas.

Creo que mi reinado hubiera sido el de una buena reina, aunque nunca hubiera alcanzado probablemente la grandeza de mi tía. No sé si hubiera confiado en Colón; quizá no, porque cuando estuvo en la corte de Portugal, antes que en la de Castilla, a todos nos pareció un oportunista y un charlatán.

¡Menudo error el nuestro! Su fe en Colón, y el pago de la expedición que cambiaría el destino de España y la elevaría al rango de primera potencia, es sin duda el máximo logro de Isabel, que junto a su empeño en culminar la reconquista tomando Granada han sido el mejor regalo para los reinos peninsulares.

Yo no sé si lo hubiera logrado; probablemente sí, o quizá no, pero el caso es que también lo hubiera intentado. Quizá lo que peor he llevado ha sido el éxito del reinado de la usurpadora y su reconocida fama. Se la considera la mejor reina que ha tenido Castilla, y lo malo es que probablemente eso sea cierto y con ello, yo, su rival, he quedado tan disminuida que probablemente la historia me olvidará.

Mis años posteriores han sido tranquilos, salvo por el rocambolesco intento del rey de Francia de secuestrarme hace apenas ocho años, que fracasó como los anteriores. Desde entonces he sido olvidada y ahora, al final del camino, lo agradezco. Mi corazón ha sufrido demasiadas tensiones, demasiados malos ratos y ha odiado demasiado.

Parece que ésa ha sido mi vida: esperanzas, decepciones y odio. Aunque he sido querida de verdad por mi esposo el rey Alfonso V, por mi primo don Juan II y por don Manuel I, que siempre me trató bien y en su testamento pidió a su hijo que mantuviera ese trato de familia y la deferencia conmigo, cosa que en verdad me llegó

al corazón, y ahora por su hijo don Juan III y por la infanta doña María. Y entre mis más próximos me ha querido siempre mi dama y amiga doña Cristina de la Maza, y recientemente, en los últimos años, el joven señor de Castuera.

No me quedaron afectos en Castilla. Los que tenía o me abandonaron o me enajenaron a cambio de alguna prebenda de mi tía Isabel. Es un parco balance para una reina de sesenta y ocho años, pero no puedo añadir a nadie a esa corta lista sin temor a equivocarme.

¡Ven de una vez, doncella de la muerte, y llévame contigo! Yo ya estoy vacía y preparada. Me he despedido de todos y de todo, y no quiero quedarme por más tiempo aquí.

Doña Cristina se levantó preocupada. Tenía el vago presentimiento de que algo no marchaba como solía. Se dirigió a la cámara de la reina doña Juana con un cierto temblor. Sus premoniciones rara vez fallaban.

—Alteza, ¿puedo pasar? —dijo con voz intranquila.

Le respondió el silencio.

—Doña Juana. ¿Os sentís bien? —dijo entrando en la silenciosa cámara. No se oía nada, y supo que sus peores temores se acababan de confirmar: la reina de Castilla había muerto dulcemente durante su sueño. Abrió la ventana y pudo comprobar que estaba en la cama, con la boca y los ojos abiertos. Se los cerró con dulzura, acariciando el rostro de la anciana señora con el afecto de toda una vida.

Entonces se arrodilló y, tomando la fría mano entre las suyas, la besó y comenzó a rezar una plegaria por el reposo eterno de doña Juana. Se sentía como huérfana. Al fin y al cabo habían pasado toda la vida juntas, pero ahora no quería pensar en ello. Tenía que ser fuerte y hacerlo todo conforme le hubiera gustado a ella.

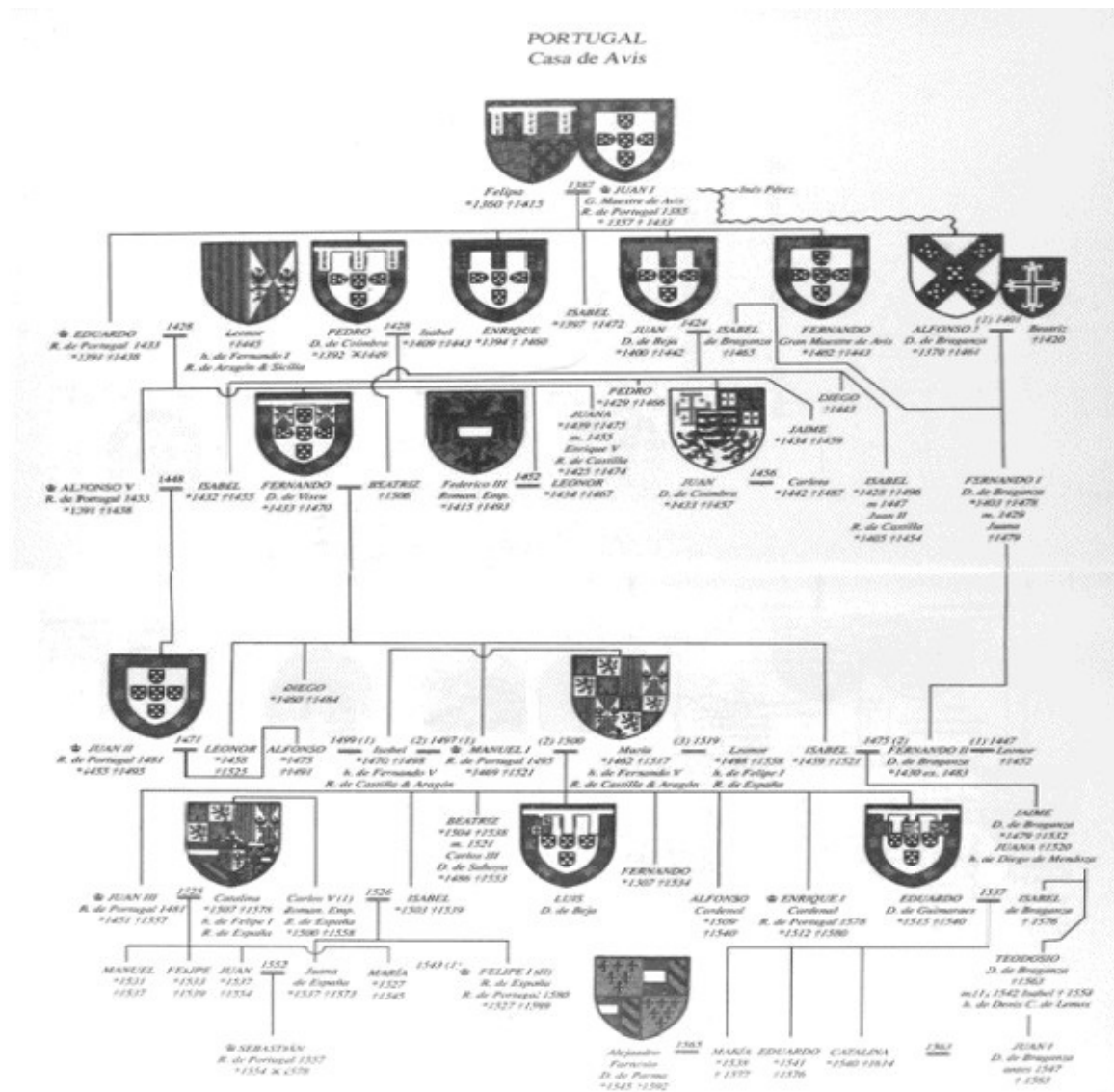
Lo primero era enviar al joven señor de Castuera al palacio real de Lisboa para comunicar la noticia a sus altezas los reyes y a su hija la infanta, y también había que mandar emisarios a los grandes de Portugal que trataban y querían a la reina. Había que preparar a la Excelente Señora. La vestiría con sus mejores galas para que todos pudieran ver que se había ido de este mundo una reina de verdad, aunque para ella la que se había ido era su mejor amiga, la persona que admiraba y valoraba más, y mientras la llenaba este pensamiento, sus ojos se cuajaron de lágrimas.

Sólo durante un instante se dejó ir y lloró con fuertes sollozos que no le dieron ningún consuelo, sino sólo hicieron más evidente para ella su dolor y su pérdida.

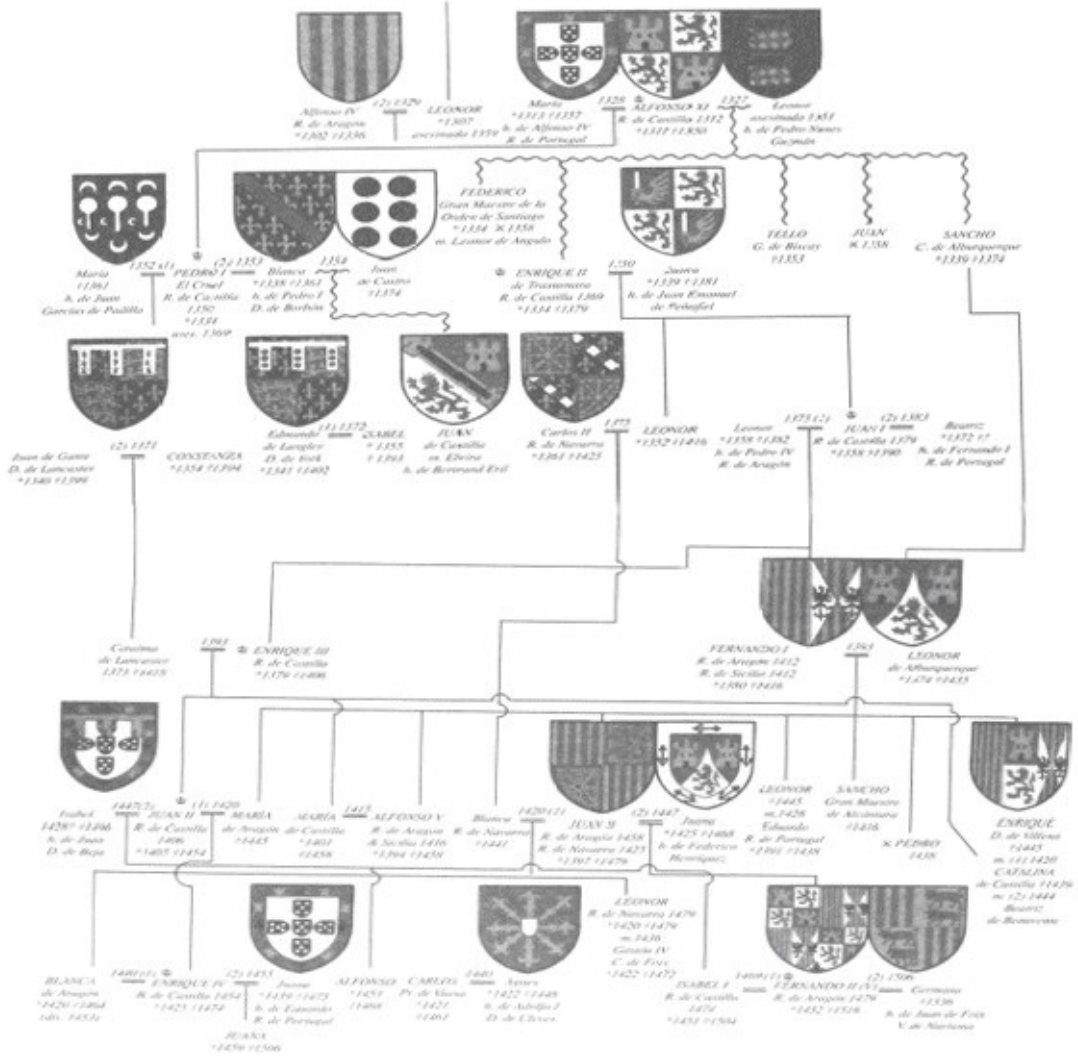
—Tienes que ser fuerte —se dijo, forzándose a calmarse.

Sabía a ciencia cierta que en las siguientes horas muchas personas del más alto rango iban a pasar por la casa, y tenía que estar a la altura de las circunstancias. Ya tendría tiempo para llorar, y sabe Dios que lo haría hasta hartarse cuando la hubieran enterrado y cada uno hubiera regresado a lo suyo. Pero ahora había que honrarla como a la reina que fue, y sólo si todo se hacía a la perfección se sentiría en paz con doña Juana, que se había salido con la suya y se había muerto antes que ella.

# Árboles genealógicos de las casas de Avis y Trastámara



CASTILLA  
Unión con Aragón





JOSÉ MIGUEL CARRILLO DE ALBORNOZ MUÑOZ DE SAN PEDRO, vizconde de Torre Hidalgo (Cáceres, 11 de febrero de 1959), es licenciado en Derecho, y en la actualidad se dedica casi en exclusiva a la literatura y escribe para diversos periódicos y revistas. Entre sus diecinueve libros publicados, destacan sus novelas históricas que le han convertido en uno de los novelistas más importantes del género: *Memorias de doña Isabel de Moctezuma* que fue número tres en ventas en México, *Los hijos de doña Isabel de Moctezuma*, *Carlos V el emperador predestinado*, *Carlos V, la espada de Dios*, *Diario de un viaje iniciático por México*, *La reina triste*. *Catalina de Aragón*, *Relatos mágicos y leyendas de México*, *El gobernador de Indias*, *Yo, Juana la Beltraneja*, *la reina traicionada*, *Jaque a la reina blanca*, *El manuscrito secreto* y *¡Muera Napoléon!*. En 2005 fue finalista del primer Premio Algaba de Ensayo con *Moctezuma II Xocoyotl, el semidios destronado*.

Presente también en el mundo del arte, ha escrito *Entender de arte y antigüedades* — una guía práctica para el coleccionista—, con la colaboración de Beatriz de Orleans. Ha sido profesor de los cursos de Coleccionismo Artístico de la Universidad de Sevilla. Y en los últimos años ha colaborado con la galería Edward Tyler Nahem en Arco y es asesor de coleccionistas privados.